



Caliban
LA REDENCIÓN POR AMOR

AURORA REGLERO

Calibán
LA REDENCIÓN POR AMOR

I

AURORA REGLERO

Calibán. La redención por amor
© Aurora Reglero
Primera edición: Julio de 2020

Diseño y maquetación: Nerea Pérez Expósito de Imagina Designs

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*A mi hermano Rodrigo, lector 0 e inestimable ayuda.
A mi marido, Pedro y a mi niña Gabriela porque os amo.*

¡A ella y a su paz voy a enterrar!

¡Querías este sacrificio, infierno!

¡Demonio, acorta el tiempo de mi angustia!

¡Lo que ha de ser que sea ahora mismo!

¡Que su destino caiga sobre mí y ella se hunda conmigo!

Fausto. Goethe.

Índice

PRÓLOGO

CAPÍTULO I Calibán

CAPÍTULO II Galatea

CAPÍTULO III La gota de agua caprichosa

CAPÍTULO IV Un masaje indecoroso

CAPÍTULO V Shamsiel

CAPÍTULO VI Pero a tu lado

CAPÍTULO VII Belial

CAPÍTULO VIII Celos

CAPÍTULO IX Ira

CAPÍTULO X Soberbia

CAPÍTULO XI Pereza

CAPÍTULO XII Avaricia

CAPÍTULO XIII Gula

CAPÍTULO XIV Lujuria

CAPÍTULO XV Asmodeo

CAPÍTULO XVI La decisión de Calibán

CAPÍTULO XVII Saura y Alonso

CAPÍTULO XVII Confesiones

CAPÍTULO XVIII Nuevas habilidades de Galatea

CAPÍTULO XIX Por el amor desquiciado

CAPÍTULO XX La redención por amor

CAPÍTULO XXI Somos uno

CAPÍTULO XXII Algunas sorpresas

CAPÍTULO XXIII Intensidad

EPÍLOGO

PRÓLOGO

Cuando mi hermana me pidió que leyera una novela erótica de género fantástico que había escrito, mi primera reacción fue de repulsa.

Es un género que a mi personalmente no me gusta, pero oye, era mi hermana, qué podía hacer. Además, ella siempre supo escribir buenas historias, no tenía nada que perder.

Nada más empezar la historia me atrapó. Allí convivían monstruos, demonios, seres de luz y personajes que aman y odian a partes iguales.

Y es que, qué tendrá el romanticismo, Y me refiero al romanticismo de verdad, poetas drogados enamorados de prostitutas de ojos cansados, la poesía de Lord Byron, William Blake, la belleza de Óscar Wilde, los monstruos de Milton.

La noche, calles iluminadas a duras penas y con sombras en las que los monstruos se alimentan de la oscuridad y de la irracionalidad.

El romanticismo es esa lluvia que te cala hasta los huesos y te calienta el corazón. Un corazón que bombea miedo y curiosidad, que te muestra la parte más negra de la psique humana y te maravilla de su monstruosa belleza.

Calibán, Belial, Saura, Galatea, Shamsiel y muchos otros personajes, cuidados y mimados, contruidos sólidamente y que viven y respiran cual prometeos de esta Frankenstein. Una escritora proteica que ama el romanticismo y el expresionismo, que ha sabido plasmar el alma de los viejos maestros y que a través de sus páginas podrás casi tocar la esencia de su arte.

La trilogía te ofrece un viaje cultural y afrodisíaco por calles de ciudades míticas y obras de arte de todo tipo.

La verdad es que esta novela es una joya que he disfrutado y por la cual, gustosamente me he dejado robar horas de sueño.

Gracias por compartir conmigo esta historia, hermana.

RODRIGO A. REGLERO PEÑA

CAPÍTULO I

Calibán

Caminaba en silencio por las largas dependencias de su pequeño reino. Allí era el rey, el amo del más selecto club de fantasías sexuales e intercambio de parejas del país. Un club con socios que pagaban una altísima cuota con el fin de controlar lo que allí sucedía, pero donde todo podía suceder en materia sexual. Pero eso sí, bajo sus reglas, porque él nunca hubiera permitido que en su reino alguien rompiera sus normas. Era un sitio de calidad, donde los seres humanos que traspasaban sus lindes cumplían a rajatabla cada una de esas reglas. Sobre todo, la de la libertad. Nadie era coaccionado a hacer nada que no quisiera. Y nadie entraba a la fuerza o sobornado de alguna manera. Y precisamente, allí estaba, cabreado hasta la médula, porque ahora le tocaba lidiar con un tocapelotas que había roto una de sus normas: intentar forzar a una de las camareras. Y encima era uno de los porteros del local. Había mañanas que simplemente le tocaban las pelotas, y esta era una. Todos sabían que las chicas no se tocaban, si ellas no querían que las tocasen. Todas eras espectacularmente bellas, todas de al menos metro setenta y largas y estilizadas piernas. Todas tenían un tipo estupendo, pues iban vestidas con corpiño, ligueros y medias de rejilla. Ese era el uniforme del local para las camareras y las chicas que atendían las necesidades de los clientes. Pero no las sexuales. Porque en aquel club la mayoría de los que entraban lo hacían con alguna pareja, ocasional o fija, o señoritas que eran socias y querían un sexo libre y sin complicaciones. Y por eso las trabajadoras no se tocaban. Nunca. A no ser que ellas quisieran. Todas tenían largas melenas leoninas, cada una de un color diferente. Las había morenas, rubias, pelirrojas e incluso una tenía el pelo de color rosa chicle. Había una oriental y una mulata brasileña espectacular. Y todas tenían generosas curvas y pecho exuberante. Porque era lo que a él le gustaba. Las mujeres voluptuosas de generosas proporciones. Nunca le habían gustado delgadas, aunque en su cama había habido mujeres de todas las clases. Tantas que ya había perdido la cuenta.

Cuando había atravesado las puertas de *“El Purgatorio”*, el nombre de su reino ya sabía lo que había sucedido pues por algo tenía ciertos poderes que iban intrínsecos a su rango. No, él no era un hombre como todos los demás. Él era un demonio de un alto rango. Y aunque a ojos de la humanidad tenía que adoptar una forma humana normalizada, en privado tenía otros atributos típicos de un demonio de su estirpe. Porque él, Calibán el Grande, o Calibán Insignu, Calibán el Distinguido, era un demonio del fuego y la batalla, con cinco legiones de demonios a su cargo, y se había distinguido siempre, desde tiempos ancestrales en multitud de batallas contra el bien. Hasta que se cansó, hacía ya unos años, y se ganó a pulso su relativa libertad para hacer lo que le diera la gana. Un retiro al mundo de los humanos en forma de empresario de un club de sexo pervertido, lascivo y divertido. Pero libre. Una cosa era la seducción siempre divertida, intentar llevar a alguien al lado oscuro del pecado y del placer, y otra cosa era forzar. Eso no podía soportarlo. Tenía muchos años, era demasiado viejo para consentir ciertas cosas. No en su reino.

Siguió caminando por las largas dependencias, cada vez con más cabreo, hacia su despacho, vestido con unos vaqueros que le quedaban ajustados, mostrando un perfecto trasero y una camisa de seda negra semi abrochada que mostraba un pecho bien torneado, sublime. Tenía la piel color canela, de una tonalidad algo más fuerte que la media. Y era alto, un metro noventa y cinco de pura fibra y músculos bien definidos. Una larga melena que siempre recogía en una coleta, un moño e incluso dos trenzas que no le restaban ni un ápice de virilidad, y una barba de tres o cuatro días que le quedaba perfecta en aquel rostro bello, varonil y anguloso. Y unos ojos del color del ámbar, que cuando se excitaba o enfadaba podían llegar a parecer amarillos brillantes. Como ahora.

Hoy se había cogido dos trenzas, y las dos, del color del chocolate caliente reposaban sobre sus hombros, dispuestas como él, para la batalla.

Pero esta batalla sería muy fácil de ganar.

Entró en su despacho, una habitación amplia con un sofá cama, aunque rara vez se quedaba allí a dormir, pues en el propio local tenía su habitación privada, exclusivamente para él, un armario con algo de ropa, una amplia mesa con sillas ergonómicas y un ordenador, así como material de oficina. También un mueble bar con botellas y vasos. Su refugio.

Cuando entró Saura estaba allí. Su amiga, su compañera en miles de batallas durante más de dos mil años, su mano derecha, la súcubo a la que confiaría toda su vida, todo cuanto él era, la única que le había seguido como había hecho siempre cuando él había decidido marcharse, abandonar el averno para empezar una nueva aventura, la única que lógicamente conocía su verdadera condición. Nadie más sabía quiénes eran ellos. Lo único que veían era una pareja muy atractiva y exótica. Ella era muy bonita, con una piel color avellana y unos grandes ojos color violeta. Era alta, no tanto como él, pero mucho más que la media, y sus formas bien definidas.

Cuando le vio entrar ya sabía que venía encendido. Le conocía bien para adivinar sus emociones, y la de hoy era caliente, muy caliente.

—Buenos días —le dijo Saura.

—Hola.

Y se sentó en su despacho, mirando a la súcubo con atención. Ella enseguida supo que le estaba dando margen para que le contara cómo se habían desarrollado los hechos.

—Se excedió, está claro. Entró cuando estaban recogiendo todo al final de la noche. Pilló a Laura en los vestuarios, cuando se estaba cambiando de ropa para marcharse. Ella tuvo la mala suerte de estar sola, siempre es la última que termina...y la intentó forzar. Los gritos alertaron a Saúl y a mí, que nos dirigimos hacia los vestuarios. Cuando llegamos él estaba encima de ella en el suelo, intentando besarla. Laura tenía la blusa desgarrada y un golpe en un ojo. Le había dado un puñetazo para que se callara. Le apartamos enseguida de ella y le encerramos en la mazmorra. A ella intentamos calmarla y llamamos a nuestro médico de confianza para que le inyectara un calmante. Le había dado una crisis de ansiedad. Saúl la llevó a casa y la cuidó Jennifer, ya sabes que la camarera y ella comparten piso. A Laura le he dicho que se tome unos días libres, los que necesite, que no se le van a descontar del sueldo, y que ya nos encargábamos de él. No ha preguntado cómo. Eso es todo a grandes rasgos.

Saura esperó a que él hablase, pero parecía sumido en sus propios pensamientos. Pasaron unos largos segundos que a ella se le habían hecho eternos. Parecía una estatua de sal, fija la mirada en

algún lugar lejano. Ella sabía que se estaba intentando controlar.

—Ha roto las reglas. —dijo al fin.

—Y debe pagar por ello —concluyó Saura.

—¿Dónde está esa rata? ¿En la mazmorra?

—Sí.

—Pues vamos.

Se levantó con la agilidad de un felino y caminó hasta las escaleras que le llevaban a su particular inframundo, seguido de cerca por la súcubo. Descendieron hasta el pasillo donde estaban las mazmorras, lugar que utilizaban para algunos clientes exigentes que necesitaban un espacio que reprodujese las antiguas cárceles medievales. Cuando abrieron con su llave la puerta se encontraron con el individuo hecho un ovillo sobre sí mismo, atado a una columna de pies y manos. Ya no quedaba nada de la soberbia de antaño en él. Ahora parecía más bien un animal acorralado y temeroso que sabía lo que le esperaba.

—Yo...lo siento, Calibán. No quería...

—No hables —y le dijo estas dos palabras con tal determinación en la voz que el deshecho se calló inmediatamente—. No se te ocurra hablar al menos de que yo te lo exija. Tú ya no puedes decir nada.

El deshecho se echó a llorar y a Calibán aquello le pareció la gota que colmó el vaso. No soportaba la cobardía, era superior a sus fuerzas.

—¡Ten al menos un poco de dignidad! —gritó atronando las cuatro paredes con su profunda y grave voz.

—Levántate —le exigió ahora Saura.

Se levantó a duras penas y los miró con mirada suplicante.

—¿Tienes una ligera idea de lo que te va a pasar? —Le preguntó poniéndose más cerca de él.

—No. Yo...

—¡Silencio! No lo repetiré más... En un momento vas a freírte como una sardina y después te enviaré con mi padre, donde arderás por toda la eternidad. ¿Qué te parece el plan?

El individuo se le quedó mirando sin entender muy bien, pero entonces tanto Saura como Calibán abandonaron su forma humana y los dos mostraron sus verdaderos atributos. Crecieron sus músculos y sus estaturas y unos cuernos en forma de espiral como los de los machos cabríos les asomaron por las sienes retorciéndose hacia abajo. Una larga cola terminada en una uve les asomó chasqueando el aire, como un perfecto látigo. Su piel adquirió una tonalidad más cercana al granate y antiguos y extraños tatuajes les recorrió todo el cuerpo. La ropa quedó hecha jirones a sus pies. El deshecho se meó en sus pantalones.

—Ahora sí... ¿tienes algo que decir? —Preguntó Calibán.

Pero el deshecho no podía hablar. Se había quedado en shock.

—¿No? Entonces procedamos. Adelante, Saura.

Y antes de que el susodicho pudiera decir nada, de las manos de la súcubo emergieron dos bolas de fuego que mantuvo en las palmas de la mano, sonriéndole de una manera algo sádica.

—¡No, por favor! —Acertó a decir.

—Arderás en el infierno —le espetó el demonio—. Por toda la eternidad. Dale recuerdos a mi padre.

Y dicho esto Saura le envió las dos bolas de fuego, las cuales comenzaron a crecer exponencialmente y el deshecho humano comenzó a arder entre agónicos gritos.

—Menos mal que estas paredes están insonorizadas— replicó Calibán mirando a Saura.

—Fue una suerte que se te ocurriera. —le contestó ella.

—Mis clientes se merecen privacidad.

—Y nosotros.

—Por supuesto. Bueno, hemos terminado aquí. Tendrás que limpiar todo esto —Dijo volviendo a su forma humana, observando las cenizas en las que se iba convirtiendo el despojo.

—Estás desnudo —le dijo ella cuando advirtió que iba a salir por la puerta.

—No soy pudoroso, ya deberías saberlo. Arriba tengo ropa. ¿Y tú?

—Siempre voy prevenida. Tranquilo.

—Pues vayámonos. Este despojo huele a cerdo quemado.

Y sonriendo, Saura lo siguió afuera, donde desnudos subieron la escalera camino a su despacho en el caso de Calibán y de los vestuarios en el caso de Saura.

—Nadie rompe mis reglas —le oyó decir Saura cuando había alcanzado la puerta de su despacho.

Y a ella no le cupo duda de ello.

La mañana no había comenzado con buen pie, pensó Calibán mientras se vestía de nuevo con otro vaquero azul desteñido y otra camisa de seda negra. Pero deseaba que el día fuera mejorando. Se despidió de Saura y le dijo que a la noche volvería, pues era noche de celebración en el club. Se trataba del décimo aniversario del local, y habían invitado a todos sus socios a una velada muy especial. Un baile de máscaras. Les habían señalado que todos debían asistir de etiqueta, y les reservaban sorpresas que aún no habían sido desveladas. Salió del local, dándole los rayos de sol de la incipiente y recién estrenada primavera en la cara, y ya iba a alcanzar su deportivo, un Lamborghini Diablo del 93 de color rojo, como no podía ser de otra manera, cuando vio a escasos cien metros cómo una pareja discutía. Él, más corpulento que ella, la tenía sujeta por el antebrazo, y ella gritándole le pedía que la soltara. Calibán sopesó si acercarse y estaba decidido a no meterse cuando vio cómo el tipo la agarraba con tanta rabia que la lanzó contra la acera. Ella cayó como una muñeca desmadejada, golpeándose en la cabeza.

Calibán no pudo soportar aquello y se acercó hasta ellos, llamando la atención del tipo.

—¡¡Eh!! ¡¡Tú!! ¡¡Quita tus sucias manos de ella!!

—¿Y tú quién eres, Superman?

—No, soy el tipo que va a partirte la cara si no desapareces y la dejas en paz.

—Mira, tío, no te metas donde no te llaman —dijo el tipo haciendo ademán de levantarla agarrándola del brazo.

Calibán pensó en lo estúpidos que eran los humanos, que no veían lo que se les venía encima muchas veces. Aquel tipo, tan estúpido se estaba cavando su propia tumba.

—Señorita —le dijo Calibán— ¿Quiere ir con él?

—No, no quiero. Me duele la cabeza...

—Muy bien, cariño —dijo el tipo— arreglaremos nuestras cosas en casa...

Se la iba a llevar cuando Calibán le paró. Antes de que se hubiese podido dar cuenta cómo, le había apartado de la mujer que parecía desorientada.

—Ella no va contigo. Ya lo has oído. No quiere.

—¿Y vas a ser tú quien me lo impida?

—Sí —contestó el demonio muy seguro de sí mismo.

El individuo fue a volver a coger a la mujer, pero la paciencia de Calibán se había agotado y le dio un puñetazo con tanta fuerza que le desplazó un metro y medio.

—¡Pero tío, tú de qué vas! —dijo levantándose del suelo, sangrando por la nariz.

—¿Qué? ¿Quieres volver a probar suerte?

Pero no se atrevía a acercarse a él, por el contrario, se dio media vuelta y ya se alejaba cuando gritó:

—¡Ya nos veremos, Galatea, esto no va a quedarse así! ¿Me oyes?

Pero Galatea estaba muy lejos de allí, absolutamente desorientada por el golpe en la cabeza.

Cuando el tipo había desaparecido, Calibán se acercó a ella. Y entonces la observó con detenimiento. La piel morena, los labios carnosos, la suave melena negra cayendo por su espalda, los pechos grandes y sus profundos ojos color azabache le hipnotizaron, pero fue su olor, el que percibió cuando la tuvo tan cerca, lo que le mató. Olía a una mezcla explosiva. Olía a lluvia y a limón dulce, y su miembro viril comenzó a amenazarle con explotar el botón del pantalón. Calibán, por un momento, se quedó desconcertado y la agarró por los brazos con suavidad para que le mirase a los ojos.

—¿Está bien? ¿Puede caminar?

—Me he torcido un tobillo —acertó a decir ella clavándole aquellos ojos oscuros en el alma.

—¿Me permite cogerla en brazos? La llevaré a mi local, está ahí mismo, allí podremos analizar con tranquilidad sus heridas. ¿Me permite?

—Sí —acertó a decir por fin Galatea.

Calibán la cogió sin ningún esfuerzo, pasando una mano por sus corvas y otra por la espalda y así, como si llevara un vestido de gala la introdujo en “*El Purgatorio*”.

CAPÍTULO II

Galatea

En realidad, no sabía qué era lo que le había sucedido. Lo único de lo que sí se había percatado era del maravilloso ejemplar de macho ibérico que se intentaba comunicar con ella. De eso y del perforante dolor de cabeza que amenazaba con taladrarle las sienas.

—¿Me permite cogerla en brazos? La llevaré a mi local, está ahí mismo, allí podremos analizar con tranquilidad sus heridas. ¿Me permite?

Y entonces se fijó en sus enormes y misteriosos ojos. Unos ojos de mirada profunda y escrutinadora de un extraño color ámbar. Unos ojos que la miraban como si no la creyeran.

—Sí —acertó a decir.

Y aquel hombre le cogió de las piernas con una mano y de la espalda por otro, llevándola como si ella no pesara más que una pluma. Y sí pesaba, de hecho, a ella siempre le había parecido que estaba pasada de kilos. Pero él no parecía hacer ningún esfuerzo y la llevó por aquella calle adelante, sin quitarle la vista de encima. Fue entonces cuando sufrió un ligero mareo y su cabeza se apoyó involuntariamente en su pecho. Un pecho duro como el granito con un olor...sí, un olor muy característico que le nubló el sentido mucho más que el golpe. Olía a madera de sándalo y a especias tostadas. Además, estaba caliente, muy caliente, y a ella todo él le estaba obnubilando. No quiso ni pudo mirarle, porque sabía que si lo hacía perdería la cabeza por completo, entraría en la celda de sus ojos por toda la eternidad. Así que permaneció así, con la cabeza recostada y con los ojos cerrados, oliendo aquel perfume de su cuerpo que le embriagaba por completo. ¿De dónde había salido ese hombre?

A los pocos instantes la introducía en un local, pasando por pasillos extrañísimos de colores rojos y violáceos. Estancias de lo que parecía una discoteca de diseño con ambientación dieciochesca. Distintos ambientes de sillones preciosos y mesas para depositar bebidas. ¿Dónde estaba?

Y después abrió una puerta, y entraron en un despacho. La depositó con cuidado sobre un sofá convencional.

—Ya hemos llegado —dijo al fin—. Aquí podrá descansar. ¿Me da permiso para descalzar su pie? Así podré ver si lo tiene roto...

—Claro —dijo muerta de la vergüenza, de repente.

—Si le hago daño, quéjese.

Y se dispuso a quitarle el botín de tacón y la media, dejando el pie al aire. Lo cogió con las dos manos y lo tocaba para ver si había lesiones. Calibán observó aquel pie con atención. Le encantaban los pies femeninos, le encantaba masajearlos, chuparlos y tenerlos en la boca, mientras los lamía...pero aquellos pensamientos le estaban martilleando la cabeza e intentó evitarlos. Galatea le observaba con el rostro teñido de rojo. Menos mal que se había hecho la pedicura aquella mañana y se había pintado las uñas de blanco. Aquel hombre la tocaba el pie de una manera tan excitante. Y entonces la miró a los ojos con todo el infierno amenazándola en sus

orbes, y ella emitió un involuntario jadeo que a él no le pasó desapercibido. Sabía que ella estaba excitándose, lo olía, para ello contaba con siete u ocho sentidos más desarrollados que la media. Pero volvió al pie e intentó centrarse en lo que tenía que hacer. Comprobar si había lesiones, se repitió. Cuando tocó el tobillo, Galatea dio un respingo de dolor.

—Ahí sí que duele... —dijo en apenas un susurro.

—Se ha retorcido el tobillo. Parece un pequeño esguince. Permanezca con el pie en alto. Voy a llamar al médico. —dijo incorporándose y soltando el pie, a su pesar. Podría haberlo estado acariciando por los siglos de los siglos.

—¿Dónde estamos?

—En mi local, “*El Purgatorio*”.

Había oído hablar de aquel lugar. Era un club de sexo del que todos hablaban, pero al que nadie había entrado. A ella aquel sitio le generaba curiosidad y durante un tiempo estuvo intentando averiguar sobre él, pero a todos a los que preguntaba le contestaba lo mismo: que lo conocían de oídas pero que no habían entrado. Luego se enteró de que era un local exclusivo, al que solo podías acceder si eras socio.

—Ah, eres el dueño...

—Sí. Pero hayas oído lo que hayas oído sobre él, seguro que es mentira.

Entonces alguien llamó a la puerta, el hombre dijo “adelante” y entró la mujer más sexi y exuberante que había visto en su vida. Tenía la piel del color del chocolate con leche y unos ojos de un color violeta imposible.

—Ah, hola. Creí que estabas solo...oí ruido y me pareció que habías vuelto.

—Saura, por favor, llama al médico para que venga.

Y la mujer salió asintiendo.

—Disculpe —dijo con un tono de voz grave de lo más sexi—. ¿Se llama Galatea?

—Sí, ya sé que no es un nombre muy convencional. Nadie lo ha oído nunca...

—Yo sí.

Y le miró a los ojos amarillos, que la observaban con una mirada penetrante y felina.

—¿Ha conocido a alguien que se llamase como yo?

—Sí, varias...he de decir a honor de la verdad que nunca en España. Conocí hace años una que era griega, y hace más años todavía a otra italiana.

—Pues es curioso, creí que la única a quien se le había ocurrido semejante excentricidad había sido a mi madre.

—Pues no...además es un nombre que siempre me ha generado simpatía.

—¿Por qué?

—Por su historia evidentemente.

—¿La conoces?

—La historia del rey Pigmalión que se enamora de la estatua que él mismo esculpe, y a la cual la diosa Afrodita transforma en mujer, compadeciéndose de la tristeza del rey...

—¡Ah! Pues sí que la conoces...

—Por cierto, mi nombre es Calibán.

—¿Calibán? Como el personaje de “*La Tempestad*” de Shakespeare.

—Exactamente —dijo sonriendo.

Miró a sus labios gruesos, perfectos y aquella sonrisa que le derretía el alma por momentos. ¿Qué le estaba pasando? ¿Aquello era fruto del golpe en la cabeza?

—¿Por qué le increpaba ese hombre? —preguntó Calibán de golpe.

—Es una larga historia...

—Tenemos tiempo hasta que venga el médico.

—De hecho debería marcharme, ya te he molestado suficiente.

—Ni hablar, no estás en condiciones de salir de aquí...no lo voy a permitir. Mira, Galatea, ¿puedo tratarte de tú?

—Por favor —contestó. —Por supuesto.

—Digamos que soy un caballero a la antigua, no voy a dejar que te vayas hasta no tener la certeza de que estás segura y en condiciones físicas.

—¿Por qué?

—Porque...soy tu ángel de la guarda —Mintió. No podía decirle que su alma le había tocado de un modo que nadie, hacía mil años, conseguía.

Galatea se le quedó mirando con asombro, no entendía de dónde nacía ese interés por ella, cuando parecía que en realidad no le importaba a nadie. Primero su jefe la despide del bar por llegar tarde, hecho que pasó porque el desgraciado de su novio le había dejado para marcharse con su dinero, que compartía en una cuenta bancaria con él, y después aquel estafador que le reclamaba el dinero que su ex le había dejado a deber. Eso sin tener en cuenta que había dejado una buena deuda en tiendas y grandes almacenes a su nombre. Pero ya había conseguido dar de baja las tarjetas y denunciar a ese malnacido para que le cayera todo el peso de la ley. Y ahora, allí estaba, sin trabajo, sin dinero, sola, sin nadie que pudiera ayudarla. Y sin embargo a aquel tipo parecía que le importaban sus problemas. Se echó a llorar. Calibán se le quedó mirando sin comprender. Normalmente no soportaba ver llorar a nadie. Le ponía triste. Pero aquella mujer le enternecía. No se entendía en absoluto.

—Lo siento —logró expresar—. Es que últimamente nadie se preocupa tanto por mí. Y me ha emocionado que lo haga un desconocido. Le estoy muy agradecida.

Calibán le acercó un pañuelo de papel que ella recogió con su delicada mano, y sus dedos meñiques se rozaron, apenas un segundo, pero fue suficiente para que ella sintiera la oleada de calor que le atravesó el vientre, y le puso alerta.

—¿Qué hemos dicho de tratarnos de tú? Quiero que me tutees. Por favor.

—Por supuesto. Gracias, Calibán.

Cuando ella le nombró, se le erizaron los vellos de todo el cuerpo, y tuvo que sentarse detrás de la mesa del despacho para que ella no notase su creciente erección que amenazaba con reventar los pantalones.

—Cuéntame qué te pasa.

Galatea se limpió las lágrimas y sopesó la idea de contarle lo que le ocurría. Al fin y al cabo, era un desconocido, sí, pero también algo la empujaba a confesarse, a contarle todo lo que le había sucedido en las últimas jornadas. Aquellos ojos invitaban a muchas cosas, entre otras la hipnotizaban para hacer su voluntad.

—Bueno, a grandes rasgos, la semana pasada fue la peor de mi vida. Mi novio, bueno, mejor dicho, el que hasta ese momento fue mi novio me abandonó, llevándose todo el dinero que teníamos en la cuenta conjunta y dejándome una deuda en compras en tiendas exclusivas por una

cantidad desorbitante. Eso sin contar con que estuvo jugando en un casino y perdió, pero me ha endosado la deuda a mí. Ese tipo que me perseguía, cuando tú me has salvado, me estaba reclamando el importe. Y no son de los que esperan...son de los que si no les pagas te rompen las piernas. Y por último mi jefe me ha echado del trabajo. Trabajaba de camarera en un bar. Ese es un resumen bastante sucinto de todo lo que me ha pasado en los últimos doce días...No sé qué hacer.

—Lo primero, dar de baja la cuenta bancaria.

—Ya lo he hecho.

—Después ocuparnos de esa rata.

—Ya le he denunciado a la policía.

—La policía tardará meses en dar con él, si es que lo hace. Y a ti te corre prisa, ¿no?

—Me ha llegado una orden de desahucio de mi casa. Tengo que dejarla la semana que viene.

—Bueno, lo primero que tenemos que hacer es encontrarte un trabajo y un lugar donde vivir.

—Bueno, puedo ir a casa de alguna amiga...porque donde mi madre ni se me ocurriría. No quiero que se entere de esto. Además, vive lejos.

—Del trabajo me puedo ocupar yo.

—¿Cómo?

—Necesito una camarera. Precisamente tengo a una chica de baja, no sé cuándo se podrá incorporar.

—¿Para este lugar?

—Sí.

Galatea tragó saliva. Podía trabajar de camarera, eso sí que podía, pero no podría hacer ningún “trabajito sexual” si es que entraba dentro del contrato. Calibán leyó sus pensamientos y sonrió levemente.

—Galatea...te estoy ofreciendo trabajo de camarera. Nada más. Aquí las camareras solo sirven bebidas y se ocupan de acompañar a las clientas a los vestuarios de clientes, o de traerles ropa u objetos que demanden para sus sesiones de placer... Son camareras y chicas de los recados. Nada más. Las chicas que trabajan en mi local no se tocan. A no ser que ellas quieren que se las toque, por supuesto...

A Galatea no le pasó desapercibido el tono que él había utilizado al final de su discurso, bajando dos octavas en gravedad en su voz y mirándola de aquella manera tan felina. Dios, ¿cómo se podía estar tan bueno?

—Pero este sitio parece tener mucha clase, y yo no sé si serviré para esto.

—Servirás, después de que aprendas algunas cosas que Saura te enseñará.

—¿Saura es la chica que ha entrado antes?

—Sí

A Galatea se le empezó a formar un nudo en el estómago. Si todas las camareras allí eran tan guapas como aquella mujer, ¿cómo podría ella trabajar allí? Sería como la hermana fea de la princesa, pensó. Calibán leyó de nuevo sus pensamientos y no dio crédito ante su inseguridad. Aquella mujer con su larga melena y aquellos ojos profundos como pozos sin fondo se cuestionaba su físico. Si ella supiera lo que le estaba ocasionando en sus emociones, no se lo creería.

—Galatea... —ella le miró—. Tienes un físico espectacular. Puedes compararte con cualquiera de ellas. No hay nada de ti que no me parezca atractivo.

Galatea sintió que toda la sangre ocupaba sus mejillas. Nadie le había dicho nunca algo así. No dijo nada, no podía.

Entonces llamaron a la puerta. Y después esta se abrió, dejando pasar a Saura junto a un caballero canoso entrado en años.

—El médico —dijo Saura colocándose de pie junto a Calibán.

Calibán se levantó y le dio la mano al médico, que enseguida se percató de quién era quien necesitaba sus servicios. Este le explicó que se había dado un golpe en la cabeza y que se había torcido el tobillo. El médico comenzó a explorarla. Saura y Calibán permanecían en pie en silencio, esperando un diagnóstico. Saura miraba de reojo a Calibán, pues no se le escapaba la olla de emociones en las que se había convertido su viejo amigo, y la sorprendía, claro que la sorprendía, pues probablemente haría como quinientos años o más que no le veía de ese modo. Sonrió para sus adentros y continuó mirándole sin podérselo creer. Al cabo de unos minutos el médico se acercó a ellos.

—El golpe en la cabeza parece leve. No hay herida sangrante, ni vómitos ni pérdida de memoria. Ella dice que se mareó un poco y que estaba ligeramente desorientada nada más recibir el golpe, pero no ha perdido la consciencia y ahora está orientada. El dolor de cabeza está remitiendo. Le he dado un paracetamol. Si persistiera, deberá ir al hospital para que le hagan un escáner. Si vomita, pierde la consciencia o notas algo extraño tiene que ir. Como es por la mañana, no deberá dormir hasta las doce de la noche. Por si acaso. Por lo demás, no lo veo de gravedad. El tobillo presenta un pequeño esguince. Deberá estar con el pie vendado una semana en alto, de reposo. Por lo demás, no veo nada grave.

—Gracias, Marcelo. Pues puedes marcharte.

—Si necesitas algo ya sabes dónde estoy.

—Por supuesto, pero entre lo de anoche y lo de hoy, espero no tener que llamarte en unas semanas.

Y Marcelo se marchó acompañado de Saura. Se volvieron a quedar solos.

—No sé qué voy a hacer. No puedo estar una semana sin mover el pie...Necesito trabajar.

—Hagamos una cosa...vendrás a mi casa y te quedarás allí esta semana. Durante esta semana aprenderás de memoria los cócteles que servimos en nuestro local y las cosas que Saura te mande aprender. Yo me ocuparé de tu deuda, y después trabajarás para mí.

—Si te ocupas de mi deuda, deberé trabajar para ti gratis durante los próximos veinte años.

Por lo menos.

—Me ocuparé de tu deuda y ya hablaremos de cómo me lo devuelves. Así podrás conservar tu casa y esos usureros no volverán a molestarte.

—¿Por qué?

—Por qué, ¿qué?

—¿Por qué me ayudas?

—Porque soy buena gente, y no me gusta nada que haya quien se crea con poder para abusar de los más desfavorecidos. Es más, lo odio. Y porque hay gente que se merece una patada en el culo y a mí me encanta dárselas. Eso es todo, no hay más motivos —concluyó mintiendo.

Galatea lo analizó y sopesó sus palabras. Estaba acorralada, sí, pero aún tenía dignidad, había cosas por las que no estaba dispuesta a pasar.

—Hay algo que debemos aclarar si digo que sí...

—Tú dirás.

—No voy a ejercer de prostituta aquí. No voy a hacer ningún servicio sexual, no me puedes chantajear con eso...

Calibán la miró ofendido.

—Vamos a aclarar las cosas, porque parece que no han quedado lo suficientemente claras. Tu trabajo consistirá en servir bebidas y llevar los objetos que te demanden. Acompañar a las diferentes salas a las parejas para que se sientan a gusto y como en su casa. En llevar las bebidas que se te pida a las distintas dependencias. Y nada más. Nadie va a exigirte que hagas algo que no quieras hacer o que sea vejatorio o humillante. No lo consentiría nunca. Y si algún cliente se excede, por muy selecto que sea, sale por la puerta y no vuelve más. Todo el mundo tiene derecho a pedir con educación lo que quiere, y todo el mundo tiene derecho a negarse y a que no haya consecuencias por ello.

—Pero vas a pagar mi deuda, y es mucho dinero. No voy a poder devolvértelo en la vida...

—Pero no voy a pedirte que te acuestes con los clientes por ello. Ya hablaremos de eso más adelante. Seguro que se nos ocurre la manera en que me lo devuelvas...

Galatea no las tenía todas consigo, pero no le quedaba más opción que aceptar. Estaba entre la espada y la pared por culpa de Diego, su ex.

—Está bien —dijo en alto, extendiendo su mano hacia él. Calibán la miró antes de tomarla entre sus manos y se la acercó para aspirar su aroma sin poderlo evitar—. Trato hecho.

A Galatea un millón de hormigas ascendieron por sus piernas, para morir en su sexo, provocándole una urgente necesidad. No se había sentido así nunca. Se miraron a los ojos como nunca nadie se había mirado. Él parecía adivinar sus pensamientos, pero antes de que cometiera una locura, lanzándose a por su boca, se apartó de ella y volvió a retroceder hasta donde estaba antes.

—Entonces trato hecho —dijo dándose la vuelta para que ella no pudiera notar su turbación.

Galatea permaneció en silencio, con una sensación de vértigo y de temor que no había experimentado nunca. Calibán se percató de su angustia y volvió a mirarla. —¿Qué sucede?

—Tengo una extraña sensación...

—¿A qué te refieres?

—No sabría explicarlo.

—Inténtalo.

Y entonces Galatea le miró a los ojos ambarinos, hechizándose por ello, y luego a su boca, a sus labios que se moría por besar. Ella no era así. Nunca se sentía así por ningún hombre que la hubiera cortejado. No sabía muy bien por qué, pero tuvo la necesidad de decirlo en voz alta.

—Tengo la sensación de haber hecho un pacto con el diablo.

Y Calibán esbozó un amago de sonrisa y suspiró.

Tenía su gracia. Ella nunca sabría lo acertada que había estado en aquel momento. O tal vez sí. Nunca se sabía. Se levantó y se miró en el pozo de sus ojos.

—Tengo que advertirte una cosa.

—¿Qué?

—Los tratos que yo hago son inamovibles. Mi palabra es ley.

Y a Galatea un escalofrío le recorrió el cuerpo. Y la verdad, es que no sabía si se sentía halagada, salvada o lanzada sin piedad a un túnel sin fin.

Pero en el fondo de ella, inexpugnable, se hacía paso a trompicones un sentimiento que la aceleraba el corazón y la llenaba de dicha sin fin. El deseo. Deseo de quedarse junto a ese hombre y que le hiciese pagar su deuda como quisiera. Que fuera lo que Dios quisiera. O el Diablo.

CAPÍTULO III

La gota de agua caprichosa

Galatea se sentía genial en aquella sublime habitación, tumbada en la cama. Era más grande que toda su casa junta. La casa era una antigua villa señorial de más de quinientos metros cuadrados con piscina, pista de tenis y jardines con fuentes grecorromanas y románticas. Nunca hubiera imaginado ver tanto arte por los pasillos. Cuadros famosísimos, estatuas antiquísimas. Esa casa tenía que valer una fortuna.

Tenía una habitación cuyo balcón daba a la piscina, pero le habían prohibido levantarse de la cama a no ser que fuera para ir al baño. Porque esa era otra. Tenía un baño para ella sola, con ducha de hidromasaje y jacuzzi. Más grande que la habitación, si cabía.

Y a su lado, en la cama, le habían dejado el mando de la televisión, la libreta con todo lo que tenía que aprender durante aquella semana y el comunicador para pedirle al ama de llaves lo que necesitase. Sí, también tenía ama de llaves, una sonrosada mujer bonachona de unos cincuenta y cinco años, que se había mostrado muy amable con ella.

No como Saura. Galatea sabía que sería su jefa, pero también sabía que ella no le caía bien a la morena. Y eso le producía resquemor. ¿Sería la novia de Calibán? ¿Su amante, quizá? Aquellos pensamientos la atormentaban, y en realidad no sabía por qué la atormentaban tanto. Al fin y al cabo, se acababan de conocer. Pero, aun así, sentía a aquel hombre muy cercano, como si le conociese de toda la vida. Y luego estaban las emociones que le provocaba. Puro fuego en sus entrañas. Tendría una larga semana para pensarlo, una semana para aprenderse todos los cócteles y las normas. Y luego, vería qué hacer.

Calibán estaba en su despacho, inmerso en sus papeles para no pensar demasiado en aquella humana que había dejado en casa a cargo de la Sra. Sánchez. Le embutía la cabeza, se la drenaba por completo cuando estaba cerca de ella. Creyó que llevándola a su casa estaría más protegida, pero no contó con que su olor lo impregnara todo de tal manera que le costara incluso respirar. Sí, respiraba. Como si fuera humano, para ello había tenido que dejar que le arrancaran las alas. Sus alas.

Respiró profundamente y llamaron a la puerta. Acto seguido, Saura entró.

—¿Puedo hablar un segundo contigo?

—Adelante, Saura —le dijo dejando los papeles a un lado y mirándola fijamente.

—Estoy desconcertada.

—¿Y se puede saber por qué?

—Por la humana. Hacía años que no te veía así, de hecho, creo que no te había visto así nunca.

—¿Cómo?

—La deseas.

—Ah, ¿sí?

—Vamos, Calibán... Sé leer las emociones... igual que tú.

—No es tu problema.

—Técnicamente sí lo es. Somos hermanos, Calibán. Te he seguido siempre sin rechistar. He atajado tus órdenes a cada momento en el campo de batalla y fuera del campo de batalla sin cuestionar nunca tus razones...pero ahora no te reconozco.

—Si no me has cuestionado en ciento cincuenta mil años no lo hagas ahora, Saura.

—Perdí mis alas por seguirte, Calibán. No quiero que lo echés todo a perder por una humana que no merece la pena.

—Tranquila, sé lo que hago. Lo tengo todo controlado.

—¿Y por eso estás aquí escondido, retraído casi con tal de no ir a casa y enfrentarte con ella?

—Saura... métete en tus asuntos. Ah, y llama a los chicos, tengo un encarguito que mandarles.

—¿Y se puede saber cuál será?

—Voy a pedirles que se encarguen de cierto individuo que estaba agrediendo a Galatea esta mañana. Y tú quiero que pagues todas las deudas que tenga. De hipoteca, de tiendas, todo lo que el desgraciado de su ex le haya endosado.

—¿Por qué?

—¿Es tu dinero, Saura? No, es el mío, ¿verdad? Pues no me cuestiones. Obedece.

—No es por el dinero, Calibán. Te sobra para vivir quince vidas de lujo...pero ¿qué tiene ella tan especial?

Calibán sopesó sus palabras. No estaba seguro de lo que tenía que responder, porque no estaba seguro de qué era lo que le subyugaba de esa humana. Se había enamorado otras dos veces de dos humanas. Una hacía más de cuatro mil años, de una hermosísima princesa persa. Y luego, más tarde, en el siglo XVII, de una veneciana que le había vuelto loco con sus encantos. Pero lo que sentía por esta mujer no se le parecía en absoluto. Necesitaba tenerla cerca, oler su piel, acariciarla, necesitaba mirarse en sus pupilas y sentir que el tiempo podía pararse. ¿Eso era deseo? No, no lo sabía. No podía responder esa pregunta.

—No estoy preparado aún para responder a eso, Saura. No lo sé.

Saura le miró a los ojos amarillos fluorescentes y supo que era por el deseo que lentamente iba corroyéndole. Y se preocupó por ello.

—Bueno —dijo finalmente la súcubo—. Haré lo que me has pedido. Y después tendré una paciencia infinita con ella mientras le enseño todo lo que tiene que aprender para trabajar aquí.

—Y yo te lo agradeceré. Como siempre, mi pequeña súcubo.

—Anda, zalamero. Solo te voy a pedir una cosa. Ya has perdido tus alas. No pierdas ahora tu cabeza. ¿De acuerdo?

—Te lo prometo. Ve a hacer lo que te he pedido, anda. Y prepárate para la fiesta de esta noche. Hoy toca diversión. No todos los años son el décimo aniversario de *“El Purgatorio”*.

—Como desees, amo —contestó de manera irónica.

Y sonriendo se marchó por la puerta, dejándole solo.

Solo y sumido en sus pensamientos. Por alguna razón lo que le había preguntado Saura, le había hecho pensar. Y pensar en Galatea le daba dolor de cabeza. En esas condiciones lo único que le aliviaba era Bach. Puso en el tocadiscos *“Bouree in e minor”* y así, sumido en la música, consiguió evadirse en sus pensamientos. El puñetero Bach era el mejor para sus sentidos.

La fiesta estaba resultando ser todo lo exitosa que tenía que ser. Calibán, con el pelo recogido en un moño samurái, frac y máscara negros vigilaba que todo estuviese bajo control. La sala

grecorromana estaba ocupada por algunos de sus más selectos socios que habían acudido allí con sus parejas o amantes, y que en aquellos momentos se estaban deleitando de los placeres sexuales más perversos y lujuriosos. Una mujer vestida de romana cabalgaba sobre todo un emperador romano sentado en su trono, mientras otra joven le ofrecía sus pechos para que los lamiera lascivamente. Un poco más allá, sobre la cama redonda dos parejas que jugaban juntas y se prodigaban múltiples atenciones, y mientras ellas jugaban solas, ellos se besaban apasionadamente mientras se masturbaban el uno al otro. Pasó por la sala del BDSM más primitivo, ocupada por amos y sumisos que exhalaban gemidos de dolor y de placer al mismo tiempo. Se oían así mismo, el sonido del látigo cayendo sobre la carne desnuda, y jadeos acompañados de alguna sumisa penetrada desde atrás por su amo. Sumisas colgadas del techo se ofrecían desnudas y abiertas para que sus amos hiciesen con ellas lo que les viniera en gana. Salas privadas ocupadas por diferentes socios con una o varias parejas. Las mazmorras ocupadas por la más lasciva de las versiones de la Inquisición interrogaban a posibles brujas y brujos que serían castigados con la pala y la cruz de San Andrés. Y después follados hasta la extenuación.

Todo estaba bajo control, pues todo estaba sucediendo bajo los parámetros que debía. Consensuado, libre, divertido.

Sonrió mientras se dirigía a una de las tres barras del local, donde Saura estaba aleccionando a una camarera sobre su manera de proceder, pues habían sido requeridas unas bebidas en una de las habitaciones temáticas y debía llevarlas. Cuando terminó y la camarera se dispuso a llevarlas, se acercó a ella.

—¿Cómo va la noche? —preguntó Calibán de buen humor.

—Perfecta. Todo está saliendo bien. Bueno, aún quedan un par de horas hasta el cierre, pero todo va bien. Por cierto, tus encargos también han sido ejecutados.

—Perfecto. Muchas gracias por tu agilidad. Voy a marcharme enseguida a casa. Esto va como debe y tú puedes encargarte del final. Por cierto, habrá algunos socios VIP que se quedarán en las habitaciones temáticas hasta que lo deseen. No te preocupes por ellos, tienen su llave para marcharse por la puerta de emergencia cuando lo deseen.

—¿No vas a disfrutar de la noche? —le preguntó Saura extrañada.

Calibán sabía a lo que se refería con eso. Saura quería saber si no iba a coger a dos o tres humanas para llevárselas a una de las habitaciones temáticas y follárselas hasta el amanecer.

—No —contestó seguro de sí mismo—. Hoy no me apetece.

—Pues será una de las pocas veces que no te apetece.

—Pues hoy es una de esas.

—¿Y a qué se debe que no te apetezca?

—Saura, Saura...no vayas por ahí...

—Muy bien, como desees. Puedes estar tranquilo. Tienes aquí al Séptimo de Caballería. Podremos con lo que sea.

—Gracias.

Y guiñándole un ojo se encaminó hacia su despacho, entrando y cerrando la puerta pues antes de marcharse tenía que coger unas cosas. Se quitó la máscara y la dejó sobre la mesa del despacho. Estaba enfrascado en sus cajones cuando oyó que la puerta del despacho se abría con sigilo y unas exuberantes piernas desnudas entraban por la puerta, unos pies hermosísimos calzados en unas impresionantes sandalias plateadas. Verónica. No podía ser otra. Calibán la miró y allí la vio, con

el deseo refulgiendo en sus hermosos ojos verdes que le miraban con descaro y promesas de sexo salvaje, acercándose como una pantera hasta su encuentro. Llevaba ya la máscara en la mano y el deseo recorriéndole el cuerpo por completo.

Verónica era una de las socias del club. Era lasciva y promiscua, pero se había encaprichado con él, y la verdad es que la rubia le había regalado alguna de las más legendarias sesiones de sexo empotrador de toda su larga existencia. No tenía fin. Podía tirarse dos o tres días follando sin parar, parando escuetamente para alguna necesidad fisiológica y para reponer fuerzas con algún alimento. Ninguna humana le había seguido nunca el juego como ella. Pero ahora la miraba y no le decía nada.

Verónica se acercó moviendo las caderas despertando a todo el puñetero infierno con ellas y mirándole como solo ella sabía y le agarró por las solapas del frac, restregándose a él. Calibán pudo notar sus duros pezones clavados en su abdomen.

—Hola, Calibán —dijo la rubia pasándose la lengua por los labios—. ¿Quieres jugar un ratito conmigo?

Calibán río. Un ratito. Verónica no sabía lo que era un eufemismo, pero estaba seguro de que ella nunca había “jugado” con nadie solo un ratito.

—Esta noche no, Verónica.

—Oh, vamos...no seas aguafiestas, solo será un ratito...tengo algo para ti.

Y entonces hizo ademán de bajarse la cremallera, y Calibán sopesó la oportunidad que se le presentaba. Qué puñetas, al fin y al cabo, él era un demonio lujurioso y sexual.

—Y... ¿qué me ofreces?

—La noche más pervertida de tu vida. —dijo deshaciéndose del vestido.

Y Calibán cedió. Pensó de pronto en aquella morena que tenía en su casa y que quizá el deseo se le pasaría si poseía a Verónica. Al fin y al cabo, Verónica siempre había sido una amante excepcional.

Y Verónica le besó en los labios, metiéndole la lengua hasta la garganta. Y curiosamente Calibán se quedó frío, como un témpano de hielo. No le produjo ninguna sensación, ni buena ni mala, como si estuviera muerto. Porque aquellos labios y aquella lengua no eran las indicadas.

Pero entonces volvió a pensar en aquellos ojos negros como noches sin luna y en aquel pelo suave y sedoso y la polla se le puso como el granito. Verónica sonrió al sentir su miembro clavado en su vientre y se agachó de rodillas para pasar su boca por él, por encima del pantalón. Pobre ilusa, pensaba que se ponía así por ella, y siguió pensando en Galatea, porque al menos aquello le hacía sentirse mejor.

—Las manos. Detrás de la espalda —rugió con su voz grave y profunda.

Y Verónica obedeció en el acto. Después Calibán se bajó la cremallera del pantalón y sacó su generoso miembro erecto y se lo puso en la boca. Verónica comenzó a lamerle, dándole suaves toques con la lengua y él cerró los ojos imaginándose otros labios y otra boca. La cabeza cayó hacia atrás, disfrutando del momento, y los ojos amarillos refulgieron en el despacho. Al cabo de un largo minuto no pudo más y agarró la cabeza de Verónica, clavándose en su boca sin piedad y se la folló. Verónica aguantaba de maravilla las embestidas, y lo alojaba perfectamente hasta la garganta, a pesar del tamaño considerable de su pene. Solo se oían los jadeos de Calibán y los empellones de su miembro golpeando su cavidad bucal. Cuando tuvo suficiente, Calibán la agarró como una pluma, levantándola del suelo y la colocó sobre el sofá boca abajo, poniéndola a cuatro

patas. Sin miramientos, la bajó el tanga y se la metió hasta los huevos de un solo golpe. Verónica gritó por la sorpresa, pero enseguida se acostumbró a su tamaño y comenzó a apretarle con su vagina. Calibán seguía pensando que otra vagina era la que le ordeñaba así. Comenzó a meterla y a sacarla rítmicamente, sin cesar los envites hasta que Verónica se corrió, jadeando sin parar, para después correrse Calibán.

Y después de ese salvaje y necesario orgasmo, Calibán se quedó vacío de nuevo. Verónica había caído sobre el sofá, intentando acompasar la respiración, pero él no sentía nada. Aquello no había servido para nada. Cuando se dio cuenta, guardó su miembro dentro del pantalón y miró a la rubia que ya no le decía nada.

—Verónica, será mejor que te marches.

—¿Ya? ¿Pero no nos vamos a quedar un ratito en una de las habitaciones?

—No puedo, tengo prisa.

—Pero no me puedes dejar así.

—Así, ¿cómo?

—Así, tan insatisfecha —dijo enfadada al fin.

—Vaya, yo hubiera jurado que te habías corrido como una loca...

—Solo una vez.

—Verónica, no puedo, otro día quizá...vamos, ahí fuera hay decenas de hombres que matarían por follar contigo.

—Ninguno es como tú. Tú no te cansas nunca.

—No habrás probado a todos. Alguno tiene que haber.

—Calibán, eres un gilipollas.

—De eso no me cabe duda.

Y entonces Verónica hizo ademán de levantarse y recomponerse, subiéndose el tanga para marcharse, y cuando iba a darse la vuelta, Calibán la agarró del brazo.

—Vamos, no te vayas enfadada. Ya habrá otra noche.

—¿Seguro?

—Pues claro, mujer.

Y Verónica le besó en los labios, intentando abrirse paso por su boca, pero Calibán le besó en los labios sin más.

—Tengo prisa, Verónica, de verdad.

—De acuerdo —dijo resignada—. Tú mandas.

—Siempre mando yo.

Y Verónica sonrió ante la doble intención, pues le encantaba ser sumisa con él.

—Y siempre mandas muy bien...

—Y ahora si me disculpas, tengo que marcharme —dijo zafándose de sus brazos—. Otra noche nos vemos.

Y Verónica recogió su orgullo herido y salió por la puerta diciendo adiós. Estaba decepcionada, podía notarlo a leguas de distancia. Pero no le importaba demasiado, porque sabía que en cuanto él se marchara, ella le habría encontrado un sustituto rápido.

Y después recogió los papeles y se esfumó como el demonio que era, en una nube en el aire.

Tenía tantas ganas de regresar a casa que aquél había sido el medio elegido para desplazarse. No solía utilizarlo, pues quería parecer humano a ojos de todos, pero no podía esperar más. Y aunque sabía que probablemente ella estaría dormida, pues eran las siete de la mañana, no quería que pasara ni un solo segundo más en estar alejado de ella. Atravesó el pasillo donde se encontraba la habitación de la muchacha, y con sigilo entró en la habitación a oscuras. Sí, estaba dormida. Nada más entrar percibió el olor a lluvia y a limón dulce que inundaba la habitación y su pene dio un salto dentro de los pantalones.

Vaya, parecía que su sesión de sexo maratoniana no había servido para mucho. Se acercó sin hacer ruido y la vio allí, acostada en la cama, tapada hasta la cintura, con los brazos destapados sobre la almohada. Estaba vestida con un camión un tanto infantil de color rosa, pero incluso con aquella prenda le parecía que estaba hermosa. Los pezones se veían a través de la frágil tela, unos pezones grandes en unos pechos muy generosos y comenzó a salivar sin querer. Y sus labios. Sus gruesos labios nacidos para ser mordidos. Se arrodilló ante ella y la observó más de cerca. Su larga melena leonina estaba esparcida por la almohada y se acercó para inspirar su aroma. Oh, diablos. Su aroma. Un olor que le transportó a otras épocas y otros lugares. Se estaba excitando cada vez más, poniendo a prueba su autocontrol, cuando de repente ella comenzó a agitarse. Estaba soñando y parecía que el sueño no era agradable. No, más bien estaba teniendo una pesadilla. Gemía y lloriqueaba y balbuceaba palabras ininteligibles, negando, quejándose, y entonces él intervino, posando su mano sobre su pecho para apaciguarla. Él podía hacer eso, podía calmar los ánimos de los humanos con un simple roce. Su respiración se calmó y decidió que ya era hora de marcharse. Giró sus talones para alejarse de ella y salir de la habitación, cuando la oyó balbucear: “Tengo sed”.

Volvió a acercarse a ella y vio sobre la mesita un vaso de agua. La incorporó un poco, cogiéndola por la espalda y comprobó que aún estaba dormida. Haciendo gala de todo el autocontrol que pudo, le acercó el vaso de agua a los labios, y ella inconscientemente bebió dos largos sorbos. Después volvió a caer desmadejada sobre la almohada. Y entonces la vio. Una pequeña gota de agua que se escurría por la comisura de la boca y que rodaba hacia su cuello, y cuando amenazaba por morir sobre la clavícula, hizo lo más estúpido que había hecho en su larga vida.

La lamió. Desde la clavícula, siguiendo el reguero de agua por su cuello hasta la comisura de su boca. Con la punta de la lengua, recogiendo aquella minúscula gota que le pareció la más apetecible de las ambrosías. Y después, con el pene amenazándole con explotar dentro de los pantalones, salió de la habitación como alma que lleva el diablo, dejándola sumida en un profundo sueño apacible.

Cuando salió de la habitación se apoyó en la pared. Acompasando la respiración, deshaciéndose de la pajarita y desabrochándose los primeros botones de la camisa, para poder respirar. Alterado, profundamente alterado. Como nunca en su vida.

Aquella gota le había secado la garganta por completo, y al mismo tiempo había sido el maná lanzado cuando más falta hacía en el puñetero desierto de su paladar.

Nunca, jamás, se había sentido así.

Exultante.

Perdido.

Puñeteramente tan feliz.

Y se dirigió, con una sonrisa en los labios, a su habitación, al final del mismo pasillo.

CAPÍTULO IV

Un masaje indecoroso

No había conseguido conciliar el sueño en toda la noche. Se había desnudado y metido en la ducha con hidromasaje durante cuarenta y cinco minutos, quedándose debajo del grifo del agua fría sin control, él, que era un demonio del fuego y de la batalla con diez grados más que el humano más caliente del planeta, no podía bajar su atormentada temperatura ni la erección permanente que tenía siempre consigo desde que la había conocido. Sus ojos regresaban una y otra vez a su memoria. Y su mirada, esa mirada oscura como una taza de chocolate caliente y húmedo. Y su pelo, diablos, el olor de su pelo, y el tacto suave de su piel morena. No, esto iba a ser un infierno si no lograba poseerla. Pero muy dentro de sí sabía que con Galatea tenía que hacerlo bien, que ella ya había sufrido suficiente en la vida como para que él lo estropeará aún más. Ella no se merecía eso. Así, que allí estaba, en la ducha con el grifo del agua frío abierto de par en par, para ver si se le pasaba un poco aquel deseo. Ni con esas.

Se había vestido de sport, con una camiseta de manga larga y cuello en uve de color camel y unas bermudas cortas de color blanco, las zapatillas de deporte y se peinó con dos trenzas cuando su pelo aún estaba mojado, y por fin sintió que ella se había despertado. Estuvo haciendo tiempo en el ordenador, para que la Sra. Sánchez le ayudara a asearse y vestirse y cuando comprendió que ya estaba lista, se dirigió a la habitación de ella, llamando con los nudillos, hasta que ella con su melodiosa voz, le dio permiso para entrar.

Abrió la puerta y entonces la vio. Sentada en la cama, vestida con un chándal rosa chicle y el pelo húmedo de la ducha. Estaba descalza. La Sra. Sánchez se disponía a calzarla, cuando la interrumpió.

—Deje, Sra. Sánchez. Yo lo haré. —dijo Calibán con determinación.

—Buenos días —respondió el ama de llaves—. Espero que haya descansado, señor Calibán.

—Sí, gracias. Puede servir el desayuno en el jardín, junto a la piscina para los dos. Desayunaremos allí. Puede retirarse.

La Sra. Sánchez desapareció y los dos se quedaron allí, solos, mirándose a los ojos sin poder quitarse las pupilas de encima.

Galatea se agachó para coger la deportiva, pero él, con una velocidad rapidísima, la cogió para impedir que ella misma se calzara. Se arrodilló ante ella otra vez. De nuevo. Parecía que ese era el sitio más apropiado para sí mismo. Él, que siempre tenía a las mujeres a sus pies y de rodillas, ahora era él quien se arrodillaba frente a aquella impenetrable mujer.

—Yo puedo hacerlo —exclamó Galatea avergonzada.

—Pero quiero hacerlo yo.

—No es necesario, de verdad...

—No, no lo es —dijo interrumpiéndola— pero quiero hacerlo.

Y Galatea se mordió el labio inferior sin darse cuenta de lo sexi que parecía y Calibán se murió por mordérselo él. Pero retiró su mirada de ella, y la posó sobre el pie no dañado, cogiendo el pie

delicadamente con sus dos enormes manos y posándolo sobre su muslo arrodillado. Le hubiera gustado llevárselo a la boca, pero simplemente lo masajeó, cogiéndolo por la planta y hundiendo sus dedos allí, donde él sabía que podía arrancar un jadeo de ella. Galatea con el rostro como la grana, lo observó, reprimiendo ese jadeo, pero cerró los ojos y suspiró largamente, dejándose llevar por ese momento tan erótico. Calibán podía, si quería, arrancarle un orgasmo solo haciendo eso, con sus dedos en la planta de su pie, pues por algo era un demonio tentador, arrancador de pecados; y el de la lujuria, junto con el de la gula, eran para él los más divertidos que existían. Pero no lo haría rápido, pues quería regodearse en el momento todo cuanto pudiera.

—Tienes los pies más bonitos que he visto en mi vida...

Galatea no podía ponerse más roja, y a él, verla con ese color tan encendido, le encendía aún más.

—No me habían dicho algo así en la vida. —contestó sincera.

—Pues deberían decírtelo a diario.

—Esto es muy vergonzoso —dijo intentando zafarse, pero él se lo impidió.

—Galatea, disfruta de este momento, déjate llevar...

—Vas a ser mi jefe, no es lo correcto.

—Olvídate de qué es correcto y de qué no. Te confesaré algo. Yo atesoro momentos. Me gusta vivir pequeños placeres y guardarlos dentro de mí. Soy lujurioso y me encanta el sexo en todas sus vertientes. He nacido para dar placer, y dándolo, lo recibo. Y una de las partes que más me gustan de una mujer son sus pies. Me encantan. Así que deja que disfrute de darte este masaje y cierra los ojos, y vívelo... ¿Cuántas veces te han dado un buen masaje en los pies?

—Nunca me han dado un masaje en los pies.

Calibán sonrió. Lo sabía, pero quería oírsele decir a ella.

—¿Ninguno de tus amantes te masajeó los pies nunca?

—No...En realidad tampoco es que haya tenido muchos amantes. Ay, Dios, no sé por qué te estoy contando todo esto...

—Porque no puedes evitarlo.

Y Galatea se dio cuenta de que era verdad. No podía evitar que las palabras salieran de su boca, y le confesaran todo lo que se le pasaba por la cabeza. A sus treinta años recién cumplidos solo había tenido dos amantes. Uno cuando apenas había cumplido los veinte que lo único que hizo fue quitarle la virginidad y no proporcionarle ni un atisbo de placer nunca, solo dolor. Y después su novio, con el que había estado cinco años. Y no es que no hubiese disfrutado con él en la cama, pero tampoco podía comparar porque aquello era el único sexo que había tenido. Uno horrible con uno, otro placentero con otro. Pero nunca nadie, le había dado un masaje tan erótico en la vida. Sentía como poco a poco se iba humedeciendo ahí abajo. Su sexo latía con fuerza, pidiéndole más. Estaba tremendamente excitada, mucho más de lo que lo había estado nunca, y este hombre había conseguido con sus dedos en su pie, mucho más que en todas las veces que había hecho el amor.

—Tienes unos dedos maravillosos —dijo sin poderlo evitar, y en cuanto estas palabras salieron por su boca, Calibán tocó algún punto que hizo que un calambre eléctrico muriera en su sexo y le hizo arquear la espalda. Si seguía así se iba a correr. Y sin tocarse el sexo. ¿Cómo podía pasar eso? ¿Cómo era posible?

—No lo sabes tú bien... —dijo con dos octavas más grave en la voz, por la excitación que él también sentía.

Su polla estaba a punto de reventar las bermudas, y maliciosamente hizo que el pie de ella lo tocara por encima del pantalón, haciendo que la muchacha diera un respingo. Pero Calibán tenía bien sujeto su pie y no le permitía que se alejara de su lado. No aún. Y cuando ella ya no podía más de deseo, tocó en un sitio concreto de la planta y Galatea se corrió, gritando de placer, liberándose con fuerza, agarrada al edredón de la cama con ambas manos. Y sin poderlo evitar, cayó de espaldas en la cama, y con los últimos estertores del orgasmo mordió la almohada. Mientras acompasaba su respiración, Calibán le calzó la deportiva en el pie sano. Galatea estaba tan avergonzada que no podía ni mirarle a los ojos.

Calibán decidió dejarla un momento a solas, para que se recompusiera y se fue al aseo a lavarse las manos. Cuando regresó, se la encontró sentada en la cama, mirando al suelo y con las mejillas arreboladas. Aún respiraba agitada.

—¿Qué ha sido eso? —dijo ella al fin.

—Has tenido un orgasmo.

—Ya lo sé...lo que no entiendo es cómo ha sido posible, solo con tocarme el pie.

—Conozco los secretos del cuerpo femenino.

—Madre mía...nunca había tenido un orgasmo tan intenso, y ni siquiera me has tocado...

—¿El sexo?

—Sí. —contestó azorada.

—Galatea...hay muchas maneras de arrancar un orgasmo a una mujer...no es necesario siempre que sea tocando el sexo...

—Ah, ¿no?

—No —dijo divertido el demonio.

—Yo no estoy preparada para más.

—No te he pedido más. Me conformo con haberte hecho sentir. Ese ha sido mi placer.

—Y quizá no lo esté nunca.

—Nunca es demasiado tiempo. ¿Estás preparada para que te lleve abajo?

—No tengo el otro pie calzado...

—No te hace falta, voy a llevarte en brazos. —dijo y luego añadió—. Si me permites.

—Hombre, después de lo que me has hecho, me sorprende que me pidas permiso para llevarme en brazos...

Y Calibán rio con una carcajada. Tenía razón, ella tenía razón.

—Vale, voy a cogerte en brazos.

—De verdad, no es necesario.

—Sí, lo es. No puedes apoyar tu pie, y si vas a la pata coja, puedes hacerte daño en el otro.

—De acuerdo —claudicó.

Y con ligereza la cogió en brazos. Ella se agarró con confianza a su cuello, porque de repente, no quería reprimirse más y le miró a los ojos ámbar con pasión.

—Nunca había sentido algo así.

—Has tenido amantes un poco inútiles, ¿no?

—Solo he tenido dos, no han sido tantos como las que hayas podido tener tú.

—Eso es verdad... pero lo importante no es la cantidad, es la calidad.

—Pues han debido de ser muy malos, además de pocos.

—Tendrás que ponerle remedio...

—Todo a su debido tiempo, y contigo, siendo mi futuro jefe, no deberíamos planteárnoslo.

—No hablemos de esto ahora, ya habrá tiempo...

Y comenzó a caminar, llevándosela al jardín, donde un succulento desayuno les esperaba. Galatea apoyó su cabeza en su pecho, y su olor a madera de sándalo y especias tostadas le llegó con rapidez a sus fosas nasales y se humedeció de nuevo.

Calibán lo percibió y siguió excitado. Se moría de ganas de follársela, pero no se lo podía hacer. Ella no estaba preparada todavía.

El desayuno era copioso. Zumo de naranja, café con leche, tostada con aceite, tomate y jamón y una fuente de frutas exóticas. Parecía que le habían leído el pensamiento de lo que a ella le gustaba. Observó la mesa bien dispuesta y dejó que el sol le inundara por completo. Se sentía en la gloria.

—La Sra. Sánchez ha preparado lo que supuse tomarías.

—Has acertado. Me encantan las tostadas con aceite, tomate y jamón, y la fruta.

—Pues que aproveche.

Galatea comenzó a comer con apetito y Calibán la observó con pasión. Le encantaba comer, no había más que verla con el desayuno para darse cuenta. Y él, como hedonista que era, le encantaba que fuera así. Según masticaba y tragaba emitía unos ruiditos de placer con su voz que le estaban poniendo cardíaco, si es que su corazón podía hacer eso. Si seguía jadeando así, se la iba a cargar como un saco de patatas y la iba a llevar a su habitación donde se la follaría hasta que no pudiera cerrar las piernas.

—Está muy rico, y yo tenía un hambre voraz —exclamó al fin— ¿Tú no comes?

—Sí, es que me encanta mirar cómo disfrutas con la comida.

Y Calibán comenzó a desayunar también.

—La Sra. Sánchez es maravillosa.

—Sí, lo es. ¿Cómo llevas los cócteles?

—Casi aprendidos. Tengo buena memoria. Y mucho tiempo.

—En seis días tendrás que ponerte detrás de la barra, si el médico da su visto bueno.

—Estoy deseando.

—Y podrás volver a tu casa —dijo con cierta tristeza en la voz—. Tus deudas ya están saldadas. Galatea lo miró muy seria de repente.

—No sé cómo voy a poder solucionarlo contigo...

—Olvídate de eso, por favor. No quiero que vuelvas a repetirlo.

—Es que era mucho dinero.

—Es lo que gano en un mes. Para mí no es dinero. Es una cuestión de justicia.

—¿Y cómo podré agradecértelo?

—Con tu lealtad. Es lo único que quiero. Tu lealtad. Y ahora desayuna, se nos va a enfriar.

Y siguieron desayunando, aunque en ese momento, Galatea intentó volver a disfrutar de su desayuno, ya no fue lo mismo, pues se había dado cuenta de que su cuento de hadas en seis días acabaría, y volvería a su vida sosa, anodina y aburrida de nuevo. Una vida donde no tendría cabida Calibán, ni sus mágicos dedos expertos.

Bueno, al menos podría verle de miércoles a domingo en “*El Purgatorio*”. Se conformaría con que fuera su jefe y desearle en silencio y a lo lejos.

CAPÍTULO V

Shamsiel

Los seis días se habían esfumado volando y el médico había dado el visto bueno para que su paciente pudiera comenzar a hacer vida normal. Aquel lunes estaba previsto que Galatea fuera al bar para que, entre el lunes y el martes, y con el bar cerrado, Saura pudiera enseñarle todos los entresijos del local.

Calibán estaba esperando abajo, en el gran salón, hablando con la Sra. Sánchez sobre unas cuestiones de la casa, cuando Galatea apareció, lista para salir. Vestida con unos vaqueros y un top de tirantes, estaba sencillamente arrebatadora. Llevaba el pelo recogido en un moño muy coqueto, y la chaqueta apoyada en el brazo. Se había pintado los ojos con un poco de rímel y un brillo de labios tirando a rosa que le hubiese gustado quitárselo con la boca. Pero no todavía. Aún era pronto para eso. Calibán empezó a pensar en todo el autocontrol que estaba consiguiendo atesorar y se sorprendió a sí mismo.

—Buenos días —exclamó ella de manera tímida.

—Buenos días —le dijo él, recorriéndole con la mirada. Y después se dirigió a la Sra. Sánchez —. Eso es todo por ahora, Sra. Sánchez. La señorita Galatea y yo nos vamos al local. Yo no vendré hasta la noche, seguramente. Ella ya no volverá.

Y entonces la Sra. Sánchez se despidió cariñosamente de ella, deseándole suerte y diciéndole que había sido un placer conocerla. Galatea le agradeció todas sus atenciones y le dijo adiós con un ligero temblor en la voz. Y después miró a su jefe, que estaba buenísimo vestido con unos sencillos pantalones chinos verdes caqui y una camiseta blanca de manga corta. Tenía su pelo recogido en aquellas dos trenzas que le hubiera gustado morder mientras le cabalgaba, sentada sobre él a horcajadas...pero ¿en qué clase de monstruo sexual se estaba convirtiendo? Y le dijo que estaba preparada.

De repente a Calibán, simplemente devolverla a su vida, le estaba costando todo el puñetero infierno. Él, que era un demonio mandón y controlador, tremendamente territorialista con lo que consideraba suyo, tenía que darle libertad para que ella misma se lanzase a sus brazos. Y la consideraba suya. Maldita sea. Suya. Suya y de nadie más. Cogió las llaves del Lamborghini Diablo y la agarró con suavidad del antebrazo para acompañarle al coche. Le abrió con elegancia su puerta, que se abría hacia arriba, y la invitó a entrar. Y después se subió él en el lado del conductor, atándose el cinturón.

Galatea le observó de reojo y pensó que parecía de mal humor. Quizá hubiera recibido una mala noticia con respecto a sus negocios y pensó que sería de buena educación interesarse por él.

—¿Va todo bien? —preguntó en un hilo de voz.

—Sí, ¿por qué?

—Te noto serio.

—No es nada, es solo que me he levantado con un poco de dolor de cabeza.

Mintió. No podía decirle que no soportaba la idea de no tenerla ya más en la habitación de al lado a la suya, que su olor se había metido por sus sentidos para no abandonarlos nunca más y que le iba a costar la vida misma dejarla que se marchara de su casa. Que se había acostumbrado a entrar furtivamente en su habitación para observar cómo dormía, y a besarla en los labios alguna vez de manera suave, y a los desayunos interminables en el jardín. Estaba de mal humor, sí, y eso en un demonio era muy peligroso.

Y arrancó el deportivo a cien kilómetros por hora. Y no volvieron a hablar en todo el trayecto, hasta que llegaron a *El Purgatorio*.

Cuando llegaron al local, entraron. Saura les estaba esperando detrás de la barra y les saludó con educación y cierta seriedad que requería su cargo. Calibán las dejó solas para que empezara la lección y se escondió en su despacho. Se sentó en la silla, pensativo, y cuando se iba por fin a ponerse a trabajar, con su pelota antiestrés en la mano, una extraña vibración en el aire, lo alertó. Lanzó hacia arriba la pelota, como algunas veces solía hacer, y esta se quedó suspendida en el aire; el tiempo se había parado. Eso solo podía significar una cosa, y no le gustó. Esperó, mirando a su alrededor y entonces apareció, envuelto en una neblina blanca: Shamsiel, el “sol de Dios”, el tocapelotas de Shamsiel, el ángel.

—Mi querido Calibán... —dijo el ángel sentándose, la pelota continuaba flotando en el aire—. Cuánto tiempo... veo que la vida te ha tratado bien...

—No puedo quejarme.

—Este lugar es pervertido incluso para un demonio exterminador como tú —dijo sonriendo y a Calibán le pareció, que en el fondo le llamaba la atención, le provocaba curiosidad—. Es... ciertamente excitante.

—Para un ángel de la luz, capitán de 365 legiones de ángeles menores y gobernante del cuarto cielo, eso es mucho decir... Sobre todo, teniendo en cuenta que los ángeles no tenéis sexo.

Y Shamsiel rio en una carcajada, ya que aquel era el chiste privado de ambos. Calibán le picaba con que los ángeles no tenían sexo y Shamsiel le picaba con los cuernos retorcidos de macho cabrío. Que, si le habían puesto los cuernos, o que no sabía cómo podía atravesar las puertas con aquella cornamenta. Llevaban así milenios. Calibán le observó, pues hacía más de diez años que no se presentaba delante de él. Y se percató de que no había cambiado en absoluto. Seguía teniendo aquel porte regio de príncipe de cuento de hadas, con aquella piel nívea y aquellos enormes ojos azules glaucos, casi blancos que atravesaban el alma. Su cabello rubio cayéndole en suaves ondas por los hombros y su altura magnífica, incluso más alto que él con cuerpo musculado por las largas y terribles batallas que durante siglos habían tenido. Su traje blanco impoluto y aquel bastón con cabeza de caballo blanco, que escondía una espada con toda probabilidad. Calibán pensó que era una pena que no cediese a los encantos de hombres o mujeres, o de ambos, pues estaba seguro de que todos los humanos se derretirían por ellos. Cuando cesó de reír, le miró fijamente a los ojos, sonriendo aún.

—No te cansas de hacer ese chiste...

—¿Quieres tomar algo?

—Lo de siempre.

Y Calibán se levantó de su asiento, y se dirigió al mueble bar, y le sirvió un Jack Daniels de siete años solo con una piedra de hielo en un vaso ancho y se lo pasó. Él se sirvió otro.

—Gracias —dijo el ángel—. Lo has recordado...

—Por supuesto. Yo lo recuerdo todo.

—Como no podía ser de otra manera...

—Mira, no quisiera parecer grosero, y me encanta verte de vez en cuando, pero llevas aquí un tiempo que ni siquiera puedo contabilizar porque lo has parado con tu presencia, y aún no has expresado el motivo de tu llegada...

—Lo he parado porque no me gustan las interrupciones, y la súcubo esa tuya normalmente es la ideal para presentarse sin avisar y sin llamar siquiera a la puerta.

—Eso no es verdad. Saura siempre llama. Y, además, no es mi súcubo. Es mi amiga.

—Ya, para eso ya tienes a una humana...

—No tengo a ninguna humana.

—¿Ahora añades la mentira a tus pecados? Nunca lo habías hecho.

—Shamsiel... ¿qué quieres decir con tener una humana? Porque a lo mejor deberíamos empezar por describir qué quieres decir con tener a una humana. Porque a mí, así de pronto, me parece que lo dices como si un humano tuviera una mascota... Y no, no tengo mascota, ni humana ni animal. — dijo Calibán bebiendo un sorbo de su vaso.

—¿Cómo he tardado tanto en venir a verte? Con lo buen conversador que eres, y lo divertidas que resultan tus disertaciones...

—Siempre abusas de la ironía, siempre te lo dije.

—Y tú de la paradoja. Pero ese es otro cantar, nos estamos desviando de la conversación.

—No tengo ninguna humana. —Y Calibán volvió a beber.

—Bien, empecemos por el principio. ¿No es cierto que una humana llamada Galatea Fuentes ha vivido durante una semana bajo tu techo?

—Sí, es verdad.

—Empezamos bien. ¿Y no es cierto que la has seducido?

—No.

—Eso ya no es tan verdad...

—Vamos, Shamsiel, no me he acostado con ella...todavía.

—Pero sí ha habido algún escarceo erótico.

—Vamos, tío, le arranqué un orgasmo tocándole el pie...estaba estresada y entendí que lo necesitaba. Fue un acto de buen samaritano.

Y Shamsiel estalló en una carcajada auténtica que llenó el despacho. Cuando se calmó, bebió un buen trago de güisqui y le miró asombrado.

—Ahora va a resultar que te compadeces de las pobres humanas y las echas una mano...

—Un orgasmo no es para tanto.

—Verás, Calibán. Tú no puedes relacionarte con ella a un nivel sexual.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? ¿Porque eres un demonio del fuego y de la batalla, lujurioso y sexual, arrancador de pecados, especializado en seducir jovencitas?

—¿Y qué pasa? ¿Esta está protegida? Que yo sepa sigue existiendo el libre albedrío. ¿No? Ella tiene que decidir si caer en la tentación o no. Eso es lo que habéis promulgado siempre.

—Mira, te permitimos mezclarte con algunas humanas en este antro de perversión, como esa tal Verónica, porque ya estaban perdidas del todo. Pero no podemos permitir que seduzcas a esta. Es

un alma pura, y de momento debe seguir así.

—¿Por qué? ¿Vuelve el Mesías y no me he enterado? ¿La quiere para albergar a su hijo otra vez?

—¿Ahora quién está siendo el irónico?

—¿Por qué tiene que mantenerse alejada de mí?

—Calibán, esa chica ha sufrido mucho, muchísimo. Y tiene un camino trazado del que no debe desviarse. Déjala en paz. Te lo estoy diciendo en serio. No puedes mezclarte con ella y pervertirla.

—¿Pero por qué?

—Porque cambiarías su destino.

—¿Es que acaso es mejor que se pase la vida con un imbécil que no sea capaz de hacerla feliz y que le dé tres críos para tenerla en casa entretenida que conmigo?

—Sí, porque te cansarás de ella, como hiciste con aquella pobre princesa persa. La sedujiste, la enseñaste lo que era el sexo lujurioso y después no se conformó con el pobre humano principesco que la estaba destinada. ¿Te recuerdo cómo terminó la pobre princesita?

—No hace falta, lo recuerdo muy bien.

—Se suicidó, se tiró por los altos acantilados, despeñándose sobre ellos.

—No hacía falta que me lo recordaras...

—Yo creo que sí era necesario... —Y Shamsiel diciendo esto volvió a beber.

Y entonces Calibán, enfurecido se levantó y tiró todas las cosas que tenía sobre la mesa con un gruñido espantoso. Pero todas las cosas quedaron suspendidas en el aire, porque el tiempo estaba parado y a Calibán, con los ojos más amarillos que había tenido nunca se calmó para no lanzarle al ángel la silla también.

Se hizo un silencio. Shamsiel observaba a Calibán intentando adentrarse en su mente, pero este la había cerrado a cal y canto de incursiones que no deseaba y no podía leer sus pensamientos. Calibán estaba pensando en Galatea. En su risa cantarina que le hacía tan feliz, en sus muecas adorables, en su melena larga y suave, en su olor. Su puñetero olor a limón dulce y lluvia veraniega. Y continuaba en silencio. Bebió un largo sorbo y miró al ángel con algo parecido al desconsuelo. A Shamsiel no le pasó desapercibido este gesto y le miró fascinado.

—¿Y si no puedo? —preguntó por fin Calibán—. Total, ya he caído una vez, puedo caer una segunda.

—¿Pero por qué no ibas a poder?

—¿Y si siento algo por ella?

—Pero ¿qué sientes? —le preguntó el ángel.

—No sabría definirlo. Simplemente porque nunca he sentido esto que siento por ella. Siento que debo protegerla, que debo cuidarla como si fuera la posesión más preciada que tengo. Siento que tengo que besarla en la boca cada segundo de mi existencia, y que debo hundirme entre sus piernas una y otra vez. Siento que la deseo, que me falta el aire si no la tengo cerca, si no puedo verla cada día, al menos un segundo. Siento que me muero si no la toco...

—Bueno, toda esa poesía es muy bonita, pero literalmente tú no puedes morir.

—Estaba intentando transmitirme lo que siento...

—Y ahora vas a hacerte poeta...

—Shamsiel, eres un tocapelotas. Pero de los grandes.

—Es una humana —dijo entonces el ángel muy serio—. Si te la quedas, ¿qué pasará cuando ella comience a envejecer y tú no? Ya sabes que la vida de los humanos es efímera. ¿Qué pasará cuando muera?

—¿No sabes lo que es el Carpe Diem? ¿O el Memento Mori?

—Se consumirá en unos pocos años y tú te quedarás solo otra vez. Bueno, con la súcubo esa malhablada y deslenguada. Lo único que podría salvarte sería el amor. Pero tú eres un demonio, Calibán. Tú no puedes amar. Porque el amor viene de mi Padre. Y tú eres del otro bando.

—Por supuesto. Es demasiado tarde para hacer nuevos enemigos.

—Déjala, Calibán. Sigue disfrutando de las humanas perdidas, de las súcubos y de las brujas de largos cabellos, y olvídate de esta humana. Por su bien.

—¿Y si no lo hago?

—Entonces deberás atenerte a las consecuencias. Eres un ángel caído. No te pongas más trabas, hazte el favor.

—Shamsiel, te estás amargando...deberías echar un polvo de vez en cuando...ah, que se me olvidaba que no tienes sexo...

—¿Quieres que te lo enseñe? —dijo levantándose—. No, mejor te enseñó estas.

Y diciendo esto desplegó sus alas. Sus grandes y blancas alas. Sus alas de plumas níveas y salvajes. Y Calibán le odió por ello. Por presumir de un atributo que él sabía que le había sido arrancado. Porque le habían amputado de lo más magnífico que tenía. Sus alas negras. Sus enormes y preciosas alas con las que volaba en contra del viento en noches de bruma y llanto. Y los dos se retaron mirándose. Shamsiel fue el primero que se relajó. Y desbloqueando la parada del tiempo, cogió la pelota que cayó de donde estaba suspendida y se la lanzó a Calibán, que la cogió en el aire con unos magníficos reflejos.

Después cayeron todas las cosas que estaban suspendidas en el aire.

Shamsiel guardó sus alas y sonrió levemente.

—Y ahora he de irme, Calibán. Tengo que ocuparme de otros muchos asuntos. Los humanos cada vez me dan más trabajo. Y algunos demonios insurrectos también. Me ha encantado charlar contigo.

—No puedo decir lo mismo.

—Vamos, Calibán. Sabes que tengo razón, y que lo hago por tu bien...Yo siempre me ocupo de los ángeles caídos. Es una de mis tantas obligaciones.

—No soporto esa falsa bondad y lo sabes. Al fin y al cabo, tú y yo somos iguales. La otra cara de la misma moneda.

—Por supuesto. Tú también eres mi hermano. No lo olvides. Siempre me preocuparé por ti. Y por Saura. Gracias por el güisqui. Es uno de los placeres terrenales que aún me permito.

—Deberías permitirte otros, a ver si se te pasa la cara de merluza.

Y Shamsiel volvió a reír.

—¿Quién sabe? Tal vez un día de estos me lo permita. Y descubriré por qué los humanos se mueren por ello.

—Te sorprendería.

—Lo dicho, Calibán. Pórtate bien. O volveré.

Y diciendo eso desapareció en su neblina, devolviendo la soledad a Calibán, que tanto la deseaba. Y entonces llamaron a la puerta y Saura pasó.

—No encuentro la coctelera grande...

Y entonces Saura se dio cuenta de que Calibán solo estaba allí en cuerpo, y no en alma.

—Perdona, Saura —dijo dándose cuenta de que ella había entrado—. ¿Qué decías?

—¿Qué sucede? Huele a ángel por toda la habitación.

—Shamsiel se acaba de marchar.

—¿Y qué quería?

—Hablar conmigo.

—¿De qué?

—De cosas.

—De la humana.

Calibán le miró a los ojos violetas y Saura entendió que había sido así.

—Quiere que no me inmiscuya con ella.

—Vaya, por una vez el pedorro del ángel y yo estamos de acuerdo. No me lo puedo creer.

—Quiere que la deje en paz.

—¿Y nos vas a hacer caso?

—¿Cuándo he sido yo un demonio obediente?

—Calibán, te lo dije, esto te traerá problemas. Es una simple humana. No sé qué le puedes encontrar...no lo entiendo.

—Es diferente.

—Diferente, ¿a qué?

—A las demás.

—Qué tontería...piénsalo bien, Calibán. Ya has perdido las alas...

—Sí, lo sé, no debo perder la cabeza.

Y Saura suspiró mirándole fijamente.

—¿Y la coctelera grande? —dijo de pronto.

—En la barra de atrás.

—Voy a por ella.

—¿Qué tal lo lleva? ¿Lo aprende todo bien?

—Estoy sorprendida. Para ser humana, es lista, rápida y tiene buena memoria. Además, está motivada. Creo que quiere causarte una buena impresión.

—Eso está bien.

—Voy a continuar con la clase, tenemos poco tiempo. Pasado mañana deberá estar lista para la batalla.

—¿Lo estará?

—Sí, al menos para esa primera noche, sí. Los miércoles son tranquilos. Apenas es noche de guerra. Poca gente y normalmente vienen más a tomar una copa y escuchar música.

—Bien, eso está bien.

—¿Estarás bien? ¿Puedo dejarte solo?

—Claro, ve.

—Si me necesitas, silba.

Y haciendo alusión a una vieja película, Saura salió del despacho, dejando a Calibán inmerso en sus pensamientos. Tenía mucho que pensar. Y todo el tiempo del mundo para ello.

CAPÍTULO VI

Pero a tu lado

Y llegó el gran día. Galatea se había preparado concienzudamente para la ocasión y se había aprendido todo lo que tenía que aprender como una alumna aventajada. Saura estaba realmente sorprendida, y hasta la estaba cogiendo simpatía. Lo único que a Galatea le atormentaba era que no había vuelto a ver a Calibán. Desde aquella mañana, que, de mal humor, le había llevado al local para aprender, él había desaparecido. No se había atrevido a preguntarle a Saura por él, y no sabía nada. Incluso, se le había pasado por la cabeza que él estuviera enfadado con ella. Pero por más vueltas que le daba, no atinaba a averiguar por qué. A la hora acordada para arreglarse, Saura le había llevado hasta los vestuarios la ropa que debía ponerse. Un corpiño rojo y negro que le levantaba los pechos hacia arriba y que desbordaban por encima de la tela, pues los tenía muy grandes. Una braguita de encaje negra, ligeros y medias de rejilla. Unos buenos tacones hacían el conjunto final.

Y Saura la ayudó a maquillarse y a peinarse, dejando su larga melena leonina con más volumen que de costumbre. Galatea se miró en el espejo y casi no se reconoció. Estaba exuberante, sexi y voluptuosa. Saura la miraba con sorpresa.

—Vaya, vaya, vaya —exclamó la súcubo—. Detrás de esa fachada de mojigata, aparece la diosa de la pasión...

—No sé si eso es un cumplido...yo no me reconozco.

—Lo es, créeme. Estás maravillosa. Y ahora, a trabajar.

Y Galatea salió, caminando como la gran diosa que, a partir de ese momento, iba a ser.

Calibán se arregló para acercarse a *El Purgatorio*, con unos sencillos vaqueros ajustados a su perfecto culo, un niqui naranja de manga larga y cogió una cazadora vaquera para más adelante. El pelo se lo recogió en un moño samurái y se acercó en su Lamborghini hasta el local. Cuando ya había llegado, bajó del coche y se dirigió a la entrada.

Aún estaba de mal humor por la conversación con Shamsiel, y le había estado dando vueltas a la posibilidad de alejarse de ella. De hecho, se había hecho un mapa en su cabeza y se había autoconvencido de que la humana tampoco era para tanto, que debía olvidarse de ella. Y allí estaba, entrando por la puerta del local, con un escudo protector bien fuerte y su autodeterminación más fuerte que nunca. ¿Qué se creía Shamsiel? Él era un demonio batallador y fuerte como una roca. Si decía que la olvidaría, es que iba a lograrlo.

Cuando entró, Mónica, la chica del ropero le cogió la cazadora y le saludó efusivamente, y después observó que había poca clientela. Apenas veinte personas tomando una copa y riendo. Algunos se besaban sentados sobre los enormes sillones, pero todo parecía un ambiente relajado y tranquilo. Sonrió a Saura, que pasó por su lado sonriéndole a su vez y entonces la vio, caminando entre las mesas, llevando una bandeja con bebidas a una pareja que se prodigaba carantoñas. Se agachó para dejarlas sobre la mesa y si hubiera sido posible se le hubiese parado el corazón. Su

perfecto y hermoso culo en pompa vestido con aquellas braguitas semitransparentes fue mucho más de lo que pudo soportar y toda su autodeterminación se vino abajo. Se levantó, sonriéndoles y caminando como una auténtica diosa del averno, con la bandeja en alto, se dirigió hacia la barra sin percatarse de su presencia. Y entonces vio su corpiño a punto de estallar, intentando contener a duras penas sus hermosos pechos y sus piernas bien torneadas vestidas con aquellas medias de rejilla y el pene pegó un brinco dentro de su bragueta, dejando escapar algo del líquido que a duras penas estaba intentando contener. Estaba irreconocible, tan segura de ella misma, tan magnífica que un calambre le atravesó el pecho y deseó poder morir en aquel mismo momento. Y entonces ella le vio, y sus enormes ojos azabaches le acariciaron el alma y sus gruesos labios maquillados de rojo esbozaron una sonrisa y el muro se rompió en pedazos. Se acercó a él, contoneando las caderas como le habría enseñado Saura y con aquel lento caminar pudo convocar a todos los demonios para que la siguieran a la batalla, y todos la hubieran seguido sin rechistar. Y llegando hasta él, le sonrió sin recato alguno, y algo se le murió dentro de él.

—Buenas noches, señor Calibán. Bienvenido. ¿Desea algo de beber?

Y por primera vez en miles y miles de años se quedó mudo y su olor a limón dulce y a lluvia temprana inundó sus fosas nasales, y aquella aparente sumisión le hizo desear llevársela a alguna de las habitaciones y anclarla a una cama debajo de él, hasta que gritara su nombre y le suplicara parar. Pero en cambio le sonrió y la miró con lujuria y pasión.

—Vaya, estás preciosa.

—Gracias, señor. ¿Puedo servirle en algo?

A Calibán le estaba costando un mundo o dos no decirle que sí que quería que le sirviera en algo, pero en cambio le pidió un Cosmopolitan.

—Al momento, señor.

Se acercaron a la barra, y ella comenzó a prepararle la bebida, y él se sentó en una banquetta y la observó tan feliz que le pareció la criatura más maravillosa sobre la faz de la tierra.

—Cualquiera diría que llevas toda la vida preparando cócteles.

—Gracias, señor. Es usted muy amable.

Calibán sopesó la idea de que estuviera provocándole adrede, diciéndole todas esas cosas y tratándole de aquella manera, y aunque sabía que era la manera en que las camareras se dirigían a los clientes, hubiera jurado que lo estaba haciendo a posta. Pero nunca adivinaría el efecto que estaba causando en él.

Comenzó a agitar la coctelera, y aquel ritmo hipnótico fue la gota que colmó el vaso de su paciencia y suspiró de deseo contenido y de puro instinto animal.

—Le hemos echado de menos, señor. ¿Ha tenido cosas que hacer fuera de la ciudad?

—¿Quiénes me han echado de menos?

Y Galatea le miró desconcertada. Ahora era ella la que no sabía qué contestar.

—Yo. Le he echado de menos.

—Así me gusta más.

Y Galatea le sirvió la bebida según era el protocolo y le sonrió satisfecha de su labor. Calibán lo probó y le dio el visto bueno.

—Te ha quedado perfecto.

—¿Desea algo más el señor?

Y Calibán sin poder ya más, se acercó a su oído, rozando el lóbulo con sus labios lo que provocó en Galatea un escalofrío de placer que la recorrió el cuerpo por completo, y entonces su voz se coló por su oído y la taladró el vientre.

—Como vuelvas a preguntarme qué deseo, te agarraré por la cintura, te cargaré como un saco de patatas sobre mi hombro y te encerraré en una habitación junto a mí, y te demostraré que lo que deseo es follarte hasta que te quedes afónica de gritar mi nombre sin parar.

Y Galatea abrió los ojos por la sorpresa, pero sonrió ladina, pues había conseguido exactamente lo que se había propuesto. Y Calibán se bebió la copa de un trago sin dejar de mirarla a los ojos. Y excitado como nunca en la vida volvió a acercarse a ella.

—Y ahora me voy a mi despacho, porque no quiero comportarme como el Hombre de Cromañón delante de mis clientes.

Y diciendo esto se metió en su despacho. Galatea sonrió como una adolescente, sin darse cuenta de que esta escena, a lo lejos, sin saber qué se decían, pero viendo su comportamiento inequívoco, la estaba mirando Verónica con cara de pocos amigos. Y a ella, no le había gustado en absoluto ver lo que había visto. Cuando Calibán se encerró en su despacho, se acercó a Mónica, la chica que se encargaba del ropero y le pidió su cazadora.

—¿Se marcha ya, señorita Verónica? —le preguntó la muchacha.

—Sí, Mónica, mañana tengo que madrugar. Una pregunta: esa chica del corpiño rojo es nueva, ¿verdad?

—Sí, señorita. Se llama Galatea.

—¿Y de dónde ha salido?

—Lo único que le puedo decir es que ha venido en sustitución de Laura, que está de baja.

—Ah, ¿y qué le ocurre a Laura?

—No lo sé, solo sé que está de baja.

—Entonces se supone que cuando Laura vuelva, ella desaparecerá.

—Seguramente, pero si quiere más información al respecto será mejor que pregunte a Saura, ella sabrá los pormenores mucho mejor que yo.

Y le dio la cazadora.

—Gracias, Mónica. Has sido muy amable.

Y diciendo esto se puso la cazadora y se marchó sin despedirse de nadie.

Calibán no salió del despacho hasta que Saura no le informó que ya estaba cerrado y las cajas hechas. Le preguntó por las dos camareras y por la chica del ropero, y esta le informó que estaban en vestuarios, cambiándose de ropa. Saura también le informó de que todo había salido como se esperaba y que Galatea se había comportado de maravilla. Calibán se lo agradeció, y aún esperó un rato más, antes de salir. Cuando lo hizo, vio cómo Galatea salía de los vestuarios, dispuesta a marcharse a casa, vestida de calle. Se le acercó sonriendo.

—¿Todo bien, Galatea?

—Sí, Calibán. Gracias. Todo ha salido bien.

—¿Y tú estás a gusto?

—Sí, señor. Estoy en la gloria.

—Galatea, fuera del trabajo deja esos formalismos, por favor. Ahora solo soy yo, Calibán.

—De acuerdo.

—¿Cómo vas a casa?

—Voy a ir andando.

—Pero si tienes tu casa a más de media hora.

—Me gusta caminar, no pasa nada.

—Te llevo.

—No es necesario. De verdad.

—Insisto. Me pilla de camino, no es ninguna molestia.

Y Galatea supo que no había ninguna opción de réplica, así que lo siguió sin más. Caminaron juntos hasta el Lamborghini y Calibán, como todo un caballero, le abrió la puerta del copiloto y la invitó a entrar. Galatea subió dándole las gracias, y después montó él. Arrancó a una velocidad de vértigo y se dirigió a la casa de la muchacha, mirándola de vez en cuando de reojo. Aún recordaba la imagen de ella, vestida con el corpiño y los ligueros, y cada vez que lo hacía, la garganta se le secaba. Ella permanecía en silencio, quizá es que estaba cansada, pero sus pensamientos eran inequívocos. Estaba excitada y pensaba en él besándola y magreándola sin parar. Calibán tuvo que hacer de tripas, corazón, para no frenar allí mismo el coche y lanzarse a por su boca para fundirse en ella sin piedad. Por el contrario, lo que hizo fue intentar cambiar sus pensamientos, para que no le afectaran a él.

—¿Se ha portado bien Saura contigo?

—Oh, sí, por supuesto. Saura es seria y estricta, pero me ha enseñado todo con una paciencia infinita y no se ha quejado en ningún momento.

—Bueno, me ha dicho que has aprendido muy rápido.

—Os estoy a los dos muy agradecida, de verdad.

—¿Y qué tal en tu casa? ¿Qué tal la vuelta?

—Muy bien. Estoy otra vez a gusto. Mi casa es un apartamento pequeño, no tiene nada que ver con tu mansión, pero la adoro.

—Eso está bien.

—No sé cómo podré agradecerte todo lo que has hecho por mí.

—Ya te lo dije, Galatea, no quiero volver a hablar sobre ese asunto nunca más.

—Como desees.

Casi habían llegado ya a la calle de Galatea, cuando les pilló un semáforo en rojo, y Calibán puso la radio para romper el silencio. Sonó “*Pero a tu lado*”, de los Secretos, y Galatea sonrió.

—Me encanta esta canción.

Y comenzó a cantarla con una voz suave y melodiosa que a Calibán le pareció preciosa.

He muerto y he resucitado

con mis cenizas un árbol he plantado

su fruto ha dado y desde hoy algo ha empezado.

He roto todos mis poemas

Los de tristezas y de penas

y lo he pensado y hoy sin dudarlo vuelvo a tu lado.

—Tienes una voz muy bien templada —le dijo Calibán.

—Es que la canción es tan bonita...

—No la conocía.

—¿No la conocías? ¿Pero en qué mundo vives?

—Solo escucho a Bach.

Y Galatea le miró muy seria, creyendo que le estaba tomando el pelo, pero no era así. Él lo decía muy en serio.

*Ayúdame y te habré ayudado,
que hoy he soñado en otra vida,
en otro mundo, pero a tu lado.*

Calibán la escuchaba, mirándola sin pestañear, y pensaba en que aquella letra le decía, de repente, mucho más de lo que Galatea pudiera sospechar.

*Ya no persigo sueños rotos,
los he cosido con el hilo de tus ojos
y ye he cantado al son de acordes aún no inventados*

*Ayúdame y te habré ayudado,
que hoy he soñado en otra vida,
en otro mundo, pero a tu lado.*

Y cuando la canción daba a su fin, el semáforo cambió a verde, y Calibán de pronto con un nudo en la garganta, la dejó en la puerta de su portal. Ninguno de los dos podía hablar, los dos estaban pensando en la letra de la canción. Galatea fue la que rompió el silencio.

—Puedes subir si quieres. Quizá pueda ofrecerte un café.

Y Calibán sopesó la oferta, por supuesto que la sopesó, pero no podía aceptarla, no podía vincularla con él, un demonio que no tenía mucho bueno que ofrecerla.

—No puedo, Galatea. Mañana tengo que madrugar.

Y Galatea encajó el golpe y salió del coche como pudo, con su orgullo hecho pedazos y le dio las gracias sin mirarle. Y alcanzó la puerta del portal y abrió y entró y se perdió en él.

Y entonces Calibán recordó aquella letra que ya no se le olvidaría nunca:

*Ayúdame y te habré ayudado,
que hoy he soñado en otra vida, en otro mundo
pero a tu lado.*

Y sin pensárselo más decidió subir. Salió del coche y abrió la puerta del portal que se había quedado abierta y subió las escaleras de tres en tres hasta que alcanzó el rellano de su puerta. Se quedó mirando hacia allí, decidido a llamar al timbre, sin saber si llamar o no, y cuando iba a bajar de nuevo las escaleras, escuchó algo que se lanzaba y se hacía añicos dentro del apartamento. Y ahí sí, sin pensárselo, tiró la puerta de la calle de una patada y entró como una exhalación buscándola. La encontró en el suelo, hecha un ovillo, protegiéndose la cabeza con los brazos, rodeada de cascotes de la lámpara de porcelana hecha pedazos. De pie, con el puño en alto, el hombre de quien la había salvado la primera vez estaba a punto de descargar su ira contra ella. Y Calibán se cegó, y sus ojos se pusieron amarillos brillantes, y ambos hombres se quedaron mirando fijamente. Sin dejar de mirarlo, se dirigió a Galatea.

—¿Estás bien?

—Sí —dijo apenas en un balbuceo.

—Pues coge tu bolso y baja al coche. Está abierto, entra dentro y espérame allí.

Y Galatea lo hizo sin rechistar, saliendo de la casa. Y ahí, cuando supo que ella ya no estaba allí, le agarró de las solapas y le subió sin esfuerzo hasta que le tuvo situado a la altura de sus ojos y el hombrecillo comenzó a sudar de miedo, pues vio en ellos toda la rabia del infierno en unos ojos que cada vez se estaban poniendo de un amarillo aún más intenso.

—¿Qué cojones eres tú, tío? —atisbó a decir.

—Soy el filo de la parca, y voy a besarte el corazón. —Y diciendo esto lo lanzó contra la pared.

Y su voz se había convertido en un grito ensordecedor que destrozó sus tímpanos. El hombrecillo comenzó a mearse encima, algo que a Calibán siempre le repugnaba. Y se acercó a él, sosteniéndole por las solapas y levantándole un palmo del suelo.

—¿No había sido pagada la deuda ya? —le preguntó

—Sí, había sido saldada...

—¿Y entonces qué coño hacías aquí?

—Vamos, tío, tú la has visto. Está muy buena, solo quería pasar un buen rato con ella...

A Calibán aquellas palabras lo encendieron por completo, aquella rata se creía con derecho de acostarse con su chica. Sí, su chica. Porque la consideraba suya.

—Nadie toca lo que es mío. —le espetó en apenas un susurro Calibán.

—Me ha quedado claro...

—¿Tienes una ligera idea de lo que te va a pasar?

—No —acertó a decir.

—En un segundo voy a darte tal paliza que no se te olvidará en la vida. ¿Qué te parece?

Y el hombrecillo ya no pudo responder a eso, pues había sufrido una especie de apoplejía por la impresión.

Calibán lo soltó, y comenzó a golpearle sin piedad, sin mostrar ni un atisbo de cansancio en ningún momento. Cuando se cansó de golpearlo y entendiendo que, si no paraba, lo iba a matar, le dejó en un charco de sangre.

Y después llamó a Saura, explicándole lo que había sucedido, para que ella y los chicos se acercasen a por esa rata y la dejaran tirada por ahí, y limpiaran el desaguizado y arreglaran la puerta que había arrancado de la jamba para poder entrar al piso.

Y así bajó a la calle, donde Galatea le estaba esperando dentro del coche, en estado de shock. Mostraba una pequeña brecha en la frente, por lo demás parecía entera.

Calibán entró en el coche y la abrazó, tan fuerte, que le hizo daño.

—Perdona —exclamó cuando ella se quejó— ¿Qué te ha hecho?

—Nada, solo lo de la frente... Eso y el susto de muerte que me ha dado. Cuando entré en el apartamento, él estaba allí, agazapado.

—Como las alimañas. Ya no tendrás que preocuparte por él más, pero no te puedes quedar arriba. Vendrás conmigo a mi casa.

—Gracias, la verdad es que esta noche no podría quedarme sola.

—Tranquila, iremos a casa, y llamaré a Marcelo, mientras la Sra. Sánchez te preparará una tila. Ya puedes tranquilizarte, no voy a permitir que te pase nada malo.

Y a Galatea no le cupo duda. Nunca se había sentido tan protegida como cuando estaba a su lado. Y le sonrió con algo de tristeza en los ojos.

—Ahora vámonos a casa. Tienes que descansar y tienen que verte esa herida.

—No es nada, solo un pequeño golpe.

—No me rechistes. Soy un mandón y me gusta que me obedezcan.

Y diciendo esto se dirigieron a la casa de Calibán.

El médico había llegado en cuanto Calibán le llamó, y había mirado con atención a Galatea, diagnosticando que solo tenía un pequeño corte en la frente que no precisaba de puntos. Le curó el corte y le puso una tirita. Por lo demás se encontraba bien, y después se tomó la tila que la Sra. Sánchez le había preparado, dándole la bienvenida de nuevo, alegrándose de verse mutuamente. El médico le dijo que necesitaba dormir y nada más, así que Calibán se dirigió a ella y la besó en la frente, regodeándose algo más de lo debido en aquel beso. Galatea había cerrado los ojos, impregnándose de aquel olor tan exótico de su piel a especias como el tomillo, el eneldo e incluso la canela, y a madera de sándalo quemándose despacito y suspiró de alivio y de placer.

—Tienes que descansar. La Sra. Sánchez te ha vuelto a dejar ahí el camisón con el que dormías la otra vez. Tómate la tila y acuéstate. Debes dormir.

—¿Vas a marcharte?

—Sí, quiero que descanses tranquila.

—No quiero quedarme sola...

Y Calibán la observó en silencio. Aquello que le estaba pidiendo, pondría de nuevo a prueba toda su autodeterminación.

—Bien, me ducharé y me cambiaré de ropa, me pondré algún pijama si es que tengo...y vendré a hacerte compañía. ¿Te parece bien?

—Sí, por favor.

Así que se había duchado y se había puesto un pantalón de un pijama que había logrado encontrar, y así con el torso desnudo se dirigió a la habitación de Galatea. Ella ya se había tomado la tila, y le esperaba despierta, con el camisón puesto, y acostada dentro de la cama. Ella le observó el torso desnudo y le siguió con los ojos los músculos de sus pectorales y bajó por los abdominales y a los oblicuos, que le hubiera gustado lamer con su lengua. Calibán suspiró con una infinita paciencia cuando leyó sus pensamientos, y se acostó a su lado, en la cama sin decir nada. Ella solo se acercó a él, y recostó la cabeza en su pecho y él la acarició el brazo con su mano, y se quedaron allí, muy quietos, uno al lado del otro.

—Esta noche no podría quedarme sola —le dijo— te agradezco que te quedes conmigo.

—Me quedaré hasta que te duermas y luego me marcharé.

—No, por favor, no te vayas.

—De acuerdo. Me quedaré.

Y Galatea comenzó a relajarse y Calibán supo que la noche sería larga, muy larga, pero la abrazó y se sintió feliz de poder estar a su lado y respirar su aroma. El limón dulce y el olor a lluvia inminente se apoderaron de él.

Galatea se durmió. Y él, con los ojos abiertos como platos, observó el techo de la habitación, y se relajó por fin cuando aquella letra de la canción llegó a su cabeza. *Ya no persigo sueños rotos, los he cosido con el hilo de tus ojos y ya he cantado al son de acordes aún no inventados. En otra vida, en otro mundo, pero a tu lado.*

Y suspiró, llenándose el aire con su aroma.

CAPÍTULO VII

Belial

Y la noche había sido eterna, como había predicho. Como demonio que era no tenía por qué dormir, pero, aunque hubiera sido humano, no hubiera podido. Se había pasado toda la noche con una erección de caballo que le tenía martirizado. Aunque también tenía que reconocer que estar a su lado, abrazado a ella, respirando al son de su respiración y embebiéndose de su aroma, era una experiencia que nunca en la vida podría olvidar. Cuando vio que era una hora prudente, comenzó a besar sus párpados, con una suavidad infinita y después su mejilla, dejando un reguero de besos por toda ella, y entonces Galatea despertó, mirándole con absoluta felicidad.

—¿Has dormido bien?

—Sí, estoy muy descansada.

Galatea se había despertado un par de veces en toda la noche, apenas para comprobar que él estaba acostado a su lado, y volver a dormirse, y él, haciéndose el dormido, había observado que ella le miraba sin cesar, y que incluso una de las dos veces, le había tocado con la yema de su dedo índice el mentón, acariciándole con cuidado de no despertarle.

Para ella había sido la mejor noche de su vida. Solo una cosa comenzaba a preocuparle, y era que él no había intentado nada sexual con ella aquella noche, y si bien pensaba que quizá sería por el golpe que había recibido y porque quería que estuviera en plenas facultades para hacer aquello, también le preocupaba que él empezara a verla como una amiga, y nada más. Al fin y al cabo, tampoco había subido con ella al apartamento cuando ella se lo había pedido.

Pero intentó desertar esos pensamientos de ella, y le miró a los labios turgentes, los que le hubiera gustado morder, y besar hasta la extenuación.

Calibán, leyéndole los pensamientos, se levantó de un salto y le miró a los ojos.

—Voy a ducharme y a vestirme, y así te dejo que tú también lo hagas. Voy a pedirle a la Sra. Sánchez que nos prepare el desayuno abajo, donde siempre, ¿te parece?

—Sí, estupendo, gracias.

Y Calibán desapareció, dejando a Galatea confundida.

Se habían duchado, habían desayunado y Calibán se había despedido de ella, diciéndole que tenía muchas cosas que hacer, que descansara todo lo que pudiera para estar preparada para la noche. Y así había llegado la noche del sábado, la noche más exigente de *El Purgatorio*. Galatea se había ya entrenado bien para esa noche, y todo estaba preparado para que los clientes tuvieran a su alcance la noche que ellos esperaban. Estaba comenzando la noche según lo previsto. Galatea preparando cócteles y sirviéndolos, y Calibán escondido en su despacho para no enfrentarse a ella, vestida de aquella manera que le volvía loco. Solo a él se le había ocurrido que el uniforme de las chicas fuera aquél. Pero claro, cuando a él se le había ocurrido aquella idea, ninguna mujer le llamaba la atención en absoluto. Ya habían empezado a ser ocupadas algunas dependencias por algunos humanos deseosos de sexo frenético cuando lo sintió. Una vibración en el aire, pero esta

vez la calidad de esta era muy diferente a la de Shamsiel. Esta vez era una vibración más lenta y sigilosa, y no le acompañaban flautas y cascabeles, y Calibán se puso de pie, en guardia por lo que pudiera pasar.

Y entonces llamaron a la puerta y entró Saura, mirándole a los ojos con una mirada de pesadumbre que no le gustó en absoluto.

—Calibán, aquí hay alguien que quiere verte.

—Que pase.

Y entonces le vio. A Belial. El señor de la arrogancia y del orgullo. El demonio de la confusión, de la lujuria y el deseo. Uno de los primeros ángeles caídos. Entró sonriente y orgulloso, como era en él su costumbre y se midieron mirándose a los ojos en silencio.

—Buenas noches, querido Calibán —comenzó a decir—. Que la noche y la tierra sean contigo.

—Saura, puedes retirarte.

—¿Estás seguro? —le preguntó ella.

—Sí, podré defenderme solo.

Y Belial rio en una profunda y grave carcajada. Y Saura, mirándole con cara de pocos amigos, salió de la estancia, dejándolos solos.

Calibán volvió a sentarse y le mostró la silla frente a él y le observó en silencio mientras se sentaba. Con dos metros de altura y la piel tostada, el pelo corto y los aretes de pirata en las orejas, ojos verdes de un color brillante y casi imposible, traje de Armani, de un azul marino impoluto, y ademanes refinados había escogido una apariencia humana de lo más atractiva de cara a las humanas. Era armonioso cuando permanecía en silencio y tenía una sonrisa que resultaba arrebatadora para las mujeres de cualquier edad y condición social.

Se miraron en silencio. Hasta que Belial lo rompió.

—Es graciosa esa súcubo tuya...

—No es mi súcubo.

—¿Está libre, entonces? En ese caso quizá le invite una noche de estas a “bailar” conmigo...

Y había puesto una entonación distinta en la palabra “bailar” que, del resto, dándole una intención sexual.

—Como si haber estado ocupada te hubiera frenado en absoluto...inténtalo, también puede ser que ella te haga morder el polvo.

Y Belial siseó entonces como las serpientes y sonrió de par en par, mostrando sus dientes como perlas brillantes.

—Como me gustan las hembras belicosas. Lo mejor que hay en el mundo es una buena lucha cuerpo a cuerpo para después abandonarse a la lujuria y al placer. Me encantan las súcubos por eso. Luchamos y el vencedor manda y domina al otro en el acto sexual. ¿Lo has probado, querido Calibán? A mí me encanta, normalmente siempre venzo yo. Y después me vengo con ellas haciéndoles pagar la derrota con placer y dolor. Y a ellas eso les vuelve locas y las convierte en unas sumisas entregadas y obedientes. Mmm, me muero por una buena sesión de lucha libre con alguna...quizá luego le tire los trastos a Saura... ¿No te importará, ¿no?

—Ya te he dicho antes que no es mía. Puedes intentar lo que quieras. Eso sí, si lo intentas y te dice que no, y aun así insistes y vuelve a negarse y entonces te pones pesado, tendrás que vértelas conmigo, demonio.

Y Belial rio de nuevo en una carcajada sonora y estridente.

—¡Me encanta como eres, Calibán! Calibán Insignu, Calibán el Grande, el que siempre se destacó por ser el mejor guerrero de nuestro padre, vencedor en mil batallas, defendiendo la libertad sexual de una súcubo cualquiera.

—No es una súcubo cualquiera. Es mi amiga. ¿Sabes lo que esa palabra significa, Belial?

—Por supuesto que sé lo que significa. Lástima que nunca haya habido nadie que se mereciera ser mi amigo...pero por supuesto que sé lo que significa...

—Y si no te importa que te lo pregunte... ¿qué coño haces aquí?

—Me moría por conocer *El Purgatorio*, todo el mundo habla de él...

—¿Un poderoso príncipe de los infiernos, con ocho legiones de demonios a su cargo, se rebaja a un sitio como este?

—Oh, no, no...es un sitio encantador, lleno de pecados impregnados a sus paredes, sobre todo sexuales. Me encanta.

—Vale, vale, ya me ha quedado claro. ¿Y qué quieres?

—Vamos al grano entonces, ¿eh? ¿Así sin invitarme a una copa siquiera?

Y Calibán, con una paciencia infinita se levantó de la silla y se acercó al mueble bar.

—¿Qué te apetece?

—¿No puede ser un cóctel? He oído que esas chicas preparan los mejores cócteles de la ciudad...

—Eso es ahí afuera. Aquí lo que puedo ofrecerte es una copa.

—Vale —dijo resignado—. Dame un güisqui solo con una piedra de hielo en un vaso ancho. ¿Tienes Jack Daniels de siete años?

Y Calibán sonrió cuando le oyó esto último. Aquella era la bebida de Shamsiel. Qué parecidos eran a veces los polos opuestos. Calibán sirvió dos y le acercó una. Belial dio un largo sorbo.

—Buenísimo. Muchas gracias, querido.

—Y ahora que ya tienes tu copa, ¿qué quieres?

—Bueno, en realidad quería un par de cositas.

—Dispara.

—En primer lugar me gustaría ser socio de tu local. Un socio VIP por supuesto.

—¿Por qué? ¿Qué falta puede hacerte a ti ser socio de mi local? Tú tienes que prepararte unas fiestas en tu mansión la mar de escandalosas. ¿Por qué querías venir aquí?

—Por aburrimiento. La vida eterna es demasiado larga. Da tiempo a probar de todo, y a almacenar toda clase de pecados de todos los estilos y sabores. Necesito algo nuevo. Una estimulación de otra clase. Estoy deprimido.

—¿Deprimido?

—Sí, te parecerá mentira. Pues lo estoy. Demasiado tiempo sin guerrear y tanto tiempo libre sin saber ya que hacer me han llevado a un estado letárgico del que quiero salir. Necesito divertirme. Apasionarme con algo. ¿Sabes a lo que me refiero? ¿Sabes cuánto tiempo llevo sin apasionarme por nada ni por nadie?

—Pues no.

—¡Siglos! ¡Siglos!, ¿siglos? lo menos ocho siglos... ¿te lo puedes creer? La vida eterna en ocasiones puede ser una larga y triste condena. Sí, necesito algo nuevo. Es lo que me ha recetado mi psicóloga.

—¿Tienes una psicóloga? Belial, joder, eres una caja de sorpresas.

—Sí, bellísima, jovencísima, brillante. Un témpano de hielo. Cómo me pone...

—¿Y no la has seducido?

—Primero lo primero. Antes tiene que devolverme a la vida sano y cuerdo, luego ya veremos...

—¿Sano y cuerdo? Pues no va a tener trabajo ni nada la pobre muchacha... —y Calibán bebió sonriendo.

—Mucho, ahí te voy a tener que dar la razón. Ella cree que soy un rico humano aburrido, sediento de experiencias nuevas. No sabe que soy un demonio, por supuesto. Pero me muero por enseñarle mis atributos en mi fase demoníaca, como sabes nuestros atributos crecen en proporción a como crece nuestro cuerpo. A mí me gusta follarme a las humanas transformado. Y a ellas les gusta mucho más también. Tú ya me entiendes...Lo malo es que la mayoría de ellas salen corriendo como locas cuando me ven transformado, y luego es un coñazo porque hay que perseguirlas para matarlas para que no se lo cuenten a nadie...No sé si a ti te ha pasado...

—Yo normalmente no follo con humanas. Cuando lo hago, lo hago como humano.

—No sabes lo que te pierdes. Esos coñitos estrechos y húmedos, y nuestra verga haciéndose paso a trompicones dentro...Cómo gritan de placer...

—Oh, por favor, Belial, esto ya es excederse en datos...

—Tienes la piel muy fina, ¿no?

—Belial, a ti te parecerá mentira, pero tengo mucho que hacer.

—Oh, por favor, si por lo menos tienes ahí afuera a ocho muchachas haciéndote el trabajo sucio... ¿qué es eso que no puede esperar un ratito? Hacía al menos trescientos años que no nos veíamos. Disfrutemos de esta charla entre viejos amigos. —dijo bebiendo de su copa.

—Y es lo que estamos haciendo, pero me gustaría ir terminando para que me pueda ocupar de otras cosas.

—¡Ah, pillín! A ti te está esperando una o dos humanas en alguna de esas habitaciones, ¿verdad? Y Belial está siendo muy desconsiderado... Ya lo entiendo.

—Venga, como prefieras pensar...Hecho, pagarás la cuantiosa cuota trimestral y aceptarás todas las reglas del local, que están en esta tarjeta.

Y Calibán le dio la tarjeta que Belial se dispuso a leer.

—Pues sí que es cara la cuota. Menos mal que las copas son gratis, solo faltaba...

—Es un club exclusivo...

Y Belial seguía leyendo, escandalizado y con cara de horror.

—¿Las humanas no se pueden tocar si ellas no quieren?

—Belial, las camareras no se tocan, a menos que ellas voluntariamente y fuera de horas de trabajo se quieran ir con quien quieran...y las socias humanas no se fuerzan. Aquí es todo consensuado, libre y voluntario.

—Qué coñazo... ¿y dónde está la diversión?

—Para ser socio deberás acatar las normas. Si no la acatas estás fuera sin miramientos.

—Está bien, está bien...Calibán, has perdido el sentido del humor definitivamente. Bien, aceptaré todo esto. ¿Y mi carné?

—Lo tenemos que hacer. La próxima vez que vengas preguntas por mí, si la cuota está ingresada, te daré el carné y asunto arreglado.

—Conforme.

—Y ahora, el siguiente asunto. —dijo Calibán bebiendo un largo sorbo.

—Verás...con esto del aburrimiento y de las ganas de fomentar el pecado por doquier, se me ocurrió hacerme con un gran alijo de coca. El caso es que tengo un importante excedente y tengo que moverlo...

—Ah, no, eso sí que no...

—¿Por qué? Calibán, piénsatelo por un momento. Iríamos a mitades.

—¿Tú crees que a mí me hace falta el dinero?

—¿Y tú crees que a mí sí? Esto lo hago por diversión, por juego, por difundir el pecado...

—No quiero mezclarme con eso. No quiero líos con la policía. No me gusta esa mierda.

—Vamos, Calibán, ¿acaso crees que tus socios no lo traen escondido y no se lo meten en tus habitaciones temáticas?

—Pero ahí yo no soy cómplice.

—¿Prefieres que la venda a tus espaldas como una vulgar alimaña?

—Preferiría que no la vendieras en absoluto.

—Hagamos una cosa. Tú te lo piensas un par de días y ya me dices. ¿Te parece? Al fin y al cabo, somos viejos amigos que saben muchas cosas el uno del otro, nos podríamos hacer mucho daño si quisiéramos, es mejor que nos llevemos bien, ¿no te parece?

—¿Me estás amenazando?

—No, por favor, no te lo tomes como una amenaza, si no como una advertencia, querido.

—Belial, Belial...

—Y ahora, sí, he de marcharme —dijo levantándose—. Ha sido un placer, como siempre. Deberíamos de repetir esto de charlar juntos más a menudo. Esta charla le ha venido muy bien a mi depresión. Y gracias por la copa.

—Toma —le dijo dándole otra tarjeta—. Hasta que ingreses el dinero y te de tu carné, toma esto. Se lo das a alguna camarera y ella te servirá lo que desees.

—¿Lo que deseé? —preguntó con intención.

—La copa que desees, Belial. Tómate un cóctel, ya sabes que tienen fama en la ciudad.

—No me iré sin tomarme uno. —dijo cogiendo la tarjeta— ¿Qué me recomiendas?

—El Cosmopolitan lo preparan muy bien. O un Alexander. O un Appel Martini. Pide el que quieras, todos están buenos.

—Ah, se me olvidaba. Mi tarjeta —le dijo dándole la tarjeta con sus datos. Calibán lo leyó y vio que su teléfono empezaba por las cifras 666.

—Vaya con tu número de teléfono...

—Mola, ¿verdad?

—Sí, mucho.

—Gracias, querido. Nos volveremos a ver.

—Más a menudo de lo que me gustaría, por desgracia.

Y Belial rio en otra carcajada y salió, cerrando la puerta.

Calibán se desmoronó en la silla. Los problemas se le multiplicaban.

Verónica había preparado un plan para conseguir que la camarera aquella no se creyera con derechos que no la correspondían, pues quería a Calibán para ella sola, así que allí estaba en una de las habitaciones temáticas, la del siglo XVIII, vestida con una carísima y preciosa ropa interior,

dispuesta a dejarle a Galatea las cosas bien claras. La había demandado con una jarra de “Agua de Valencia” y dos copas, y la esperaba ladina.

Llamaron a la puerta y la mandó pasar. Galatea entró saludando a Verónica y dejó lo que se le había pedido sobre la mesa del centro.

—¿Aquí le viene bien, señora?

—Sí, ahí está perfecto.

Verónica observó a Galatea y no le pareció el tipo de Calibán en absoluto. A ella le parecía que le sobraba carne en muchos sitios y definitivamente no tenía la clase necesaria.

—¿Sirvo las copas, señora?

—No, déjalo, eso le gusta hacerlo a mi hombre. Por cierto, ¿sabes si tardará mucho en terminar en el despacho?

Y Galatea se puso en pie de guardia. La observó. Era una mujer bellísima, vestida con una lencería preciosa y peinada como una diosa.

—¿A qué se refiere?

—Oh, a Calibán, por supuesto. ¿Sabes si ya ha terminado? Me dijo que vendría en cuanto se ocupara de unos asuntos. Hoy es nuestra noche favorita, y normalmente Calibán me la dedica por completo a mí. A él le gusta que nos amemos hasta el amanecer y dormir a mi lado. Ya lo comprendes, ¿verdad? Las relaciones al principio son tan apasionadas...

Y Galatea perdió el color por completo y se quedó allí, lívida, mirándola sin poder creerse lo que estaba oyendo. Pero, por otra parte, ahí estaba la cuestión de por qué no se había acostado todavía con ella. Eso era, estaba enamorado de aquella mujer. Y de repente todas las piezas del puzle cuadraron.

—Pues lo desconozco, señora, pero si quiere se lo puedo preguntar.

—Oh, no hace falta. Le esperaré lo que sea necesario. No hay prisa, tenemos toda la noche por delante. Puedes retirarte, no necesito nada más, y gracias.

Y Galatea salió de la habitación, con las lágrimas asomando a sus ojos.

Verónica había conseguido el primer set, ahora solo faltaba que Calibán acudiera, ya que le había pedido a Saura que cuando viera a Calibán libre, le pidiera que se acercara a su habitación, diciéndole que Verónica quería hablar con él de un problema muy serio. Y su plan habría tenido el éxito completo.

Cuando Belial se sentó en una de las mesas del local, observó como un gran rey sentado en su trono a todo lo que allí había. Y decidió que le gustaba. Pero entonces vio a Galatea, y le gustó. Adivinó su inocencia y su poca experiencia y de repente su belleza le subyugó. Era la candidata perfecta para jugar con ella como a él le apetecía. La observó moverse rauda y enfadada, o triste, pues él también sabía leer las emociones. Y le pareció un bocado exquisito. Una señorita se le acercó y le preguntó qué deseaba, y Belial le mostró la tarjeta y le dijo que quería un Alexander, pero que se lo preparara Galatea, y la señorita, Jennifer, fue hasta Galatea para darle el recado.

La observó cómo preparaba el cóctel con esmero y cómo se acercaba felina, moviendo las caderas, hasta donde él se encontraba. Y le dejó el cóctel sonriendo con los ojos cargados de tristeza, y una candidez que le encantó.

—¿Desea algo más, señor?

—Sí, me gustaría saber tu nombre.

—Galatea.

—Hermoso nombre...la estatua del rey Pigmalión.

Y entonces Galatea le observó y le encontró hermoso con aquella piel de mulato y los ojos verdes como esmeraldas brillantes. Parecía un pirata de un galeón del renacimiento.

—Vaya, conoce la historia.

—Por supuesto, soy un hombre culto. Me llamo Belial, y me gustaría que me llamasen así.

—Lo siento, señor, tenemos normas. Tengo que llamarle señor. Pero le llamaré señor Belial si le parece bien.

—Me parece perfecto. Y tal vez alguna vez podamos vernos fuera de aquí y conocernos mejor. ¿Qué te parece?

—No lo sé, quizá...

—Y así podrás contarme por qué una mujer tan hermosa y exquisita está tan triste.

—No estoy triste, señor.

—Bien, como prefieras.

Y entonces Calibán salió del despacho y la vio allí, sonriendo a Belial que la miraba con la lujuria encendida en los ojos. Y se sintió celoso, terriblemente celoso. Saura se acercó a él.

—¿Qué pasa? —Preguntó Calibán.

—Verónica está en la habitación del XVIII, quiere verte. Me ha dicho que es urgente e importante.

—Bien, iré para allá. Y Saura, ten cuidado con Belial, está confraternizando demasiado con Galatea, y no me gusta.

—Me encargaré de ello.

Y Calibán se dirigió a la habitación del XVIII, pasando por delante de Galatea, a quien no le pasó desapercibido hacia dónde se dirigía su jefe.

Cuando Calibán entró en la habitación Verónica se echó en sus brazos y comenzó a besarle por el cuello, intentando desnudarlo.

—Qué ganas tenía de verte, Calibán. Te he preparado una sorpresa.

—Verónica, estoy trabajando.

—Bueno, Saura, me ha dicho que habías terminado y que todo está bajo control...

—Pero mi deber es supervisar que todo esté en orden.

—Bueno, al menos tómate una copa conmigo y luego te vas.

Y Calibán accedió, y Verónica, con toda la maldad que fue capaz de atesorar se acercó a la puerta, mirando de frente a Galatea, que la miraba a su vez. Sonrió y al cerrar la puerta, vio como Calibán se acomodaba en el sillón, y la puerta se cerró, justo cuando los ojos de Calibán se posaban en ella y en Belial a su vez.

Verónica, con la puerta ya cerrada, le sirvió la copa y se sentó junto a él, donde comenzó a relatarle lo que había sido su día. Calibán fingía escucharle, mientras bebía de vez en cuando, y su mente divagaba hasta esa imagen de Galatea hablando con Belial que le había encendido por completo. Estaba enfadado, terriblemente enfadado, y sus ojos amarillos amenazaban con encenderse por completo.

Y Belial, por fin tenía un hilo por donde tirar, pues no le había pasado en absoluto inadvertidas las miradas que Galatea y Calibán se habían prodigado, y una sensación le embargó. Los celos.

Ese maravilloso pecado que hacía cometer locuras incluso a los reyes más beatíficos. Y bebiendo de su Alexander, le sonrió a Galatea con galantería.

Así que aquel exquisito bocado era de Calibán. Pero Calibán estaba divirtiéndose con otra humana. Lo bien que se lo iba a pasar. Y sus dotes de seductor se extendieron por el cuerpo de Galatea, que le miraba cada vez con más entusiasmo.

CAPÍTULO VIII

Celos

A Belial los celos siempre le habían parecido el pecado más tremendo, pues no provocaba ningún placer, solo dolor y sufrimiento, y a él le encantaba. Y a medida que iba observando a Galatea a lo lejos, más le gustaba. Tenía carne solo donde debía, y a él le encantaba agarrarse a la carne cuando se hundía entre las piernas de las humanas. Sus pechos le volvían loco, tan grandes y sus ojos eran hipnotizadores sin ella proponérselo. Qué mujer. Si hubiera nacido en el antiguo Egipto hubiera hecho tambalearse al mismo Imperio Romano y hubiera acabado con él de habérselo propuesto. No como aquella Cleopatra, que sí, mucha intencionalidad y luego se enamoró como una pava. Esta, hubiera derrocado reinados, destruido Imperios y posicionado guerras de su lado. Ah, qué pena que no hubiera nacido en otra época. En pleno Renacimiento. Esa era su época dorada, cuando los hombres y las mujeres descubren que ya no es Dios el centro de la Creación, si no el hombre. Y comienzan a pecar sin piedad. Sí, en el Renacimiento Galatea hubiera disfrutado mucho.

Cuando la velada estaba dando a su fin y Jennifer se acercó a él para decirle que iban a cerrar, invitándole a marcharse, se acercó a Galatea, que detrás de la barra, recogía las copas.

—Galatea, querida, ¿vas a salir ya?

—Sí, cuando recojamos y me cambie de ropa.

—¿Te apetece venirte conmigo a bailar?

Y Galatea le observó, sopesándolo y después miró hacia aquella puerta por la que Calibán había entrado y aún no había salido. Y a Belial esa mirada no le pasó desapercibida.

—Sí, si me esperas, iré contigo.

—Te espero fuera. Es el Ferrari de color plata que está afuera.

Y sonriéndole, salió.

Galatea siguió recogiendo. Saura se la acercó.

—No te vayas con él, Galatea.

—¿Y por qué si se puede saber?

—No es bueno para ti.

—¿Y quién lo es? Nadie es bueno para mí.

—¿Por qué lo haces?

Y la pregunta murió en el aire, pues Galatea no podía decirle que lo hacía por celos. Por los celos más oscuros y sangrientos que existían.

—Bueno, salgo de trabajar y me apetece que me sirvan una copa y bailar.

—¿A dónde vais?

—No lo ha dicho.

—Ese tipo no te conviene. Te hará daño.

—Todos me acaban haciendo daño.

Y Saura sabía que Galatea había dado la conversación por terminada. La súcubo comenzó a plantearse decírselo a Calibán, pero también creyó que quizá de esa manera Calibán la olvidaría si se liaba con Belial y se convertía en su protegida. Así que optó por esperar a que los acontecimientos se precipitasen.

Y cuando terminó sus quehaceres, fue a los vestuarios a cambiarse de ropa y se fue despidiéndose hasta el día siguiente. Y Saura, quedándose sola, supo que aquello no estaba bien, y decidió llamar a la puerta del XVIII. Abrió Calibán, aún vestido y la miró fijamente.

—Hay algo que debes saber. —le dijo Saura

Y Calibán salió de la habitación, cerrando la puerta, pidiéndole a Verónica que esperara un momento.

—¿Qué ocurre?

—Galatea se ha ido con Belial.

—¿Cómo? No lo dices en serio. ¿Dónde?

—No lo sé. Galatea dijo que iban a bailar.

—Por todos los demonios, Saura. Te dije que la vigilaras...

—Lo siento.

—Ya hablaremos de esto.

Y Calibán entró en la habitación y se despidió de Verónica, que no le hacía ni pizca de gracia que se fuera, sin saber dónde iba. Y luego cogió las llaves del coche del despacho y con un mal humor de perros y todo el infierno en sus ojos ambarinos, salió del local, raudo como una flecha.

Calibán llevaba dos horas recorriendo todos los antros y afteres de la ciudad, y no había dado con ellos. Solo le quedaba una opción, una discoteca que cerraba a las diez de la mañana, y si no les encontraba allí, y ella se iba con Belial, no se lo perdonaría nunca a Saura, y sabía que debía encontrarla por el bien de todos, porque como ese demonio entrometido le hubiera hecho daño, iba a convocar a todas sus legiones demoníacas para empezar la guerra más sangrienta de todas. Suspiró y aparcó en la acera, saliendo del coche. Se dirigió a la puerta donde un portero le paró. A Calibán se le estaba agotando la paciencia.

—No podemos dejar que entre nadie más. El aforo está completo.

Y Calibán podría haber sacado un billete de cien euros, pero en cambio miró a aquella mole a los ojos, y el hombre se le quedó mirando hipnotizado.

—Déjame pasar —le dijo con su voz más grave y el portero, sin saber por qué, sintió la necesidad de dejarlo pasar.

Y Calibán entró. Cuando sus ojos se acomodaron a la oscuridad comenzó a mirar por todas partes hasta que la descubrió en medio de la pista, bailando y cantando *I Will survive* de Gloria Gaynor, con una sensualidad que lo desbordó por completo, rodeada de pobres incautos que la miraban con auténtica adoración, y no le pareció para menos. Y fuera de la pista, sin quitarle los ojos libidinosos de encima, Belial.

Esperó agazapado, y pidió una copa en la barra, y decidió que llegaría el momento para intervenir, pero no de momento, y siguió observándola. Llevaba un sencillo top sin mangas de cuello halter de color naranja que se pegaba a su cuerpo y mostraba sus perfectos pechos y un vaquero que le quedaba como un guante. La melena negra se desparramaba por su espalda, algo

alocada y se movía con la gracia de la mejor bailarina. Llevaba música en el cuerpo, se notaba que aquella canción la hacía vibrar. Como ella lo hacía con él.

Y entonces sucedió. Uno de aquellos jovencitos se acercó a ella y le puso la mano sobre la cintura, y ella se la apartó, pero él volvió a la carga. A Galatea se la veía algo bebida y no tenía todos los reflejos como debería tenerlos, y el muchacho entonces puso las dos manos y se la acercó a sí mismo, pegando el culo de ella a su paquete, Galatea intentó zafarse y Calibán se dirigió a la pista, donde Belial ya había llegado a su vez. Los dos demonios se miraron a los ojos con cara de pocos amigos, y todos los muchachos, asustados desaparecieron de la pista, dejando a Galatea en medio de aquellos dos seres que se retaban prometiéndose el infierno eterno. Pero entonces Belial relajó la mirada, sonriendo y la música cambió a un lento empalagoso. Galatea no les quitaba ojo.

—Bienvenido, Calibán. —dijo Belial—. Qué bien que hayas venido a unirme a nuestra fiesta.

—No he venido a unirme a ninguna fiesta. He venido a por Galatea.

Y Galatea le miró sorprendida de pronto por oírle decir aquello.

—Perdona, pero yo no voy a ir contigo a ninguna parte— Y en cuanto habló, se le notaron las tres copas de más. Calibán resopló con resignación y aguantó con paciencia estoica, quedándose anclado en el suelo, sin moverse.

—Ya la has oído —dijo Belial—. Ella no quiere ir contigo. Ya sabes, tendrás que respetar sus decisiones. ¿O no es esa una de tus normas que te encargas de promulgar sin parar?

—Belial, no agotes mi paciencia, haznos un favor y desaparece.

—No, está conmigo —exclamó Galatea.

—No puedes mezclarte con los clientes.

—Estoy fuera de mi horario de trabajo.

—Galatea, no voy a repetirlo más. Estás bebida y debemos irnos a casa.

—¿A casa? ¿A qué casa? —preguntó con intención.

—A mi casa, tú no puedes volver a la tuya todavía.

—¿Y por qué haría yo eso?

—Porque es muy tarde, debes descansar, hoy es domingo y a la noche trabajas.

—Voy a hacerte una pregunta, Calibán —dijo Belial— ¿Eres así de protector con todas tus camareras?

—Belial, desaparece.

—Desapareceré si me lo pide ella.

Y a Calibán se le agotó la paciencia y se lanzó encima de Belial, y los dos rodaron por el suelo. Calibán se puso sobre Belial, que reía a carcajada limpia.

—¡Está bien! ¡Está bien! No voy a luchar contigo, Calibán...los dos saldríamos perdiendo y creo que no merece la pena...Ya has demostrado toda tu testosterona demoníaca, puedes quitarte de encima, no me voy a pelear.

Y Calibán se retiró, mirando a Galatea, que a su vez le miraba furiosa.

—Por última vez, Galatea. ¿Te vienes conmigo?

Y Galatea con toda la determinación que los celos y la rabia le hicieron atesorar en aquel momento, le miró con todo el coraje del mundo y le contestó:

—¡No! —Y acto seguido se dirigió a Belial y ante un asombrado y perplejo Calibán le dio un beso en los labios que incluso al propio Belial sorprendió— ¡Me quedo con Belial!

Calibán no podía creerse lo que estaba escuchando, pero no podía llevársela a la fuerza, si lo hubiera hecho, todos sus principios se hubiesen caído como un castillo de naipes, pues quería que ella viniese a él, por su propia voluntad y no forzarla.

Un profundo y desesperado ataque de celos entonces le inundó. No podía creérselo. La mujer que amaba, su mujer se quedaba con el demonio más perverso y lujurioso que existía en el mundo. Un demonio que no dudaría en hacerla daño, en convertirla en un títere, en una muñeca de trapo. Y entonces se acercó a Belial, y a su oído le dijo muy bajito, para que solo él se enterase:

—Como le hagas daño, como la mates o le hagas algo irreparable, juro por Dios que te buscaré por todos los rincones de la tierra hasta dar contigo y arrastraré tu culo por todo el inframundo hasta que no quede de ti ni los dientes. Estás advertido.

Y diciendo esto comenzó a irse, antes de que pudiera dejar de oírle, Belial le gritó:

—¡Tienes que dejar de tomarte la vida tan en serio, Calibán! ¡Tienes que divertirte más!

Y después Calibán, desapareció.

Belial, aún sorprendido por el beso de Galatea en sus labios, la miró con profunda y radiante admiración como si esta fuera una Lilith recién reencarnada y se unió a ella, en la pista de baile, cogiéndole por la cintura y encandilándola con su atractiva manera de bailar. Todo en él era sensualidad, belleza y pecado. Y Galatea, con aquellas copas de más, aún dolida con la actitud de Calibán, se dejó mecer en sus brazos, y respiró el aroma de la piel de Belial, que olía a eucalipto y almizcle, y todos sus sentidos despertaron a la lujuria, y continuó bailando, agarrada a su cuerpo, como si fuese un trozo de madera a la deriva.

Calibán, furioso, preso de una innegable e irrefutable ira, se alejó en su coche hacia *El Purgatorio*, donde tenía pensado vengarse de todas las afrentas en el cuerpo bien dispuesto de Verónica. Conducía como un loco, y de no haber sido porque eran las nueve de la mañana de un recién estrenado domingo, seguro que le hubieran multado por exceso de velocidad. Cuando llegó entró como una exhalación, pasando por delante de Saura, sin ni siquiera mirarla. Saura sabía que no era el mejor momento para hablarle, pero tenía un terrible remordimiento de conciencia por no habérselo dicho antes y le intentó parar con su voz.

—¿La encontraste?

—¡Sí! —gritó sin detenerse—. ¡En brazos de Belial!

Y sin decir nada más, se metió en la habitación del XVIII, donde Verónica, aún despierta y con signos de haber llorado se hallaba acostada sobre la cama.

Y Saura supo que se había desatado la tercera guerra mundial. Así que mientras Calibán cerraba la puerta tras de sí, Saura se sirvió un tequila a palo seco y se lo bebió de un trago, para después servirse otro más. Al fin y al cabo, si aquel no era un buen momento para darle al tequila, no habría otro mejor.

Y Calibán agarró a Verónica y la besó en la boca con toda la intensidad de la rabia más terrible y ensordecedora, y no tuvo más que pensar en los labios de la morena y en sus pechos mecidos al son de la música para que se empalmara en un segundo, mientras horadaba la boca de la humana y la arrancaba haciendo trizas la ropa interior. Verónica, aliviada por fin, pensando que su hazaña había obtenido el resultado deseado, se agarró a él con ambas manos, profundizando en aquel beso con mayor énfasis. Pero Calibán no estaba dispuesto a ser ni dulce ni recatado, y tampoco iba a permitirle que llevara ella la batuta, así que ella pagaría toda su frustración. Le agarró de los

brazos y le ató las muñecas con bridas al cabecero de la cama, pues aquellas habitaciones estaban dispuestas con un buen número de objetos eróticos, y después terminó de quitarle toda la ropa y le tapó los ojos con una venda, para que no pudiera mirarle.

—Calibán, por favor...

—No hables más.

Y aquella voz, profunda y grave sonó con toda la intensidad del averno, y Verónica supo que en aquel momento era mejor callarse y dejarle hacer sin más, pues las consecuencias podían ser mucho peores.

Después Calibán se desnudó, y con una creciente erección se la metió a Verónica en la vagina sin ningún preliminar, y ella gritó por la sorpresa y por una pequeña molestia porque no se hallaba preparada del todo, pero entonces, por la embestida tan brusca se humedeció y comenzó a estar preparada para él. Y Calibán comenzó a bombear en su interior con la imagen de Galatea en su memoria. Galatea la desleal. La indolente Galatea. Galatea, Galatea, Galatea, Galatea la ruín. La bella Galatea, Galatea el ser más cruel y hermoso del universo.

Y allí se pasó con Verónica follando hasta que fueron las seis de la tarde, momento en que salió para ducharse, vestirse, comer algo y volver a su despacho hasta que llegara la hora de abrir *El Purgatorio*.

Belial, poco después de que Calibán se fuese por la puerta de la discoteca, agarró en brazos a Galatea, que ya no se tenía en pie por la bebida ingerida, y la sacó seminconsciente del local, para subirla a su Ferrari y llevársela a su gran mansión, que en nada tenía que envidiar a la de Calibán. Le gustaba su cercanía de una manera que le sorprendía y llevarla así, tan confiada y ajena a todo, le producía una paz que no estaba acostumbrado a tener. La miraba el ceño relajado y los labios turgentes que le apetecía morder, y su olor a lluvia con granizo y limón dulce no le pasó desapercibido, y profundamente emocionado por sentir algo en dos mil años, la dejó recostada en su propia cama, donde le quitó el calzado y los vaqueros, dejándola solo con la braguita de encaje negro, tan arrebatadora, y el top naranja, y la arropó. Después se desnudó él, y en calzoncillos y con la pose de un dios griego se acostó a su lado, y aunque no necesitaba ni dormir ni descansar, quería sentir el cuerpo de ella cerca suyo, dándole calor, un calor que ya no estaba acostumbrado a tener. Y le quitó un mechón del cabello de la cara, y le miró el rostro descansado, y la besó en los labios, intentando sentir lo mismo que había sentido cuando ella le había besado de pronto. Y se sintió reconfortado. Y después la acercó a su pecho y le recostó la cabeza sobre él, y así la abrazó, y cerró los ojos y fingió dormir, con el rostro lleno de ira de Calibán en la mente.

CAPÍTULO IX

Ira

Calibán, con una rabia que hacía siglos no sentía se escondió en su despacho, después de estar duchado y comido, y se dispuso a trabajar sobre unos papeles, cuando llamaron a la puerta y Saura entró. Le miró a los ojos sin desviarlos, pero Calibán estaba muy enfadado con ella, y no quería discutir.

—No tengo nada que hablar contigo, Saura. Vete.

—Lo siento, Calibán. Debí haberte avisado antes.

—Olvidalo, no importa, será mejor así. Ahora esa humana es el problema de Belial y no el mío. Seguiré trabajando aquí, no voy a echarla, pero no quiero saber nada de ella.

—Fueron los celos, cuando vio que entrabas en la habitación de Verónica lo que le hizo actuar así.

—Bueno, ella tomó una decisión y tendrá que asumir las consecuencias.

—Como tú tendrás que asumir las tuyas.

—¿Qué quieres decir, Saura?

—Sabes que nunca me he callado y que no pienso hacerlo ahora. Acataré siempre tus órdenes, te seguiré donde sea necesario, pero no me voy a callar si creo que no estás actuando bien. Y ahora no lo estás haciendo, maldita sea. Verónica te tendió una trampa y tú caíste en ella de pleno.

—¡No soy idiota, Saura! ¡Sé lo que Verónica pretendía hacer! No se trata de lo que hizo Verónica, la cual no me importa más allá de un polvo. Lo que me llena de rabia y de dolor es que ella a pesar de eso, se fuera con Belial, mi enemigo. ¿Lo entiendes, súcubo del infierno?

—Por supuesto que lo entiendo. Lo que entiendo es que ella ha herido tu virilidad yéndose con alguien que no eras tú, cuando tú has hecho lo mismo antes, yéndote con otra. Lo que entiendo es que las mismas reglas que tú impones, tú no las cumples.

—¡No es lo mismo!

—¿No es lo mismo porque tú eres tú y ella es ella?

—No, no es lo mismo porque Verónica estaba en mi vida antes de que ella apareciera, y Belial ha aparecido después con su puta imagen de modelo de revista. Y si ella hubiera sentido algo por mí, por poco que hubiera sido, si me hubiese querido guardar la lealtad que le pedí, no se hubiera ido con él. No hubiera podido.

—Pero tú sí que podías irte con Verónica aun estando enamorado hasta la médula como lo estás de ella, ¿verdad?

—No estoy enamorado.

—Y yo soy una carmelita descalza.

—Mira, me importa una mierda esta tontería de la igualdad. ¡Soy un demonio de más de 500000 años, por el amor del infierno! Soy mandón, territorialista, egoísta y despiadado cuando se debe. Y no me gusta que la mujer que yo consideraba mía se haya ido con ese demonio embaucador y

perverso, el que ahora estará follándosela, enseñándole todo lo que yo quería enseñarle, ¿lo entiendes?

—Ese es el problema, que la considerabas tuya cuando no lo era. Las hembras de cualquier especie ya no les pertenecen a los machos. Estamos en el siglo XXI y las mujeres han evolucionado, macho alfa. Ella es tan libre como lo eres tú, y si tú te vas con esa pavisosa de Verónica, que no sé qué coño has visto en ella, Galatea tiene el mismo derecho a irse con quien la apetezca.

—Si me quisiera no hubiera podido hacerlo.

—Eres un vanidoso. ¿Y tú? ¿No te fuiste con la muñeca hinchable sintiendo algo por ella?

—Saura, márchate. No me apetece seguir hablando.

—Mira, Calibán. Yo sé que hice mal, pero tú la estás cagando mucho más ahora. Vas a cometer un gran error si la dejas escapar.

—¿Pero no eras tú la que me dijiste que la olvidara?

—Ahí también me equivoqué. Creí que era un capricho, no entendí el profundo sentimiento que estaba creciendo por ella dentro de ti. Y ahora lo siento. Siento tu dolor quemándote las entrañas. Siento tu ira dentro y tengo miedo de que te devore.

—¿La sientes?

—Oh, sí, ya creo que lo siento. Dios, qué grande es el amor...

—Márchate, se está acercando el momento de abrir las puertas. —Y Saura se dispuso a salir del despacho—. Y dime si viene a trabajar. La encontré muy perjudicada, me temo que no pueda venir.

—De acuerdo. Te avisaré cuando llegue, si llega.

—¿Se ha ido Verónica?

—Sí, se fue detrás de ti.

—No creo que anoche me portara muy bien con ella.

—Pues se lo mereció, la muy zorra.

—En todo caso, si luego viene, dímelo, tengo que hablar con ella.

Y Saura salió por la puerta dejando a Calibán inmerso en su lucha interna. Iba a arrancarse del corazón ese sentimiento por ella, le llevase lo que le llevase. Y después, cuando ya no sintiese nada por ella, se marcharía muy lejos, abandonándolo todo.

Cuando Galatea despertó, estaba sola en una habitación preciosa que no conocía. Una cama de alabastro con pedestal y dosel con visillos blancos cubriéndola. Todo estaba decorado en un estilo rococó, con dorados y negros, pero le gustaba la armonía y todo lo que esa habitación contenía.

Intentó incorporarse, pero un fuerte dolor de cabeza le atravesó las sienes, y la tumbó de nuevo, y después se abrió la puerta, y Belial, con un batín de seda negro entró con una bandeja de desayuno y la dejó sobre la mesa, sonriéndole efusivamente. Y entonces Galatea, lo entendió. Estaba en la habitación de Belial, y todos los recuerdos de la noche anterior le vinieron de golpe a la cabeza, la mirada de Calibán, su dolor en los ojos, la rabia de verle con otra mujer y saberle enamorado de ella. La ira, la profunda ira que le atravesó el cuerpo, inundándolo todo.

—¿Qué tal has dormido? —le preguntó el demonio.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro de la tarde.

—He traído un desayuno a caballo entre desayuno y comida. Café con leche, zumo de naranja, huevos revueltos con panceta, salchichas y tostadas de pan con jamón, tomate y aceite. También te he traído esto.

Y le dio dos pastillas que Galatea observó. Después le puso el zumo en la mano.

—Son para la resaca. Te sentirás mejor después de tomártelas.

Y Galatea se las tomó. Y después se tomó el zumo de un sorbo.

—Gracias.

—Vaya, vaya, tienes resaca. Ven, siéntate a mi lado, desayuna conmigo, tienes que reponer fuerzas.

Pero Galatea no se atrevía a salir de la cama, pues sabía que de cintura para abajo estaba desnuda.

—¿Y mi pantalón?

—Vamos, no sientas vergüenza, al fin y al cabo, ya te vi anoche cuando te desnudé.

—¿Me desnudaste?

—Bueno, alguien tenía que hacerlo.

—Pero entonces, ¿hemos dormido juntos?

—Sí, claro.

Galatea observó a Belial, lo hermoso que era. Pero no se podía creer que ella y Belial se hubieran acostado juntos y que no pudiera recordar nada de lo que hubieron hecho. Belial le leyó el pensamiento y sonrió, vanidoso.

—Querida, puedes estar tranquila, no hemos hecho nada que no fuera dormir. Verás, a mí el amor me encanta y pecar de todas las maneras posibles. Pero hay algunas cosas que no me gustan, por ejemplo, la necrofilia. Y tú anoche estabas muerta, mi amor.

—Ah, qué alivio.

—Créeme —le dijo adoptando la actitud de un depredador— cuando tú y yo follemos, te enterarás de todas y cada una de las cosas que te pienso hacer. Porque voy a hacer que sientas lo que nunca nadie te ha hecho sentir. Y para eso te quiero bien despierta. Para que no se te olvide nunca lo que es follar con Belial.

Y Galatea, asombrada, con una mezcla de orgullo y miedo, salió de la cama, y así, en bragas se sentó en la silla libre, frente a Belial, que ya se disponía a comer.

—Gracias por todo —se atrevió a decir.

—No tienes que darlas, no sabes lo que disfruto con todo esto.

—Desayunaré y me marcharé a mi casa, tengo que cambiarme de ropa e ir a trabajar.

—No hace falta que te marches. He mandado comprar ropa nueva para ti, tienes todo lo que necesitas en esta habitación de aquí al lado. Allí hay un baño completo, puedes ducharte allí, o darte un baño, lo que prefieras. Después te llevaré en mi coche al trabajo. ¿A qué hora entras?

—A las ocho. Hoy es domingo.

—A esa hora estarás allí, limpita, vestida y totalmente recuperada de tu resaca.

Y Galatea sonrió, mirándole con curiosidad. Observó su hermoso semblante, sus penetrantes e intensos ojos verdes, su piel mulata, su sonrisa preciosa y le pareció bellísimo. Y de pronto sintió que le hubiera gustado mucho si no hubiera sido porque existía Calibán en este mundo. Y siguieron desayunando con apetito, charlando de cosas sin importancia, riendo y sintiéndose a gusto el uno

con el otro. Galatea se sentía descansada, se le estaba pasando el dolor de cabeza y estaba profundamente agradecida por ser tan afortunada de que dos hombres tan magníficos quisieran prodigarla muestras de tanto cariño.

Cuando Galatea entró en *El Purgatorio* a la hora prevista, Saura la saludó cortés y la siguió hasta los vestuarios, donde la muchacha debía cambiarse de ropa. Galatea la observó extrañada y dejó que hablara.

—¿Qué tal estás? —le preguntó Saura.

—Estupendamente, ¿qué pasa? ¿ya te has enterado de que anoche me excedí con el alcohol?

—Bueno, tengo entendido que excederse es quedarse corta... ¿ese pervertido de Belial se portó bien contigo?

—Con todo el respeto, no creo que eso sea asunto tuyo, Saura. Belial es un buen amigo que me cuida, me respeta y me protege, y no voy a consentir que nadie le insulte delante de mí.

Saura se quedó sorprendida y la miró como si de pronto le hubieran crecido dos cabezas.

—¿Qué te respeta? Pues será la primera vez que respeta algo...

—Puedes creer lo que quieras. Conmigo ha sido amable en todo momento, y me ha respetado. Es todo cuanto voy a decir.

—Bien, me alegro.

Y Saura desapareció, dejándola sola. Después entró en el despacho donde Calibán permanecía encerrado. Llamó a la puerta y pasó.

—Dime —le pidió Calibán.

—Galatea ya ha llegado.

—¿Está bien?

—Sí, está bien. La resaca no se le nota.

—¿Y por lo demás? ¿Le ha tratado bien Belial?

—Yo creo que sí...

—¿Qué pasa? ¿Por qué tienes esa cara?

—¿De sorpresa? Quizá porque me ha dicho que Belial es un buen amigo que la respeta, la protege y cuida de ella. Es tan alejado a Belial, que me sorprende. Pero no miente. Estoy segura de que ese demonio la ha tratado bien.

—Pues fantástico. Y ahora vete. Si viene Verónica, avísame.

—¿Y si viene Belial?

—Belial puede venir cuando quiera. Ha ingresado la cuota y es socio de pleno derecho. Aquí está su carné por si viene. Se lo das. —Y Saura cogió el carné con la mano, mirándolo—. Eso es todo, puedes marcharte.

—Pero si Belial viene, ¿te aviso o no te aviso?

—No, no me importa.

Y Saura supo que mentía, pero salió del despacho sin rechistar. Cuando salió Galatea ya estaba vestida, preparada para trabajar. Solo faltaban diez minutos para abrir las puertas. Y todo parecía listo para la nueva jornada. Era noche de domingo. Y se auguraba una noche tranquila. O al menos eso era lo que Saura deseaba.

La noche comenzó como estaba previsto. Saura tenía todo controlado. Los clientes disfrutando, las chicas trabajando y Belial...sentado en la que ya parecía su mesa, donde se hallaba un trono de colores dorados que le quedaba de maravilla. Observaba a Galatea en todo momento y no le quitaba ojo en ningún momento. Saura sabía que ya la consideraba suya, hubieran consumado o no. Galatea, ajena a él, servía cócteles a quien se lo pedía, y no se le notaba la noche de estragos.

Todo iba bien, hasta que el portero, Saúl, entró y le dijo a Saura que dos policías querían hablar con Calibán. Saura le dijo que les hiciera pasar.

Cuando lo hicieron Saura vio a un hombre y a una mujer, que se presentaron como inspectores, enseñando sus placas. Saura sonrió, cortés, y no la pasó desapercibida la belleza animal del hombre, que olía a coco y bourbon, y se excitó. Su parte de súcubo estaba amenazándole con rebelarse ante semejante criatura, pero se contuvo, y les preguntó en qué podía ella ayudarles.

—Somos Alonso Cortés y Lluvia Jiménez —dijo el hombre alargando su mano.

Saura se la estrechó y luego tomó la de la mujer.

—Encantada —dijo Saura—. Yo soy Saura, la encargada de *El Purgatorio*. ¿Puedo saber a qué se debe su visita?

—Venimos a hablar con Calibán Ventura, el dueño. —dijo entonces la mujer

—El señor Calibán está en su despacho. Esperen aquí, voy a ver si puede atenderles.

Y Saura se dirigió de nuevo al despacho, llamando y entrando posteriormente.

—¿Qué sucede ahora?

—Hay fuera dos inspectores de policía que quieren verte.

—¿Dos polis? ¿Y qué quieren?

—No lo sé, solo me han dicho que querían hablar contigo.

—Hazles pasar.

Y Saura salió por ellos y les pidió que la acompañaran. Los acompañó, les abrió la puerta y los dos policías entraron. Saura salió, cerrando la puerta.

—Somos Alonso Cortés y Lluvia Jiménez —dijo el hombre extendiendo su mano.

—Calibán Ventura —dijo él cogiéndola. Después cogió la de la mujer—. Siéntense, por favor. ¿Quieren tomar algo?

—No, gracias —dijo Lluvia—. Estamos de servicio.

—¿Y en qué puedo ayudarles?

—Iremos al grano, no disponemos de mucho tiempo.

Y Alonso sacó una foto que le mostró a Calibán.

—¿Conoce a este hombre? —le preguntó. El hombre era la rata que había intentado forzar a Galatea.

—Sí, lo conozco —dijo Calibán—. Tuvimos un altercado en la calle hará...quince días aproximadamente...Estaba maltratando a una mujer y me metí. Le pegué un puñetazo y socorrí a la mujer, metiéndola aquí para protegerla de él. Temí que fuera una víctima de maltrato.

—¿Conocía a la mujer? —le preguntó Lluvia.

Calibán la observó sin poderlo remediar y le pareció bonita. Tenía el pelo pelirrojo y los ojos azules, y unas graciosas pecas asomaban en su nariz y mejillas.

—En ese momento no, ahora sí, trabaja para mí.

—¿Aquí? —preguntó el policía.

—Sí, no tenía trabajo y yo necesitaba una camarera, se lo ofrecí y aceptó.

—¿Podríamos hablar con ella?

—Por supuesto, la llamaré. Si me disculpan voy a por ella.

Y Calibán salió del despacho y se encaminó hasta Galatea, que comenzó a sentir todas las mariposas de su estómago alborotadas cuando le vio acercarse a ella. Estaba arrebatador con aquel suéter blanco y el vaquero tan ceñido, y sus dos trenzas reposando sobre los hombros. Le hubiera gustado besarle allí mismo, delante de todos. Calibán, por el contrario, estaba todavía lleno de ira, y así la miró, pero también recorrió, sin poder evitarlo, sus piernas con los ojos, y sus pechos hermosos, y pensó que debería arrancarse los ojos para no volver a mirarla así nunca más.

—Galatea, ven un momento, por favor.

Y Galatea se acercó a él, y con toda la intención le dijo:

—Sí, señor, ¿qué desea?

Calibán tragó saliva por los sentimientos que esa frase le provocaban y la miró con deseo.

—Hay dos policías en mi despacho preguntando por la rata que te acosaba, quieren hablar contigo.

—¿Y debo hablar con ellos?

—Por supuesto. Diles la verdad. Que te exigía un dinero que tú no debías y que yo aboné. Y que, desde el día de la calle, cuando te torciste el tobillo, no has vuelto a verle. No menciones lo de tu apartamento.

—De acuerdo.

Y Galatea, confiando en él, se acercó al despacho, con él detrás, observando sus caderas cadenciosas y su hermoso culo nacido para ser azotado y adorado a partes iguales. Porque en aquel momento, lo que deseaba era ponerla sobre sus piernas y azotarla hasta la extenuación. Y después follarla hasta que hubieran pasado ocho días.

Entraron en el despacho, donde los dos guardias les esperaban. Se presentaron y Galatea les observó, displicente.

—¿Señorita Galatea Fuentes? —preguntó Alonso.

—Sí, soy yo. ¿En qué puedo ayudarles?

—¿Conoce a este hombre? —preguntó Alonso. Le dijo enseñándole la foto.

—Sí, solo sé su nombre de pila. Se llama Alberto.

—¿De qué le conocía? —preguntó entonces Lluvia.

—Pues a grandes rasgos, mi exnovio me dejó una deuda enorme, entre otras cosas una deuda con un casino. Este desgraciado me perseguía para que les pagara. Trabaja para el casino. Pero yo no tenía dinero...

—¿Cuándo fue la última vez que le vio?

—Pues hace como quince días, en la calle, aquí al lado. Él me empujó al suelo y el señor Calibán fue muy amable al intervenir. Él le alejó y me ayudó a mí después. Él también abonó mi deuda, bueno, la de mi ex, y después me ofreció trabajo.

—¿Y por qué lo hizo? —preguntó entonces Alonso a Calibán.

—Porque soy un buen ciudadano y buen samaritano. Quería ayudarla. Ella lo necesitaba y a mí me encanta ayudar a las personas que lo necesitan.

—¿No han vuelto a verle después? —preguntó Lluvia.

—No, no le hemos vuelto a ver. ¿Podemos preguntar por qué preguntan por él? —preguntó Calibán.

—Le dieron la noche del miércoles una gran paliza, lo que le ha llevado a cuidados intensivos al hospital. Todavía está en coma, no hemos podido preguntarle —respondió Lluvia.

—Sabemos que es escoria —dijo Alonso—. Tiene tantos delitos que ya no atesora vida para pagarlos todos, pero es alguien que nos puede llevar a algo más gordo, y sabemos lo que les pasó con él en la calle, queríamos saber si sabían algo más.

—Pues eso es todo, yo creo que hasta ahí podemos ayudarles —respondió Calibán.

—Muy bien, pues no les molestamos más —dijo Lluvia levantándose.

—Si en algún momento recuerdan algo más, nos gustaría saberlo —dijo Alonso levantándose también.

—Por supuesto —respondió Calibán—. Los acompañaré a la puerta.

Y todos salieron del despacho. Galatea se dirigió a la barra, y Calibán los acompañó hasta la puerta, por la que se salieron despidiéndose.

Después Galatea y Calibán se miraron, cuando él pasando por delante de ella, volvió a dirigirse al despacho, encerrándose en él. Y Galatea sintió de pronto una honda tristeza cuando pensó en cómo le había ayudado él, y cómo luego la había dejado tirada para enrollarse con la Verónica esa. Y la ira volvió a inundarla. Saura les observaba en silencio. Y Belial también, mientras bebía un sorbo de su Alexander.

Ya fuera, los inspectores subieron a su coche. Y Alonso, que era el que conducía, arrancó.

—¿Les has creído? —preguntó Lluvia.

—Hay cosas que sí, otras no. ¿Qué impresión te han causado a ti?

—Que mienten. Como bellacos.

Y así, salieron de allí, dirigiéndose a comisaría.

Calibán, en su despacho, sintió una punzada de orgullo herido que lo atravesó en dos cuando pensó en cómo le había prestado su ayuda, y cómo ella la había traicionado después. Y una gran hibris le inundó. La desmesurada soberbia se hizo paso cuando pensó en mil maneras de hacerle daño, y se juró a sí mismo, que le haría pagar cada uno de los malos ratos que él estaba pasando. Y entonces llamaron a la puerta y Verónica, vestida elegantemente pasó.

—Me han dicho que querías hablar conmigo.

—Sí, Verónica. Pasa.

Y Verónica cerró la puerta y entró. Calibán le invitó a sentarse. Ella le obedeció.

—Creo que anoche fui un poco brusco contigo, y quería pedirte disculpas y decirte que voy a recompensártelo.

—¿Cómo? —le preguntó ilusionada de pronto.

—Voy a dedicarme a ti los próximos días. ¿Qué te parece?

Y Verónica se levantó para besarle, agarrándole del cuello. Y Calibán se lo devolvió, aunque aquella boca no era la que le excitaba como debía, ni esos labios eran los que le quitaban el sentido.

—Y ahora vamos a tomar un cóctel y nos vamos a cenar por ahí. Te invito —le dijo Calibán.

Y Verónica exultante y él salieron del despacho y se dirigieron a la barra, y esperaron a que se les acercara Galatea, que en aquel momento era la única camarera libre.

—Galatea, ponnos un Cosmopolitan y un Angelo Azzurro.

Y Galatea se dispuso a prepararlos.

—Sí, señor.

—¿Sabes lo que es un Angelo Azzurro? —preguntó con soberbia.

—Por supuesto, señor. Un Ángel Azul.

—Muy bien, Galatea.

Y comenzó a hacerle carantoñas y cuquerías a Verónica, que se deshacía en sus manos. Saura, un poco más alejada, observaba la escena con cara de pocos amigos.

—Calibán, qué manos tienes...deberías asegurártelas en un millón de euros —le dijo Verónica coqueta.

Galatea cada vez estaba más irritada.

—Qué cosas dices, Verónica, tienes unas ocurrencias...

—Hay gente que asegura una parte de su cuerpo por si le ocurre algo, y tus manos son muy talentosas...

—Ah, ¿sí? ¿Te gustan mis manos?

—Me encantan. Tan fuertes, tan grandes, tan poderosas... Esta noche me han hecho tocar el cielo.

—Me alegro— Y Calibán riendo, la besó en la boca, y pensó en Galatea y se le puso dura cuando percibió que les estaba mirando. —¿Dónde quieres ir a cenar?

—Vamos al italiano, ya sabes que me encanta la comida italiana.

—Y a mí. Io ti invito a cena sotto le stelle.

—¿Qué es lo que has dicho?

—Que te invito a cenar bajo las estrellas.

—Oh, Calibán, qué bonito...

Y Galatea les sirvió los cócteles con cara de malas pulgas y después se alejó de ellos, tremendamente molesta. Saura, para echarle un cable, la llamó y la mandó a la barra de atrás, quedándose ella. Cuando Calibán observó la jugada de Saura, apremió a Verónica para que se tomaran los cócteles y acto seguido, después de mirar a Saura con complicidad, salieron a la calle, en busca del italiano donde cenarían. Pero para Calibán aquella velada se le hizo eterna, pues le hubiese gustado pasarla con Galatea, donde le invitaría a cenar su comida favorita y luego la llevaría a bailar, si es lo que le gustaba y luego se la llevaría a casa donde se la follaría hasta el amanecer. Y encima era domingo. Eso significaba que hasta el miércoles no tenía por qué volverla a ver. ¿Se iría con Belial a su casa? ¿O por el contrario se iría a la suya propia? La soberbia de saberse mejor que el demonio mulato le inundó por completo y se juró que no se rebajaría ante una simple humana. Él era Calibán Insignu, Calibán el Grande, el demonio más poderoso que batalló en mil batallas, ganándolas todas, el favorito de su padre.

No, no se rebajaría. Aunque pasaran trescientos años, se mantendría firme ante aquella mujer que le había arrebatado el corazón, el sueño y la felicidad.

CAPÍTULO X

Soberbia

La soberbia siempre le pareció a Belial un pecado triste y tonto. Se daba en aquellos que se creían mejores que otros, invencibles, que se creían algo o alguien. Un exceso de *hibris* que termina corroyendo sin piedad. Y Calibán era un soberbio, pues se consideraba mejor que él, con más derechos sobre Galatea. Pero Galatea era un bocadito tan succulento que no estaba dispuesto a dejarla escapar.

La observó mientras se bañaba en la piscina, con aquel bikini rojo y decidió acompañarla, así que se puso un bañador y bajó sin más. Cuando Galatea le vio ya estaba sumergido en el agua, acercándose a ella.

—Buenos días, pequeña Galatea. Has madrugado.

—Es que anoche caí rendida muy pronto. Estaba agotada, entre los excesos de la noche del sábado y el trabajo...te pido disculpas si no fui muy considerada contigo durmiéndome tan pronto.

—No te preocupes. Hay mucho tiempo. Dime, ¿te gusta tu habitación? ¿Estás cómoda?

—Es perfecta.

—Pero estarías mucho más cómoda en la mía. Soy un amante muy bueno y doy unos masajes de muerte.

Y Galatea rio. Belial le hacía reír, le divertía.

—Gracias por tu hospitalidad.

—No tienes que darlas. He mandado traer un Martini y unas aceitunas. ¿Te apetecen?

—Claro.

Y diciendo esto, salieron, dirigiéndose a la mesa donde les habían preparado el pisco. Galatea se sentó en una silla, Belial lo hizo enfrente.

Galatea se sentó en una silla, Belial lo hizo enfrente.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le dijo de pronto Galatea.

—Dispara.

—¿Cómo es que tienes obras de arte tan magníficas en tu casa? Me sorprende muchísimo.

—Me encanta el arte. Es una manifestación humana de lo más bella. Adoro la pintura, la escultura, la ópera, el ballet; la música en todas sus vertientes, la buena música, claro.

—A mí también.

—Y dime, ¿qué estudiaste?

—Historia del Arte e Hispánicas.

—¿Y qué haces trabajando de camarera?

—Porque no encontré trabajo en lo mío.

—¿Qué te gustaría hacer?

—Me encantaría dar clase. Y escribir. Escribir novelas, poesía...

—¿Eres una romántica?

—Me temo que sí.

—Vaya, qué sorpresa. Yo te hacía más en el Renacimiento.

—Oh, es una época que me fascina a nivel artístico. Pero mi época es la Victoriana, sin duda. Cuando los monstruos pueblan las ciudades.

—¿Los monstruos? ¿Te gustan los monstruos?

—Desde el punto de vista del romanticismo, sí.

—¿Por qué?

—Porque son fascinantes. Hay algo de prohibido en los monstruos: Son el reverso del día; son la propia noche. El corazón del monstruo es un corazón pagano, casi luciferino. Es el Ángel Caído, y por ello, arquetipo verdaderamente inmortal, puesto que es ansiado y rechazado al mismo tiempo por nuestra civilización. Encarna los más peligrosos sueños de poder amoral. Es un conquistador sin escrúpulos, es un seductor sadiano, es un enano deforme que aparece y desaparece entre las gárgolas, un fantasma enmascarado que se descuelga por las lámparas de la Ópera de París, es un dios que ha separado el cielo y la tierra, es la criatura creada a partir de desechos humanos, es esa otra criatura que no sabe cuánto tiempo le queda para morir, y que, bajo la lluvia, rememora viajes por el espacio más allá de Orión. Son mutantes que han desarrollado extraños poderes y que una mente humana quiere *normalizar* con una vacuna, en un afán siempre castrador de etiquetar y ordenar en cajones a todos los vivientes para que no haya nadie que sobresalga, para que nadie se salga de la norma.

—Oh, qué bonito eso que has dicho. Me fascina...las criaturas de la noche, renegando de Dios, oponiéndose a él.

—Criaturas de la noche que caminan, como en la cuerda floja, entre el bien y el mal. El *beau ténébreux*, perverso y malo; la auténtica *femme fatale*, quienes, para conservar su condición de monstruos, hermosos y terribles, tienen que seguir siendo precisamente eso: tenebrosos y fatales. Perversos y malos. Bellos y decadentes. Horripilantes y oscuros. Malos auténticos. Malos de verdad que tienen un poco de inocencia. Tremendamente ingenuos con un toque de maldad.

Y Belial comenzó a aplaudir como un loco, tremendamente emocionado.

—¡Bravo, bravo! ¡¡Bravo!! ¡Oh, querida! Querida niña...tú tienes que estar en una cátedra, no poniendo cócteles a mojigatos que quieren jugar a la perversión...

—Ojalá —dijo bebiendo de su copa— pero no tengo suerte en la vida...

—A partir de ahora la tendrás, mi pequeño monstruo.

—¿Monstruo?

—Todo monstruo, morfológicamente, por definición, es un exceso. Y tú eres un exceso de sabiduría. Una bellísima *femme fatale*.

—Ya me gustaría a mí. Si verdaderamente fuera eso, tendría lo que quiero.

—¿Y qué es lo que quieres?

Y Galatea no lo dijo en voz alta, pero el rostro de Calibán se le vino a la memoria. A Belial no le pasó desapercibido. Pero no dijo nada tampoco al respecto.

—Eres fascinante, Galatea.

—Gracias.

—No me des las gracias. Quiero que estos dos días libres que tienes disfrutes como nunca en tu vida. Quiero que disfrutes de mí y de mi casa.

—¿De ti?

—Sí, también de mí. Esta noche quiero que cenes conmigo en el salón chino. He preparado una cena muy especial. Te dejaré un vestido en tu habitación y zapatos acordes. Vamos a cenar de gala.

Y después bailaremos. ¿Te gusta bailar, Galatea, estatua esculpida por el dios Pigmalión?

—Me encanta.

—Pues bailaremos —y se dejó mecer por el sol—. Ah, adoro el sol... ¿qué sería del monstruo sin la luz? ¿Sabes que la luz crea sombras?

—Sombras donde los monstruos se esconden al anochecer...

Y Belial rio, mientras tomaba el sol y Galatea se metía una aceituna en la boca.

Calibán se hallaba desbordado. Después de una noche de lujuria con Verónica en una de las habitaciones de *El Purgatorio*, la había despedido en la puerta pues era lunes y tenía que trabajar. No habían quedado en nada concreto, pues a Calibán le apetecía desaparecer del mundo, escondiéndose en su casa. Y allí jamás había llevado a ninguna mujer, salvo a Galatea.

Galatea.

Su rostro se le venía a la memoria una y otra vez. Sus piernas bien torneadas dentro de aquellas medias de rejillas con ligeros, el culo en pompa cada vez que se agachaba para poner una copa sobre una mesa, su mirada oscura y ardiente que prometía el más terrible de los pecados. Galatea la ingrata. Galatea la dulce, Galatea la cruel, Galatea, Galatea, Galatea...

Nunca se había encontrado tan derrotado, y allí acostado en la cama, se sintió preso de la más absoluta de las rabias, de un enfado exagerado que ya se había convertido en soberbia. Belial no era mejor que él. Y Galatea no podía amarle, era imposible. Belial era vanidoso, indisciplinado, belicoso, egoísta, cruel. Ella no podía amar a Belial.

¿Y entonces por qué se encontraba en su casa?

Se lo había dicho uno de los espías que le había puesto a Galatea. Quería saber si se iría a su apartamento, después del trabajo del domingo. Porque si ella se hubiera ido a su casa, él quizá se hubiese dejado caer por allí la noche del martes y hubieran podido hacer las paces y aclarar los malentendidos. Pero ella se había ido a casa de Belial, a la mansión en la que tenía fama de dar las fiestas más libidinosas de la tierra. Allí donde llevaba a sus concubinas súcubos y a las humanas que raptaba y seducía.

Pero Galatea se había ido libremente. Por su propio pie. Eso también se lo habían dicho, que parecía cansada, pero contenta, y que se había montado en el Ferrari de Belial ella solita.

Belial se la había robado, y la soberbia como una humedad oscura y tenebrosa se fue haciendo cargo de su cuerpo, envenenándolo, como una alfombra de verdín fría y pesada, como un musgo gélido y convincente que le agarró con fuerza el corazón y se lo atenazó. Maldito fuera Belial. Belial el señor de la arrogancia y del orgullo. De la confusión, de la lujuria y del deseo. Belial el terrible, el maldito Belial.

Belial le había preparado una succulenta cena, a base de langosta y caviar Belluga. También le había servido un vino exquisito, que Galatea degustó con placer. Le había dejado un vestido negro de lentejuelas, con cuello halter, escotado por la espalda, ajustado a su tremendo culo, y una esteticista de prestigio le había maquillado y peinado con un bonito recogido. Estaba radiante. Belial la observaba con admiración, comiendo con placer, bebiendo el vino con fruición. Le ponía muy duro verla comer. No era como esas mojigatas que comían pequeños bocados para no engordar. No. Galatea comía con ansia, con hambre verdadera, y cuando lo hacía emitía aquellos adorables ruiditos con su boca, ruiditos que evidenciaban el placer con el que comía.

Cuando terminó, Belial se acercó a la cadena y puso música. *More than words* de Extreme. Y se acercó a ella alargando su mano para que la cogiera. Galatea la tomó, y el demonio simplemente la llevó al centro del enorme salón, sin soltarla ni por un momento, poniendo la otra a su espalda desnuda y la guio por un baile hipnótico y sensual.

A Galatea le encantaba esa canción, siempre le había gustado aquella balada, y le miró a los ojos relampagueantes por primera vez con algo de sentimiento. No sabría decir cuál, pero por primera vez se sintió cómoda y relajada, como si su lugar siempre hubiera sido ese, como si siempre hubiera tenido que estar en sus brazos, acunada, protegida, mecida por la música.

—Me encanta esta balada —le dijo ella.

—Y la letra es preciosa.

—¿Qué dice?

—Algo así como: *Ahora que he intentado hablar contigo y hacértelo entender, todo lo que tienes que hacer es cerrar los ojos y extender tus manos, y acariciarme, abrazarme fuerte, nunca dejarme ir. Más que palabras es lo que siempre necesité que mostraras. Entonces no tendrías que decir que me quieres, porque yo ya lo sabría.*

—Muy bonita, la verdad.

Y entonces Belial levantó su mentón con la mano y le hizo mirarle a los ojos, y la besó. Fue un beso suave, sus labios posados sobre los de ella, que poco a poco se iban haciéndose paso por su boca, arrebatándole un quejido de placer. Galatea se dejó llevar por esos labios calientes y ese aliento ardiente que le quemaba las entrañas, y por aquellas manos que recorrían su cuerpo con maestría, sintiéndose en las nubes.

Y entonces Belial perdió el control y su beso se hizo más exigente y su lengua comenzó a trazar círculos con la suya, queriendo absorberla por completo. Y entonces en un impulso, la cogió en brazos y la subió por la escalera sin mostrar ningún esfuerzo, hasta su habitación donde le arrancó el vestido, partiéndolo en dos, dejándole con las braguitas de encaje negras y los ligueros, las medias y los zapatos de tacón, y así la depositó sobre la cama. Le quitó las bragas y las lanzó lejos, y con una maestría que la dejó sin aliento, le lamió su sexo como si fuera un helado de chocolate, con toda la lengua, y en dos segundos le arrancó un orgasmo que la sorprendió por la rapidez, y cuando se estaba recuperando de este, comenzó a horadarla con dos dedos en su vagina, entrando y saliendo, y el placer la volvió a inundar, y sobresaltada por el repentino latigazo de placer, ella se arqueó contra su boca, su cuerpo entero tenso por una sensación que le resultaba intolerable. Sus manos se agarraron a su cabeza, intentando forzarle para que le diera un ritmo más intenso que le hiciera correrse ya, pero él no le iba a permitir que le metiera prisa, y continuó con sus suaves lameteos, manteniéndole justo al límite y cuando Galatea pensó que ya no podía aguantar más, presionó la parte lisa de su lengua contra su clítoris, moviéndolo hacia adelante y hacia atrás con la fuerza precisa y entonces ella estalló, con todo el cuerpo temblando por la fuerza del clímax, y entonces comenzó a trazar círculos con su lengua en su protuberancia, y sintió como poco a poco, otro orgasmo comenzaba a fraguarse en sus entrañas, un orgasmo que iba creciendo poco a poco y que llegó al final partiéndola en dos. Y volvió a correrse, gritando de placer. A Galatea jamás le había pasado eso. Nunca había tenido tres orgasmos seguidos.

—Eso es, querida, córrete para mí —le exclamó Belial al oído.

Belial dejó que acompasara la respiración, para lo cual comenzó a desnudarse y se quedó completamente desnudo. Galatea le observaba hacer, recreándose en los muslos de bronce, en los

pectorales fuertes y bien definidos, y la pareció perfecto.

—¿Te gusta lo que ves? —Y sus ojos fueron sin querer hacia su polla enhiesta, enorme, salvaje.

—A mí no va a caberme eso —dijo con total sinceridad. Y Belial estalló en una carcajada y la besó en la boca como si estuviera sediento y ella fuera la fuente del agua más clara y cristalina. Y después bajó a sus pechos. Sus pechos enormes que masajé y succionó arrancándole más gritos, haciendo que se humedeciera aún más.

—Me gustan tus tetas...son tan ricas —le dijo—. Y tu coño —y entonces volvió a meterle dos dedos—. Tienes un coño tan prieto que me muero por invadirlo con mi verga. Vamos a por el cuarto orgasmo.

—Eso va a ser imposible, ya tres me parecen un milagro.

—Eso ya lo veremos.

Y entonces él le metió el pene de un empujón, sorprendiendo a Galatea, que no se lo esperaba, pero pronto se acostumbró a su tamaño, y él giró las caderas, y la punta de su pene tocó un punto sensible de su zona más profunda. Galatea gimió, arqueándose hacia él, y Belial lo repitió una y otra vez, hasta que la monstruosa tensión retenida dentro de ella se hizo insoportable, y le apretó con los músculos de su vagina gritando y clavándole las uñas por toda la espalda hasta que el clímax la volvió a atravesar, borrando a su paso todo pensamiento racional.

—Y van cuatro —dijo Belial, dejando a Galatea sin palabras.

Pero él no había terminado con ella, pues él aún no se había corrido, a pesar de la presión palpitante de los músculos de ella, y su polla seguía dentro, tan gruesa y dura como al principio. Besándola profundamente en la boca, él comenzó a empujar, alternando un movimiento superficial con otro más profundo, hasta que la tensión comenzó a crecer de nuevo y todo su cuerpo pidió a gritos la liberación. Ella intentaba moverse, para imprimir un ritmo más frenético, pero él la tenía aprisionada con su inmenso cuerpo y no la dejaba. Su beso era implacable, invadiendo su boca por completo, y Galatea no pudo más, y se corrió convulsionando de placer, para seguirle Belial, empujando con fuerza la pelvis contra ella, mientras su pene palpitaba dentro, lanzando su semen en ráfagas cortas y cálidas.

Después él salió de ella, y la atrajo contra sí, dejando su cabeza sobre su pecho y pasando su enorme pierna sobre las suyas, y los dos acompasaron sus respiraciones, incapaces de decir nada. Galatea sintió que había sido la experiencia más salvaje de su vida. Así permanecieron un rato, hasta que fue ella la que habló.

—Cinco. —dijo—. Nunca me había pasado esto.

—Querida. El sexo conmigo siempre es así...

—Creo que no voy a dejarte escapar.

—No lo hagas. Me encanta hacerte el amor. Tanto que se me está poniendo dura otra vez.

—No puede ser...

Y Belial la besó de nuevo, y le pellizcó un pezón, y al hacerlo un calambre la conectó a la vagina, y él profundizó en su beso y volvió a arrancarle dos orgasmos más.

Calibán, acostado en la cama, permaneció todo el lunes y el martes en ella, sin alimentarse y sin permitir que nadie le llevara nada ni entrara en la habitación. No sabía por qué lo sabía, pero sabía que Galatea estaba en brazos de Belial, y que él le había follado hasta la extenuación, justo

como él quería hacerlo, y la pereza le inundó. No podía moverse de la cama, se hallaba en ella hundido, perdido, cansado.

La pereza se iba haciendo paso, llegando con lentitud aterradora, paralizándole por completo.

Y entonces tuvo necesidad de ver su otra pérdida, así que desnudo salió de la habitación y bajó hasta el sótano, donde una habitación secreta guardaba la última de sus pérdidas, la que le arrancaron, dejándole mutilado. Abrió la puerta con la llave y entró. Y allí, encerradas en unas vitrinas de metacrilato se hallaban sus alas. Sus lindas y enormes alas. Sus alas negras, impactantes. Y se puso de espaldas a ellas, pareciendo que aún las llevaba sobre su espalda.

Y después salió de allí y volvió a su habitación, en cuya cama se acostó, y volvió a pensar en Galatea de nuevo. Se la habían arrancado, mutilándole de nuevo. Y la pereza volvió a inundarle de nuevo, y tuvo ganas de vomitar y de morirse a la vez.

La había perdido. La había perdido sin siquiera haberla tenido. Y por primera vez en su vida, lloró.

Y así, abrazado a su propio cuerpo, tocando las cicatrices de su espalda con sus manos, las que le decían que una vez tuvo alas, se olvidó de que existía el mundo. Y fingió dormir.

CAPÍTULO XI

Pereza

Belial observaba a aquella mujer tan linda, mientras se peinaba, sentada frente al tocador de la habitación de él, su larga melena. Sus ojos se encontraban a través del espejo, y cuando lo hacían le sonreían, llenándole de unas tremendas ganas de quedarse allí por el infinito. ¿Qué le pasaba con ella? Nunca se había sentido así, tan pleno, tan feliz. Era como si la depresión que sentía se hubiese esfumado, y ello sin tener que hacer malabarismos acrobáticos con quince mujeres. No, una sola le había bastado. Pero... ¡qué mujer!

Pensó, mientras miraba sus pechos apenas tapados con una camisa de él, que podría quedarse con ella en la cama toda la eternidad. Pero era noche de miércoles, y él sabía que ella tenía que trabajar aquella noche. Y también sabía que ella iría. Porque, aunque la había hecho tremendamente feliz esos días que habían permanecido juntos, él también sabía que ella querría ir a verle. A él. A Calibán. Y de repente deseó con todas sus fuerzas que ella le amara a él, y no al soso y aburrido de Calibán. Él podría hacerla mucho más feliz.

Sencillamente le daba una pereza tremenda tener que acompañarla al antro de perversión de Calibán. Quería que ella se quedara con él, que lo deseara, que se muriera por pasar entre sus brazos otros dos días seguidos. Se moría por oírsele decir a ella. Pero eso no pasaría.

—Eres tan hermosa...

Y Galatea le sonrió y se dio la vuelta y le miró, allí sentada, y observó aquel pecho de granito, de piel tostada y brillante, y se relamió los labios sin querer.

—Ah, no hagas ese gesto por favor, o voy a tener que follarte otra vez sin piedad.

Y Galatea rio.

—¡No podría! ¿Sabes cómo me duele ahí abajo? ¡Por favor, Belial, soy humana!

—Eso es la falta de costumbre... —le dijo sonriendo para después poner esa voz tan grave que ambos demonios ponían cuando se excitaban—. Ven.

Y a Galatea aquella orden le hizo excitarse de nuevo, pero se quedó en el sitio muy seria.

—En serio, Belial, no puedo...

—Ven, confía en mí.

Y Galatea se acercó a él, y se acostó a su lado, y él la abrazó. El olor a eucalipto y almizcle la inundó por completo.

—Me encanta tu olor...

—Y a mí me encanta el tuyo, pequeña. Hueles a lluvia y a limón dulce, y te estaría comiendo todo el día. Pero ahora solo quiero abrazarte y dormirar...

Y diciendo esto, le quitó la camisa, y así, desnuda, la abrazó hundiendo sus labios en la clavícula, y lamiendo su cuello hasta que llegó al lóbulo de la oreja, arrancándole pequeños quejidos que la excitaban y la humedecían.

Y después besó sus pechos, acunándolos con las manos y posteriormente la abrazó.

—Voy a dejarte descansar. Además, esta noche tienes que trabajar. Vas a ir, ¿verdad?

—Tengo que trabajar.

—Podrías no ir. Podrías dejarlo, y yo te buscaría un trabajo en alguna galería de arte. Tengo muchos conocidos que me deben favores.

—¿Harías eso por mí?

—Por supuesto. Podrías quedarte conmigo, a mi lado. Y seríamos Belial y la pequeña Lilith.

—¿Lilith? ¿La expulsada del Paraíso?

—La primera mujer de Adán, expulsada por querer copular a horcajadas sobre Adán, y no con el misionero que las normas indicaban que era como debía hacerse. Como si fuera lógico imponer solo una postura para follar. Cuando la expulsaron del Paraíso se convirtió en la novia a Lucifer. ¿Quieres ser mi Lilith?

—¿Qué me estás pidiendo?

—Simplemente que dejes el trabajo de camarera. Yo te buscaré otro que te merezca. Y mientras, te quedas conmigo. Me gustas.

—Y tú me gustas a mí, pero no quiero dejar por el momento el trabajo de camarera.

—Claro, porque trabajando de camarera, estás cerca de él.

—Belial, nunca te he prometido amor eterno.

—No, por favor, qué aburrimiento...solo hubiera pretendido que me prometieras amor por unos cincuenta años. Todo lo que pasa de ahí, es aburrido.

Y Galatea rio. Belial era único para hacerla reír, qué poco sabía ella que lo decía en serio.

—Yo le quiero, Belial.

—Lo sé, lo sé...créeme que lo sé.

—Voy a ir esta noche a trabajar.

—¿Y después?

—Después no lo sé.

—Los verás juntos otra vez. Él te la restregará por la cara, te humillará. Te hará ver que eres poco para él. Calibán no te merece.

—Lo hará, sin duda. Pero no puedo apartarme de su lado. No todavía.

—Entonces, te llevaré a trabajar. Después no me quedaré. Tengo unos asuntos que tratar. Pero si quieres algo de mí, sabes cómo encontrarme. Ahora sabes dónde vivo y te daré mi número de teléfono. Si me necesitas, estaré.

—Ojalá pudiera amarte...

Y diciendo esto le abrazó muy fuerte, y se dejó mecer en sus brazos, hasta que se quedó dormida.

Calibán se hallaba en su despacho trabajando. Por fin se había podido arrancar de la cama y se había podido levantar para dirigir *El Purgatorio*. Pero Saura no le había visto bien. Sus profundas ojeras y su lividez le delataban. Y la música. *Air* del puñetero Bach, inundándolo todo, desbordándolo. Y después el *Adagio*. Si seguía con aquella música se cortarían las venas. Y entonces pasó. Allí, mientras el *Adagio* corría a todo volumen, apareció el Ángel. Entró por la puerta con cara de pocos amigos y se acercó con parsimonia hasta donde ella estaba. Y se miraron a los ojos después de muchos años rehuyéndose.

—Shamsiel. ¿Qué haces aquí? —le dijo ella.

—Bach. No puede ser nada bueno.

—No lo es. Está insoportable.

—Quiero hablar con él.

—Está en su despacho. Entra. Si te anuncio no va a querer verte. No quiere ver a nadie.

Y Shamsiel asintió con la cabeza y sin más, entró en el despacho. Los dos se quedaron mirando.

—Calibán, por Dios, aburres a las piedras. Quita esa música inmediatamente.

Y Calibán, resignado la quitó. No tenía fuerzas ni para negarse.

—No has parado el tiempo. —dijo Calibán.

—No me hace falta ahora.

—Te serviría tu copa, pero no me apetece.

—La desidia te ha podido. Deja, yo lo haré. ¿Quieres una?

—Sí, gracias.

Y Shamsiel sirvió dos Jack Daniels y le dio uno. Shamsiel se sentó, y así permanecieron los dos, mirándose de vez en cuando. Hasta que Shamsiel rompió el silencio.

—Tienes una pinta horrible.

—Lo sé.

—Tengo que advertirte que estoy muy enfadado. Tremendamente enfadado.

—Y no sé por qué. No he hecho nada que pueda ofenderte.

—¿Y Galatea?

—Galatea, ¿qué?

—¿Dónde está?

—No soy su niñera.

—Eso ya lo sé. Solo te he preguntado dónde está.

—No lo sé.

—Ya estás mintiendo.

—No, no miento. En realidad, no lo sé. Lo único que sé es que el domingo, cuando terminó de trabajar se fue con Belial, que se la habrá follado de todas las maneras que existen.

Y Shamsiel respiró hondo para no perder los nervios. Estaba intentando ser comedido, como debía ser, pero la rabia se iba haciendo paso en su pecho, y amenazaba con desbordarse. Y si se desbordaba, podía ser muy sanguinario. Apretó con dos dedos el puente de la nariz y respiró profundamente y miró a Calibán a los ojos.

—¿Cómo has podido dejarla en brazos de Belial?

—¿Que no soy su niñera, ni su guardián, ni su puto carcelero! Ella se fue voluntariamente con él. ¿Qué querías que hiciera? ¿Que me pusiera frente a ella y le dijera que no se fuera?

—Por ejemplo. Sí, demonio arrogante y soberbio. Eso es lo que tendrías que haber hecho. No haberte ido con la humana es lo primero, no haber caído en su trampa, y después haber sido un demonio de los pies a la cabeza, y haberte enfrentado a ella y haberle prohibido que se fuera con Belial.

—Y dime una cosa, ¿por qué no te enfrentas tú con Belial y le paras los pies como lo hiciste conmigo? Porque a mí bien que vienes a tocarme los huevos. Podrías ir donde él y prohibirle tocarla como a mí.

—Se nos ha ido todo de las manos.

—Yo ya no entiendo nada. ¿Por qué es esa humana tan importante que uno de los príncipes del Paraíso eterno la protege?

—Hay cosas que no pueden ser reveladas aún. Lo único que puedo decirte es que los caminos del Señor son inescrutables.

—Pues qué bien.

—No seas cínico, no te va.

—Shamsiel, ahora mismo estoy hecho polvo. He perdido mis alas y a la mujer de mi vida, no estoy para sermones. Me arrepiento de no habérmela llevado a la cama cuando debí hacerlo. Si lo hubiera hecho en su momento no estaríamos en este punto.

—Calibán, no todo está perdido...Tienes que ayudarme.

—¿Cómo?

—Separándolos.

—¿Y cómo se supone que voy a hacer eso?

—Eso ya lo dejo en tus manos. Galatea no puede continuar con Belial. No puede pervertirla más.

—Fantástico. Lo que quieres es que me baje las bragas. Que pierda mis principios y que me rebaje.

—Si no lo haces te arrepentirás toda la eternidad. Mírate, aquí encerrado en una cueva, oyendo a Bach y con unas ojeras del infierno. Un príncipe de las tinieblas como tú, hecho un trapo viejo.

—De esto la culpa la tienes tú.

—Quizá en parte.

Y Calibán se quedó alucinado mirándole. Jamás, en toda la existencia, Shamsiel había reconocido algo así.

—Esto sí que no me lo esperaba...

—Tienes que separarlos, y después protegerla. Es todo cuanto puedo decirte de momento. Tienes que hacerlo, Calibán.

—¿Y si ella se ha enamorado de Belial?

—Ella no se ha enamorado de Belial.

—¿Y si no quiere separarse de él?

—Querrá si lo haces bien.

—Shamsiel, esto es una auténtica mierda. Siento que todo se ha precipitado de una manera muy rara. Desde que ella apareció en mi vida, no me ha dado tregua. Estoy agotado como nunca en mi vida. Me siento dividido en dos.

—“Y Jesús, como sabía los pensamientos de ellos, les dijo: todo reino dividido contra sí mismo, es desolado, y toda ciudad o casa dividida contra sí misma, no permanecerá”.

—“Y si Satanás echa afuera a Satanás, contra sí mismo está dividido. ¿Cómo pues permanecerá su reino?”

—Mateo, 12, versículos 25 y 26. —contestó Shamsiel. —Todo se resolverá como debe. Tú ocúpate de lo que te he dicho y confía en mí.

—Qué remedio.

—Y ahora me voy. Y por favor, deja de escuchar a Bach. Escucha a Vivaldi al menos. O a Cold Play, incluso a Rammstein, pero olvídate de Bach.

Se bebió la copa y salió por la puerta, dejando a Calibán, sorprendido y esperanzado.

La noche estaba sucediéndose como debía. Galatea muy seria, servía copas a quien se las pedía. Y Calibán estaba en su despacho, encerrado. Galatea sabía que él estaba allí, y saberle allí la

reconfortaba en cierta manera. Sabía que estaba solo.

Saura la observaba de cuando en cuando, y esperaba que Verónica no se presentara. Lo cierto es que no la esperaba, pues lo habitual era que se dejara caer por allí las noches del sábado y del domingo, y aquellos viernes que hacían algo especial. Pero los miércoles y los jueves no solía aparecer.

Esperaba que no apareciese.

El que sí entró por la puerta fue Belial, que sonrió a Galatea de una manera especial, y se acercó a ella para mirarla a los ojos con un sentimiento que a Saura le sorprendió y no le pasó desapercibido. Solo le preguntó cómo estaba y le cogió la mano para apretarla y besarla después. A Saura se le escapaban los ojos de las órbitas. Después se acercó a ella.

—Saura, querida, qué bella estás esta noche. Tus ojos violetas relampaguean sin cesar.

—Belial, no seas zalamero, y dime qué quieres.

—Quiero hablar con Calibán. ¿Puedo, pequeña diosa?

—Está en su despacho.

—¿No vas a anunciarme?

—No, si te anuncio me dirá que no quiere verte. Entra sin más.

—¿Está escuchando a Bach? —dijo sorprendido, haciendo gala de su portentoso oído.

—Solo escucha a Bach. —dijo la mulata con resignación.

—Eso no es bueno, nada bueno...

—¿Y qué quieres, demonio egoísta y fornicador? Le has quitado a su chica —dijo apenas en un susurro.

—No era suya, Saura. No todavía.

—Has entrado como un elefante en una cacharrería, Belial, arrasándolo todo.

—Bueno, querida, voy a ver si lo pongo un poco peor. Voy a hablar con tu jefe.

Y diciendo esto Belial entró en el despacho sin llamar. Calibán se levantó del sitio en cuanto lo vio entrar.

—Belial, si tienes un poco de aprecio por tu vida, sal de mi despacho ahora mismo.

—Venga, Calibán, vengo en son de paz.

—No quiero verte.

—Venga, no seas rencoroso. Vengo a hacerte un favor.

—¿Tú un favor? ¿Después de follarte a la mujer a la que quería follarme yo?

—Venga, eso son menudencias. Te ofrezco un tratado de paz.

Calibán se dejó caer en la silla, resignado. Aquel demonio no iba a dejar de hablar así que al menos le escucharía. Pensó en Shamsiel y en lo que le había dicho, y decidió que le escucharía.

—Tú dirás.

Belial se sentó en la silla de enfrente, y sonrió.

—No quiero enfadarme contigo, al fin y al cabo, somos hermanos. Voy a serte sincero, y te juro que ser sincero es un sacrificio terrible que hago con dolor en el corazón. Esa mujer me vuelve loco. Galatea es especial, diferente, única. Es un trozo de cielo que agarras con las manos sabiendo que no te pertenece, que va a desaparecer entre tus dedos, marchándose lejos. Y lo quieres paladear un segundo más, pero se escapa, se escapa...

—¿A dónde quieres ir a parar?

—Escucha, no me interrumpas.

—¡Es que divagas y a mí se me va la vida!

—Lo empecé como un juego macabro. Lo empecé para hacerte daño, por jorobar. Soy un demonio aburrido y deprimido en busca de algo excitante que cambie mis noches y mis días. Y ella fue maná que cayó del cielo...y me equivoqué. No puedo quedármela, ella no me quiere en absoluto y yo me puedo enamorar en un santiamén. No quiero sufrir, no me da la gana, así que la voy a dejar libre...

—¿Y a cambio qué quieres? Porque tú no das puntada sin hilo...

—¿Cómo me conoces! Me emocionas, querido, me emocionas...

—Pues tú dirás.

—Voy a vender la coca en tu local, y nos repartiremos el botín.

—¿Y dejarás en paz a Galatea?

—Me costará un mundo, pero lo haré. Ella no está en mi camino, y si después de todo lo que le he hecho en la cama sigue enamorada de ti, es que nunca voy a conseguir cambiar sus sentimientos.

—Qué malnacido eres, Belial, todavía tienes los huevos de nombrarme lo que le has hecho.

—Tranquilo, tranquilo, no ha sido nada que no puedas hacerle tú. Al fin y al cabo, los dos somos hijos del mismo padre...

—Un día acabaré contigo, Belial. Un día me las pagarás todas juntas.

—¿Entonces hay trato?

—Los porcentajes serán 30% para ti, 70% para mí.

—¡Estás loco!

—Yo pongo el local, yo asumo los riesgos.

—Vamos, coño, Calibán, que se trata de Galatea. Galatea y el 40% para ti. El 60% para mí.

—Ni de coña. Venga el 35% para ti, el 65% para mí.

—Y Galatea. Galatea...no sabes el bocadito tan dulce que resulta en la cama...esos gestos tan sensuales...

—¡Belial! ¡No sigas por ahí! Estoy a punto de estallar...

—Entonces dejémoslo en un 40% para mí y un 60% para ti y te quedas con la chica...

Calibán le miraba con odio, con todo el odio que podía almacenar de pronto.

—Eres la peor calaña que ha existido.

—No sabes lo buena que es en la cama...y ni siquiera lo sabe, que es lo más interesante.

—¡¡Basta!! ¡De acuerdo! 40% para ti, 60% para mí, y no vuelves a acostarte con ella.

—Me encanta hacer negocios contigo, querido. Eres un hueso duro de roer. No me tengas rencor, ya sabes que soy un demonio muy indisciplinado. Siempre lo fui.

—Tú ganas —dijo Calibán resignado.

—¡Maravilloso! ¡Nos haremos ricos!

—Más aún.

—¡Más, mucho más! ¡¡Podrás comprarle un chalé de quinientos metros!!

—Belial, desaparece, hazme el favor.

Y Belial se levantó.

—Una cosa más, nunca me transformé. Ella cree que soy un humano normal y corriente, bueno todo lo normal y corriente que puede ser un amante excepcional con quien ha conseguido ser

multiorgásmica. Hombre, un poco superhéroe si me considera, qué le vamos a hacer...No te preocupes, ya me lo agradecerás.

Y Calibán suspiró intentando controlarse y Belial sonriendo tentó aún más a la suerte.

—Y, por cierto, ¿le has preguntado alguna vez qué ha estudiado?

—No.

—Me lo imaginaba. Calibán, por favor, merécetela, anda...

—¿A qué viene eso?

—Galatea es mucho más que en un cuerpo hecho para el pecado y una cara bonita. Pero tú no te has parado ni a averiguarlo.

—Sé que tiene personalidad y que es muy inteligente.

—¿Qué estudió?

—No lo sé.

—Pues eso.

Y diciendo esto último desapareció de su vista. Sabía que estaba tentando a la suerte y no quiso arriesgarse más.

Cuando salió miró a Galatea. Galatea. Le iba a costar un universo entero deshacerse de ella. De sus mohines de niña estando dormida, de su cuerpo de mujer ardiente cuando estaba despierta. Pero debía hacerlo. Por su bien.

Y también por el suyo propio. Ahora daría paso a la avaricia. La avaricia siempre la había parecido un pecado absurdo, sobre todo porque él tenía tanto que no podría gastarlo en veinte vidas eternas, pero a los humanos les hacía perder la cabeza.

Él solo pensaba en una avaricia. En la avaricia con la que miraba a Galatea cuando la saliva de sus labios los hacía brillar, tocándolos con la punta de su lengua, en un gesto que hacía inconscientemente cuando pensaba en alguna maldad libidinosa.

Sí, le iba a costar ríos de sangre y sudor.

Pero lo haría. La olvidaría por completo, por siempre jamás.

CAPÍTULO XII

Avaricia

Avaricia. Avaricia de caricias, avaricia de besos robados, que saben mejor y son más difíciles de olvidar. Avaricia de manos recorriendo cuerpos, pieles desnudas, bocas que piden más. Avaricia de sus manos, de sus tiernas y dulces manos. Sus manos pequeñas en comparación con las suyas, que le tocaban el pecho, y sabían como nadie, cómo convocar tormentas en el centro de su torso, para después descargarse sobre él en forma de aguacero. Avaricia.

La recordó sentada sobre él, a horcajadas, sus pechos bamboleándose, plenos, rotundos, salvajes, ofreciéndoselos para que los devorara, mientras su pene, dentro de ella le arrancaba un orgasmo o dos. Su larga melena negra y sus ojos cerrados, que no podía abrir porque el placer la tenía consumida. La recordó así, con sus manos sobre él, con sus propias manos en los pechos de ella, pellizcándole los pezones, haciendo que se tensara como el arco de un violín para después emitir la música más escandalosa del mundo: sus gemidos.

Y se entristeció.

Belial sabía que le iba a llevar un siglo o dos recuperarse de semejante pérdida. Galatea había sido un peón en su tablero de ajedrez, pero la vida humana le había vuelto a sorprender y ella se había convertido ante sus propios ojos en una reina. La reina negra. La reina de corazones. Aquella que grita que les corten la cabeza a todos sus súbditos. Pero los súbditos están deseando perder la cabeza por ella. Y la pierden sonriendo por ella. Por ella y solo por ella.

Pero debía ser así, y se dirigió a la salida, mirándola mientras servía unos cócteles a un grupo de amigas de despedida de solteras. Por lo visto también hacían despedidas de solteras. Este grupo de doce mujeres habían contratado un estriptis masculino de cuatro policías cachas que saldrían en un momento para hacer su espectáculo.

La miró mientras ella no le veía. Sus piernas en aquellas medias de encaje, sus pechos enormes, su sonrisa de sirena.

Y salió del local, de la fiesta y de su vida.

Cuando terminó la jornada y al ver que Belial no estaba, Galatea se dirigió caminando hasta su apartamento. Le gustaba sentir el aire fresco sobre su rostro, estirar las piernas un poco, sentir la noche sobre ella, cayendo como una suave y acogedora manta. No había visto a Calibán en toda la noche y eso le preocupaba. Casi hubiera preferido verle, aunque fuera feliz con Verónica que no saber qué le estaba pasando.

Y pensó en Belial. Se lo había pasado de maravilla con él, y le había descubierto un sexo que ella no había tenido en la vida, y le estaba agradecida por ello, pero también sabía que se tenía que terminar. No quería engañar a nadie. Y ella no podía amarle. Ella solo tenía un corazón y ya lo había entregado.

Pensó en sus ojos. Ambarinos y húmedos de emoción cuando recorría sus piernas. Su mirada oscura pasándose por su piel, tocándola sin rozarla. A veces los ojos besaban antes que los

labios, y ella había sentido los besos de Calibán muchas veces sobre su piel, sobre su culo, sus pechos, sus manos, sus ojos. La mirada no podía mentir. Y los ojos de él le habían dicho muchas veces que la deseaba. Que la deseaba con auténtico frenesí, con aquiescencia, con profundo dolor. Y ella le deseaba tanto a él que dolía. Dolía mucho.

Ya casi había alcanzado la puerta de su casa, cuando se vio rodeada de tres hombres. No tenían buena pinta. Eran matones o calaña de algún tipo. Y paró en seco, mirándolos a los tres sin mostrar debilidad, sabía que sería peor.

—Buenas noches, Galatea —dijo uno de ellos—. ¿Sabes quiénes somos?

—No.

—Somos compañeros de Alberto. Sabes a quién nos referimos, ¿verdad? Sí, por supuesto que lo sabes. El caso es que está en el hospital con una gran paliza. Le dieron tantos golpes que está en coma, y los médicos no saben si despertará.

—¿Y qué tienes que ver eso conmigo?

—¿No lo sabes? Verás, tú tenías una deuda con nuestro casino que fue condonada, eso es cierto, pero antes de adeudarla, Alberto era el encargado de perseguirte para que la pagaras. Las malas lenguas dicen que vino a verte, y que después pasó eso.

—¿Y qué pensáis? ¿Qué yo le golpeé?

—Hombre, sería extraño que tú sola hubieras podido con él...dicen que vieron a otra mujer tirándole por unos contenedores de basura.

—¿Otra mujer?

—Una mulata de pelo largo y muy alta. ¿No sabes quién es?

Y Galatea inmediatamente pensó en Saura. ¿Pero cómo iba Saura ella sola a deshacerse de un cuerpo? A no ser que alguno de los porteros la acompañara.

—No, no sé quién es, y será mejor que me dejéis llegar a casa. No tengo nada más que deciros.

—No es muy hospitalario eso que dices —dijo entonces el que estaba a su lado.

—¿Por qué no te vienes con nosotros y solucionamos esta cuestión?

—Yo no tengo nada que arreglar con vosotros.

—Yo creo que sí. Venga, por las buenas, bonita. Vas a venir por las buenas, ¿verdad?

Y entonces alguien habló. Una voz femenina de ultratumba, que rugió, más que habló. Una voz que parecía emanar del fondo de los siglos y de la profundidad de las cavernas tenebrosas. Saura, la peligrosa.

—¡¡Ya le habéis oído!! ¡Ha dicho que no!

Galatea se volvió a mirarla. Parecía peligrosa de verdad. Sintió como una brisa de muerte helada la rozaba y sus ojos refulgían violetas con un color tan intenso como si alumbrara todas las cavernas oscuras de la tierra. Incluso Galatea sintió terror al verla tan poderosa, tan segura de sí misma, tan enigmática.

—Vaya, vaya, vaya, si tenemos aquí a la puta de los ojos violetas. ¿Fuiste tú quien se deshizo de nuestro amigo?

—Y si no os vais por donde habéis venido, vosotros le seguiréis.

A Galatea no le parecía la misma voz de Saura. Era una voz mucho más grave y atronadora. Pero los tres hombres se miraron entre sí y a ellos no les debió de parecer tan aterradora, pues se encararon con ella.

—Pues ven, putita. Vamos a ver de qué pasta estás hecha.

—Galatea —dijo Saura—. Entra dentro del portal. Yo me basto con los tres.

—¿Estás segura? —preguntó Galatea.

—Por supuesto. Entra ya.

Y Galatea no le cuestionó más y se dirigió al portal, cuya puerta abrió y se metió dentro. Pero a través del cristal de la puerta observó la escena. Ahora no podía escuchar nada, pero lo veía. Seguían hablando, hasta que en un momento determinado los tres comenzaron a partirse de risa. Saura, sin embargo, parecía muy seria.

Y entonces sucedió lo que nunca creería ver con sus ojos. Saura, con una velocidad que no parecía humana comenzó a luchar con ellos, dando patadas y golpes como si se tratase de alguna lucha oriental tipo kun fu o algo parecido. Daba acrobacias complicadísimas y patadas devastadoras que les dejó tumbados en el suelo e inconscientes en cinco minutos. A los tres. Y casi no se había despeinado.

Y entonces se agachó donde uno de ellos y le tocó con sus labios en la boca, y le habló al oído, y le pareció cómo un humo violeta salía de la boca de ella para entrar en la boca de él, y pareció respirar de nuevo y habló algo y después Saura volvió a recoger el humo violeta, sacándolo con su boca de la del hombre y entrando por la suya. Después el hombre cayó como inconsciente de nuevo. Y Saura se incorporó.

Y aunque Galatea no sabía lo que había pasado exactamente, lo que Saura había hecho era revivirlo, pues estaba muerto, para que viera a qué clase de infierno iba a ir, y después le pidió que le dijera el nombre de la persona para la que trabajaban y cuando se lo dijo volvió a robarle el aliento prestado y volvió a morirse otra vez. Saura entonces cogió su móvil y llamó a alguien con quien mantuvo una conversación.

Y luego, con una elegancia felina, se acercó al portal donde se hallaba Galatea. Esta le abrió la puerta y Saura entró. Galatea aún estaba asustada y la miraba con recelo.

—Tranquila, Galatea, todo ha pasado ya. ¿Estás bien?

—¿Qué ha sido eso?

—¿Qué ha sido qué?

—Esa lucha que has hecho...

—Muay Thai. Soy experta. Es una especie de boxeo tailandés. Sé otras artes marciales. Ninjutsu, por ejemplo.

—Eres una bestia.

—De la guerra. Sí. ¿Estás bien?

—Sí, tan solo un poco noqueada...no sé, nunca había visto algo semejante.

—Vamos arriba, a tu apartamento. Te acompaño.

Subieron, Galatea abrió la puerta y las dos entraron. Galatea se dejó caer en el sofá y enterró la cabeza entre los brazos. Saura la miraba con compasión.

—¿Quieres que me quede contigo esta noche? —le preguntó Saura.

—¿Harías eso por mí?

—Sí, lo haría.

—No sé ni lo que quiero. ¿Qué pasará con ellos?

—Están muertos.

—¿Y ese aliento violeta que te salía de tu boca?

—¿Qué aliento? —fingió Saura no entender—. Entiendo que te haya sorprendido lo que has visto esta noche, pero ya que te imagines cosas...

—No me lo he imaginado. Yo sé lo que he visto.

—Galatea, será mejor que te acuestes y duermas. Voy a quedarme en el sofá.

—¿Y qué pasará con sus cuerpos?

—No te preocupes por eso. Y olvídate de ello. Si alguien te pregunta, te dirigías a casa y luego vine yo para hacerte compañía. Te encontraste con los tres tipos que te preguntaron por el otro, pero como no sabías nada, les dijiste que no podías ayudarles y se fueron. Luego tú subiste a tu apartamento y acto seguido llegué yo. No les digas que les di una paliza y los maté. ¿Entendido?

—Entendido.

—Y tranquilízate, no voy a hacerte daño.

—Sé que no me lo harías. No te tengo miedo.

—Entre otras cosas porque sé de uno que me patearía el culo hasta llevarme de vuelta al infierno.

—¿Quién?

—Calibán, quién va a ser.

—Yo no le importo una mierda a Calibán.

—En eso te equivocas. Solo te voy a decir una cosa, Galatea. A veces lo que parece una cosa, es otra. No es oro todo lo que reluce.

—¿Y eso qué significa? ¿Acaso Calibán no folló con Verónica?

—Sí, bueno, no. A ver, Calibán follaría con Verónica. Supongo. Pero no está con ella. No es su pareja, ni su amor, ni nada que implique sentimentalismos. Y ya he hablado demasiado.

—Pero yo tengo grabado a fuego el modo en que me la restregó por la cara. No se portó bien. Hasta ese momento yo creí que le importaba algo. Y descubrí que no. Me humilló.

—Tendrás que hablar con él.

—No tengo nada de qué hablar con Calibán.

Y diciendo esto, Galatea se levantó del sofá y le sacó una manta de un armario a Saura.

—Toma, no te quedes fría.

—Gracias.

—¿Quieres comer algo? ¿O beber?

—No, estoy cansada. Solo quiero dormir.

—Entonces ya somos dos. Te agradezco que te quedes, me siento más segura contigo aquí. Sobre todo, desde que he visto cómo te defiendes.

—No tiene importancia.

—Hasta mañana.

—Que descanses.

Y despidiéndose se metió en la habitación, se desnudó y se metió en la cama. Cuando estaba profundamente dormida, Calibán orbitó hasta el salón donde se encontraba Saura, que le esperaba impaciente, apareciendo en una espesa neblina.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Calibán apenas en un susurro.

—La estaban esperando. Si no llego a seguirla como me pediste, probablemente se la hubieran llevado. Y ahora estaría descuartizada por algún contendedor de basura.

—¿Pero por qué?

—Lo único que puedo decirte es que a uno de ellos lo resucité unos segundos para que me dijera el nombre de quien les enviaba. Y me dieron un nombre.

—¿Quién?

—Alouqua.

Calibán se quedó mudo. No podía ser. Algo no encajaba.

—¿Alouqua? ¿La primera hija de Lilith con un humano? ¿La súcubo despiadada y desenfrenada?

—Sí, y la dueña del casino donde tenía contraída la deuda el exnovio de Galatea.

—Pero ¿qué hace Alouqua en la tierra? ¿Por qué está aquí, y qué quiere de ella?

—Ya no me dio tiempo a saber más. Pero algo se está fraguando, algo extraño. No me huele bien.

—Este sitio no es seguro para Galatea.

—Calibán, si Alouqua está detrás de Galatea por algún motivo que desconocemos dará con ella. A no ser que la reclames como tuya. Si la reclamas y la marcas, ella no podrá hacerla nada.

—No sé cómo voy a poder hacer eso si ella me odia en estos momentos...

—Esta noche me quedará yo con ella. De los cuerpos de esos tres se encargan los nuestros, ya está solucionado. Pero mañana, cuando abramos *El Purgatorio* deberás hablar con ella y convencerla para que se vaya a tu casa. De momento es el único sitio donde estará segura.

—¿Y cómo voy a hacer eso?

—No lo sé, Calibán. Pero tendrás que hacerlo. De la manera que sea, has de conseguirlo. Eso, o dejar que se la lleve Belial a la suya.

—No, nunca. Hablaré con ella. Gracias, Saura.

—No tienes que darlas. Sabes que caminaría sobre brasas por ti.

—Me marchó. Mañana nos vemos.

Y diciendo esto desapareció de la misma manera que había aparecido. Saura se recostó en el sillón y miró al techo. Le parecía todo un mal asunto. Alouqua era despiadada y sanguinaria, una de las primeras súcubos, de las más locas y salvajes. Y había cosas que no entendía. Y allí fue pasando la noche, pensando en todo esto, mientras Galatea, en la habitación de al lado, dormitaba ajena al inquietante peligro que les acechaba. Todo se estaba complicando de una manera que no podía entender.

Pero Calibán, antes de marcharse a su casa, pasó por su habitación, no podía por menos que hacerla una visita, ya que estaba allí. La encontró dormida, desnuda bajo el edredón, con el pelo desparramado sobre la almohada, y se arrodilló para respirar su pelo, que olía tan bien...No pudo evitar coger el edredón y mirar debajo lo que había y vio sus pechos colmados, su abdomen que había nacido para ser besado.

Ya se iba a esfumar cuando la oyó que hablaba en sueños. Se revolvía ligeramente excitada y entonces dijo:

—Calibán, bésame...

Y la polla saltó dentro del pantalón. Y la cogió la cara con las dos manos y la besó con un hambre frenética, con profundo amor y completa pasión. Su lengua se introdujo en su boca donde encontró una lengua bien dispuesta a salirle al paso, enredándosele en la suya. Fue un beso que enardeció tormentas y desató los vientos de la caja de Pandora. Fue un beso que provocó terremotos y escandalizó los mares. Mordió su labio inferior y entonces ella despertó. Calibán se

esfumó justo cuando ella abría los ojos, por fin despierta, pero solo alcanzó a ver una neblina extraña.

Pero lo había sentido. Había sentido su aliento suave, cálido, con sabor a néctar.

Y la habitación impregnada con su olor. A especias tostadas, a madera de sándalo, y aunque sabía que era imposible, algo dentro de ella le dijo que Calibán había estado en aquella habitación esa noche, y que la había besado con toda la intensidad del averno. Se tocó los labios, aún hinchados, y ya no pudo dormir.

Calibán se fue a casa, con una ansiedad que hacía años no sentía. Cuando llegó caminó en silencio y a oscuras hasta la cocina, donde se puso a cocinar. Comenzó haciendo risotto al curry y terminó con una tarta de chocolate Sacher, su favorita, una creación propia que le vendió a Franz Sacher, un entonces aprendiz de repostería, a quien se la ofreció junto con la fama eterna a cambio de su alma. Un fino bizcocho esponjoso, relleno de una fina capa de mermelada de albaricoque y recubierta de chocolate negro con generosidad. Una creación sublime, como todo lo que hacían sus manos. También hizo gazpacho, canelones de carne con bechamel y un rosbif a la pimienta.

Y después se sentó a la mesa, dispuesto a comérselo todo.

Y mientras devoraba aquellos succulentos manjares, se acordó de Alouqua, y en la primera vez que la vio. Era la criatura, humana o demoníaca más hermosa que sus ojos hubieran contemplado. Tenía la piel blanca, suave y fría como el alabastro, una melena larga, hasta la cintura pelirroja, de un rojo escandaloso y unos ojos azules como los zafiros, penetrantes y castigadores, con unas largas pestañas pelirrojas y unos labios rojos como la sangre de sus víctimas que bebía en lindas copas talladas de cristal de bohemia.

Porque aquella súcubo era una *sanguinar*, un demonio que hincaba sus colmillos en las yugulares de sus víctimas y las chupaba la sangre hasta que se desangraban por completo.

Entonces, hacía más de treinta mil años, habían vivido una breve historia de pasión. Por supuesto ninguno de los dos se enamoró. Pero las orgías de sangre habían sido interminables y el sexo con ella camaleónico y salvaje como ella, y permaneció a su lado casi cien años, follando sin parar. Y sí, chupándole incluso su sangre.

Hasta que un día se levantó cansado y de mal humor y la dejó tirada para largarse a guerrear, algo que por lo que había sabido por algunos de sus hombres no le había sentado nada bien a la súcubo de piel como las perlas de nácar, y había jurado por todo el puto averno que algún día se vengaría de él sin piedad.

¿Era esta su venganza? ¿Arrebatarle a Galatea? ¿Llevarse la con ella para que él sufriera como ninguna criatura pudiera sufrir jamás?

No se lo iba a permitir. Jamás.

Aunque tuviera que suplicar a su padre, aunque tuviera que abandonarla y marcharse lejos para seguir batallando sin piedad, aunque el mundo se acabase y los ríos se secasen, aunque los mares murieran y los cielos se poblaran de negras nubes, llegando el Apocalipsis, no permitiría que aquella reina del infierno le arrebatara lo único que realmente había querido en su torpe, larga y absurda existencia.

Galatea.

Porque era lo único que de verdad amaba.

Y después siguió dando cuenta de la tarta Sacher, y en vez de cortarse un pedazo, lo arrancó con sus dedos y se lo metió en la boca de un bocado, con una gula que no sentía desde hacía mil años.

La gula.

Una gula que le hubiera gustado satisfacer sobre el cuerpo desnudo y precioso de Galatea.

Y pensando en aquel beso que la había robado, siguió comiendo.

CAPÍTULO XIII

Gula

La gula era un pecado que a Calibán siempre le había encantado. Le gustaban aquellas orgías con los cuerpos de diez o doce mujeres ofreciéndosele como platos para que comiera de ellos, mientras su polla se adentraba entre sus piernas para satisfacer todos sus instintos. Los más básicos. Comer y follar. Y a él le volvía loco las dos cosas.

Pensó en los labios de Galatea, turgentes y sabrosos, que le hubiera gustado degustar un poco más, pero no hubiera podido sin que ella se hubiese despertado del todo. Y pensó en cómo sería el amor con ella, como sería cuando comiera sobre su abdomen como si se tratase de una bandeja humana, una bandeja hermosa solo para él.

Gula de su cuerpo voluptuoso y precioso. Gula de sus labios de rosa y de sus manos sobre su cuerpo, acariciándole. Gula de Galatea.

Estaba totalmente ensimismado en estos pensamientos cuando entró Saura con un periódico en la mano que le lanzó sobre la mesa de su despacho, sacándole de sus elucubraciones. Parecía contrariada.

—Lee —dijo

Y Calibán leyó. Era una noticia en la página tres del periódico, donde decía que un gran alijo de cocaína había sido robado a un cartel de droga muy famoso en la ciudad, y que habían sido asesinados cuatro hombres que lo custodiaban. Los dos se miraron a los ojos e inmediatamente supieron que había sido Belial, que aquel cargamento de coca era el que se iba a vender en su local, y que además estaba manchado de sangre.

—Belial...siempre es el mismo.

—No me gusta un pelo.

—No tengo más remedio que dejarle venderla. Le he dado mi palabra, Saura.

Y entonces Mónica llamó a la puerta, ya vestida para trabajar en el ropero, y les dijo que una pareja de policías preguntaba por ellos. Calibán guardó el periódico en un cajón y le dijo que les invitara a pasar. Y allí estaban Alonso Cortés y Lluvia Jiménez, que saludaban cortésmente.

Alonso miró a Saura con dedicación. Aquella mulata le parecía un pedazo de mujer difícil de olvidar, con aquellos voluptuosos labios y esos extraños ojos de color violeta. Tenía un cuerpo precioso, unos pechos que le hubiera gustado saborear y unas piernas largas como una jornada interminable de trabajo. Y encima tenía aquel olor que le enardecía los sentidos. Un olor como a tierra mojada y rosas frescas. Un olor que penetraba por sus fosas nasales y le estaba volviendo loco. Esa Saura era una auténtica bomba.

Calibán les invitó a sentarse, mientras Alonso sonreía a Saura, coqueto, y no le pasó desapercibido el mohín que hizo Saura cuando pasó por su lado. La conocía demasiado bien para saber que aquel hombre no le resultaba indiferente. Y no le extrañó, pues aquel humano era el tipo que solía gustar a la súcubo. Grande y varonil.

—Bien, ustedes dirán —les dijo Calibán.

—Yo si no necesitas nada más me voy —dijo Saura.

—No, quédese —le pidió Alonso—. Quizá sepa algo que necesitamos saber.

—¿Sobre qué? —Preguntó Saura.

—Verá, tenemos algunas piezas de un puzle que no encajan, y no sabemos por dónde tirar, habíamos pensado que, hablando con ustedes, quizá algo pudiera cobrar sentido.

Y Saura se posicionó al lado de Calibán, quedándose de pie. Calibán la ofreció una silla que ella rehusó.

—Pues a ver esas piezas... —dijo mirándole intensamente, haciendo que Alonso, por primera vez en su vida se sintiera intimidado.

Él era un hombre seguro de sí mismo, con mucho éxito con las mujeres por su belleza varonil, acostumbrado a toda clase de gente, de todos los estratos sociales, y sabía leer el lenguaje corporal, pues por algo era un inspector de policía muy cotizado. Pero aquella mujer le subyugaba, le hacía temblar como un adolescente imberbe, y su mirada le hipnotizaba totalmente. Sonrió para sí mismo. Era una dama de hierro. Una auténtica señora del hampa, estaba seguro. Pero no podía por menos que desearla.

—Verán— habló entonces Lluvia—. Tenemos un hombre que ha estado en coma hasta que murió sin haber despertado a causa de una gran paliza, hombre que es compañero de otros tres hombres que han aparecido muertos en un contenedor de basura, justo el mismo sitio donde apareció el que estaba en coma, y un gran alijo de droga que han robado matando a cuatro hombres más, y tenemos sospechas fundadas para creer que todo ello está conectado de alguna manera.

—Interesante —exclamó Calibán—. Pero no entiendo qué tiene que ver eso con nosotros.

—Verá, Calibán —dijo Alonso—. Alguien vio como en la calle Rosales una mujer alta, mulata y con un cuerpo precioso, según el testigo, caminaba hacia el portal 35 de la citada calle a eso de las tres de la madrugada de la noche de autos. Da la casualidad de que en esa calle y en ese portal vive su camarera, Galatea Fuentes, a menos de doscientos metros se encontraron los cuerpos de los tres fiambres y la descripción coincide con usted —dijo mirando entonces hacia Saura. Saura no pudo por menos que sentir unas cosquillas extrañas en su estómago cuando se refirió a ella en aquellos términos.

—No soy la única mulata de esta ciudad.

—Pero sí la más bonita, si me lo permite —le contestó Alonso, dejando a Saura descolocada.

—Ahí vive Galatea, eso es cierto —dijo Calibán, interrumpiendo el duelo de los dos.

—Y es cierto que yo anoche me dirigí a casa de Galatea. Dormí allí. —exclamó Saura.

Y Calibán fingió sorpresa. Alonso entonces la miró fijamente, consiguiendo intimidarla a ella.

—¿Son ustedes pareja, amantes quizá? —preguntó Alonso.

Lluvia le miró asombrada, sin poder evitarlo. No entendía a qué venía esa pregunta.

—¿Es eso relevante para el caso? —preguntó Saura.

—No, era simple curiosidad —dijo Alonso entonces—. Dos mujeres tan guapas siendo pareja, sería un tremendo desperdicio. ¿No le parece, Calibán?

Y Calibán suspiró, imaginándose. Y sí, a él también le hubiera parecido un desperdicio.

—No somos pareja —dijo Saura—. Somos amigas. Anoche me pareció que se iba mal y decidí acercarme para ver cómo estaba. No se encontraba del todo bien y me quedé a hacerla compañía.

Y Alonso, sin saber por qué, se sintió aliviado. Lluvia le miraba de reojo sin entender nada y Calibán empezaba a hacerse una idea en la cabeza de lo que allí sucedía.

—Comprendo —dijo sin más.

—Verán, empezamos a encontrar ciertas conexiones con los hechos y con ustedes —dijo entonces Lluvia.

—Son casualidades —dijo Calibán.

—Sí, son demasiadas casualidades. Son más bien indicios que los relacionan —dijo la inspectora retadora.

—¿Están acusándonos de algo? —preguntó Calibán.

—De momento no —dijo Alonso—. Pero si encontramos alguna razón que explique su implicación en los hechos, nos sería de gran ayuda para ir descartando cosas.

—Les hemos explicado todo lo que sabemos —dijo Calibán. —Galatea tenía una deuda con ese casino que yo aboné cuando comenzó a trabajar para mí, y Saura y ella son amigas. Es una casualidad que Galatea viva a doscientos metros de donde encontraron los cuerpos. Y a menos que nos detengan o traigan una orden judicial, creo que esta conversación ha terminado. Tienen que disculparme, pero tengo mucho trabajo.

—Lo comprendemos —dijo Lluvia—. Ya nos marchamos.

Y se levantaron de los asientos.

—¿Sabe, Calibán? —dijo Alonso—. Hay muchas cosas que no me cuadran, y vamos a intentar descubrir cuáles son. No me gustan ciertas actitudes tuyas ni tampoco lo que esconde, porque aún no sé lo que es, pero sé que lo esconde.

—Yo solo soy un empresario que quiere vivir en paz.

—Y yo soy cantante de los Rolling Stones.

—¿Canta usted, Alonso? No lo sabía, qué bien. —exclamó cínico Calibán.

—Volveremos a vernos —dijo Lluvia.

—Aquí estaremos. Y por favor, vengan una noche a divertirse a nuestro local, les invito. Pueden venir juntos si son amantes o con otras parejas si lo prefieren. También pueden venir solos —dijo Calibán con intención ofreciéndoles una tarjeta— y encontrar una pareja aquí entre las señoritas y los caballeros libres. Aquí se folla, señor Cortés. Se folla en todas las posturas y de todas las formas imaginables, y cuando uno sale de aquí lo hace con la cabeza alta y las tensiones descargadas. Vengan, señores, no se arrepentirán.

Y Alonso cogió las tarjetas mirándole a los ojos.

—Gracias.

—Son dos pases para una noche, para una o dos personas. Vengan juntos o separados, solos o acompañados, les garantizo que lo pasarán de maravilla.

Y sin más los inspectores salieron del despacho, dejando a Saura y a Calibán solos de nuevo.

—No nos creen —dijo Saura.

—No, no lo hacen. La siguiente será que se presentarán con una orden judicial de registro.

—¿Tú crees?

—Estoy convencido.

—Voy a la barra. Las chicas están preparándolo todo y enseguida será hora de abrir.

—¿Ha llegado Galatea?

—Sí, estaba en vestuarios, cambiándose. Ya habrá terminado.

—Luego saldré para hablar con ella. Espero que no se presente Verónica.

—Es jueves. Tiene que trabajar mañana viernes. Los jueves no suele venir.

—Ojalá.

—Pero si viene, ignórala, yo puedo echarle una mano, pero tienes que ser tú el que le frene los pies.

—Descuida.

Y diciendo esto, Saura salió del despacho, dejando a Calibán solo. Se restregó las manos, atusándose la larga melena que hoy llevaba suelta, y decidido, salió de su despacho, dispuesto a enfrentarse a ella.

Cuando Calibán salió del despacho, la vio de inmediato. Estaba detrás de la barra, preparando los ingredientes de los cócteles, vestida con un corpiño de color plata y puntillas negras. Llevaba el pelo recogido en un moño precioso, dejando su largo cuello al aire y su preciosa nuca al descubierto. Le hubiera gustado morderla allí mismo y marcarle por fin, reclamándola como suya. Pero aún no podía. Primero tenía que ganarse su perdón.

—Buenas noches, Galatea.

—Buenas noches, señor Calibán. ¿Cómo se encuentra?

A Calibán no le pasó desapercibidas sus intenciones. Quería hacerle saber que había una distancia entre ellos, que ya no era lo mismo, que su relación se había enfriado.

—Por favor, Galatea. No me hagas sentirme peor de lo que ya me siento.

—Peor, ¿cómo? No le entiendo, señor.

—Sí, me entiendes, me entiendes perfectamente, así que abandona esa actitud de dulce e inocente muchacha.

—No tengo nada de qué hablar contigo, Calibán, fuera del trabajo no hay nada de qué hablar.

—Yo creo que sí. Te mereces una disculpa.

Galatea le miró sin podersele creer. Allí estaba el orgullo inconmensurable de Calibán, el orgullo más poderoso, poniéndolo a sus pies. Y aquello la conmovió, así que decidió escucharle.

—¿Cómo has dicho?

—Sí, me disculparé. Me comporté como un imbécil engreído. Te humillé y te hice daño, haciéndote creer que no había nada entre nosotros, cuando sí lo hay. Tengo que darte muchas explicaciones, pero por favor, no me lo pongas más difícil...yo no estoy acostumbrado a esto. Y tú eres muy importante para mí.

Galatea le observó y supo que decía la verdad, que era sincero.

—No lo sé...me hiciste mucho daño.

—Lo sé, deja que te recompense.

—¿Cómo?

—Deja que te invite a comer mañana.

—¿Y a dónde me llevarás? ¿A un italiano? Creo que no voy a comer en un italiano en mi vida.

—No, te llevaré a mi casa. Gala, mírame.

Y Galatea cuando oyó que la llamaba con el diminutivo que utilizaba su madre se desmoronó, y le miró a los ojos con intensidad. El dorado líquido de sus ojos la miraban con pasión.

—Jo, Calibán, estás vencéndome.

—Escucha, yo nunca he llevado a ninguna mujer a mi casa. Tú has sido la única. Quiero llevarte a casa esta noche. Saura me ha contado lo de esos matones, y creo que tienes que venirte conmigo.

En mi casa estarás segura. Estás en peligro y no soportaría que te pasase algo. Me moriría si algo te pudiera pasar.

—¿A mi propia habitación?

—Por supuesto, seguiremos tu ritmo. Como tú quieras.

Y Galatea sopesó qué decirle. Lo cierto es que tenía miedo. No quería irse a su apartamento donde no se sentía segura, y con él todo era distinto. Con él sabía que nada podría pasarle.

—¿Desaparece Verónica de tu vida?

—¿Desaparece Belial?

—Por supuesto. Seremos solo amigos.

—Entonces Verónica será simplemente mi cliente.

—Entonces iré contigo esta noche.

—Y mañana te prepararé una succulenta comida y te explicaré las cosas tranquilamente.

—¿Cocinarás tú?

—Por supuesto. Soy un gran chef.

—Estoy deseando comprobarlo.

Y Calibán sonrió. Y Saura, a lo lejos suspiró aliviada. Por fin estaban las cosas encaminándose de nuevo, aunque sabía que había muchos frentes abiertos aún. Entre otros, la policía. Y pensó en los ojos oscuros del hombre, y de ese fuerte olor a bourbon y a coco, como a playa paradisíaca del azul caribeño, y se excitó. Ese humano podía poner su mundo del revés, y no podía consentirlo. En su vida ya había muchas complicaciones como para complicarlas más. Y encima por un humano. Que además era policía. No podía. No podía y punto. Y suspiró con resignación cuando pensó cuanto tiempo llevaba sin follar. Necesitaba un buen polvo. Si no se secaría como una fuente en sequía. Y no estaba dispuesta a consentirlo.

Aquella noche, cuando cerraron el local, Calibán se llevó a Galatea en su coche y la invitó a entrar en su casa. Era muy tarde. Todo el servicio estaba durmiendo, pero Calibán la llevó a la cocina, y le sacó un vaso de leche y un trozo de tarta Sacher que aún había sobrado. Se la impuso, más que ofreció. Y él se sirvió un vaso de leche y se sentó a su lado, en las banquetas de la cocina americana.

—Come —le ordenó.

—Mira que eres mandón.

—Obedece. Has trabajado mucho y tienes que estar hambrienta.

Y era verdad, las tripas de Galatea rugían por el hambre y aquel pedazo de tarta tenía una pinta tan deliciosa que la boca se le estaba haciendo agua.

—¿La ha hecho la Sra. Sánchez?

—No, la he hecho yo. Anoche no podía dormir y me puse a cocinar. Entre otras cosas, hice esta tarta. Es una tarta Sacher.

—Sí, ya lo sé. Es mi favorita.

Y Calibán sonrió. Si ella supiera que él había creado la receta, quizá no se lo podría creer.

—Entonces come, a ver qué te parece.

Y Galatea cogió la cucharilla y se llevó un trozo a la boca, poniendo los ojos en blanco cuando la saboreó, haciendo unos gestos tan eróticos que le estaban volviendo loco. Si era así comiendo,

tan expresiva, no quería imaginarse cómo sería follando. O sí, se lo imaginaba, y la imaginación estaba haciendo estragos en su sexo hambriento.

—Madre mía, Calibán... cómo está de buena. Es la mejor tarta Sacher que he comido en mi vida.

Y se llevó otro trozo generoso a la boca y comenzó a emitir esos pequeños ruiditos que hacía con la boca, y a gemir descontroladamente y sintió que se moría de ganas de probarla en su propia boca, así que ni corto ni perezoso, y sin poderlo soportar más, se acercó a ella, con aire felino y la agarró con las dos manos sujetando su cara y le lamió los labios llenos de chocolate, y luego siguió lamiendo su boca con la lengua, probando la tarta en su propia boca, arrancándole un trozo que aún le quedaba en ella. Y Galatea en aquel momento, quiso morir de gusto y de placer. Nunca en la vida había sentido tanto como con aquel beso tan erótico.

—Pues sí, me ha quedado bien —dijo Calibán soltándole la cara y volviendo a su banqueta.

—Sí... —dijo Galatea profundamente desconcertada.

—No recordaba que me hubiera quedado tan rica.

Y Galatea siguió comiendo con placer, pero aquel beso la había dejado tan desconcertada y desconcentrada que ya no emitió más quejidos de placer. Se comió lo que restaba de la tarta en silencio, se bebió el vaso de leche y se despidió de él, pidiéndole permiso para poder irse a la cama.

Y Calibán, satisfecho de ver lo que aquel beso había provocado en ella, se lo dio. Le dijo que podía marcharse. Y él aún se quedó allí, bebiendo su vaso de leche y pensando en qué cocinar para la comida del día siguiente.

La había desestabilizado. Y sonrió maliciosamente, satisfecho por ello. Sonrió mientras pensaba en cómo su olor lo impregnaba todo. Su casa por fin ya olía de nuevo a lluvia recién caída, a petricor, y a limón dulce. Y le encantaba que oliera así.

Galatea se encerró en la habitación y se apoyó en la puerta, y allí se quedó quieta, pues las piernas la fallaban y la respiración estaba desacompañada y su corazón iba a mil por hora. Aquel maldito beso la había humedecido por completo, haciendo que sus bragas estuvieran caladas y sus pechos endurecidos pidieran guerra.

Se desnudó rápidamente y se metió en la cama, donde comenzó a tocarse. Los muslos prietos, los pechos que la reclamaban que los estrujara, los pezones que querían ser pellizcados, el sexo latente. Se metió dos dedos en la vagina y comenzó a masturbarse, rozando el clítoris con el pulgar, pensando en Calibán y en cómo le metía la lengua en la boca para probar el chocolate de su paladar, de su propia lengua, en sus manos agarrándola la cara, en sus labios prominentes y dulces, en su paquete pegado a su vientre, duro, tieso, amenazándole con clavársele muy dentro, en su intenso olor a sándalo, a orégano, a albahaca, a tomillo tostado.

Lujuria. Lujuria poderosa e incommensurable. Lujuria por su piel, por sentir sus manos sobre su cuerpo. El ritmo iba aumentando, iba acelerándose hasta que se corrió sin poderlo evitar, pensando en sus ojos dorados sobre su boca, gritando su nombre en la almohada que amortiguó sus gritos de placer.

Y en aquel mismo momento, Calibán con su polla en la mano, eyaculó sobre su mano, masturbándose, pensando en Galatea.

Y la lujuria se instaló en aquella casa, en sus pieles, en sus bocas hambrientas. Y se hizo paso como una ola salvaje que amenaza con llegar y llevárselo todo con ella. Lujuria, lujuria, lujuria.

Lujuria de bocas y manos, de sexos que se unen acompañados para darse placer mutuamente. La deseaba. Dios, cómo la deseaba. La deseaba como nunca había deseado a nadie, provocándole lo que nadie jamás le provocaría.

Quería comérsela, bebérsela, sentirla sobre él, cabalgándole como una amazona adiestrada, llevándole al paroxismo del placer y de la pequeña muerte.

Nunca tendría suficiente de ella.

Nunca se saciaría.

Nunca podría dejarla en paz.

Era suya, lujuriosamente suya. Y por completo.

Lujuria. De sus negros ojos y de sus tiernos labios.

Ya no había marcha atrás. La acorralaría y ella misma se tiraría en sus brazos, pidiéndole que se la follara. Y todo eso estaba a punto de suceder. Sonrió ladino y se lavó bien las manos, y después comenzó a cocinar, pensando en el cuerpo de la pequeña humana. Todo se había precipitado, todo se sucedería como debía.

Lujuria. Lujuria de Galatea por todos los rincones de su casa.

CAPÍTULO XIV

Lujuria

Lujuria. Desde que había entrado por la puerta de la calle, Galatea estaba encendida como una hoguera de San Juan. Se había duchado a conciencia, tirándose debajo del agua más de media hora, para ver si el agua le calmaba, pero nada podía hacerlo. Pensaba en Calibán y el deseo la consumía.

Se había despertado tarde porque se había dormido tarde, y hacía ya un rato que la Sra. Sánchez le había dicho que se acercara cuando se hubiera arreglado al comedor, que la comida le estaría esperando, y así lo hizo.

Cuando estuvo lista, con el pelo aún húmedo, bajó hasta donde estaba dispuesta la mesa, elegantemente preparada.

Y allí estaba, mirando los platos de fina porcelana de la Cartuja de Sevilla y de copas talladas finamente en cristal de bohemia, cuando oyó la voz de Calibán, y se giró para verle, vestido con un niqui amarillo que resaltaba sus ojos y un vaquero desteñido y roto, por donde asomaban sus rodillas y parte de su muslo. Llevaba el pelo recogido en una coleta y su barba incipiente le invitaba a recorrerla con la lengua.

Intentó apartar esos pensamientos de ella.

—Siéntate. El menú consta de Empanadilla de vieira con ajo negro y Pulpo a la parrilla con verduras salteadas, mantequilla blanca de yema de erizos de mar y pimentón de la Vera. Y de postre sorbete de mandarina al vodka y mousse de chocolate. Espero que esté a todo a tu gusto.

Y retiró su silla para que pudiera sentarse, acomodándola. Y después se sentó él, y acto seguido comenzaron a servir los platos.

—Qué buena pinta...

—Pues adelante, come. Y déjame decirte que esta mañana estás preciosa. Hueles a mañana de primavera, a campo recién florecido.

—Gracias.

Y Galatea comenzó a comer con hambre. Aquella comida le encantaba, no había más que mirarla comer para saberlo, y a Calibán aquello le encantó. Sirvió un albariño en las copas, y alzó su copa para hacer un brindis.

—Brindemos.

Galatea levantó su copa.

—Porque esta sea una primera de muchas comidas juntos.

Y Galatea asintió.

—Tengo curiosidad por una cosa... —exclamó de pronto Calibán.

—Dime.

—¿Qué estudiaste?

—¿Y por qué supones que estudié?

—Eres una chica culta, con aire refinado y maneras exquisitas.

—Historia del Arte e Hispánicas.

—¿Por qué?

—Porque me gusta el arte, me gusta escribir. Quiero escribir y dar clase de arte. Eso es lo que quería, pero las cosas se torcieron por completo.

—¿Qué pasó?

—Soy hija de madre soltera. Nunca tuve un padre, mi madre me contó que había tenido una noche desenfrenada con alguien que había conocido unos días antes y que ese hombre desapareció, dejándola embarazada de mí. Aunque no he tenido padre, mis abuelos suplieron con creces esta falta. Me cuidaban cuando mi madre trabajaba. Mi madre ha trabajado mucho para sacarme adelante. Estudié con mucho sacrificio por su parte, pero llegó un momento en que no podía seguir estudiando. Tenía que trabajar. En eso apareció Diego. Al principio me pareció cariñoso, me trataba bien, luego las cosas fueron complicándose hasta que un día descubrí horrorizada que me había dejado aquella deuda horrible...Yo trabajaba mucho para que pudiéramos ahorrar para comprarnos el apartamento, y pudiéramos irnos de vacaciones en verano y vivir bien. Él trabajaba en un banco y se suponía que también ahorra. Bueno, es igual...lo hice todo fatal.

—¿Estabas enamorada?

—Entonces creía que sí. Ahora sé que no. No me importa que haya desaparecido. Lo prefiero, me he quitado un peso de encima.

—¿Y tu madre? ¿Tus abuelos?

—Mis abuelos fallecieron. Y mi madre es lo único que tengo. Se llama Fe. Vive en una casita en una aldea de Galicia, mis abuelos eran de allí, ella nació allí y en un momento determinado se volvió. Sigue trabajando, es joven, tiene cincuenta y cinco años. Ha sido una buena madre que hizo lo que pudo. Pero es muy controladora, por eso me alejo de ella todo lo que puedo. Un día de estos tengo que ir a verla.

—¿Tíos, primos?

—No tengo mucha relación con nadie más. Mi madre era hija única, y sus tíos y primos no llevaron muy bien el hecho de que se quedara embarazada de no se sabía quién. Son gente moralista y muy beata.

—Entiendo. Así que aparte de tu madre, no tienes más familia.

—No. ¿Y tú?

—Tengo algunos hermanos y hermanas, y un padre. Pero ahora estoy distanciado de todos ellos. Lo más parecido a una familia es Saura. Es como mi hermana pequeña. Hemos pasado por muchas tormentas juntos y nos queremos.

—Saura es estupenda.

—¿Y por qué sigues trabajando de camarera?

—De algo hay que vivir.

—Comprendo.

Y se hizo un silencio, donde siguieron comiendo, Galatea lo degustaba con placer y bebía de su copa de vez en cuando, mirándose a los ojos.

—Tengo que explicarte lo de Verónica.

—No quiero saber nada.

—Yo necesito contártelo.

—¿Por qué?

—Porque eres importante para mí, porque siento algo intenso por ti, al que aún no puedo poner un nombre, pero lo siento. Y por Verónica no siento nada.

—Pero sois amantes.

—Hemos sido amantes mucho tiempo. Yo soy una persona muy sexual. Necesito sexo como algunos necesitan comer y beber agua. Verónica me gusta, es una mujer atractiva y nos entendíamos bien en la cama. Hasta que tú apareciste, ahora solo puedo pensar en ti.

—¿Y esa noche qué pasó?

—Que ella nos puso una trampa. Te llamó haciéndote creer que yo había quedado con ella en aquella habitación, cuando no era cierto y después me llamó a mí con una excusa y acudí. Es mi local y mi obligación saber si los clientes tienen algún problema. Por otra parte, me quedé porque los celos me cegaron. Verte con Belial con tanta complicidad... No pude con ello, no lo gestioné bien. Verás, soy muy territorialista. Lo que considero mío es mío y no se toca.

—Pero yo no soy tuya. Para empezar, soy una mujer libre, que puede hacer lo que le da la gana, pero, aunque estuviéramos juntos tú y yo, yo seguiría siendo libre.

—Me va a costar entender eso...

—¿Pero estás dispuesto a intentarlo?

—Sí. Gala, eres todo cuanto quiero en esta vida.

Y Galatea sonrió.

—Vas a tener que demostrármelo, no me fío aún de ti.

—Te lo demostraré.

—Ya veremos...

—Come, se te va a enfriar, tienes que alimentarte bien, esta noche será exigente.

—¿Por qué?

—Es la noche del baile de máscaras. Estará ambientado en el París de la Belle Epoque, y empezará como un baile para terminar en una inmensa orgía. Bueno, también habrá parejas que se lo monten en privado en las habitaciones. Esta noche, todas las camareras estarán convocadas. Además, vuelve Laura, la chica que estaba de baja cuando te contraté a ti.

—Entonces quizá yo no te haga ya falta.

—Por supuesto que sí. Ya nos hacía falta antes.

—¿Y en qué consistirá?

—En el baile, las parejas se conocerán y se elegirán, por grupos, por parejas, por tríos, y después darán rienda suelta a sus pasiones.

—Estará Verónica.

—Seguramente.

—Y querrá estar contigo.

—Probablemente.

—¿Y lo conseguirá?

—Gala, no tienes por qué preocuparte por Verónica. Ella no es nada para mí. No volveré a acostarme con ella, ni a besarla, ni a hacer nada que pueda ofenderte.

—De acuerdo.

—Seguramente también estará Belial.

—En algún momento hablaré con él y le explicaré que no volveré a acostarme con él.

—Solucionado entonces.

Y así siguieron degustando el menú, hablando de la noche que se les avecinaba.

Todos los invitados al gran baile de los felices años veinte estaban ataviados con ropas y complementos de aquel momento. La música, así mismo era de la época dorada también, y parecían felices. Había grupos que bebían de copas de champán en forma de tulipa, como en aquella época se bebía y algunos ya habían comenzado a besarse.

Verónica, ataviada con un picante vestido minifaldero iba en busca de Calibán, pero Calibán aún no había hecho acto de presencia. Por el contrario, Belial no había aparecido.

Y Galatea detrás de la barra, se acercó a Saura con una idea en la cabeza.

—Saura, tengo que pedirte un favor.

—¿Qué favor?

—Tengo que estar hoy como clienta, camuflada.

—¿Por qué?

—Quiero seducir a Calibán. Venga, Saura, ayúdame. Cúbreme aquí, y si él pregunta dile que estoy sirviendo bebidas en alguna habitación.

Saura sopesó la ocasión, y le pareció adecuada, al fin y al cabo, corría prisa que Calibán la reclamase como suya y la marcase, y Saura sabía que todavía no lo había hecho, pues no pudo oler a Calibán en ella, así que aceptó.

—De acuerdo. ¿Tienes ropa?

—He comprado un disfraz en una tienda de esas que regentan los chinos...

—¿Cómo? No doy crédito contigo. Ven, acompáñame.

Y Saura la llevó al almacén de excedentes, donde había ropas y complementos de todos los estilos y épocas, colgados en perchas de forma pulcra y ordenada. Hasta que encontró un fino vestido de seda de color turquesa con bordados negros y unos preciosos zapatos turquesas. Medias a juego, una peluca negra con corte de la época y un montón de collares, así como una máscara de lentejuelas que asemejaba el pico de un precioso pájaro con plumas azules turquesas.

—Vamos, ponte esto, te ayudaré a vestirte. Esta ropa la tenemos por si se presenta algún socio sin la ropa adecuada.

Y Galatea se lo puso todo y se contempló en el espejo. El vestido le quedaba perfecto y la peluca le reportaba cierto anonimato.

Después Saura le pintó los labios de rojo, y le deseó suerte. Ambas salieron y Galatea se camufló entre la gente.

Saura volvía ya hacia la barra donde debía vigilar que todo saliera bien cuando sintió aquel olor. A bourbon y a coco, y supo que él estaba allí. Buscó entre los invitados, pero solo veía hombres con máscara, unos que podrían corresponderse con él y otros que no, pero no estaba segura de quién era. Tendría que hablar con Calibán de ello. Cuando apareciera, para que tuviera cuidado, porque si él estaba allí y de manera anónima, seguro que era para vigilar qué se cocía allí. Y tenían que estar prevenidos.

Alonso Cortés y Lluvia Jiménez habían decidido utilizar aquellos pases que Calibán les había otorgado para vigilar aquel antro de perversión, como lo había calificado Lluvia. Para ella era solo trabajo, pero para Alonso era algo más, pues desde la primera vez que había visto a la mulata, no se le había podido quitar de la cabeza. Llevaba con una erección permanente desde que

la había olido y aquel sitio le generaba mucha curiosidad, pues el sexo le gustaba, como a todo el mundo, pero él además era morboso y fetichista, y reconocía que le excitaba como nada pensar en Saura a cuatro patas mientras él la penetraba desde atrás.

Y entonces la vio, tras la barra, poderosa, bellísima con aquel corpiño blanco que resaltaba aún más su piel morena, sus largas piernas, sus expresivos ojos violetas. Y decidió jugar, a ver qué pasaba. Se acercó a la barra y le pidió a una camarera una copa de champán que le sirvieron diligentemente y creyéndose a cubierto de identidades, le sonrió coqueto. Saura sabía perfectamente que era él, su olor le delataba, pero decidió seguirle el juego y también le sonrió. Entonces ella salió de la barra, y él la siguió hasta que le agarró del brazo atrayéndola hacia sí, y ella se dejó llevar. Estaba muy excitada, era una súcubo y hacía mucho que no se acostaba con nadie.

En cuanto Alonso la tuvo en sus brazos, y tocó su piel morena, suave como la seda y se miró en sus ojos se sintió irremediadamente perdido. Su olor a tierra fresca y a rosas recién cortadas le embriagaba, y sin decir una palabra la besó. Ella le correspondió a su beso urgente, y enseguida se mordieron los labios. Él la tenía aprisionada agarrándola de un brazo con una mano y hundiendo sus dedos en su larga melena con la otra, y ella se dejó aprisionar. Saura enseguida entendió el cariz dominante de él, y decidió que por el momento le dejaría que la dominase, porque ella era también dominante y le gustaba someter a los hombres, que terminaban siendo dulces esclavos que acataban sus órdenes sin rechistar. Pero por el momento se dejó hacer. Su lengua, ávida, invadía su boca, y ella perdió la noción del tiempo cuando la saboreó. Sabía a agua de coco y a licor amaderado y le gustaba que le reclamara tan ardientemente. Él le mordía el labio superior, y le lamía de una manera que nunca había conocido, y después le lamió y succionó el cuello, junto a la carótida, que disparó sus pulsaciones y su piel se encendió. Sabía que terminaría en combustión espontánea si no iban a más, así que le agarró de la mano sin decir nada y le llevó hasta una habitación que sabía vacía, donde también sabía que no se utilizaría, pues habían tenido un problema con el baño, y le metió allí con ella, cerrando la puerta. Él se dejó hacer. Se quitó la chaqueta del traje y desabotonó la camisa, mientras ella se quitaba, juguetona las bragas y las tiraba al suelo. Después desabrochó el corpiño y lo lanzó también, y así con sus pechos al aire se acercó a él como una pantera y le terminó de quitar la camisa.

—No hables, no digas nada —le dijo al oído—. Y no te quites la máscara. No quiero saber quién eres, solo quiero joder contigo hasta que explotemos juntos de placer.

Y luego empezó a lamerle el pecho, chupando los pezones con fruición y Alonso se perdió por completo, y luego se arrodilló ante él, y desabrochó el botón del pantalón y bajó la cremallera y le sacó el grueso e imponente miembro que ya comenzaba a llover por ella, y le lamió la punta con la lengua, recogiendo aquel primer líquido y después le recorrió la cabeza del pene con ella. Aquel humano se iba a enterar de lo que era una súcubo del infierno, lujuriosa y sexual, chupando su verga.

Alonso pensó que nunca se la habían chupado así. Le tenía completamente a su merced, aunque fuera ella la que estaba de rodillas. Se la metía en la boca y le alojaba allí perfectamente, aunque sabía que la tenía más grande que la media, cosa que algunas mujeres se habían quejado de que no les cabía en la boca, pero ella parecía tenerla por completo sin ningún esfuerzo. Y después ya no pudo seguir pensando con coherencia, pues hasta las piernas le temblaban de lo bien que se lo estaba haciendo.

Cuando él sintió que ya no podía más, la levantó y la tumbó en la cama, boca arriba, y se deshizo de los pantalones y de los calzoncillos, y así desnudo, solo con la máscara, comenzó a lamerle el cuerpo de diosa de ébano sin piedad. Los pechos no demasiado grandes, pero preciosos, con sus oscuros y enormes pezones, que succionó hasta que ella comenzó a jadear, su abdomen, que lamió y besó; el ombligo, hasta que llegó a su sexo, en el que se hundió por completo. Tenía el coño más bonito que había visto en su vida, y era tan receptiva que en cuanto comenzó con su dulce tortura sobre su clítoris se corrió en su boca. Apenas habían sido tres minutos, y después siguió horadándola con su lengua recta y tiesa, adentrándose en su cueva, donde volvió a oírla convulsionar enseguida. Qué suerte tenía. Había dado con una multiorgásmica. Después no pudo más y se la metió por completo. Pero Saura, como dominante que era, se levantó y casi sin darle tregua y sin saber aún cómo lo había hecho, se sentó a horcajadas sobre él y comenzó a cabalgarle. Alonso no tuvo más remedio que dejarle hacer. La tenía sobre él, como una amazona que fuera a la guerra, con la boca abierta y sus ojos clavados en él, que le miraban prometiéndole todo el infierno en un momento. Giraba las caderas, en círculos, buscando tocarse el punto más sensible que tenía dentro de ella, lo que le estaba llevando a él hacia el paroxismo más absoluto. Le agarró los pechos con sus manos y Saura se dejó hacer, y entonces pellizcó un pezón lo que hizo que Saura se retorciera de placer, llegando a su tercer orgasmo. Y entonces Alonso ya no pudo más, y se corrió dentro de ella, de una manera que nunca había sentido. Ella cayó sobre su pecho, con su polla todavía dura dentro de su coño, y comenzaron a intentar acompañar sus respiraciones.

—Estoy en el cielo —dijo él en apenas un susurro.

—No, querido, estás en el purgatorio

Y diciendo esto, volvió a lo que era ella, y se levantó de su lado, poniéndose las bragas y el corpiño de nuevo.

—¿Te vas? —le preguntó él.

—Estoy trabajando.

—Quiero volver a verte.

Y Saura rio en una carcajada mientras se ataba el corpiño, y le miró a los ojos detrás de aquella máscara acercándosele a él con parsimonia y se acercó hasta su cuerpo y le acarició el pecho con cierta malicia.

—¿Te ha gustado? —le dijo al oído.

—¿Que si me ha gustado? Jamás, en la vida, había tenido una experiencia como esta.

—Entonces quizá —dijo besándole en la boca, mientras le acariciaba el cuello, sobre la nuez de Adán—. Pero si hay próxima vez no seré tan dulce contigo.

Y diciendo esto se incorporó, terminándose de colocar el corpiño y el pelo y agarró el pomo de la puerta.

—Puedes quedarte unos minutos, pero sal con disimulo. Y ah, se me olvidaba. Alonso, me debes un favor.

—¿Un favor?

—Sí, verás, querido... cuando te pida algo no podrás negarte.

—¿Y eso por qué?

Y entonces volvió a acercarse a él, y le miró fijamente a los ojos, hipnotizándole, torciendo su voluntad.

—Cuando yo te pida algo, lo acatarás sin rechistar, ¿está claro?

—Sí, por supuesto... —dijo totalmente hechizado.

Y después Saura rompió el vínculo y el hechizo y terminó de acicalarse.

Y salió tan campante, dejándole a él absolutamente descolocado, preguntándose cómo era posible que le hubiera reconocido con la máscara puesta. Y después cayó en la cuenta de que él si la hubiera reconocido con máscara, pero ella era única entre un millón, y él un simple mortal común y corriente. Su olor, las rosas desparramadas sobre su pecho y la tierra restregada por su cuerpo le decían que ella pertenecía a otro mundo.

Lluvia no entendía cómo había sido posible que Alonso hubiera desaparecido. Comenzaba a estar preocupada, cuando se le acercó un hombre altísimo, mulato con unos ojos verdes impactantes, detrás de una máscara plateada. Lluvia se quedó helada cuando le olió, y le pareció mentira que pudiera oler así, a eucalipto, como olía su tierra, pues era del norte de España, donde había muchos, y a almizcle, que era un olor que le encantaba.

—¿Dónde te habías metido hasta ahora, pelirroja? —le dijo Belial.

—Perdone, pero estoy esperando a mi pareja.

—Que, seguro se ha perdido tras las faldas de alguna mujer de estas, y ahora mismo le estará comiendo sus partes.

Lluvia no estaba acostumbrada a un lenguaje tan vulgar, pues era una señorita bien, criada en una buena familia cristiana, devota, que le habían dado una exquisita educación, y aquel hombre le daba miedo. Miedo, y algo más, pero no sabía qué era aquella sensación de vértigo que le producía mirar su sonrisa.

—Disculpe, pero no voy a seguir con esta conversación.

Y entonces Belial se le acercó al oído, y entonces la olió. Olía a vainilla y a tormenta, y supo que estaba perdido. Pero, aun así, haciendo gala de su supremacía le dijo:

—Puedo oler tu miedo. El miedo es una sensación muy curiosa, pues te atrae de una manera fatal hacia el peligro. No se puede evitar. Cuando menos te lo esperas, te acogota, te pone de rodillas frente a tu verdugo, y te dejas llevar...pero puedo oler también otra cosa, tu excitación humedeciéndote las bragas y tu...

¿Virginidad?, pensó Belial perplejo. Aquella chica era virgen, pero no se lo dijo. No podía justificar cómo lo sabía. Y en cambio dijo:

—Piel preciosa que huele a tormenta de verano y a vainilla fresca.

Y Lluvia le miró a los ojos hipnotizada, la tenía relajada para que no se pusiera histérica, mirándola con adoración y con control de demonio enamorado.

—Quiero irme —dijo ella.

—Pero no puedes, ¿verdad? Las piernas no te responden, no te puedes mover. Dime, ¿cómo te llamas?

—Lluvia —dijo sin poder evitarlo.

—Lluvia...qué acertado nombre para una muchacha que huele a tormenta.

Y diciendo esto Belial decidió desaparecer. Ella no estaba preparada, y sabía que era policía. Pero ahora que la había olido, no la dejaría escapar.

Y por fin Calibán apareció por la puerta. Galatea, antes que Verónica se le adelantase, se dirigió a él, que estaba arrebatador, con aquel traje de chaqueta y pantalón y su máscara dorada. Llevaba el pelo engominado y recogido en un moño bajo, y sencillamente le pareció que estaba guapísimo.

—¿Me concedes este baile? —le dijo ella alargándole la mano

Y en cuanto la miró supo que era ella. Su olor le delataba, era como un aspersor de agua, disparaba su olor por todas direcciones. El limón de su piel morena, la lluvia en sus ojos, tras la máscara.

Y sin mediar palabra, la cogió la mano y se la llevó con él, y los dos se metieron en la habitación que él siempre tenía reservada para su uso personal. Una habitación decorada sobriamente, con una cama enorme con dosel y un vestidor.

Cuando la tuvo dentro de la habitación, él se quitó la chaqueta y sirvió dos copas de la botella de champán que tenía enfriando y le dio una. Después se apoyó en la pared, observándola. Estaba preciosa, con aquel vestido turquesa minifaldero que permitía que se vieran sus largas piernas. Y se acercó a él, felina, moviendo las caderas como ya había aprendido, y comenzó a desabrocharle la camisa, con decisión y sin prisa. Calibán se dejó hacer, mientras bebía de vez en cuando de la copa.

—Si comienzas este juego, no habrá marcha atrás... —le dijo él.

Pero la lujuria se había instalado en su vientre y ella ya no era capaz de pensar nada más, así que siguió desabrochándole para después lamerle el pecho de granito, los pectorales con los pezones enardecidos por ella y por su aliento. Y se moría de ganas de tomar la iniciativa, pero también sabía que tenía que ser ella la que se le entregara por completo, y necesitaba saber que Galatea estaba segura.

Y entonces ella le besó, hundiendo su mano en su cabeza, buscando su lengua que salió a su encuentro, y se degustaron por completo, hasta que él no pudo más y la besó el cuello, arrancándole sonidos de placer. Dejó la copa y le arrancó el vestido y la dejó sobre la cama y comenzó a besuquearle todo el cuerpo, y le quitó los zapatos y las medias, mientras ella se deshacía de los collares, quedándose con las diminutas braguitas, la peluca y la máscara. Ella gimió suavemente, pidiendo más, pero él era implacablemente lento, marcando con su boca cada centímetro de su piel. Alcanzó sus pies, y ella soltó unas risitas cuando sintió sus labios envolviéndole uno de sus dedos, y entonces sus cálidas manos tocaron su pie, masajeándolo con una presión ligera pero firme, y Galatea se arqueó con un inesperado placer cuando su pulgar encontró un lugar que envió sensaciones directamente hacia sus zonas íntimas. Y entonces ya no tuvo ganas de reírse por la tensión que iba acumulándose en su sexo. Él le hizo lo mismo en el otro pie, y ella gritó sintiendo como si le estuviera tocando el clítoris, y gimió incontroladamente. Después él le abrió las piernas, le quitó las bragas y le lamió el sexo por completo y ella se arqueó hacia él, pidiendo más, y él hizo algo con su lengua que a ella le envió directamente a fragmentarse en miles de pedazos, arrancándole un tremendo orgasmo.

Entonces la puso boca abajo, cogiendo una almohada la colocó debajo de sus caderas, elevándole el trasero, y ella se sintió de pronto vulnerable. Y él le besó en el punto más sensible de la nuca, ella se estremeció y él comenzó a besarle cada vértebra, hasta que besó el coxis, masajeando a la vez sus glúteos. Después se puso sobre ella, empujando con sus piernas para separar aún más las suyas, y entonces sintió la gran fuerza de su pene empujando para entrar en ella. A pesar de estar húmeda lo sentía enorme en esa posición. Notando su miedo él se detuvo un

segundo y le metió la mano bajo sus caderas, aplicando una fuerte presión a su clítoris al mismo tiempo que movía su pelvis en empellones pequeños y abriéndose camino dentro de ella. Él se movió más adentro, tocando su cervix, y ella se sintió paralizada cuando lo sintió, él le había tocado su parte más sensible en su interior. Y se quitó la máscara alejándola.

Él se retiró un poco y entonces volvió a entrar lentamente en ella, la tensión se estaba haciendo insoportable, y ella recurrió a la súplica, suplicándole que le hiciera correrse.

—Todavía no —le dijo él autoritario y siguió con aquel ritmo enloquecedor que la mantenía en un agónico nivel de intensidad, cada vez que él notaba que ella iba a alcanzar el orgasmo se ralentizaba un poco más, y luego empujaba más deprisa cuando la sensación disminuía.

—Calibán, por favor...

Pero él era inflexible, y ella se dio cuenta de que la estaba castigando por lo de Belial, que la estaba torturando. En cualquier otra postura ella quizá podría haberse movido, pero él la tenía aprisionada.

—Me perteneces, ¿lo entiendes ahora? —le dijo él con la voz ronca, manteniendo aquel ritmo lento que la estaba consumiendo—. Solo yo puedo darte esto, lo que tu cuerpo ansía, ¿está claro?

—Sí, por favor, déjame...

—¿Dejarte qué?

—¡Déjame correrme, por favor!

Y él simplemente lo hizo. Sus movimientos alcanzaron velocidad, enloqueciéndola todavía más, y sus gritos se hicieron aún más fuertes, y entonces ella se corrió con el cuerpo palpitando e invadido por los espasmos en una culminación tan potente que hizo temblar cada músculo de su cuerpo. Y con ella, llegó él, que se corrió dentro de ella, con un gruñido áspero, su semilla rociándola por completo.

Ella se sentía incapaz de moverse, y él se dio la vuelta y la liberó. Y después la cogió con sus enormes manos y recostó su cabeza en su pecho y la besó en la cabeza quitándole la peluca y lanzándola lejos de allí.

—Me vuelves loco, Gala —le dijo él— dime que siempre serás mía.

—Siempre seré tuya.

—Por toda la eternidad.

—Por siempre jamás.

—Voy a amarte toda la noche.

—Tengo que trabajar.

—Hoy no. Hoy ya puede caerse el cielo entero, puede haber un terremoto o un maremoto, no pienso dejarte salir de aquí.

—¿Podrán ellas con todo?

—Podrán, no te preocupes.

Y la besó en los labios hinchidos por el placer, y volvió a lamerle la boca, y comenzó a excitarse de nuevo, y ella a humedecerse otra vez, y él volvió a amarla.

Cuando Alonso salió de la habitación buscó a Lluvia, a quien no tardó en encontrar.

—¿Dónde te habías metido? —le preguntó ella.

—Investigando.

—¿Y has descubierto algo?

—Bueno, he estado echando un ojo por las habitaciones, pero no, no he visto nada en particular.

—Este sitio me da escalofríos.

—Deberías relajarte y disfrutar.

—Se me acercan hombres con intenciones claramente sexuales.

—Mujer, claro, es un sitio destinado a ello, aquí todo el mundo que entra sabe a lo que viene. Y tú eres muy hermosa y apetecible.

—¿Tú también?

—No me malinterpretes. Solo digo que lo encuentro razonable.

Lluvia sopesó las palabras. Nunca hubiera imaginado que con aquel pelo pelirrojo rebelde y sus pecas pudiera resultar apetecible a ningún hombre. Tampoco es que a ella le hubiera apetecido nadie. Nunca había tenido novio, sencillamente porque nunca había sentido por nadie algo que fuese realmente llamativo, y cuando lo había hecho, ellos nunca la correspondían. Era la eterna enamorada platónicamente.

Empezaron a mirar disimuladamente hacia todos los lados, hasta que llegó el momento que esperaban. Allí estaba, justo delante de sus narices. Un hombre se ponía un poco de coca en la palma de su mano, junto al pulgar y se lo ofrecía a una mujer joven que algo bebida lo esnifaba. Lluvia hizo fotos disimuladamente, ya que llevaba en su máscara de palo, un dispositivo camuflado de una cámara fotográfica, aunque sabía que aquel menudeo no sería suficiente para una orden, era una pequeña prueba.

—¿Lo has fotografiado? —le preguntó Alonso.

—Claro. Además, tengo que decirte una cosa. ¿Ves aquel tipo alto de la máscara color plata?

—Sí, el tipo de los dos metros.

—Es el mismo de la grabación que tenemos, estoy segura. Es el tipo que robó el alijo de la cocaína y mató a los cuatro matones.

—Puede ser...

—He hablado con él. Se acercó a mí.

—¿De qué hablasteis?

—Quiso ligar conmigo...supongo.

—¿Le sacaste algo?

—No, me intimidó mucho...este sitio me tiene en tensión.

—Fotografíale. Quizá con esto el juez nos dé la autorización.

—Y a ver si nos vamos, estoy...

Lluvia buscaba la palabra, cuando iba a decirla, Alonso se le adelantó.

—¿Excitada?

—Iba a decir nerviosa.

—Fotografía todo cuanto puedas y nos vamos.

La gente quemaba droga y champán al ritmo de foxtrot. Los juegos de manos iban y venían gracias principalmente a tres personas. Dos hombres iban de arriba abajo del local pasando mercancía con la mano derecha y recogían la pasta con la izquierda. El tercero era el más cauto y el único de los tres que era zurdo. Lluvia se fijó en él y vio que había posibilidades. ¿Sería tan listo como para no morder el cebo?, porque ella podía ser una mojigata en su vida particular, pero ante todo era policía, y como poli haría lo que fuese necesario. Ella siempre decía que tenía un monstruo que le hacía cosquillas cuando pasaba algo gordo y lo que allí sucedía no le pasó

desapercibido. Porque el zurdo era el que llevaba la voz cantante de los tres y el único que había visto la cara del que le había dado la droga para venderla. Ese sería el primer paso.

Una mirada a su compañero y un movimiento de ojos bastó para que Alonso supiera qué iba a pasar.

Lo que iba a pasar es que Lluvia se iría a por el camello para engañarle. Le siguió hasta un reservado, se le echó por encima por la espalda y le sobó el paquete, invitándole al polvo de su vida en el baño de caballeros del local.

Y el pobre infeliz, pensando que había ligado la siguió hechizado por los ademanes seguros de la pelirroja, hasta que se dio cuenta de que su polla le había traicionado, y eso lo averiguó justo cuando Alonso entró detrás de ellos.

—Vaya, vaya, vaya...creo que vas un poco cargado esta noche —le dijo Lluvia mientras metía mano en su calzoncillo y sacaba nueve pollos de coca—. ¿Sabes qué significa esto, artista?

—¡Responde a la señora, mamón! —le espetó Alonso mientras le regalaba una colleja.

—No es mío, se lo juro.

—Esas excusas no te van a valer, pelele —le dijo Alonso

—Por esto solo te pueden caer de tres a siete años. —remató Lluvia.

—¿Qué quieren?

—Cómo sabía yo, Alonso, que este era el más listo de los tres.

—Vamos a hacer una cosa— asintió Alonso—. Nosotros nos vamos a olvidar de este incidente e incluso te vamos a devolver estos gramos, pero a cambio si yo necesitare cierta información...

—Entendido. Le llamo y le cuento.

—Lo que te dije, Alonso, a buen entendedor...Esta es mi tarjeta. —Y Lluvia se la metió en el bolsillo del pantalón. —Y si te enteras de algo del fulano que te pasa la mierda, me avisas. Y ahora puedes volver a trapichear.

Y el chaval salió de allí con cara de susto y una lección inolvidable: que no te debe traicionar la polla por una pelirroja linda con pinta de mojigata.

Y es que a Alonso la candidez de Lluvia le parecía entrañable. Al fin y al cabo, era una joven que no llegaba a los treinta con una familia muy conservadora y cristiana, pero como policía se transformaba, y aquella beata se podía convertir en un momento en una hidra sacada del infierno dispuesta a llevarse por delante a quien hiciera falta.

Cuando se la asignaron como compañera, lo hicieron porque no tenía experiencia, y él el culo pelado, y tenía que moldearla. Pero Lluvia, a pesar de su inocencia, había demostrado tener coraje y una inteligencia superior a la media, y se habían hecho inseparables como compañeros de fatiga. Ahora Alonso no quería ningún otro compañero que ella, pues se entendían sin palabras y podía afirmar que llegaría a ser una magnífica policía. Y él quería estar cerca cuando eso sucediera, pues sabría que, en parte, habría sido gracias a él.

Salieron a la calle y respiraron el aire fresco de la noche, al menos ahora tenían un hilo por dónde tirar.

CAPÍTULO XV

Asmodeo

La noche se había alargado más de la cuenta. Era tan tarde que ya podían decir que era demasiado temprano. Calibán salió medio vestido del cuarto y se encontró con Saura, que, estirada sobre un sofá, fumaba un cigarro. Se miraron y se sonrieron.

—¡Vaya! El bello durmiente despertó... —se burló Saura—. ¿Qué? ¿Lo has pasado bien?

—¿Y tú? ¿Qué brillo extraño adivino en tus preciosos ojos violetas?

—No me mires.

—Eh, eh... ¿qué has hecho esta noche, Saura?

—Follar.

—Eso estaba claro. La pregunta entonces es con quién.

—Anoche estuvieron aquí, con el pase que les distéis.

—Vaya...

—Él estaba guapísimo, hay que reconocerlo.

—¿Verían algo?

—Bueno, puede ser. Pero si sucediera algo me debe un favor. Le encanté, si pasa algo le pediré que se olvide de todo.

—¿Incluso de tu polvo?

—Incluso de eso.

—Pero a ti te gusta, Saura.

—Es un humano.

—¿Y?

—Pues eso, que no me pringo con humanos. Normalmente ninguno me sigue el juego en la cama, la suelen tener pequeñas, y ellos suelen ser muy torpes.

—¿Y este?

Saura sopesó la pregunta. No, no había sido un polvo para olvidar. Había sido un pedazo de polvo que la había hecho viajar a otra dimensión. No entendía por qué, pero aquel hombre la tenía absolutamente descolocada. Le había hecho vibrar, le había elevado a las nubes.

—Este será uno para olvidar.

—¿Tan penoso fue?

—Fue el mejor polvo que he tenido con un humano nunca. El mejor polvo en siglos. Esa es la verdad. Es un amante excepcional y a mí me gusta, pero precisamente por eso, no volverá a pasar. Y le haré que lo olvide.

—Saura...eres muy cabezota.

—Lo sé.

—Y un día tienes que empezar a buscar la felicidad.

—¿Con un humano? No, gracias. Los humanos son débiles y enfermizos. Enferman rápido y se mueren pronto. Y te dejan sola. No quiero un humano, quiero una criatura inmortal a mi lado. Uno

con quien al menos pueda pasar doscientos años de esta eternidad tediosa.

—Bueno, tú sabrás.

—¿Y Galatea?

—Dormida.

—La has dejado exhausta.

—Es humana. Hay que dejarles descansar.

—¿La has marcado?

—No, todavía no.

—¿Y se puede saber por qué no lo has hecho? —le dijo Saura muy enfadada.

—Pero, mujer, ¿qué quieres que hiciera? Que me transformara y le mostrara quién soy en realidad y luego le dijera: “querida, no te lo he dicho, pero soy un demonio, y los demonios cuando encontramos a nuestras parejas, las marcamos, mordiéndolas en el cuello para chupar un poco de su sangre, para mezclar ambas y convertirse así en uno solo. Tranquila, no te va a doler, solo será un pequeño mordisquito que te voy a dar con estos colmillos que me asoman por la boca. Después de esto me pertenecerás para siempre y nadie podrá tocarte sin quemarse y arder en llamas”. Oh sí, Saura, qué buena idea...

—Pero si no lo haces, Alouqua puede hacerle daño. Y te recuerdo que está deseando vengarse de ti por haberla abandonado.

—Pero tengo que prepararla...ella tiene que amarme completamente para transformarme. Ahora quiere mi parte humana... pero ¿qué pasará cuando sepa que soy un demonio? Me mirará como a un monstruo. Se asustará y huirá de mí, y no volveré a saber nada más de ella. No querrá volver a verme. Y yo no quiero que desaparezca de mi vida.

—¿Lo ves? Por eso no quiero yo saber nada de humanos.

—De momento vivirá conmigo en casa. Vendremos a trabajar y luego me la llevaré, no voy a dejarla ni a sol ni a sombra. La protegeré.

—No me parece a mí Galatea el tipo de mujer que se deja proteger por un macho las veinticuatro horas del día. Esa chica es muy independiente.

—Le diré que será algo excepcional, hasta que pase el peligro. Tendrá que acatarlo.

—Eso te pasa por enamorarte de una humana.

—Bueno, merece la pena.

—¿La merece?

—Solo por pasar una sola noche con ella habrá merecido la pena todo lo que ocurra.

—Vas a revolucionar el infierno. La vas a armar muy gorda. Ya verás cuando se enteren que Alouqua está fuera de allí. La niña bonita de Lilith.

—Me la suda. Que se maten entre ellos, a mí no me importa. Voy a ducharme —dijo levantándose— y a cambiarme de ropa, pero lo haré en el despacho, no quiero despertarla. Esta noche tiene que trabajar.

—Claro, y la has cansado mucho...seguro que no puede ni cerrar las piernas.

—Saura, súcubo del infierno, no seas malhablada.

Y diciendo esto, se levantó y se dirigió al despacho, dejando sola a Saura. Y por primera vez el miedo la atenazó. Sabía que se avecinaban tiempos convulsos y complicados. Tiempos en los cuales todo el averno despertaría para ir en sus buscas. Y además de las alas, iban a perder la cabeza.

Galatea se levantó con un fuerte dolor de cabeza que la taladró las sienas. Observó la habitación donde estaba y entonces lo recordó. Había pasado la noche con Calibán, y había sido una noche memorable. Vio, entonces que sobre la mesa donde la noche pasada había habido una botella de champán en una cubitera, ahora había un zumo de naranja con dos pastillas y una nota. La nota decía: “Tómate las pastillas para la resaca y bébete el zumo. Estoy en el despacho.”

Y a Galatea le pareció la nota menos romántica de la historia. Eso sí, era práctica. Así que obedeció y se tomó las pastillas y el vaso de zumo de naranja, y después pensó en la ropa. Su vestido de seda estaba destrozado, no podría ponérselo, pero entonces vio que sobre una silla le habían dejado una camiseta, ropa interior, un vaquero y unas deportivas. Y fue al baño a ducharse y se vistió. Estaba atándose la segunda playera, cuando él entró. Aún tenía el pelo mojado y olía a madera de sándalo más que nunca.

—Deja, yo lo haré.

Y a Galatea aquel gesto le enamoró aún más. Le vio cómo se arrodillaba ante ella, y mirándola con el líquido dorado de sus ojos, se la ató.

—Gracias —le dijo ella.

—Me pasaría la vida, arrodillado ante ti, adorándote, rezándote, pidiéndote por mi pobre persona.

Y a Galatea esas palabras la emocionaron. Nadie le había dicho nada como aquello.

—Bueno, no hace falta, levanta, anda.

Y Calibán se levantó y la besó en los labios. El aliento de él casi quemaba su lengua, era un aliento cálido con sabor a eneldo que buscó dentro de su boca como enaltecer sus sentidos. Un aliento salvaje que empujaba su lengua dentro de la oscuridad de su boca, buscando pájaros de colores y sirenas de plata. Y la besó como si fuera la primera vez que lo hacía y nunca lo hubiera hecho. A Galatea comenzaron a fallarle las piernas. Le parecía imposible cómo con un beso, le podía nublar los sentidos de aquella manera.

—Tengo que decirte una cosa —le dijo él enseriando.

—Uy, no sé por qué no me va a gustar.

—Tengo que hablar con Verónica sobre los nuevos términos de nuestra relación. Me ha llamado y llorando me ha dicho que anoche vio cómo me iba con otra mujer a mi habitación. Sabía, no sé cómo que eras tú. Le he dicho que te quería y que ibas a convertirte en mi pareja. Y se ha puesto como una loca. Voy a tomar algo con ella para explicárselo. Es una buena cliente y no quiero terminar mal con ella. Quiero empezar lo nuestro bien, sin mentiras y sin esconder nada. Por eso te lo estoy contando.

—No me gusta, pero lo entiendo.

—Será solo un rato, mientras le he pedido a Saura que te lleve a mi casa. Hasta que sepamos algo más de esos tipos que te buscaban, no quiero que vayas a tu apartamento.

—Perfecto.

—Gala, quiero que sepas que lo de anoche para mí fue especial. Nunca me había sentido tan bien con nadie.

—Para mí también lo fue.

—Te quiero, Gala.

Y a Galatea los ojos se le llenaron de lágrimas que amenazaban con salir rodando.

—No tienes por qué decirlo por obligación.

—Lo digo porque lo siento realmente, porque es así, y porque quiero decírtelo.

Y Galatea se quedó paralizada, sin poder decírselo ella a él. Le miró, en estado de shock y él se levantó para irse.

—Antes de que te des cuenta estaré contigo en casa. No quiero que te preocupes porque hable con ella. Ella no es nadie para mí.

—Lo sé.

—Luego nos vemos. En casa.

—Hasta luego, entonces.

Y Calibán salió de la habitación, dejándola sumida en un mar de dudas. No le gustaba en absoluto que se fuera con Verónica, pero lo entendía perfectamente. Al fin y al cabo, en algún momento ella también tendría que hablar con Belial. Pero aquella asquerosa no le daba ninguna confianza, sabía porque lo había visto de qué pasta estaba hecha, de qué era capaz. Y decidió confiar, terminar de arreglarse y salir al encuentro de Saura, que la estaba esperando para llevarla a casa.

Cuando salió, Saura estaba preparada para llevarla a casa, y entonces aparecieron, entrando en el local. Eran tres tipos que a Saura le dieron muy mala espina, uno delante flanqueado por otros dos. Hasta que reconoció al que iba delante de ellos. Asmodeo. Uno de los príncipes del infierno, la serpiente que sedujo a Eva, superintendente de las casas de juego, el que siempre siembra el error y la disipación. Y sí, si hubieran estado en el averno, hubiera tenido que haberse arrodillado ante él, pero no lo estaban. Estaban en la tierra, en su casa, y ella ya no se arrodillaba ante nadie.

Le pareció que su forma humana que había escogido no era gran cosa, un rostro amable, vestido de Hugo Boss, desprendiendo un aroma a azufre y miel. Bien peinado, sonriendo como una maldita hiena. No podía disimular ni siquiera en humano, lo que era. Se paró frente a ella, y le sonrió ladino. Los otros dos eran humanos. Peligrosos, pero humanos.

—Saura, cuánto tiempo.

—Asmodeo. Mucho.

—Estás bellísima, como siempre.

—No puedo decir lo mismo de ti. ¿Acabas de llegar?

—Voy y vengo, tengo asuntos allí y aquí.

—Pues Calibán no está si es a él al que buscas, y nosotras nos íbamos. El local está cerrado. ¿Te damos los horarios?

—Qué ovarios tienes...siempre los has tenido. Verás, muñeca, no venimos a buscar a Calibán, si no a esta preciosidad —dijo refiriéndose a Galatea.

—Yo no le conozco de nada —dijo la aludida.

—No, no nos conocemos —dijo alargándole la mano—. Soy Asmodeo.

—No le toques —le pidió Saura.

—Oh, Saura, eso es de mala educación —le contestó Asmodeo—. Bien, no pasa nada, no nos demos las manos. Lo único que necesito es que nos acompañes. Tenemos algo que aclarar.

—Yo no tengo nada que aclarar con nadie —dijo Galatea.

—Sí, querida, en realidad sí. Han desaparecido unos hombres de mi señora, muertos; y ella quiere hablar contigo para que le expliques qué ha pasado con ellos. Solo quiere hablar, y cuando hayáis tenido vuestra conversación, podrás marcharte.

—Yo no voy contigo a ninguna parte.

Y Asmodeo rompió a reír. A Galatea aquella risa le hacía estremecerse de miedo. Cuando se calmó, miró a Saura con odio infinito.

—Se acabó, Saura. No te conviene enfrentarte a mí, sabes que soy más fuerte y poderoso. No en vano yo fui uno de tus maestros. Y ella, en fin, es ella. Así que vendréis por las buenas o por las malas, vosotras elegís.

—No puedo permitirlo sin luchar.

—Saura, hagámoslo por las buenas, os venís con nosotros, y mientras ella habla con Alouqua, tú me la chupas un ratito. Echo de menos tus prodigiosas mamadas. Siempre fuiste una puta muy bien mandada.

Y Saura sintió un enorme asco y empezó a elucubrar cómo podrían salir de esa. Pero de momento sabía que lo mejor era seguirle el juego.

—De acuerdo, vayamos, y cuando termine de hablar con ella, nos marchamos.

—Sí, claro, claro, claro, lo que tú digas...Vamos, en marcha. Ya veo que te mueres por chupármela. Eso está bien, así lo disfrutarás tú también.

Galatea salió, temblando de miedo, flanqueada por los dos humanos que le cogieron de ambos brazos, y después Saura, seguida de Asmodeo. Salieron a la calle y Asmodeo le agarró el brazo a Saura, sonriendo como la serpiente que era.

—Finjamos ser amigos, buenos amigos —le dijo.

Y cruzaron la carretera, dirigiéndose a un Cadillac One, un coche de camuflaje con los cristales tintados, que tenían aparcado en un callejón poco transitado. Cuando Galatea comprendió que quizá no volvería a ver a Calibán, pues aquello le daba muy mala espina, comenzó a hiperventilar, dándole como una especie de ataque de ansiedad. Los hombres no le hicieron caso, y ya estaban casi llegando al coche, cuando sin saber por qué, ella misma provocó llenarse de llamas. Su cuerpo se encendió como si le hubieran tirado un litro de gasolina y estuviera quemándose a lo bonzo, pero a ella no le dolía. Estaba envuelta en llamas de la cabeza a los pies, y aquellas llamas traspasaron a los dos hombres que comenzaron a arder, y a quemarse entre agónicos gritos de dolor. Pero ella seguía sin sentir nada. Se observó arder, y Saura y Asmodeo se quedaron de piedra mirándola sin poderse creer lo que sus ojos estaban viendo. Ese hecho lo aprovechó Saura para golpear a Asmodeo y lanzarlo contra una columna de piedra, y después agarró a Galatea aún en llamas y con ella en brazos orbitó hasta la habitación de Calibán, en su casa.

Pero esta escena también la había presenciado Lluvia, que cuando vio que esos indeseables se llevaban a las dos mujeres hacia el callejón, cargó su arma reglamentaria y salió del coche para dirigirse a su rescate. Y así, de pie, vio la escena sin comprender por qué Galatea estaba en llamas y quemaba a dos hombres, y de pronto cuando cogió su móvil para llamar a una ambulancia, volvió a mirar y ya no estaban ellas. Solo los dos quemándose y aquel tipo repeinado que le daba tan mala espina. Y justo cuando marcó el número de la ambulancia y volvió a mirar, el hombre había desaparecido. Y se quedó allí de pie, mirando, con el arma en la mano y sin comprender.

Y allí, mirándola a ella, agazapado en las sombras, estaba Belial, que también lo había presenciado todo, así por casualidad, por seguirla a ella.

Cuando llegaron a la mansión de Calibán, Galatea seguía ardiendo aún, y se miraba sin comprender.

—¿Por qué estás ardiendo?

—No lo sé —dijo Galatea— pero yo no siento nada...

—Galatea, mírame a los ojos —y Galatea la miró—. Ya no estamos en peligro, mira, estamos en la habitación de Calibán. Ya no nos persiguen, puedes apagarte.

—No sé cómo hacerlo.

—Tranquilízate y respira. Cierra los ojos y respira, cálmate...

Y entonces, cuando Galatea comenzó a respirar, a calmarse, las llamas desaparecieron y volvió a ser la de siempre. Galatea miró a Saura, que seguía respirando, tranquilizándose y Saura la hizo sentarse en un sillón que tenía Calibán en la habitación.

—¿Qué ha sido eso? —le preguntó Saura.

—No lo sé... —exclamó Galatea.

—Bien, creo que deberíamos descansar un rato y esperar a que vuelva Calibán. Tenemos que hablar largo y tendido. Ahora, échate, estás en shock.

Y Saura ayudó a Galatea a quitarse la ropa y la acostó en la cama de Calibán como si fuera una niña pequeña, y después cerró las cortinas, y salió de la habitación, dejando que descansara.

Cuando bajaba por las escaleras de la mansión, Calibán entraba por la puerta. Miró a Saura, despeinada y nerviosa, y se acercó a ella.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Calibán.

—Nos asaltaron en *El Purgatorio* cuando nos disponíamos a salir. Eran dos humanos y Asmodeo.

—¿Asmodeo? ¿Qué pasa? ¿Todas las ratas están saliendo del infierno?

—Está con Alouqua, en parte es lógico, el juego siempre le gustó.

—¿Cómo os librasteis?

—Esa es la mejor parte. Nos llevaban hasta un coche blindado. Galatea iba agarrada por los dos humanos de ambos brazos, y a mí me llevaba Asmodeo. Y entonces Galatea empezó a sentir como si le faltara el aire, como una especie de ataque de ansiedad, y empezó a hiperventilar...y ¡bum! se convirtió en una enorme bola de fuego. Así, de repente. Ella ardía, pero no le quemaba y abrasó a los dos humanos. Yo empujé con una patada a Asmodeo y la cogí para orbitar hasta aquí.

Calibán le miraba a Saura como si le estuviese contando una película de ciencia ficción, no se lo podía creer.

—¿Cómo? ¿Me estás diciendo que Galatea ardió en llamas? ¿Así, de repente?

—No solo eso, te estoy diciendo que ardió sin quemarse, como nosotros podemos hacer. Se convirtió en una puta bola de fuego que acabó con la vida de los dos incautos. Y ella no sintió nada.

—¿Estás segura de que está bien?

—Está en shock. Y ahora mismo es mejor dejarla descansar. Y sí, está bien. Pero lo que me preocupa es que la estén persiguiendo. ¿Qué coño quieren de ella?

—No solo eso... ¿quién es ella para arder de esa manera que solo nosotros podemos hacer?

—¿Quién es Galatea?

—Tenemos que hablar con alguien. Alguien tiene que saber quién es ella.

—¿Y quién puede saberlo?

—Shamsiel sin duda, pero ese ángel del demonio no aparecerá si no quiere, y no hay manera de ir a buscarlo...habrá que hablar con Belial. Llámalo, habla con él, invítale a venir para acá, dile

que se trata de Galatea. Mientras voy a subir para ver cómo está. Y Saura...

—¿Qué?

—Gracias.

—Ya sabes que siempre estoy de tu lado.

Y diciendo esto Calibán se dirigió a su habitación, mientras Saura cogía el teléfono móvil y llamaba a Belial. Y justo cuando le estaba llamando, llamaron al timbre de la puerta, y Saura, que estaba justo ahí, abrió. Era Belial, que sin ser invitado pasó, arrasando.

—Sí, sí, sí...ya sé que me ibas a llamar, y sé por qué, reina. Yo también lo he visto todo.

—Pasa, pasa... —dijo irónicamente— y después le acompañó a una salita pequeña que Calibán tenía para recibir visitas y que daba justo al jardín por una puerta. Era un sitito coqueto que Belial se quedó mirando, aún conmocionado.

Los dos permanecían en silencio, sin saber qué decir, cuando apareció Calibán y saludó a Belial.

—¿Qué rapidez, gracias Belial!

—Lo he presenciado todo.

—¿Lo has visto? —preguntó Calibán—. Entonces ya sabes por qué te hemos llamado. Estamos algo consternados, no entendemos cómo ha sido posible.

—Ni yo. No encuentro explicación.

—¿Galatea sigue dormida? —preguntó Saura

—Sí, se ha quedado como catatónica.

—No me extraña, —dijo Belial— ¿tú sabes el nivel de energía que se necesita para conseguir arder, siendo humana? No me extrañaría en absoluto que no despertara en horas.

—A no ser que no sea humana —dijo Calibán.

—¿Y qué va a ser? ¿Una sirena? —preguntó Belial. —Necesito una copa.

—Saura, ve al mueble bar del salón y trae tres Jack Daniels de siete años con una piedra de hielo en vaso ancho, anda.

Y Saura fue. Calibán miraba a Belial, nunca le había visto así. Ellos estaban acostumbrados a ver de todo, pero suponía que el hecho de ver cómo Galatea ardía, nunca lo hubiera esperado.

—Creí que se moriría. —dijo de pronto Belial—. Y sentí una rabia que nunca había sentido por el dolor o la pérdida de otra persona. Yo siempre he sido un egoísta, un ególatra preocupado solo por mis propios asuntos. Es la primera vez que este sentimiento me embarga. Quiero a esa chica... No la amo, pero me gusta y la quiero.

Y Belial se echó a llorar. Calibán estaba emocionado, mirándole, sin podersele creer.

—Supongo que contemplarlo y creer que iba a morir era más que lo que podías soportar.

—Siento habértela quitado. Ella es tan estupenda, me ha devuelto la compasión.

—Bueno, vamos a olvidarnos de eso ya...

—Pero todavía no la has marcado.

—No, todavía no. Está costándome un poco. Lo de transformarme delante de ella, aún no lo veo.

Y entonces llegó Saura con las copas y se las dio, quedándose ella con una. Y se sentó en una silla junto a ellos. Los tres pensaban en silencio, poniendo su cabeza a pensar.

—¿Qué es Galatea? —preguntó Belial.

—¿Y si no es humana? —dijo de pronto Saura—. ¿Y si la han criado como si lo fuera, pero no lo es?

—¿Y qué podría ser? —dijo Calibán—. Si fuera como nosotros no tendría la edad que tiene, tendría más. Y se hubiera dado cuenta, alguna vez se hubiera transformado.

Y allí siguieron pensando, pasando las horas sin entender cómo había sido posible que Galatea ardiera en llamas de pronto, sin quemarse.

CAPÍTULO XVI

La decisión de Calibán

Habían pasado horas desde que llegaron a la casa cuando Galatea despertó. Apareció por la escalera, vestida con los vaqueros y la camiseta de por la mañana. Los tres la recibieron con alegría, pero fue Calibán quien salió a su encuentro y la besó. Y Galatea, como siempre que él la besaba la transportó a otro universo.

Después siguieron bajando y saludó a Belial. Se sintió de pronto violenta entre los dos hombres, pero Belial, como el caballero que era, se acercó a ella y le besó la palma de la mano.

—Hola, Galatea, estás preciosa.

—Gracias, Belial, quería haber hablado contigo para explicarte...

—No hay nada que explicar —le interrumpió este—. No te preocupes, todo está bien. Quiero que seamos amigos. Por primera vez en mi vida, quiero que una humana sea mi amiga. Tú me importas, Galatea. Y soy muy feliz de que estés en mi vida como amiga, aunque compartas la tuya con Calibán.

—Gracias por tu comprensión.

Y Galatea le abrazó, dándole un beso en la mejilla, que a Belial le encantó. Calibán le observaba con cara de pocos amigos, pero cuando vio el azoramiento del demonio, no pudo por menos que sonreír.

—¿Quieres comer algo? —le preguntó Calibán—. Hice antes un risotto con champiñones. ¿Te apetece? Aún estará caliente.

—Oh, sí, gracias. Estoy hambrienta. ¿Me acompañaréis?

—Son las seis de la tarde, nosotros ya hemos comido.

—¿Las seis? ¿Tanto he dormido? Pero si en un rato hay que ir a trabajar.

—No te preocupes, hoy no vamos a ir tú y yo. Irá Saura y se encargará ella de todo.

—Pero es sábado, es una noche complicada...

—No te preocupes —dijo Saura— todo está bajo control.

—Vamos, te acompaño para que comas, Belial y Saura nos esperarán en el jardín tomando una copa, luego tenemos que hablar los cuatro.

Y Galatea le acompañó. Tenía mucha hambre, y el risotto le apeteecía.

Cuando terminó de comer Galatea, ella y Calibán se dirigieron al jardín donde Saura y Belial les estaban esperando, tomando una copa. Ellos se sentaron también, a su lado. Galatea sentía el sol que ya a esa altura de la primavera, comenzaba a calentar y suspiró. Estaba realmente agotada.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó Saura.

—Mucho mejor. Aunque todavía estoy cansada.

—¿Tienes una ligera idea de por qué ardiste en el callejón? —le preguntó Calibán.

—No...bueno, no sé cómo sucede. Ni por qué. Solo sé que me ha pasado algunas veces.

—¿Te había pasado antes? —preguntó entonces Belial.

—Sí, soy un bicho raro...ahora es cuando os apartaréis de mí por miedo...por eso siempre he sido una chica solitaria. Tenía miedo de que descubrieran mi secreto y me relacionaba poco. Ahora hacía ya como quince años que no me pasaba, había tenido incluso la esperanza de que no volvería a pasarme...Pero está claro que no ha sido así.

—A ver si nos aclaramos —dijo Calibán—. Esto te ha pasado más veces, pero no lo controlas. Sale solo, por así decirlo.

—Sí —contestó Galatea.

—¿Y cuándo más te ha pasado? —preguntó Saura

—La primera vez tenía diez años. En el colegio siempre fui un bicho raro. Era lista, me preocupaban cosas que a los otros niños no, como el arte, y eso me hacía poco popular. Y además era tímida. Una tarde unos niños comenzaron a seguirme, de camino a mi casa, y a insultarme, se reían de mí. Y entonces me llamaron “cuatro ojos”. Yo me di la vuelta con una rabia que fue creciendo y creciendo y entonces pasó, me convertí en una bola de fuego. Los niños salieron asustados corriendo, y desaparecieron. Yo me quedé allí quemándome, sin que me doliera un buen rato, pero debí desmayarme. Cuando desperté, diez horas después, lo hice en mi cama. Mi madre estaba a mi lado, y me dijo que me olvidara de lo que me había pasado, que no me preocupara por ello, y que no se lo contara a nadie. Yo le dije que los niños me habían visto. Y me contestó que no me preocupara. Los niños lo debieron contar, pero nadie les creyó, lo achacaron a la fantasía infantil. Esos niños no volvieron a meterse conmigo nunca más. La segunda tenía yo quince años, tuve una discusión con mis abuelos, porque yo quería salir con unas amigas y ellos no me dejaban. Me mandaron a la cama y entonces, con aquella rabia volvió a pasarme. Me puse nerviosa, prendí fuego a los muebles y la casa comenzó a arder. Menos mal que los vecinos llamaron enseguida a los bomberos y la casa se pudo salvar. No le pasó nada a nadie, pero a mí comenzó a darme mucho miedo aquello. Y entonces hablé con mi madre, le pedí que me llevara a alguna parte para que me pudieran ayudar a entender lo que me pasaba, pero ella se negó en rotundo. Me dijo que aquello no debía saberlo nadie. Que no me preocupara y que me quedara en silencio. Hubo una tercera un par de años después. Unos chicos quisieron abusar de mí y entré en shock, y ellos salieron ardiendo. Nunca dijeron nada a nadie, porque les amenacé con quemarles vivos si lo hacían. Además, hubieran tenido que dar muchas explicaciones y tarde o temprano hubiera salido lo del intento de violación. Se quedó así. Esta ha sido la cuarta.

—¿Y tu madre no te explicó a qué se debía? —preguntó Saura—. Ella parece saberlo.

—No, nunca quiso hablar de ello.

—Entonces, resumiendo, te pasa cuando sientes rabia o miedo. —dijo Calibán.

—Y no es algo que puedas controlar, simplemente pasa. —dijo Belial.

Y Galatea se echó a llorar. Calibán la abrazó, consolándola.

—No llores —le dijo Saura— encontraremos una salida, no te preocupes, no pasa nada...

—Ahora es cuando desaparecéis de mi vida como me ha pasado siempre que alguien ha descubierto mi secreto. —dijo ella llorando.

—No vamos a desaparecer de tu vida —dijo Belial—. No vas a librarte de ninguno de nosotros tan fácilmente.

—Escúchame —le pidió Calibán mirándole a los ojos—. Te juro que averiguaré por qué te pasa eso, pero sea por lo que sea, yo nunca voy a apartarme de ti. ¿Lo has entendido? No voy a alejarme de ti nunca, pase lo que pase.

—¿Y si descubro que soy una especie de monstruo extraño?

—Entonces serás el monstruo más sexi y especial del planeta —dijo Calibán— y yo tendré la inmensa suerte de haberme tropezado contigo.

—Eso lo dices ahora porque no sabes lo que soy. ¿Y si descubrimos que soy un monstruo?

—No me importa lo que seas, me da igual. Eres Galatea, la chica más preciosa que he visto en mi vida, la que yo amo, y junto a la que quiero permanecer por siempre. Esto quedará entre nosotros, no saldrá de aquí.

—Hay alguien más que lo vio. —dijo Belial.

—¿Quién? —preguntó Saura.

—La inspectora pelirroja. —contestó Belial—. Lluvia.

—Oh, no, lo que nos faltaba —exclamó Saura.

—Pero tiene la mente muy maleable —dijo Belial— yo me encargaré de ella, ya sabéis...

Y no dijo más, pero tanto Saura como Calibán supieron a qué se refería, iba a intervenir su mente, convencerla de que nunca lo había visto.

—Está bien —dijo Calibán.

Galatea se secó las lágrimas y se recostó sobre el hombro de Calibán.

Saura y Belial se levantaron.

—Yo voy al local —dijo Saura—. Se hace tarde.

—Yo me voy también. ¿Te llevo, Saura? —preguntó Belial

—Sí, por favor.

Y entonces Galatea cayó en la cuenta de que no sabía cómo habían llegado hasta la mansión y se quedó mirando a Saura.

—¿Cómo vinimos? —preguntó

Los tres la miraron en silencio y fue Calibán el que habló.

—Ahora te lo explico yo. Id si queréis. Yo me encargo.

—Haz lo que tienes que hacer —le dijo Saura.

Y Calibán supo al momento que Saura se refería a marcarla.

—Marcharos ya.

Y tanto Belial como Saura, desaparecieron.

Asmodeo pidió audiencia con la reina de los vampiros, con Alouqua, mitad demonio, mitad humana, una de las primeras. La más bella y fría de los demonios. Y ella se la concedió.

Y allí se la encontró, sentado en su trono de plata, con el cuerpo inerte de un muchacho a sus pies al que había chupado la sangre por completo. Aún tenía sangre en los labios rojos, y una gota de ella se escapaba por su cuello hacia su escote. Llevaba un vestido gris brillante y su pelo rojo se desparramaba en suaves ondas por su cuerpo. Con la piel tan blanca como el papel y aquellos ojos azules tan intensos, era una belleza difícil de olvidar. Pero incluso a Asmodeo, aquella mujer le hacía temblar de miedo.

Alouqua le miró fijamente, adivinando que era portador de malas noticias.

—¿Dónde está la humana?

—No la he traído. No ha sido posible.

—¿Y puede saberse por qué?

—Porque estaba con Saura y...

—¿Y me estás diciendo que dos de mis hombres y un príncipe infernal no han podido con una simple súcubo y una mortal?

—Señora, esa joven no es mortal, creo que no lo es.

—¿Cómo?

—Verá, señora... Cuando la íbamos a montar en el coche para traérsela ante su presencia, ardió sin más, se hizo una bola de fuego y comenzó a arder sin quemarse, como lo hacemos nosotros. No sé lo que es, no estoy seguro, pero me atrevería a decir que humana no es.

Alouqua se levantó de su trono con una gracia infinita, y como si se tratase de una modelo de alta costura, se dirigió hacia él con elegancia. Cuando estaba a su altura, le miró a los ojos, muy fijamente, y después posó sus labios sobre el lóbulo de la oreja, lo que a Asmodeo le produjo un infinito temor.

—¿Me estás diciendo que la humana ardió como una tea de feria?

—Sí, señora, y los dos humanos ardieron, se quemaron por completo.

—¿Y huyeron?

—Sí.

Asmodeo tragó saliva, aquello no iba por buenos derroteros.

—Quiero que me la traigas, ¿lo has entendido? La quiero aquí, en esta sala, viva, y quiero que averigües quién es esa zorra.

Y diciendo esto, Alouqua volvió a mirarle a la cara, con un semblante de mármol en su cara y un profundo odio que le nacía de las entrañas.

—Será un placer, señora.

—Y Asmodeo...

—¿Sí, señora?

—Si vuelves a fallar, te convertiré en un cerbero, y te tendré atado con cadenas para que lamas mis pies por toda la eternidad.

—Sí, señora. No volveré a fallar.

—Así lo espero. ¡Y ahora, fuera! ¡Solo ver tu cara de fracasado me descompon!

Y Asmodeo salió de allí, como alma que lleva el diablo.

Lluvia estaba en comisaría, intentando tranquilizarse, con una tila doble entre sus manos. Alonso la miraba preocupado. El relato que le había hecho de lo que había pasado no encajaba, no lograba entenderlo.

—Esto no puedes contárselo a nadie —le dijo él muy serio. —Si lo haces, te enviarán al psicólogo, y no te dejarán ejercer. Nadie va a creerte.

—Pero tú sí me crees, ¿verdad?

Y Alonso sopesó la pregunta, mirándola a los ojos. No sabía por qué, pero aquella historia tan rocambolesca, salida de una serie de HBO, le producía un rechazo tremendo, pero a la vez la creía, porque Lluvia Jiménez siempre había sido una chica inteligente y pragmática a la que creía conocer demasiado bien y no la veía ni loca, ni enajenada ni fuera de sus cabales. La miró a los ojos azules con aquellas enormes pestañas pelirrojas y le sonrió.

—Sí, te creo. Pero tenemos que averiguar qué coño son todos ellos y cómo puñetas puede arder una persona sin quemarse. Lluvia, es muy importante que no le hables a nadie de esto.

—Sí, claro, por eso te lo he contado a ti. Eras al único que podía decírselo.

—Y dos fiambres más...

—¿Quiénes eran?

—Dos exconvictos con más historial delictivo que pelos en la cabeza. Escoria, es lo que les está salvando de que los de arriba no hayan metido mano ya. Que todos eran escoria.

—¿Y el juez ha dado la orden?

—Estamos esperando a que se pronuncie. Pero estoy seguro de que con estos dos cadáveres más, accederá a la redada. Y en cuanto acceda, entramos. Esperaremos a que sea viernes o sábado, que parecen noches más movidas. Tenemos que llegar hasta el origen de la droga. A los principales autores.

—Esto se está complicando, Alonso...

—Tranquila, todo se resolverá. ¿Te encuentras mejor?

—Un poco.

—Bien, porque tenemos mucho trabajo por delante, y yo solo no puedo.

—Puedes contar conmigo.

Galatea descansaba en la cama, pues cuando se habían ido Belial y Saura, había vuelto a quedarse dormida, y la dejó descansar. Estaba en el despacho de su casa, trabajando en unos papeles, cuando sintió la vibración. Una sutil interferencia que solo él podía notar, como si el aire se hubiera espesado, y el tiempo volvió a pararse, quedándose todo suspendido. Y entonces apareció en su neblina blanca. Shamsiel. El ángel de la luz. El príncipe de los cielos, el enviado de Dios.

Llevaba una barba de cuatro días que le quedaba genial y un traje blanco, impoluto, con su larga melena rubia ondulada, y soportaba en sus manos aquel bastón con cabeza de caballo blanco. Se miraron a los ojos.

—¿Qué quieres, Shamsiel? ¿Por qué paras el tiempo?

—Tenemos que hablar tú y yo, y no quiero interrupciones de Galatea. Ya es hora de que nos sinceremos.

—Pues ya era hora...

—No os puedo dejar solos ni un segundo. En cuanto me doy la vuelta para ocuparme de otros asuntos, la armáis de verdad. Lleváis diez muertos entre los cuatro...

—Bueno, los de Saura, Galatea y yo, fueron en defensa propia. Los de Belial ya son otro cantar. Y, además, eran calaña.

—¿Y qué que fueran calaña, acaso no se hubieran podido arrepentir en el último momento?

—Los dos sabemos que no...

Y permanecieron en silencio un rato. Shamsiel estaba realmente preocupado.

—Esto no pinta bien. Alouqua y Asmodeo han salido de los infiernos, y ahora se pasean por aquí como Pedro por su casa, pretendiendo hacer negocios ilícitos. Y todos conocemos a esa perra infernal y de lo que es capaz de hacer. Vosotros jugando a los papás y a las mamás, metiéndooos en líos continuamente, y ya para rematar esos dos inspectores de policía metiendo sus narices en cosas de otra dimensión.

—Y la culpa será nuestra, claro.

—¡Pues claro que es vuestra! ¡No podemos mezclarnos con las cosas de los humanos, no podemos cambiar su destino!

—Shamsiel, todo se ha precipitado de una manera que nadie esperaba.

—Te dije que no la tocaras.

—Y yo que sentía algo por ella y que no lo iba a poder evitar.

—¡La has pervertido!

—¡Eso lo hizo Belial! ¡Yo solo la he amado!

—¿Amor? —dijo el ángel irónico—. ¿Vas a hablarme de amor tú?

—¡Sí, yo! ¡Voy a hablarte de amor! Porque la quiero, Shamsiel, la quiero como nunca he querido a nadie. La siento mía, mi otra mitad.

—Te dije que no podías mezclarte con ella a nivel sexual...y no me has hecho caso.

—Nunca he sido obediente.

—Esto me va a costar muy caro...

—Pues te jodes. Entre otras cosas porque cuando hablamos en mi despacho del local, no me mencionaste quién era ella. Me dijiste que era humana, y no lo es.

—Lo es...bueno, por lo menos una mitad.

—¿Cómo?

—Es medio humana.

—Y la otra media parte, ¿qué es?

—En aquel momento no tenías por qué saberlo. Y ahora tampoco. Si no hubiera sido porque ardió como una cerilla no te lo contaría.

—¿Quién es Galatea?

—Es mitad humana, mitad demonio. Su madre, humana, se enamoró de un demonio y la tuvo a ella. El demonio se metió donde no le llamaban y la sedujo. Decía que se había enamorado de ella y que la quería para él. No le dejaron en el infierno. Le obligaron a dejar a la mujer embarazada de Galatea y le obligaron a no volverlas a ver nunca. Y él acató la orden. Solo volvió una vez, en el nacimiento de la niña, donde le contó a Fe, su madre, quién era y por qué debía marcharse. Le dijo que no se lo contara a nadie, que esperaba que la niña no desarrollase poderes. Pero que si lo hacía lo ocultasen de los humanos, para protegerla, pues incluso podrían haber experimentado con ella. Y no volvió nunca más. Entró en los infiernos y allí se quedó.

—¿Y quién es su padre?

—Dantalion, el sabio.

—¡Pero Dantalion es un príncipe! Podría haberse negado a acatar las órdenes.

—Supongo que prefirió no hacerlo.

Y Calibán se levantó de la silla, consternado, y se dirigió a la ventana, perdiéndose en el jardín, pensando en lo que era su vida antes de que apareciese Galatea. Su vida era cómoda, aburrida, anodina, pero sin complicaciones. Y ahora, sin embargo, parecía montado en una montaña rusa que no sabía a dónde le dirigía. Y se había enamorado de un medio súcubo cuando creía que lo había hecho de una humana. De un medio súcubo que no sabía que lo era. Y tendría que ser él quien se lo dijera.

—Alouqua la está buscando. La quiere para ella. —dijo de pronto Calibán.

—No puede encontrarla. La esclavizará.

—Lo sé.

—¿Pero se puede saber por qué la quiere esa vampira?

—Para hacerme daño. Para vengarse.

—¿Qué la hiciste?

—¿Por qué se supone que tuve que hacerla algo yo?
—¿Y por qué si no querría vengarse?
—¡Porque la abandoné! ¡Porque la dejé y me fui a la guerra!
—Oh, por favor, Calibán... ¿a cuántas mujeres has seducido y abandonado?
—A tantas como tú no cataste.
—No puede hacerse con ella. Tengo una misión con Galatea, no puede cruzar el umbral, o me expedientarán y me tendrán fregando suelos por toda la eternidad.
—¿Qué misión?
—No puedo hablar de ello, ya lo sabes...
—Ya has hablado más de la cuenta.
—Tengo que hacer que permanezca en el buen lado, para ello no puede mezclarse con demonios. Su parte humana debe prevalecer. Si Alouqua se hace con ella, la esclavizará y la convertirá en una súcubo despiadada y cruel como es ella. Tienes que ayudarme, Calibán.
—No voy a permitir que Alouqua se la lleve con ella. Pero no lo haré por ti, lo haré por mí. Lo haré porque la quiero a mi lado.
—¿Tienes pensado algo?
—Voy a marcarla, voy a hacerla mía.
—¿Pero qué parte de no puede mezclarse con demonios no has entendido?!
—¿Tú quieres que no la pervierta Alouqua, sí o no?
—No, no quiero que Alouqua la pervierta.
—Pues entonces no queda más remedio. Debo reclamarla como mi pareja de sangre. Tengo que reclamarla como mía, así no podrá llegar a ella.
—Tiene que haber otra manera...
—¡Me importa una mierda las otras maneras! Voy a hacerla mía porque la amo.
—¿Y qué crees que pasará cuando te vea en tu forma demoníaca? ¿Crees que se quedará allí mirándote mientras te salen los cuernos de macho cabrío y cola de demonio, y tu piel se cubre con los tatuajes? ¿Crees que te mirará con profundo amor mientras ve lo que eres en realidad, lo que le has estado ocultando todo este tiempo? ¿Qué crees que hará Galatea cuando vea que en realidad eres un monstruo?
—Tengo que arriesgarme.
—Y entonces le dirás lo que es ella...
—Se lo diré, tiene derecho a saberlo.
—Muy bien. Cuando huya de tu lado, cuando salga corriendo recogeré sus pedazos y la esconderé yo. Los tuyos a ver quién es capaz de recogerlos.
Y diciendo esto se levantó de la silla, y puso el tiempo en marcha.
—Los míos los recogeré yo, si es que puedo.
—Tú sabrás lo que haces. En fin, si sale mal, pensaremos otra cosa, cualquiera menos que Alouqua se haga con ella. Si sale mal, volveré y pensaremos qué hacer. Porque como se enteren arriba de lo mal que está saliendo todo, me la voy a cargar. Me voy. Tengo asuntos de los que ocuparme.
—Perfecto.
—Que el amor guíe tus pasos.
—Es lo único que me retiene aquí.

Y diciendo esto, Shamsiel desapareció en la neblina blanca, llevándose con él toda la paz que Calibán había conseguido almacenar entre sus manos.

CAPÍTULO XVII

Saura y Alonso

El lunes por la mañana, y con dos días libres por delante, Saura decidió que era un día precioso para pasear y tomarse un buen desayuno en una terraza. Adoraba algunos pequeños placeres humanos, como comer unas buenas tostadas con jamón y tomate y beber café con leche. También le encantaba procrastinar, aunque últimamente los acontecimientos se habían precipitado de una manera que no había podido hacerlo mucho. Desde que había aparecido Galatea.

Se sentó en una terraza, vestida con un lindo vestido de primavera del color de sus ojos, con unas sencillas sandalias del mismo color y el pelo recogido en un moño. Parecía una linda humana desayunando, ajena a todo, disfrutando del sol en la cara.

Fue entonces, cuando estaba dirigiendo su cara hacia el sol, cuando la vio Alonso, que aquella mañana la había dedicado para ir al banco y hacer unos recados. La observó desde la otra acera, y nada más con verla así, tan sencilla, con aquel vestido de algodón pegado a su cuerpo y sus lindas piernas con unas sencillas sandalias, sintió diez mil mariposas revoloteando en su estómago y la polla dar un respingo dentro de su pantalón, pues enseguida se le vino a la memoria aquella cara de placer sobrehumano que ponía cuando esta se hallaba dentro de ella, muy dentro, cabalgándole a horcajadas como nadie nunca le había hecho.

Sí, allí estaba, como una buena niña sentada al sol, desayunando, cuando él sabía que era una auténtica amazona espartana.

Cruzó la carretera y se dirigió a ella. Cuando Saura sintió aquel olor supo que él se acercaba. El coco y el bourbon se dirigían hacia ella, y entonces le vio, guapísimo, con un pantalón vaquero que realzaba su culo y una camisa azul cobalto que le quedaba impecable. Y además se acercaba sonriendo. Saura sintió un escalofrío que murió en su sexo cuando la miró a los ojos.

—Buenos días —dijo él—. ¿Puedo sentarme?

—Claro, este es un país libre.

—Por supuesto.

Y se sentó enfrente de ella, sin quitarla la vista de encima, la miraba con tacto de seda, con un gesto de que aquello que veía le gustaba, mientras el camarero se acercaba y le preguntaba qué quería y él le pedía un café con leche.

Saura se metía un bocado de la tostada en la boca y la comía con auténtica satisfacción y a él eso le encantaba, ver sus gestos de placer mientras comía, así a la luz del día.

—Estás preciosa —le dijo de pronto, y a ella le descolocó por completo.

—No tienes por qué decirme esas cosas, no te veas obligado.

—No lo estoy...

—Soy muy mayor, soy una mujer lo suficientemente madura como para darme cuenta de las cosas. No soy una romántica empedernida, no necesito una pareja a mi lado, ningún hombre va a decirme nunca lo que tengo o no que hacer. No quiero a nadie a mi lado. Estoy de maravilla sola, me encanta mi vida. Lo único que necesito de vez en cuando es un buen polvo. Así que no tienes

por qué utilizar esos términos de típico cortejo masculino conmigo. A mí me puedes hablar claro, y un día, si te apetece decirme, “Saura, quiero echarte un polvo”, y a lo mejor, si me apetece, lo consigues.

Alonso la miraba alucinado, aquella mujer le sorprendía sobremanera.

—¿Ya has terminado tu discursito pseudofeminista?

—Perdona, a mí no me causa ningún rubor que me acusen de feminista. No tengo ningún problema en admitir que lo soy. ¿Tú me has mirado bien?

—Ya lo creo...

—¿Y tengo yo pinta de necesitar a un hombre a mi lado?

—¿Y entonces Calibán es...?

—Mi amigo del alma, mi compañero de mil batallas, mi hermano. Pero no es ningún hombre que me saca las castañas del fuego, si acaso se las he sacado yo a él en muchas ocasiones.

—Me estás confundiendo con otro. Yo pienso que las mujeres sois iguales a nosotros, en algunos casos incluso mejores. Tengo una compañera de trabajo en un mundo bastante machista. Nadie la quería como compañera, era muy joven, mujer y con pinta de niña buena. Y yo acepté. Ahora no querría a otro compañero. Para mí Lluvia es mejor que muchos compañeros que he tenido.

—Bueno, quería dejar las cosas claras.

—Estás a la defensiva conmigo.

—Hemos echado un polvo, tenía que dejar claras las cosas. Seguramente estarás acostumbrado a mujeres que cuando se acuestan contigo te piden que les bajas la luna. Yo no quiero la luna, pero si la quiero, me la bajo yo. Solo quería aclararte que no tienes por qué utilizar esos términos conmigo, no tienes por qué utilizar términos de conquista masculina, de seducción para conseguir otro polvo. Conmigo no, porque yo no soy ni parecida al resto de las mujeres. Soy una mujer absolutamente libre e independiente. Es lo único que quería decir.

—Aclarado, entonces.

—Perfecto.

—¿Puedo ahora decirte que estás preciosa de una manera absolutamente objetiva y sin ánimo de conseguir nada de ti?

Saura le miró muy seria de repente, intentando averiguar qué era lo que quería. Y si no quería un polvo, entonces estaba allí como policía, quería averiguar algo, así que decidió estar en guardia.

—Vale, ya lo has dicho.

—Me gusta mucho el olor de tu piel. —le dijo acercándose a ella deliberadamente.

—¿Qué es lo que quieres, Alonso?

—¿Por qué estás a la defensiva?

—Yo soy así.

—Lo has tenido que pasar realmente mal en tu vida para que te comportes así.

—Ah, no, no, no, a mí no me psicoanalices...no lo intentes, no soy de esas tampoco.

—Para que me quede claro, ¿de cuál eres, Saura?

—De las libres, de las independientes, de las únicas, soy una mujer inteligente y muy luchadora que sabe lo que quiere y se conoce de maravilla.

—Bravo por tu seguridad.

—Soy una pecadora que le gusta serlo, me gusta hacer todo lo que es pecado. Comer hasta reventar, follar sin compasión, beber hasta la extenuación. Me gusta procrastinar, estallar en

cólera y convencer a los hombres para que sean mis esclavos sexuales.

—¡Ah, eres una dominatriz!

—Soy lo que se tercié, el término exacto sería una switch. Puedo ejercer de las dos cosas. Depende del momento.

—Yo en el sexo soy dominante. Me gusta dominar.

—Ya lo he visto...pero estás lejos de ser un amo.

—Tampoco he tenido una compañera que me mostrara.

—No estoy para enseñar a nadie. Me aburre el sexo vainilla, pero tampoco me apetece hacer de profesora.

—¿Sexo vainilla?

—Es como en el BDSM se llama a los que ejercen un sexo convencional.

—¿Y por qué se llama así?

—Dicen que preguntaron a alguien del mundillo que qué tenía en contra del sexo convencional, y él dijo que no tenía nada, pero que era como si entraras en una heladería y habiendo mil sabores siempre escogieras la segura y aburrida vainilla. Pues que él se arriesgaba, y unas veces pedía fresa y otras veces chocolate.

—A mí me estás poniendo como una moto, en estos momentos me apetecería el chocolate de tu piel.

Y Saura tuvo que cerrar las piernas para que no se le notara que ella también se estaba excitando, e intentó controlar su ritmo cardíaco, pero que a él que era policía, no se le escapara su alteración.

—Qué sutil eres...

—Sé que estás excitada, puedo notarlo. Soy policía, sé leer el lenguaje corporal.

—Qué listo...

—Vámonos de aquí.

—Vivo aquí al lado.

—Vamos.

—No te he dicho que vaya a follar contigo, solo he constatado un hecho, y es que si quisiera podríamos ir a mi apartamento, pues vivo cerca de aquí. Pero allí no voy a llevarte, verías muchas cosas de mí viendo mi casa, y no me da la gana. También tengo las llaves de *El Purgatorio*, pues por algo soy la encargada, allí quizá te llevaría con más tranquilidad. Pero tampoco he dicho aún que sí.

—Como si follamos en mi coche, vente conmigo.

Y Alonso la miró de una manera que la derritió, y el vientre se le hizo agua, que comenzó a humedecer sus bragas, y ya no pudo más. Dejaron un billete en la mesa y salieron corriendo agarrados de la mano, camino de *El Purgatorio*.

Cuando el deseo estalla es como una bomba atómica que arrasa con todo. Así lo sentía en ese momento Alonso, mientras entraban por el local, e iba desabotonando los botones de su camisa, tras ella, que se dirigía a una de las habitaciones temáticas.

Ella dejó todos los enseres que llevaba abandonados, y se enfrentó a él, que ya se había deshecho de la camisa, cuando ambos entraron en la habitación.

—No sigas desnudándote y ponte de rodillas —le dijo con una voz tan autoritaria que Alonso no tuvo más remedio que obedecer, y se arrodilló mirándola a los ojos.

—No me mires a los ojos, agacha la mirada al suelo, pon las palmas de las manos sobre tus muslos, hacia arriba.

Y Alonso obedeció nuevamente.

—Te dije que la próxima vez no sería tan dulce contigo. ¿Lo recuerdas?

—Sí.

—Sí, ama —le instó ella.

—Sí, ama.

—Ahora vas a saber lo que es bueno.

Y Saura desapareció de su vista, pero la oía trastear, buscando algo. Alonso tenía el corazón que le iba a estallar de rápido que iban sus pulsaciones. Y la polla tan dura que iba a estallar el botón del pantalón. Lo siguiente que notó fue su lengua que le lamía la espalda, y sus pezones que se marcaban en ella. Saura se estaba restregando sobre su piel, y aquello sencillamente le estaba volviendo loco.

—Te correrás cuando yo te dé permiso, no antes. Y si no te lo doy, no te correrás. ¿Está claro?

—Sí, ama.

—Chico listo.

Y entonces ella se levantó del suelo y lo siguiente que notó fue un latigazo en la espalda, y luego otro, y otro, pero no se quejó, no dijo nada. Solo se oía su respiración, que se había acelerado. Y recibió dos más.

Después, Saura completamente desnuda y descalza se sentó en la cama, frente a él, y le pidió que se acercara más a ella, caminando a cuatro patas. Cuando le tuvo cerca, le ofreció el pie, y él lo cogió con sus manos y se lo llevó a la boca, donde lo lamio y succionó cada dedo de su pie, después siguió lamiendo por las piernas, hasta que ella agarró su cabeza con ambas manos y le pidió que sacara la lengua y que le lamiera el coño como un buen perrito, y él lo hizo.

—Quiero que me hagas correr —le ordenó Saura—. Solo con tu lengua.

Y Alonso se dispuso a hacer lo que le estaba pidiendo. El olor de su coño le estaba haciendo perder la cabeza, y siguió lamiéndole sin descanso, obediente, sumiso, como una buena mascota con su ama, hasta que ella comenzó a tener espasmos por todo el cuerpo y sin control de ella misma se corrió. Él tomó todo lo que ella le ofrecía y luego ella se sentó de nuevo en la cama, mirándole.

—Lo has hecho muy bien, y eso se merece un premio. Desnúdate, te quiero desnudo por completo.

Y él obedeció, y después ella le sentó sobre una silla, y le montó, metiéndose su pene tieso en su vagina, y le ofreció sus pechos para que los lamiera y a él, eso le encantó, y comenzó a lamer sus pezones y a succionarlos, hasta que ella no pudo aguantar más y comenzó a cabalgarle sin piedad. Tan bien lo hacía, tan salvaje que él notó que no iba a aguantar por mucho más tiempo, pero ella no iba a dejarle de cualquier manera, ahora mandaba ella.

—No puedes correrte todavía —le ordenó.

Y Alonso gimió frustrado, pero siguió aguantando, apretando los puños, hasta que ella comenzó a jadear más intensamente y se corrió salvajemente gritando sin temor a que la oyeran. Y siguió

cabalgándole, llevándole de nuevo hacia el clímax, y cuando él creyó que no aguantaría más, ella se acercó lasciva a su oído y le ordenó:

—Córrete para mí, vamos, córrete... ¡ahora!

Y Alonso estalló en el orgasmo más intenso que había tenido en toda su vida, pareció que su cuerpo se desfragmentó en dos mil partículas que partieron hacia el universo, donde vio nebulosas y constelaciones, para volver a reunirse todas de nuevo en su cuerpo cuando el clímax pasó. Su simiente se dispersó dentro de su vagina, y Saura, absolutamente satisfecha, se dejó caer sobre su cuerpo, donde él la recogió en un abrazo intenso, en un abrazo tan fuerte que de no haber sido un súcubo, le hubiera partido en dos.

—Ha sido fantástico —dijo Alonso en apenas un susurro.

—Lo ha sido —dijo ella levantándose y comportándose como si no hubiera pasado nada—. Voy a ducharme.

Y diciendo esto desapareció por la puerta del baño, metiéndose en la ducha. Ella no quería carantoñas ni palabras dulces, ella no necesitaba eso, pensó mientras cogía el champú y se restregaba el cabello. Estaba allí, perdida en sus ensoñaciones, cuando la puerta de la ducha se abrió y él entró desnudo dentro.

—No te he dado permiso para...

—Perdona, pero ya se acabó el juego, ahora mando yo. Y quiero ducharme contigo. —dijo él interrumpiéndola.

Y Alonso la miró con deseo de nuevo, y la besó en la boca, mordiendo su labio inferior, mandándole una descarga a su sexo directamente. Y Saura supo que estaba perdida, cuando él le levantó una pierna y encajó su polla nuevamente en su sexo y comenzó a bombear dentro, hacia afuera y hacia dentro, empujándola contra los azulejos de la ducha, mientras el agua caliente caía sobre sus pechos y su lengua se perdía por su cuello, lamiendo cada poro de su piel. Hasta que Saura volvió a correrse de nuevo, y luego le siguió él, descargando en ella otra vez.

—Estaría follándote toda la vida —le dijo él.

—Y yo incluso podría dejarte —contestó ella.

Y después siguieron duchándose, acariciándose mutuamente y besándose de vez en cuando, como si fueran dos amantes normales, dos humanos que se habían encontrado entre los entresijos de la vida.

Saura llamó a la puerta. Calibán sabía que era ella porque la había reconocido por su forma de llamar, tres timbrazos cortos y seguidos. Se acercó y abrió, y ella con cara de pocos amigos entró.

—Hola, Saura.

—Hola. Calibán, necesito quedarme aquí, aunque sea en tu sofá.

—Saura, tengo siete habitaciones de invitados...puedes quedarte donde quieras. Entra, anda, y ponte cómoda.

Saura se sentó en un sillón del salón, dejando al lado su bolso y se hundió en su mente, infranqueable.

—¿De qué huyes? —le preguntó él de pronto

—Más bien de quién.

—Vale, del inspector.

Y Saura no contestó, volvió a quedarse en silencio.

—¿Dónde está Galatea?

—Dándose un baño en la piscina.

—Genial.

—¿Quieres acompañarla?

—No.

—¿Quieres hablar?

—No.

—Pues sube y escoge una habitación y descansa un rato. Cuando te apetezca bajas.

—Vale.

Y se levantó cogiendo sus cosas.

—¿Estarás bien?

—Sí. ¿Ya la has marcado?

—No, aún no.

—¿Y a qué esperas?

—Me da miedo, Saura. Tengo miedo de que me rechace. Si me rechazara y no admitiera lo que soy, no podría soportarlo.

—Tienes que hacerlo ya.

—Lo sé... como si tú no tuvieras miedo.

—Yo no tengo miedo.

—Estás absolutamente atormentada, Saura. ¿Si no por qué has venido a esconderte aquí?

Y Saura no respondió, simplemente comenzó a dirigir sus pasos a la escalera.

—Voy a escoger habitación. ¿Puedo coger la que quiera?

—Sí, Galatea duerme conmigo... Por cierto, ya sé lo que es.

—¿Y qué es?

—Mitad humana, mitad súcubo. Su madre, humana. Su padre, Dantalion.

—Qué manía tenéis todos los demonios de mezclaros con humanas. No sé qué las veis.

—Lo que tú en Alonso, supongo.

—Touché.

Y Saura se fue escaleras arriba y comenzó a caminar por el pasillo hasta que abrió una puerta y se metió dentro. Era la primera que había en él. La suerte es que ésta daba a la piscina, y las vistas desde allí eran maravillosas.

Y después, con su vestido violeta se tiró encima de la cama, y dormitó.

CAPÍTULO XVII

Confesiones

Y Calibán decidió que tenía que enfrentarse con lo que más miedo le daba, con sus propios demonios. Tenía que enfrentarse a ella y mostrarle quién era, pues ahora sentía que Galatea solo amaba una mitad de él, y ni aun de eso estaba seguro, pues no le había dicho que lo hiciera. Quizá solo se sentía a gusto con él, y nada más.

Se dirigió hacia la piscina, donde Galatea estaba tomando el sol con un minúsculo bikini amarillo que le quedaba de infarto, y la observó, mientras ella permanecía con los ojos cerrados. Siguió por su cuello, hacia el tremendo escote, y sus pechos, y bajó la vista por su abdomen...y desterró estos pensamientos de él y le habló.

—Galatea, ¿podemos hablar?

Y Galatea abrió los ojos y le observó, allí vestido con una camisa salmón y un vaquero que le quedaba de maravilla y se sentó en la hamaca.

—Eso no suena bien... —dijo Galatea—. Ahora es cuando me dices que es mejor que me vaya a mi casa...

—¿Por qué dices eso? Anda, ven, vamos a mi habitación, allí me siento más a gusto.

Y Galatea cogió la toalla y le siguió dentro de la casa, y luego por las escaleras hacia arriba sintiéndose rara. Normalmente cuando alguien le había dicho que tenían que hablar era para darle una mala noticia, y él parecía muy serio.

Calibán abrió la puerta de su habitación y los dos entraron. Él se sentó en su inmenso sillón, ella en un silloncito enfrente.

—¿Estás casado? —preguntó ella de repente.

—¿Qué? —le miró muy fijamente—. ¡No! Anda, déjame que encuentre las palabras.

Y así permanecieron unos minutos en silencio que a Galatea le parecieron un mundo.

—Verás —empezó el demonio diciendo—. Yo no soy quien tú crees que soy.

—¿Y qué eres?

Y Calibán se levantó para no seguir mirándola, pues le estaba poniendo malo con tan poca ropa, y comenzó a caminar por la amplia estancia hasta que se dirigió a la ventana, y miró por ella.

—Soy un demonio.

—¿Tú? —rio Galatea—. Claro, claro, pero si eres el ser más adorable que hay sobre la tierra. ¿Cómo puedes decir eso de ti?

—Escucha, Galatea. Me llamo Calibán Insignu, Calibán el Distinguido, General de los ejércitos del inframundo, con cinco legiones de demonios a mi cargo, soy un demonio del fuego y de la batalla. Tengo quinientos mil años de vida, soy inmortal, despiadado, cruel y nunca me ha importado matar si eso era lo que tenía que hacer.

Galatea se quedó callada unos segundos, sopesando lo que le había oído decir. Aquello le parecía una broma, una película que habría visto uno de esos días y le miró sorprendida fijamente.

—¿Es una broma?

—No, no lo es.

—Calibán Insignu...

Y entonces la miró a los ojos para serenarla, para prepararla para lo que iba a ver, y comenzó a quitarse la ropa. A Galatea aquello le pareció de lo más sensual. Le gustaba mirarle desnudo, sus pectorales marcados, sus oblicuos maravillosos, cada centímetro de su formidable cuerpo estaba cincelado, musculado, era simplemente perfecto. Sus glúteos, su pene, ahora en descanso, tan grande. Le gustaba tanto lo que veía...

Y cuando estuvo desnudo por completo, siguió tranquilizándola, cambiando su manera de ver las cosas, y así se sentía, relajada, contenta, feliz, mirándole sin pestañear, para ver qué era lo siguiente, deseando profundamente que la llevara a aquella cama, y se enterrara entre sus piernas una y otra vez.

Y entonces él comenzó a transformarse. Comenzó a crecer a lo largo y a lo ancho, haciéndose más grande aún, sus piernas y brazos aumentaron de tamaño, así como su pene, y empezaron a salirle aquellos cuernos retorcidos de macho cabrío, y su piel fue adquiriendo una tonalidad más cercana al granate, y volvieron los tatuajes y los símbolos antiquísimos, y le salió aquella cola terminada en punta de flecha, que, liberada al fin, comenzó a chasquear el aire, sintiéndose libre al fin. Y Galatea con la boca abierta no podía dejar de mirarle. Era él, él mismo, allí estaban sus bellos gestos, su bello rostro, pero mucho más fornido y grande, tan sensual con aquellos cuernos y su cola, tan sexi que le parecía un ser de esos que la maravillaban a ella. Un monstruo. Metáfora inmortal del lado oscuro del ser humano, de nuestra naturaleza esencialmente monstruosa. Aquellos monstruos que ella estudiaba y la maravillaban. Un Frankenstein, un Drácula, un Doctor Jeekyll y su Mr. Hyde, un Fantasma de la Ópera.

Calibán la miraba, pues se había dado cuenta de que se había quedado como una estatua de piedra, y hubiera jurado que se había quedado catatónica si no fuera porque sus ojos sí se movían, mirándole sin quitarle la vista de encima.

Pero Galatea, después del susto inicial, y gracias a que él le había sosegado, ahora se sentía mojada y excitada. Y le hubiera gustado lamer cada tatuaje de su cuerpo si él le hubiese dejado. Y allí continuó mirándole, sin poder creerse lo que estaba viendo.

—Entonces... —dijo al fin—. ¿Eres un demonio de verdad?

—Sí. Y Saura, y Belial. Y Asmodeo. Y Alouqua.

—Vaya...

—Este es el que soy. Este soy yo. Necesitaba decírtelo por fin, porque además tengo que contarte algo más.

—¿Hay más?

—Sí, hay más.

—Qué bien...

—Sé que esto es difícil para ti, que no se puede asimilar en un segundo, pero intenta abrir tu mente, y déjate llevar. Yo nunca te haría daño.

—Lo sé. No te tengo miedo.

Y esta respuesta sorprendió a Calibán y la miró sin entender, pero enseguida supo que ella decía la verdad. No estaba asustada, estaba... ¿excitada? ¿Era eso posible?

—Alouqua y yo fuimos amantes en otra vida. Siempre quiso vengarse de que la dejara tirada y me fuera a la batalla, pero nunca encontró la manera hasta ahora. Quiere vengarse de mí contigo.

Porque sabe que tú eres importante para mí, y no parará hasta que te tenga.

—Pues qué bien...

—Para evitarlo, tengo que reclamarte como mi pareja de sangre. Tengo que hacer el amor contigo y morderte en la yugular o la femoral y beber un poco de tu sangre. Y después tú beberás de mí. De esa manera ellos me olerán en ti y sabrán que eres mía y no osarán a hacerte daño.

—Espera, espera, espera... ¿cómo morderme? ¿Eres también un vampiro?

—No. Pero a veces bebemos de nuestros amantes por placer. Multiplica por tres el orgasmo, tanto para el que bebe como para el que es bebido.

—¿Tienes colmillos?

—Sí.

Y entonces Calibán se los enseñó. Dos preciosos colmillitos pequeños que asomaban por su labio superior, haciéndole aún más atractivo y peligroso. Y A Galatea simplemente aquello le encantó.

—¿Y en qué consistiría ser tu pareja de sangre?

—Me pertenecerías. Sabría en todo momento dónde estás y si estás en peligro, así como cuáles son tus emociones. Leería tus pensamientos, podría entrar en tu mente, serías mi pareja por toda la eternidad, hasta la muerte o hasta el fin de los días. Seríamos uno solo, pues tú también podrías sentir lo que yo siento. Lo bueno y lo malo.

—Uf, eso es demasiado para mí.

Y Galatea pensó que eso ya no le parecía tan buena idea. No estaba preparada para que nadie entrase en su mente ni para pertenecer a nadie por tanto tiempo. Galatea se levantó nerviosa y comenzó a caminar, pensando.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Calibán.

—No sé si estoy preparada para eso. Toda la eternidad quizá sea demasiado tiempo.

—Soy un demonio que no puede morir. Nunca en mi vida, encontré a nadie que me hiciera plantearme quedarme al lado de esa persona. Me he enamorado dos veces más, pero ninguna de esas dos mujeres me hizo pensar en quedarme a su lado. Contigo es distinto. Siento que soy tuyo y que tú eres mía.

—Yo no soy de nadie.

—No me entiendes.

—Sí, te entiendo. Pero yo no sé quién soy todavía, no sé lo que soy ni por qué ardo cuando me enfado o me asusto. No quiero que nadie entre en mis pensamientos y me invada, tampoco quiero que alguien sepa en todo momento qué hago o con quién estoy.

—Es para protegerte.

—No estoy preparada.

—¿Tienes una ligera idea de lo que Alouqua te hará si te coge? ¿Te puedes imaginar las más salvajes torturas y multiplicarlas por cien? Es cruel, despiadada, malvada, sangrienta, disfruta con el dolor ajeno.

—Lo imagino, pero no puedo ser aún tu pareja de sangre.

—Eres cabezona como tú sola.

—Calibán Insignu, primero tengo que descubrir quién soy yo.

—Yo lo sé.

—¿Cómo que lo sabes?

—Lo acabo de saber, estoy intentando reunir valor para explicártelo desde entonces.

—Cuéntamelo.

—Eres hija de una humana, tu madre, y de un príncipe del inframundo, un demonio de orden superior, Dantalion. Y tu madre lo sabía. No te dijo nada para protegerte.

Y Galatea se quedó en silencio, procesando la información de nuevo.

—¿Por eso puedo arder?

—Y a saber de qué serás capaz, tu padre es un demonio muy poderoso, tentador y dominador de mentes, de los que pueden hacer que una persona caiga a sus pies y haga cuanto él diga.

—¿Y es lo que hizo con mi madre? ¿Que se acostara con él en contra de su voluntad?

—No lo creo, según tengo entendido los dos se enamoraron, pero no les permitieron estar juntos y él optó por volver al averno.

—Esta es demasiada información de repente...

—Lo entiendo.

—¿Entonces soy una medio demonia?

—El término exacto es medio súcubo.

—Pues qué bien...pero yo nunca me he transformado como tú.

—Quizá no puedas, también eres medio humana.

Y Galatea se quedó callada de nuevo, pensando en todo lo que Calibán le acababa de contar. Pero entonces sintió el olor de su piel, pues ahora de demonio su olor se había intensificado, y el sándalo, y las especias tostadas la hicieron que le picara los dedos por la necesidad de tocarle. Y le miró a los ojos que la miraban con descaro y deseo, y vio cómo su pene iba poniéndose erecto, e iba creciendo y creciendo sin parar, y se asombró de lo grande que era como demonio.

Volvió a mirarle a los ojos y le vio sonriendo y le encontró perturbadoramente atractivo y se levantó del sillón, dirigiéndose hacia él.

—¿Puedo tocarte? —le preguntó ella.

—Me muero porque me toques.

Y entonces ella, acercó sus dedos a su pecho perfecto y le pareció que estaba ardiendo, siguió con el dedo índice sus tatuajes, con la mirada de él clavada en sus ojos, con un deseo que le taladraba el alma. Y entonces ella le lamió el pezón, poniéndose de puntillas, y él echó la cabeza hacia atrás, conteniendo todo su deseo para no asustarle. Quería que fuera ella la que llevara la batuta, quería que estuviera segura de que él nunca le haría daño. Y se contuvo, con toda la fuerza de voluntad que consiguió almacenar.

Y siguió mirándole a los ojos y entonces tocó los cuernos, magníficos, retorcidos en espiral, preciosos, y él cerró los ojos porque aquella manera de acariciarle le estaba torturando. Y luego le acarició los dos cuernos con ambas manos, y giró a su espalda, mirando las formidables paletillas, sus inmensos hombros. Y entonces vio las cicatrices en ella. Dos incisiones a la altura de las paletillas que resiguó con los dedos.

—¿Qué te pasó?

—Son las cicatrices de las alas. Me las arrancaron cuando salí de allí. Soy un ángel caído.

Y entonces cogió la cola con las dos manos, acariciándola, hasta la punta flexible, y él gimió.

—¿Te he hecho daño?

—No —dijo sin moverse—. Tienes siempre la habilidad de tocar justo en el sitio adecuado. Nuestra cola es muy sensible, tiene un millar de terminaciones nerviosas. Es intocable, a no ser

que te den permiso.

Y entonces él se dio la vuelta y la encaró mirándola fijamente.

—Yo te lo he pedido.

—Has tenido suerte, porque si me la hubieras cogido sin darte yo permiso, ahora te fustigaría con ella.

—¿Me darías con ella como si fuera un látigo?

—Para eso sirve. Sí. Pero te daría lo justo para que sintieras dolor y placer al mismo tiempo.

—Pero no puedes dame, porque te he pedido permiso...

—Galatea, ¿te gusta lo que ves?

—Sí, —dijo sincera—. No puedo evitarlo. Me gusta mucho lo que veo. Me gustas así, enorme, y me pareces bellísimo. Y me muero porque me folles, aunque no estoy segura de que eso me cupiera...

Y Calibán no pudo soportarlo más y le arrancó el bikini y luego la lanzó sobre la cama, montando él también, tan inmenso que casi tocaba el techo con los cuernos, y Galatea se excitó de verle tan poderoso, y luego la besó en la boca, salvajemente. No fue un beso suave, fue un beso que venía con dos mil tormentas con él. Un beso que sabía a fuego y rabia, a deseo incontrolado, a dulce tortura. Un beso que sabía a infierno. Caliente, que quemaba con fuego abrasador, con llamas infernales. Calibán le besaba con toda la boca, su lengua peleada con la de ella, que sabía a gloria y a fruta fresca y dulce. A limón con azúcar y a lluvia. Que le mojaba por completo. Tenía la polla que le iba a reventar y no sabía cuánto podría contenerse. La besó, mordiendo sus labios y luego ella acarició con la punta de su lengua sus colmillos, lo que le produjo un inmenso placer. Y después succionó con sus labios su cuello de cisne, su precioso cuello, donde la yugular latía descontrolada, pidiéndole a gritos que le mordiese, pero no lo iba a hacer porque ella no estaba preparada. Y luego siguió bajando hasta sus pechos, que lamió con intensidad, primero uno y luego otro, dedicándole todas las atenciones que se merecían.

Y después siguió bajando hasta su sexo, donde le lamió el sexo con toda la lengua, y de pronto, ella sintió cómo su lengua se bifurcaba en dos, haciéndose bífida, y con una punta le lamía el clítoris y con la otra, horadaba en su interior, arrancándole pequeños gemidos. Galatea se sentía por momentos que se descomponía en una maraña de sensaciones que le iban a hacer perder el sentido. Y de pronto un orgasmo se fue fraguando en su vientre hasta que se concentró en un punto y estalló, barriendo con él todos los miedos y las dudas, haciéndole arquearse hacia él, y temblar de pies a cabeza.

Después ella le agarró la polla y se la masajeó, arriba y abajo, restregando los fluidos que él iba desperdigando. Mirándole a los ojos mientras lo hacía, provocándole un placer inmenso. Ella le masajeaba con una maestría tremenda, tocándole con el pulgar el frenillo, y él se descomponía por el gusto que le daba.

Y volvió a besarla, y la penetró la boca con su lengua, tumbándose sobre ella, impidiendo que todo su peso cayera sobre ella, pero dejando el suficiente para tenerla inmovilizada. Y con su pierna le abrió las de ella, y con una mano comenzó a masajearle el sexo de nuevo, haciéndole que se muriera de gusto y comenzó a penetrarla con el pene inmenso, poco a poco, para que ella se fuera acostumbrando a su tamaño, iba empujando, dando pequeños empujones, hasta que ella estuvo lista y se lo metió por completo. Primero le miró a los ojos y cuando ella le dio permiso,

comenzó a mecerse, saliendo y entrando, llevándola hasta los límites del orgasmo, pero sin dejar que llegara todavía.

Y entonces comenzó a aumentar el ritmo, penetrándola la boca con la lengua, y con el pene la vagina, en un baile frenético, que parecía que la iba a partir en dos en cualquier momento. Su polla era tan grande que tocaba su cervix en cada empujón, y le estaba arrancando pequeños orgasmos, pero uno muy potente amenazaba con llegar y arrasarlo con todo.

—Espérame —le pidió él.

Y entonces ella llegó y él a su vez, explotando los dos juntos, llegando al mismo orgasmo, mirándose a los ojos, sincronizados, unidos en el mismo placer.

Y después él apoyó su cabeza en su pecho, y ella le acarició los cuernos, y él la besó en el pecho, y allí acompañaron las respiraciones, mientras se debatían entre los últimos espasmos.

—No me has mordido —le dijo ella.

—No. Lo haré cuando tú me lo pidas. Pero recuerda que vamos contrarreloj, que corre prisa.

—Lo sé.

—Cuando te muerda la primera vez, y beba tu sangre, será tan erótico e intenso que luego me lo pedirás continuamente.

—Puede ser.

—Lo será, te lo aseguro. Nunca lo he hecho con nadie, y me muero porque sea contigo. Te amo, Galatea.

—Yo también te amo.

Y Calibán le miró a los ojos, emocionado y le preguntó con ellos si le decía la verdad.

—Sí, te amo Calibán Insignu, Calibán el Distinguido, te amo a ti, a tu parte demoníaca y a tu parte humana, os amo a los dos, y me excitáis los dos, y me ponéis muchísimo. Tus dos partes al igual, al unísono. Y si eres un monstruo, eres mi monstruo, y yo el tuyo, y cuando esté preparada, será un honor que me hagas tuya. Seré tu Lilith, tu novia, tu amante, tu esposa, por toda la eternidad, o hasta que la muerte nos separe.

Y le besó en los labios con dulzura, hasta que el beso se fue intensificando. Y es que eso es lo que tenía acostarse con un demonio, que nunca sabías cuándo el amor se podía terminar.

Y allí, sobre el lecho deshecho, terrible oriflama, volvieron a acariciarse y a besarse, hasta que Calibán volvió a hacerle el amor una y otra vez.

CAPÍTULO XVIII

Nuevas habilidades de Galatea

El día libre que aún les quedaba lo pasaron prácticamente en la cama, salvo cuando salían a comer y a hacer compañía a Saura, que cada vez estaba más circunspecta.

Y llegó el miércoles, el primer día de la semana que trabajaban en *El Purgatorio*.

Cuando Calibán estaba aparcando el coche, y ya habían bajado las dos mujeres, Galatea vio a cien metros a Diego, su exnovio, y se quedó allí de piedra, mirándole. Calibán se dio cuenta de que algo pasaba y la preguntó a ella, qué sucedía.

—Aquel es Diego, mi exnovio.

—¿El que te estafó?

—Sí.

—¿Quieres que vaya yo y ajuste cuentas con él?

—No, por favor. Déjame que vaya yo. Hablaré con él, ya que parece que quiere que me acerque. Debo tener esta conversación con Diego, sino no voy a quedarme tranquila.

—¿Estás segura?

—Totalmente segura.

—Vale, tómate el tiempo que necesites, sabes dónde estamos si necesitas algo.

—Claro.

Y Calibán le dio un beso de esos que dejan sin sentido, de los que hacen fallar las piernas por su intensidad, para que le quedara bien claro a aquel indeseable que ella era suya. Que no estaba sola, y que podría encontrarse con él si la hacía daño. Y el mensaje llegó, por la mirada que después del beso le echó Calibán.

Galatea, vestida con un sencillo vestido de primavera con amapolas sobre fondo blanco, se acercó a él, y cuando le tuvo enfrente se dio cuenta de que no sentía nada por él, y que comparado con aquel hombre que ahora era suyo, salía perdiendo y mucho. Él la miró con algo parecido a la pena en sus ojos y luego bajó la vista a su escote sin poderlo remediar. Le pareció que estaba aún más guapa.

—Estás preciosa. Es como si tuvieras una luz dentro así de repente. —le dijo él.

—Sí, una luz que no has encendido tú.

—Bueno, ya veo que eres feliz. Me alegro.

—¿Qué quieres, Diego?

—¿Podemos tomar un café? Allí enfrente hay una terraza, podemos sentarnos y charlar, tengo algo que decirte. ¿Qué te parece?

—De acuerdo.

Y Galatea y Diego se dirigieron hacia la mesa y se sentaron. Poco después se acercó la camarera y le pidieron dos cafés con leche.

—Bueno, pues tú dirás —le dijo Galatea.

—Sé que me porté muy mal, que lo hice porque soy un estafador, pero que tú no te lo merecías. Te hice mucho daño.

—Sí, por suerte apareció Calibán y me ayudó, él lo solucionó todo.

—Vaya, qué a mano estaba, ¿no?

—No tienes ningún derecho a cuestionar lo nuestro. Lo hizo altruistamente, el amor llegó después. Es muy fácil enamorarse de un hombre que te saca de la ruina y te da cuanto tiene sin pedirte nada a cambio.

Y que además es el hombre más guapo del universo, pensó Galatea, aunque eso se lo guardaría para ella, tampoco quería humillarle.

—Que conste que sé que lo hice muy mal. Quería pedirte perdón. —le dijo Diego.

—¿Eso era lo que tenías que decirme?

—Sí. Quería que me perdonaras, que me vieras con otros ojos, que me recuerdes sin rencor. Yo todavía siento algo por ti...

—Ni se te ocurra decir eso, ¿cómo puedes decir que aún sientes algo por mí? A una persona a la que amas no le haces lo que tú me hiciste.

—Tienes razón, sé que es difícil de entender...

Y entonces vino la camarera, dejó los cafés, le pagó Diego y ella se volvió a ir. Galatea se echó el azúcar y revolvió.

Y entonces todo se precipitó de repente. Galatea vio cómo Diego miraba hacia atrás, y cuando ella miró hacia donde él miraba, ya había llegado Verónica, que la sujetaba de los dos brazos, inyectándole algo, sin dejarle tiempo para reaccionar. Solo le dio tiempo a ver sus ojos de zorra que la miraban con soberbia y una maldad infinita. Antes de desvanecerse por completo aún pudo escuchar algo de la conversación que se dio inmediatamente.

—¿Se ha quedado dormida? —preguntó Diego.

—Lo estará en un momento, no te preocupes. —contestó Verónica—. Ayúdame, vamos a meterla en el coche antes de que se duerma del todo y sea un peso muerto. Lo tengo justo aquí.

—Vamos, nos están mirando, estamos llamando la atención.

—Esta zorrita va a aprender de una vez a no meterse entre las parejas que se llevan bien y se quieren.

—Venga, Asmodeo nos está esperando. Al parecer Alouqua está impaciente por echarle las manos encima.

Y después la metieron en el coche, y Galatea se hundió en un sueño muy profundo.

Cuando Galatea despertó, vio que estaba en una habitación blanca, de esas acolchadas que se ven en algunos manicomios. La luz era artificial, pues no había ventanas y no podía saber si era de día o de noche, ni qué hora era. Observó que tenía el vestido puesto, y que aún conservaba su ropa interior, pero que le habían quitado los zapatos, que estaba descalza.

Después observó el habitáculo. Solo tenía una puerta con un ventanuco en medio con rejas, y todo en él era blanco. Un colchón en el suelo con una manta y un urinario en una esquina.

No había nada más.

Y sabiendo que había caído en una trampa de la manera más absurda, y acordándose de Calibán y en cómo había insistido para que le dejara marcarla por si se metía en líos, se echó a llorar.

Y se arrepintió de no haberse dejado.

Cuando pasó hora y media sin saber nada de ella, Calibán salió del despacho y se dirigió a Saura, que le miraba con cierta preocupación.

—Creo que voy a llamarla al móvil.

—Y pensará que eres un controlador.

—Me da igual lo que piense, creo que ha sido suficiente tiempo para que aclararan lo que fuera. Tengo un mal presentimiento.

—Pues entonces llámala, a ver qué te dice.

Y Calibán sacó su móvil y marcó el número de Galatea, pero estaba apagado. Le pareció muy mala señal.

—Está apagado. Es muy mala señal, voy a salir para ver si la veo. ¿Puedes con esto?

—Tranquilo, ve. Es noche de miércoles, será tranquila.

Y Calibán, con el corazón en un puño salió de allí, dispuesto a remover cielo y tierra para encontrarla.

Cuando ya habían cerrado el local, Calibán volvió con las manos vacías. En el local cerrado, se hallaba Saura y Belial tomando una copa y charlando.

—Te he llamado más de quince veces —le dijo Saura en cuanto atravesó la puerta—. ¿Por qué tienes el teléfono apagado?

—Se me ha acabado la batería. Y no hay rastro de ella, es como si la tierra se le hubiera tragado.

—Pero nosotros sí tenemos una idea de dónde puede estar, por eso te estaba intentando llamar al móvil —preguntó Saura.

—¿Qué habéis descubierto? —preguntó Calibán.

—Cuando te fuiste a buscar a Galatea, llegó Belial y me preguntó qué pasaba y entonces le conté lo que había pasado. Salió para ver si descubría algo.

—Y tuve la inmensa fortuna de que la pelirroja con cara de ángel estuviera vigilando ahí enfrente, la pillé justo cuando estaba llamando a su compañero Alonso, pidiendo refuerzos, iba a salir detrás de ellos. Le hipnoticé para que me dijera qué había visto y le borré los recuerdos después para que no dé la voz de alarma. Para hacer que se olvidara de lo de las llamas ya era tarde, pues supuse que se lo habría contado al otro policía, y luego pensé que sería muy difícil que la creyeran algo así, así que me olvidé del tema.

—Al grano, Belial —dijo Calibán.

—Bien, pues el caso es que me contó lo que había visto. Me dijo que había visto sentados en la terraza a Galatea con un muchacho pusilánime con pinta de soso, ya sabes que cuando se hipnotiza a alguien dice todo lo que piensa, y que estaban tomando un café, cuando de pronto vio un movimiento extraño, vio cómo se acercaba sigilosa por detrás una rubia, alta, con ojos verdes vestida de Prada y pinta de zorra y que agarraba a Galatea de los brazos de una manera extraña, y que inmediatamente Galatea comenzó a hacer gala de no estar bien, de estar como borracha. Se la llevaron entre los dos, medio desvanecida, la metieron en un Maserati rojo de cuatro puertas y los tres se fueron en el coche a una velocidad de escándalo.

—¿Y por qué lo dices tan feliz? —le preguntó Calibán.

—Ah, no... No es lo que piensas, es que antes de borrarle a la pelirroja los recuerdos, le he dado un beso de tornillo salvaje y ella me ha correspondido con todo el cuerpo, con toda el alma, con todo...no sé si me entiendes. Y me ha hecho tan feliz sentir lo que he sentido, y que ella me

correspondiera a su vez, y qué coño, aunque no se acuerde de nada, yo sé que me desea, no sé si me entiendes... Es tan gratificante sentir eso... no sé si voy a poder dejar de pensar en ella durante mucho tiempo...

—Vale, vale, vale. —le interrumpió Saura—. Ahora no es el momento.

—Es cierto, perdona Calibán.

—Vale, la descripción de la rubia se corresponde con Verónica, es la única persona que conozco que tiene un Maserati rojo. —dijo Calibán— Tenía que haberme librado de ella de otra manera, la muy zorra. ¿Pero qué relación hay entre ella y el exnovio? ¿Y a dónde la han llevado?

—No ha terminado de contarte —le dijo Saura—. Ve al grano, Belial.

—Sí, lo siento, lo siento... Entonces, como me di cuenta de que la descripción correspondía con Verónica, la busqué. Supuse que después de llevar a Galatea a donde fuera, volvería a algún lugar al que normalmente frecuentara un miércoles por la tarde, y fui a su trabajo, a su casa, y no hubo suerte. Y después se me encendió la bombilla y caí en la cuenta de que vendría aquí. Sabía que Galatea no estaría y que tendría el camino libre contigo, y como en su mente enferma está la idea de que tú y ella estáis enamorados y que Galatea es una zorra que te ha engatusado, que pensaría que tenía el camino libre contigo y que te buscaría aquí. Y no me equivoqué. Cuando regresé ella estaba tomando un cóctel en un grupo de gente, riendo despreocupada en las mesas de atrás, sentada, ajena al mundo. Me acerqué, la engatusé, cosa que no fue difícil y la convencí de que me acompañara a una de las habitaciones. Y aquí viene lo bueno, cuando estábamos en la habitación intenté hipnotizarla y no pude. No se dejó, tenía algún tipo de resorte que no me dejaba acceder a ella, así que llamé a Saura, vino y entre los dos nos la llevamos a una mazmorra donde está encerrada.

—¿Me estás diciendo que la tenéis aquí, en una mazmorra? —preguntó Calibán.

—Así es, hace como una hora —contestó Saura— y de momento no ha soltado ni palabra, claro que la hemos preguntado sin más, sin forzarla, ni transformarnos ni tampoco le hemos tocado un pelo. Estábamos esperando a que vinieras.

—Vamos a verla. Vamos Belial y yo. Saura, quédate aquí por si acaso.

Y Calibán y Belial bajaron a la mazmorra donde estaba Verónica. Cuando Calibán abrió la puerta se la encontró llorando, atada sin posibilidad de escapar, con las medias rotas, descalza, el maquillaje corrido y profundamente disgustada. Cuando Verónica vio a Calibán, comenzó a hablar de pronto aliviada.

—¡Calibán, menos mal que has venido! ¡Mira, me han atado entre esos dos y miran cómo me tienen!

—Cállate, Verónica, no quiero oír ni una palabra más.

Y Verónica supo que aquella orden era tajante y que se tenía que callar. Nunca había visto a Calibán tan enfadado.

—Ahora mismo nos vas a decir dónde está Galatea —le dijo Belial.

—¡Y yo qué sé dónde está esa loca!

Y Calibán agarró una silla y la estrelló contra la puerta, haciéndose añicos.

—¡Como vuelvas a faltarle el respeto te juro que te achicharro, y no es una amenaza en balde!

Y Verónica comenzó a asustarse, y a comprender que Calibán no estaba para bobadas.

—Es que no sé dónde está, es que no entiendo por qué piensas que yo sé dónde está...

—Porque te han visto cómo te acercabas a ella en la terraza de enfrente mientras estaba tomando café con su exnovio y cómo después la metías en tu Maserati entre los dos, zorra —le contestó Belial.

—Y ahora mismo me vas a contestar dónde la habéis llevado o te juro que te vas a arrepentir de no hacerlo. —dijo entonces Calibán.

Verónica no tenía aguante para soportar nada y ahora estaba profundamente asustada, así que lo rebeló.

—La llevamos al Casino, la tienen Asmodeo y Alouqua.

—¿Y cómo es que tú los conoces? —preguntó Belial.

—Tengo una deuda con ellos en el Casino. Me propusieron trabajos puntuales para pagarles parte de la deuda. Lo mismo que Diego, que también tiene deudas sin pagar con ellos. El otro día me llamaron y me dijeron que teníamos que llevarlos a Galatea entre Diego y yo, ya que éramos los únicos deudores que la conocían, y entre los dos ideamos ese plan. Pensé que así nos libraríamos de ella y que al estar libre el camino, tú volverías conmigo.

—Verónica, estás enferma, yo nunca he estado contigo. Tú y yo hemos follado algunas veces. Punto. Y nunca más volverá a pasar. ¿Entiendes? Y además te juro que como a Galatea le pase algo, lo vas a pagar.

—¿Sabes quiénes son Alouqua y Asmodeo? —preguntó Belial.

—Los dueños del Casino, ¿no? Bueno, la verdad es que nunca he tenido claro si es Alouqua la dueña y Asmodeo su perro guardián o son los dueños los dos.

—¿Y qué más sabes de ellos?

—No mucho más, sé que tienen negocios turbios y que chantajea a mucha gente con el tema de las deudas de juego. Son un poco mafiosos.

—¿Y nada más? —preguntó Belial.

—Es que no sé a qué te refieres...

—Olvidalo. No hay nada que saber —le contestó Belial.

—Vamos a dejarte aquí encerrada hasta que aparezca Galatea —le dijo Calibán.

Y Verónica comenzó a llorar y a suplicar que la desataran, pero los dos demonios salieron, cerrando la puerta con llave y subiendo, dirigiéndose donde estaba Saura.

—Menos mal que las paredes están insonorizadas —dijo Belial—. Ya no soportaba más esos gritos. De verdad, Calibán, no sé qué viste en ella, obviando lo buena que está, claro.

Pero Calibán le echó una mirada de perros y Belial se calló hasta que estuvieron junto a la súcubo.

—La tienen Alouqua y Asmodeo —dijo Belial.

—Mal asunto —contestó Saura.

—Pero no sabe que son dos demonios, solo sabe que son dos mafiosos. —añadió Belial.

—Hay que ir a buscarla —dijo Calibán.

—¿Somos suficientes nosotros tres para entrar allí? Tendrá tres o cuatro legiones de demonios. —dijo Belial apurando la copa.

—No, no somos suficientes, necesitaríamos un factor sorpresa —dijo Saura.

Y allí estaban pensando, mientras Calibán se servía un tequila y se lo tomaba de golpe, sirviéndose otro, cuando los tres sintieron aquella vibración extraña, una vibración como de trompetas y campanillas que comenzaron a sonar, y en la neblina blanca apareció Shamsiel, con la

espada desplegada que salía de su mano, peligroso, en su faceta más guerrera, mirándolos con rabia contenida.

—El factor sorpresa soy yo.

Los cuatro estaban viendo la manera en cómo entrar, pues Shamsiel sabía perfectamente cómo hacerlo, estaba al tanto de las entradas y de las salidas, del plano del sitio, que había dibujado en un papel y de cómo llegarían hasta ella. Y sí, estaban nerviosos, pero también sabían perfectamente que llegarían hasta ella, que estaba viva, pues Alouqua la quería viva, convertida en su esclava para que Calibán estuviera atormentado el mayor tiempo posible. Quería beberse su alma por la sangre, la bebería gota a gota, dejándola solo la suficiente sangre para que permaneciera con vida, pero tan poca que no tendría fuerzas ni para moverse. Ni voluntad, ni podría pensar. Tan solo sería una carcasa vacía, un cuerpo sin pensamientos, deseos, intenciones ni esperanzas.

“Por mí se va a la ciudad del llanto, por mí se va al eterno dolor, por mí se va hacia la raza condenada. Antes que yo no fue nada creado, a excepción de lo eterno, y yo duro eternamente, ¡Oh vosotros, los que entráis aquí, abandonad toda esperanza!”. Esto era lo que ponía a las puertas del Infierno, en el cuarto canto de la *Divina Comedia* de Dante.

Era una declaración de principios, era un dogma, todo el mundo perdía la esperanza cuando entraba en el Infierno, al igual que la perdía cuando alguien caía en manos de Alouqua, la súcubo más despiadada de cuantas existían, sin corazón ni compasión, sin alma ni capacidad de redención, era la perfecta encarnación del mal, una sádica que disfrutaba con el dolor ajeno, que le gustaba oír lastimeros los lamentos de los condenados. Calibán, por primera vez en su larga y aburrida existencia estaba asustado. Era mucho lo que podía perder. Si la perdía, no volvería a ser el mismo, no querría ser el mismo.

—¿Por qué no la marcaste? —le preguntó Shamsiel mientras Saura y Belial discutían algunas cuestiones del operativo de rescate.

—No quiso. Me dijo que no estaba preparada para una invasión tan fuerte de su persona.

—¿Y te vio en tu forma demoníaca?

—Sí, y le gusté así también.

—No me sorprende del todo. Galatea siempre se ha sentido un pequeño monstruo, siempre se ha sentido distinta a los demás. Ya de entrada su coeficiente intelectual no es propio de humanos, ¿te ha contado que se sacó las dos carreras a la vez, y ambas con matrícula de honor?

—No, no lo sabía. Lo que sí me percaté es que lo aprendía todo con los ojos cerrados, sin esfuerzo. Aprendió a hacer cócteles en tres días, y los hace como si llevara toda la vida. Tiene una mano especial para ellos. Muchos clientes quieren que se los prepare ella, lo prefieren a que otras chicas los hagan.

—Su padre es uno de los demonios más poderosos que existen. Le llaman “El Sabio”. Es el demonio que en el Infierno enseña todas las artes y las ciencias, enseñanzas que tienen como misión acabar con todo lo bueno en las personas y sembrar maldad y oscuridad. Conoce los pensamientos y proclama los secretos, sembrando el caos. Él conoce el rostro de todos los hombres y mujeres de la historia y siempre aparece con algún libro entre sus manos. Tiene treinta y seis legiones de demonios a su cargo. Todo un duque en el averno.

—Lo sé...Galatea siempre tuvo algo especial. Algo que a mis ojos le hacía distinta de todas las demás.

—Bueno, ahora hay que impedir que la destruya.

—Espero que lleguemos a tiempo.

—Lo haremos.

—No podría vivir sin ella. No podría. La necesito para seguir existiendo, para poder seguir respirando, para poder sobrevivir a las miserias de la vida, a las mezquindades de todos los hombres y mujeres que existen. Es lo más puro que he visto en mi vida. Lo más sagrado, lo mejor.

—La encontraremos y la traeremos de vuelta con nosotros. Y después más vale que hagas las cosas bien con ella y la devuelvas al lugar del bien, o yo mismo volveré para patear tu culo de demonio por todo el puto infierno.

—Shamsiel, Shamsiel, te estás desatando.

—Creo que tengo la entrada perfecta para sorprenderlos in fraganti —dijo Saura.

—Pues entraremos por ella y la traeremos de vuelta —exclamó Calibán apurando su tequila de nuevo.

Galatea había perdido la noción del tiempo, y no conseguía descubrir cuánto había tenido que permanecer en aquella habitación, y aunque todavía no había aparecido nadie por allí, sabía que estaba en manos de Alouqua, y aunque debía tener miedo, no lo tenía.

Lo único que sentía era no volver a ver a Calibán ni besarle. Eso era a lo que realmente temía. No besar sus prominentes y dulces labios, no oler su piel a madera de sándalo quemándose lentamente y a eneldo, a salvia, a romero, a albahaca tostada, a nuez moscada y canela en rama. Eso era lo que de verdad sentía. Que no pudiera dormirse entre sus brazos de nuevo, dándole toda la paz que necesitaba. Porque solo en sus brazos había conseguido sentir aquella paz que la embargaba y cuando le miraba a los ojos ambarinos que la impregnaban de gotitas de luz amarilla.

Calibán el Magnífico, debería haberse llamado. Pues nunca había conocido a nadie como él, ni humano ni criatura mítica, y sabía que era único porque era suyo, su otra mitad. Ahora lo sabía, y se reprendía por haber sido tan idiota de no haberse dejado morder por él, porque él no la hubiera convertido en su mitad, en su pareja de sangre.

Sí, ahora sabía que tenía que haberle dejado.

En aquella cárcel blanca lo único que la quedaba era pensar en él, en su formidable cuerpo haciéndole el amor, llevándola al orgasmo una y otra vez. Y decidió que le hicieran lo que le hicieran resistiría, resistiría lo que fuera necesario, y lo haría por volver a mirarle a los ojos una vez más.

Se abrió la puerta y entró Asmodeo con otros dos hombres y la miró con suficiencia. Galatea se puso en pie y le miró retadora, sin concederle el gusto que la viera con miedo.

—Vaya, vaya, vaya, Galatea. Por fin nos vemos tú y yo cara a cara y a solas. Es para mí un verdadero placer. ¿Cómo te encuentras? Quizá no sea el lugar más cómodo, pero será tu lugar de adaptación hasta que estés preparada para servirnos en lo que necesitemos y lo hagas gustosa.

—Nunca pasará eso.

—Oh, sí, pasará, créeme, y harás cuanto te pidamos deseosa de complacernos, a Alouqua, a mí, y a toda una legión de demonios si nos apetece. Te vas a convertir en nuestra esclava, nuestra puta, nuestra criada, y siempre estarás bien dispuesta.

—Nunca me tendréis bajo mi propia voluntad.

Y Asmodeo estalló en una carcajada, y la miró con deseo felino.

—Bueno, esto va a ser muy divertido. ¿Sabes? Cuanto más difícil me lo ponen, más disfruto con los resultados. Si desde el principio la puta colabora, para mí no tiene gracia. Me encanta el período de entrenamiento, hasta que consigo la sumisión total para todo lo que se les pide. Ese el mejor período.

Y Galatea no contestó, pero siguió mirándole a los ojos, retándole, haciéndole saber que no se lo pondría fácil.

—Así que eres la puta de Calibán, ¿eh?

—Soy su novia.

—Bueno, eso no es del todo cierto, porque no te ha marcado.

—Iba a hacerlo, pero yo no le dejé.

—Pues te equivocaste, querida, te equivocaste. Quizá ahora tu situación no sería esta. A lo mejor te tendríamos otra consideración. Pero a mí personalmente esta opción me gusta más.

—Eres un cerdo.

—Sí, lo soy, pero dentro de poco te meteré la polla en la boca y permanecerás de rodillas y con las manos en la espalda y te follaré la boca sin piedad. Y cuando te la saque, después de haberme corrido en ella, me suplicarás que te la vuelva a meter. Entonces Calibán habrá desaparecido de tu memoria, como si nunca hubiera existido, y solo vivirás para darme placer a mí, a quien llamarás amo y besarás mis manos con pasión.

Y él se dio la vuelta, mandando a los dos hombres que la cogieran y la llevaran con Alouqua. Asmodeo se disponía a salir de la habitación ya, cuando Galatea, con una rabia infinita, una rabia que le nacía de las entrañas y subía por su garganta, miró a ambos hombres a los ojos, y estos como hipnotizados la soltaron y se quedaron allí, petrificados, esperando una orden de ella. Y Galatea cuando se dio cuenta de lo que había conseguido mirándolos, les dijo muy bajito:

—Sois perritos, perritos fieles que vais a morder a Asmodeo en las pantorrillas, y no le vais a soltar pase lo que pase.

Y los hombres se pusieron a cuatro patas ladrando y se dirigieron a Asmodeo mordiéndole los dos. Asmodeo se quedó helado por el susto, sin entender qué era lo que estaban haciendo aquellos dos, y ese hecho fue aprovechado por Galatea por salir de allí y correr en dirección contraria a ellos, recorriendo pasillos, e intentando abrir todas las puertas que se encontraba.

Asmodeo, dándose cuenta de que ella escapaba y que aquello lo había hecho ella de alguna manera, les pegó un tiro en la cabeza a cada hombre, y ambos cayeron al suelo muertos, con todos sus sesos desparramados por los azulejos del piso. Y salió detrás de ella, buscándola, mientras intentaba comprender cómo había sido capaz de hacer aquello.

Galatea no podía abrir ninguna puerta, hasta que la última se abrió y entró dentro. Era un despacho con ventana que se dispuso a intentar abrir, pero estaba cerrada a cal y canto. Entonces se la ocurrió coger una silla y tirarla sobre el cristal, pero la silla rebotó y no se rompió.

Asmodeo en ese momento llegó a ella y la apuntó con la pistola.

—Quieta o disparo —dijo.

Y Galatea instintivamente levantó las manos y se enfrentó a él.

—¿Cómo has hecho eso, zorra? —le preguntó profundamente descolocado—. ¿Quién coño eres tú?

Galatea no le contestó, y por el contrario siguió mirándole a los ojos, para ver si con él también podía hacerlo, pero Asmodeo se dio cuenta de sus intenciones.

—¡¡No me mires!! ¡Date la vuelta!

Y Galatea se dio la vuelta, esperando a que él llegara. Asmodeo le tapó los ojos con su corbata que previamente se había quitado, y después con el cañón de la pistola, apuntando a su cerebro, la sacó de allí. A ver qué decía Alouqua de eso. Tenían que averiguar qué era Galatea. Y desde luego, aquellas habilidades no parecían humanas en absoluto.

CAPÍTULO XIX

Por el amor desquiciado

Asmodeo presentó a Galatea ante Alouqua con las manos atadas a la espalda y una corbata tapando los ojos. Alouqua, vestida con un impresionante vestido color vino, largo hasta los pies, y su pelo rojo desparramado en suaves ondas, le miró sin entender.

—¿Qué significa esto, Asmodeo?

—He tenido que taponarle los ojos, parece ser que tiene la capacidad de convencer a los hombres mirándolos a los ojos, para que hagan lo que ella quiera. Convenció a los dos que me llevé para que se comportaran como perros y me mordieran.

—Interesante.

—¿Puedo sacarle los ojos? ¿Los necesitamos para algo? —preguntó Asmodeo.

A Galatea el corazón se le saltó un latido.

—De momento no la tocarás un pelo sin que yo te lo diga, Asmodeo. —le dijo Alouqua desde la tranquilidad más absoluta—. Y quítale esa corbata de los ojos, anda.

—Pero señora...

—Asmodeo, ¿tú crees que ella podrá hipnotizarme a mí? Soy la súcubo más poderosa del averno. Dime, ¿crees que lo conseguiría?

—No, señora, claro que no.

—Quítasela, quiero mirarla a los ojos.

Y Asmodeo le quitó la venda. Galatea la observó y vio una mujer hermosísima, con la piel blanca como la leche, el pelo rojo, los ojos azules más inmensos que había visto, sentada en una especie de trono, con las piernas larguísimas que asomaban por una apertura del vestido. Era sin duda, la mujer más bella que había visto nunca. Y así, a simple vista, no le parecía que fuera capaz de los hechos tan atroces que Calibán le había relatado.

A Alouqua Galatea le pareció una criatura curiosa. Había algo en ella que la hacía especial, pero aún no sabía qué era. Siguió observándola, intentando averiguarlo.

—Así que tú eres Galatea.

—Y tú Alouqua.

—¿Has oído hablar de mí?

—Sí, Calibán me contó algunas cosas.

—¿Sabes quiénes somos? ¿Te lo contó?

—Sí, Calibán y yo no tenemos secretos. Me contó vuestra historia.

—Fascinante.

Y Alouqua esbozó una especie de sonrisa extraña, Galatea estaba segura de que aquella sonrisa era todo cuanto se podía reír. A Alouqua ese momento le estaba divirtiendo y aquello era mucho más de lo que había conseguido nadie desde hacía más de mil años. Allí estaba aquella pequeña e insignificante humana, sabiendo quién era y mirándola con una mirada retadora y soberbia que le

demostraba que no la tenía miedo. Todo el mundo le tenía miedo, todo ser viviente, pero ella parecía que no.

—Verás, —le dijo Alouqua— me han contado que tienes unas habilidades curiosas que no se dan en humanos normalmente. Parece que además de hipnotizar a humanos mirándolos a los ojos y conseguir de ellos lo que quieras también puedes arder como una hoguera si te lo propones.

—Bueno, no es del todo cierto. Recién he descubierto que puedo hacerlo, aún no he explorado todas mis habilidades.

—¿Y qué tienes tú de especial para que puedas hacer eso? Los humanos no pueden hacerlo.

—No lo sé.

Y Alouqua supo en ese mismo momento que ella mentía, que sabía a qué se debían sus habilidades. Se levantó y en un acto totalmente teatral cogió una copa de cristal bellísima y la levantó. Acto seguido apareció una sombra negra que la llenó con sangre procedente de una jarra, desapareciendo la sombra inmediatamente. Alouqua sin quitarle la vista de encima, bebió apurando hasta la última gota.

—Normalmente me gusta beber directamente de la vena, pero tampoco le hago ascos a una buena copa de RH negativo 0, mi favorita. Dime, ¿qué RH tienes?

—No lo sé.

—Bueno, eso lo podemos averiguar fácilmente. Esa parte no me preocupa de momento. Me corre más prisa saber qué eres. Y sé que tú lo sabes. La manera de averiguarlo puede distar mucho unas de otras, de ti depende que me lo cuentes por las buenas, por las malas, por las malísimas o por las peores. Y te garantizo que, de una manera u otra, lo averiguaré.

Y a Galatea no le cupo dudo de que lo decía totalmente en serio. Sabía que aquella mujer sería capaz de todo. La miró desafiante.

—Soy Galatea Fuentes, y recién acabo de descubrirlo. No es nada especial. Tengo algunas habilidades porque soy diferente.

Y Alouqua les mandó a todos salir de la sala, Asmodeo se quejó, pero Alouqua levantó su brazo derecho y Asmodeo obedeció. Se habían quedado solas.

—Sé lo que es ser diferente, Galatea. Lo sé porque yo también lo soy. Nací en el infierno, mi madre, la legendaria Lilith, la primera súcubo, me parió con dolor porque mi padre era humano, un príncipe persa del que ella se encaprichó en cuanto le miró a la cara. Mi padre, el Diablo primero, el primer ángel caído no le perdonó nunca porque la amaba, así que me quitó rápidamente de su vista, escondiéndome en lo más profundo del profundo infierno, donde crecí sin mucho amor. Ser un medio súcubo, un medio humano te hace que no te quieran en ningún lado. Porque en el infierno siempre sería medio humana, y en la tierra medio súcubo, y así fui desarrollando mis poderes. Cada año que pasaba iban siendo más fuertes. Algún maestro que tuve de pequeña me dijo que no se sabía si sería inmortal como mi madre o mortal como mi padre, pero enseguida descubrí al crecer que iban pasando los años y que permanecía igual, que no podía envejecer, y que por tanto iba a vivir eternamente. Lo heredé de mi madre, afortunadamente. Y comencé a aburrirme, pues la eternidad puede ser tremendamente aburrida. Hasta que apareció Calibán.

En ese momento, Alouqua tiró la copa lejos de allí, y se rompió en mil trozos. Alouqua no se inmutó. Pero Galatea tampoco.

—Calibán es irresistible —contestó Galatea.

—Lo es. Estuvimos juntos cien años. Fue una época maravillosa. Los excesos eran totales, a todas horas, en todo momento. Y un día o una noche, qué más da, se levantó de mi tálamo y se fue sin más. A batallar. Me abandonó por la guerra, porque echaba de menos la sangre y el dolor de la lucha. Y me dejó sola. Me costó recomponerme otros cien años. Al principio le lloraba, no había consuelo para mí. Hasta que un día simplemente dejé de llorar y decidí que ningún macho de la raza que fuera, de la especie que fuera volvería a hacerme daño. Me convertí en un iceberg. Me convertí en Alouqua, la despiadada. Y comencé a querer vengarme, pero no veía cómo. Hasta que un día me enteré de que había bajado a la tierra, abandonándolo todo. Que se decía que no era el mismo, que estaba hastiado, que el tiempo se le había hecho una bola difícil de tragar. Que necesitaba estímulos. Y entonces me di cuenta de que era cuestión de tiempo, que simplemente tenía que esperar a que apareciese una humana que realmente le llamara la atención para conseguirlo. Y fueron apareciendo algunas, pero no repetía con ninguna, hasta que apareció Verónica. Fue fácil engatusarla para que jugara en el Casino sin parar, hasta que la deuda fue tan grande que no pudo hacerle frente. Y ya la tenía en la trampa, cuando me di cuenta de que no era ella, de que no la amaba, porque habías aparecido tú, y no te quitaba ojo de encima. Fue casualidad que Diego, tu exnovio también nos debiera dinero, y aquello que te hizo, endosarte aquella deuda, fue lamentable, pero una hermosa casualidad. Lo demás ya lo conoces. Convencimos a Verónica y a Diego para que te trajeran, y aquí estás. La puta de Calibán.

—No soy su puta.

—Bueno, sí lo eres. Él no te ha marcado.

—Lo iba a hacer...

—Sí, lo sé. Por eso descubrí que tú sí eras la que propiciaría mi venganza. La que de verdad le importaba, la que realmente amaba. Y decidí que serías mi esclava. Quiero ver sufrir a Calibán el doble de lo que yo sufrí. Y tú serás el instrumento que yo utilice para ello. Pero antes necesito saber qué eres.

—¿Qué más da lo que sea si ya has decidido que de todas formas me convertirás en tu esclava?

—Bueno, es que ahora me ha generado curiosidad. Y eso es mucho decir, hacía mucho tiempo que no la sentía, tanto que ni me acuerdo del momento.

—Soy un medio súcubo.

Y Alouqua la miró fijamente sin podérselo creer. Aquella revelación la estimuló como hacía mucho tiempo que nada lo hacía. La miró divertida y se acercó a ella. Estaba tan cerca que Galatea pudo ver la profunda vacuidad en sus ojos fríos, y su olor a hiel y profundo desamor.

—Entonces tú y yo somos iguales. —le dijo Alouqua.

—No, no somos iguales. Tú estás vacía y yo estoy llena de amor. Un amor que me ha hecho cambiar, que me ha hecho más fuerte.

Lo siguiente que sintió Galatea fue una bofetada tremenda, una bofetada que la tiró al suelo, haciéndola desplazar cinco metros. Se levantó como pudo, costándole bastante porque tenía las manos atadas, pero lo consiguió y volvió a mirarla de frente, sin bajar la mirada.

—¿Acaso crees que a mí no me dejó llena de amor también? ¿Acaso crees que siempre he estado tan vacía? Dime, Galatea Fuentes, ¿cuánto tiempo crees que hubiera durado lo vuestro?

—Lo más probable es que yo sea mortal, por tanto, con que se hubiera quedado conmigo mientras yo viviera me bastaba.

—¿Y si no lo eres? ¿Y si eres inmortal como yo, y si has heredado de tu padre la inmortalidad como otras habilidades evidentes? En ese caso, ¿cuánto crees que se quedaría a tu lado? ¿Crees que más o menos de cien años?

—No lo sé.

—No se hubiera quedado contigo más de lo que lo hizo conmigo. Porque Calibán Insignu, Calibán el Distinguido abandona a todas las hembras que ama, porque no aguanta con nadie más tiempo del estrictamente necesario. Y créeme, han sido muchas, tantas que perdí la cuenta. Dime, ¿por qué ibas a ser tú diferente?

Y Galatea lo sopesó, y muy dentro de ella misma, supo que ella tenía razón, y aquella duda creció y se hizo fuerte, y de repente se dio cuenta de que Alouqua decía la verdad, de que probablemente Calibán se hubiera cansado enseguida, pues ella tampoco tenía nada de especial que otras no hubieran tenido. Y las lágrimas acudieron a sus ojos, y luchó porque ella no la viera llorar, pero a duras penas, lo estaba logrando. Alouqua la miró y vio la profunda lucha que alojaba su pecho.

—No llores, él no merece ni una sola lágrima. Te diré lo que vamos a hacer. Mañana por la noche daré una fiesta salvaje para celebrar que por fin Calibán sufrirá de un modo terrible. Será una orgía magnífica, y tú estarás a mi lado, como mi esclava, disfrutando del momento, y cuando me apetezca tomaré de ti lo que sea que quiera. ¿Qué te parece?

—Horrible.

Y Alouqua esbozó otra media sonrisa y se llevó una fresa a la boca, que cogió de un cuenco donde otras esperaban a ser comidas. Y volvió a mirarla a la cara.

—Te acostumbrarás. Créeme, lo harás. De ti depende que sea antes o después, y te aconsejo por tu bien que abandones las esperanzas cuanto antes. No vas a salir de aquí. Nunca. Serás mi esclava el tiempo que tengas de existencia, sea el que sea. Así que cuanto antes te olvides de Calibán y comiences a disfrutar será mejor para ti.

—No podré olvidarle nunca. Le amo. ¿Lo entiendes? Le amo como le amabas tú, le amo como nadie ha sido capaz de amar a nadie. No puedo evitarlo. No quiero evitarlo.

—Sí, lo reconozco... —dijo acercándose a ella— ahí, en el fondo de tus ojos está. La verdad, dices la verdad. Le amas como yo le amaba. Incondicionalmente. Sobre todas las cosas, las sagradas y las profanas, le amas como nunca se debe amar. Como yo le amaba. ¡Ah, qué grande es el amor!

—Déjame marchar, Alouqua, si quieres me marcharé lejos de él, me marcharé a Islandia o a Australia, y no volverá a verme nunca. Pero déjame libre, por favor.

—No, no, no... me gustas. No voy a renunciar a ti. Eres una criatura deliciosa, me encantas como hacía mucho tiempo nadie me gustaba. No vas a irte a ninguna parte. Así que acostúmbrate, por favor.

—No valgo nada...

—Te equivocas. Eres mucho más valiosa de lo que crees. Y ahora acércate, quiero probar tu sangre.

—¿Mi sangre?

—Sí, querida. Quiero saber a qué sabe. Acércate.

Y Galatea se acercó a ella, que ya se había sentado en su trono, y se puso enfrente a ella. Alouqua le soltó las manos y le empujó en el hombro para que se arrodillara ante ella. Le acarició

la mejilla y le colocó un mechón de pelo que tenía descolocado, y después cogió su mano, le dio la vuelta mirando las líneas de sus manos y le volvió a mirar a los ojos.

—Aquí dice que eres hija de un príncipe...qué curioso...habrá que averiguar quién es papá.

—Nunca me lo dijeron.

—Hueles muy bien, y tu sangre huele a alguna esencia extraña. No sé qué grupo serás, pero sé que tu sangre me va a encantar.

Y sin más, Alouqua, le lamió la muñeca, donde las venas de Galatea, ya se percibían, y se fijó en una en concreto, y le miró a los ojos.

—No te preocupes —le dijo—. Esto puede ser doloroso o placentero, y de momento no quiero hacerte daño. Me gustas, Galatea. Y si no me lo pones difícil, lo pasarás bien conmigo.

Y sacando los colmillos, la perforó en la muñeca. Galatea sintió un pinchazo, pero después de ese pequeño dolor, Alouqua comenzó a soltar endorfinas de sus colmillos, que le hicieron entrar a Galatea en un extraño trance placentero. Estaba sintiendo cosquillas que le subían por el vientre hasta la garganta y no podía dejar de mirarla mientras le chupaba la sangre. Y de repente, Alouqua paró, y volvió a lamerle la herida, y esta se cerró inmediatamente.

—Deliciosa...Eres deliciosa. RH negativo A, pero con un sabor delicioso. ¿Lo sabías?

—¿Qué mi sangre sabía bien? No

—No es solo que sepa bien, es que es magnífica. Tienes sangre de reyes.

—Qué bien.

—Voy a llamar para que te vengan a buscar, te darán de comer bien, quiero que repongas fuerzas, y te vestirán como yo quiero que estés a partir de ahora. Me va a encantar alimentarme de ti. Eres una purasangre de raza, nunca había tenido a nadie que supiera tan bien como tú. Y créeme, si te portas bien y colaboras, te sabré recompensar.

Y entonces dos muchachas entraron, y Alouqua se dirigió a ellas.

—Dadle de comer lo que quiera y de beber, que no sea alcohol. Y bañadla y dadle aceites que suavicen su piel, y vestidla como a mí me gusta. Quiero que esté bien preparada para mañana por la noche, para la fiesta.

Y Galatea salió de la estancia, custodiada por las dos muchachas. Antes de salir completamente, Alouqua la paró con la voz.

—Galatea, a partir de ahora me llamarás ama. ¿Está comprendido?

—Sí, ama.

Y Alouqua les dio permiso para marcharse, y después suspiró y se sentó en el gran trono con una ligera preocupación. Pues cuando había probado su sangre, se había dado cuenta de que era una sangre muy especial, diferente, una sangre que no estaba dispuesta a que se la quitaran. Nunca había probado nada igual, era efervescente y pícara, y tenía un sabor de ensueño, y una fuerza que no había sentido nunca. Apenas unos sorbos que había dado habían sido suficientes para saber que ella era distinta. Que no prescindiría jamás de aquella sangre. Pero ¿por qué sabría así? ¿Quién sería su padre?

A aquellas alturas, Alouqua ya sabía que su padre no era un demonio cualquiera, pero ¿quién era?

Y al momento entró Asmodeo y se la quedó mirando sin entender. Nunca le había visto tan distraída, tan sumida en sus propios pensamientos.

—¿Señora? ¿Puedo retirarme? —preguntó el demonio.

—Te he contado ya lo de la fiesta de mañana, ¿verdad?

—Sí, señora. Lo conozco.

—Asistirás, ¿verdad?

—Señora, por supuesto, no me la perdería por nada del mundo.

—Eso está bien. Será una fiesta magnífica, digna de los tiempos antiguos, cuando yo era feliz y nada me preocupaba. Cuando aún era joven e inocente y creía en que se podía ser feliz eternamente.

—Será una fiesta maravillosa.

—He dado orden para que me preparen a Galatea como a mí me gusta. A partir de ahora ella es intocable para nadie que no sea yo.

—Pero señora... creí que me cederíais su entrenamiento.

—El de Galatea, no.

—Siempre he tenido el honor y el privilegio de entrenar a vuestras esclavas para que sean buenas sumisas y acepten lo que se les pida sin rechistar.

—De esta, no.

—¿Y puedo preguntar a qué se debe?

—Esta es mía, Asmodeo, solo mía. Será de mi propiedad exclusiva. La quiero para mí.

—¿Qué tiene de especial?

—Su sangre. Eso es lo que tiene de especial. Sabe a algo fresco y delicioso que no había probado nunca. Es una sangre magnífica, una sangre que en cuanto se prueba te hace adicto. No quiero probar más sangre que la suya.

Y Asmodeo supo que aquello no tenía discusión. Si Alouqua la había probado, y aquella sangre le gustaba, ya no renunciaría a ella. No habría nadie capaz de quitársela.

—Puedes retirarte, Asmodeo.

—Antes de irme, debe saber una cosa.

—Dime.

—El exnovio ha sido liquidado tal y como nos pidió.

—Bien, ¿y Verónica? También te pedí que te deshicieras de ella. No quiero testigos absurdos.

—Verónica ha desaparecido. No la encontramos por ninguna parte.

—¿Cómo es eso posible?

—No lo sabemos.

—No la tendrán ellos, ¿verdad?

—No le puedo asegurar nada, señora.

—Averigua dónde está Verónica. La quiero muerta ya.

—Como deseáis.

—Y quiero que sea antes de la fiesta. Quiero disfrutar mañana de mi fiesta sin que nada lo enturbie.

—Muy bien, señora. ¿Habéis averiguado a qué se deben sus habilidades?

—Es medio súcubo. Su madre es humana, su padre un demonio.

—¿Qué demonio?

—No lo sabemos. Averígualo también.

—¿Alguna cosa más, Alouqua?

—Nada más, puedes quitarte de mi vista.

—Sí, señora.

Y Asmodeo salió, dejando a Alouqua inmersa en sus recuerdos. Recuerdos de cuando Calibán la amaba, y la prometía al oído, junto con un montón de promesas lascivas, que la amaría por siempre. Y recordó sus ojos dorados como el sol, mirándola con pasión mientras le recorrían las piernas con admiración, y cómo se las abría para amarla sin fin. Qué lejos quedaban ahora aquellos momentos perdidos en el tiempo.

No había podido olvidarle. A pesar de los miles de años que habían pasado, no había podido olvidarse de su olor, ni del tacto de su piel de alabastro, ni de la manera tan exquisita en que era capaz de hacerle el amor.

Porque hubo un tiempo, muy lejano, en que Alouqua no follaba. Un tiempo en que hacía el amor. Y aquello pasó cuando Calibán estaba en su vida. Nunca, después de aquello volvió a amar a nadie. Nunca pudo.

Calibán Insignu se había llevado con él su corazón, su felicidad y su inocencia, y la había convertido en el hermoso monstruo que era ahora.

Calibán, Belial, Saura y Shamsiel estaban ultimando los últimos preparativos, cuando alguien llamó a las puertas de *El Purgatorio*, pues estaba cerrado, porque era por la mañana.

Saura abrió, y poco después entró con Alonso y Lluvia, que haciendo uso de las placas policiales entraron hasta dentro del local.

—Ya les he dicho que estaba cerrado, pero no me han escuchado. —dijo Saura.

—No te preocupes —dijo Calibán—. Estamos en una reunión de amigos, y las puertas como verán están cerradas, pues es por la mañana. ¿A qué se debe esta visita?

—Verá, Calibán —dijo Alonso mirando de reojo a Saura, que vestida con unos sencillos vaqueros y un top amarillo estaba arrebatadora— hemos encontrado muerta a otra persona, relacionada con Galatea Fuentes, su exnovio.

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotros? —preguntó Calibán.

—No le estamos acusando de nada —dijo Lluvia entonces, que miraba a Belial de vez en cuando sin poderlo evitar. Belial por su parte, no le quitaba ojo—. Simplemente hemos venido para ver si podemos hablar con Galatea. ¿Se encuentra aquí?

—No —respondió Calibán.

—¿Y saben dónde está? —preguntó Alonso.

—No —respondió Calibán.

—Bien, no pasa nada, seguiremos buscándola, y si no nos acercaremos esta noche para ver si podemos hablar con ella.

—Esta noche no estará —respondió Saura—. Nos ha pedido dos noches libres.

—¿Y saben qué tenía que hacer para no poder venir a trabajar?

—No, no les pregunto a las camareras sobre su vida privada —respondió Saura.

—Ah, bien, gracias. —le dijo Alonso clavándole la mirada oscura.

—Entonces no les molestamos más —dijo Lluvia— buscaremos a Galatea, si la ven por favor, díganle que le estamos buscando, que queremos hacerle unas preguntas.

—Perfecto —respondió Calibán.

Y haciendo un movimiento de cabeza a modo de despedida, los dos policías salieron, dejándoles solos de nuevo. Saura cerró con cerrojo y volvió con ellos.

—Vaya, vaya —dijo Shamsiel— otro muerto.

—Bueno, terminemos esto. ¿Cuándo debemos entrar?

—Mañana por la noche —dijo Saura—. Hay luna oscura, y nos será más fácil movernos sin ser vistos.

—Entonces, mañana por la noche será el momento —dijo Calibán—. Nos la traeremos de vuelta y solucionaremos el problema que haya que solucionar con Alouqua.

—A ver si eres capaz de solucionarlo —dijo Shamsiel.

—A veces me parece que hasta disfrutas con esto —le espetó Calibán.

—¿Qué disfruto? ¡Me encanta! ¡Por fin una buena batalla! Estaba ya aburrido.

—Pues hasta que llegue mañana por la noche, no hagas mucho ruido. Eres muy pesado, Shamsiel —le dijo Belial.

—Y tú un demonio insurrecto.

—¡Basta los dos! —dijo Calibán—. Venga, cada uno a una habitación, desapareced de mi vista.

Y Belial se metió en una habitación y Shamsiel en otra, dejando a Saura a solas con Calibán.

—Esos dos policías son unos entrometidos —dijo Saura.

—Sí, lo son. Pero a ti se te cae la baba cada vez que lo ves. Y a él le pasa igual.

—No volverá a pasar nada entre los dos.

—Ya veremos. Anda, saca el tequila. Hoy será jornada de tequila. Como diría la buena de Chavela Vargas: “Ama sin medida, sin límite, sin complejo, sin permiso, sin coraje, sin consejo, sin duda, sin precio, sin cura, sin nada. No tengas miedo de amar, verterás lágrimas con amor o sin él”.

Y Saura sacó el tequila y dos vasos, y los llenó y después brindaron, chocando los vasitos.

—Por el amor —dijo Calibán.

—Por el amor desquiciado —contestó Saura.

Y después se lo bebieron de un golpe, y Saura volvió a llenar los vasos y miró a Calibán de frente.

—La traeremos de vuelta, no te preocupes.

—Me pregunto si después de lo que viva allí volverá a ser la misma.

—No lo será. Será una mujer más fuerte, más decidida, más aguerrida, pues los malos momentos nos hacen convertirnos en seres mucho más fuertes. Tú de eso sabes mucho.

Y volvieron a beberse el tequila, y Saura volvió a llenar los vasos, y así entre vaso y vaso, siguieron hablando de los entresijos del plan que se traían entre manos.

CAPÍTULO XX

La redención por amor

Galatea llevaba dos jornadas entre algodones. La habían trasladado a unas dependencias que parecían una suite de lujo, con dos grandes estancias, una habitación enorme y un salón equipado con todo lo necesario para hacer la vida más confortable, así como un baño inmenso con bañera, ducha y jacuzzi.

Eran las habitaciones de una reina.

Por otra parte, las esclavas privadas de Alouqua, bellísimas todas, la habían traído los manjares más exquisitos, todo cuanto pedía de comer o de beber, la habían bañado, hecho tratamientos de todo tipo, la habían untado con aceites, hecho masajes y había dormido muchísimo.

Si no fuera porque estaba en manos de Alouqua, la súcubo más despiadada del averno, estaría encantada.

Nunca se había hecho tanto tratamiento de belleza. Y ahora le habían hecho de todo. No tenía un solo pelo en el cuerpo, salvo la larga melena azabache que le caía ahora en suaves ondas, tan suave como nunca la había tenido. Y su piel lucía suave e hidratada como nunca.

Incluso ella misma se había sorprendido al mirarse al espejo. Estaba más guapa que nunca en su vida.

Pero Galatea no podía evitar sentirse como un cerdo al que preparan para el matadero. Ella sabía que aquello que le estaban haciendo en realidad lo que pretendía es que Alouqua estuviera más satisfecha, y eso ya no le hacía tanta gracia.

Había pensado en escapar, pero ni siquiera había tenido la ocasión de permanecer a solas casi en ningún momento, y los pocos instantes en que la habían dejado sola, antes de que el sueño la venciera, no había logrado averiguar apenas dónde estaba.

Estaba en la tierra, de eso casi estaba segura por los indicios irrefutables que había conseguido almacenar, pero no sabía dónde. No había conseguido ver la luz solar y ni tan siquiera sabía si era de día o de noche.

Lo único bueno es que la habían dejado durante treinta y ocho horas a solas con las esclavas y sus tratamientos. No había visto ni a Alouqua ni a Asmodeo, que la daba un repelús que no podía evitar.

Hasta que llegó la noche fatídica, la gran orgía de la que Alouqua la había hablado. Notó una preparación excesiva de todos los esclavos. Todos estaban hiperactivos de un lado para otro, haciendo recados y cumpliendo mandatos.

Y cuando llegó la hora de vestirla, aquellas dos esclavas aparecieron con una ropa minúscula que servía para tapar justo lo necesario, dejándola prácticamente desnuda.

Le hicieron manicura y pedicura, le colocaron aquel bikini de brillantes blancos y azules, y una cadena al cuello, como si fuera un perro.

Cuando preguntó que, si era necesaria la cadena al cuello, las esclavas le dijeron que cumplían las órdenes de Alouqua, y que cuidara el bikini, que estaba hecho con diamantes y zafiros

auténticos. Después la calzaron con unas sandalias de brillantes maravillosas.

Galatea alucinó.

Y luego se miró en el espejo, sin reconocerse. Aquel minúsculo bikini le quedaba de infarto, su recogido en un moño como no había visto en su vida, le hacía más alta y su cuello más largo.

Si no hubiera sido por el collar al cuello, le habría parecido que incluso estaba hermosa, pero en realidad era el regalo más lujoso que Alouqua iba a tener en años.

Shamsiel, Belial, Saura y Calibán lo tenían todo preparado, al menos en la teoría. Habían estudiado las condiciones de El Casino y sabían que tenía dos entradas, una delante y otra detrás, pero también estaban los conductos del aire acondicionado y, por último, su manera favorita, orbitando.

Aparecieron en la nevera de la cocina, envueltos en una niebla azul, con un montón de carnes de animales muertos alrededor. Viandas para una comilona, pensó Belial.

Cuando salieron de la nevera en profundo silencio, escondidos tras una columna, vieron a un montón de humanos trabajando en la cocina, preparando viandas como para una fiesta. Allí había canapés, tartas, caviar, montones de emparedados y sándwich de todas las clases posibles. Calibán pensó que eran demasiados humanos, no podían deshacerse de ellos, pues Shamsiel no se lo hubiera perdonado, y eran muchos para atarlos y dejarlos escondidos en algún armario.

Cuando se estaban preguntando cómo lo hacían, Shamsiel paró el tiempo, y salió tan tranquilo de su escondite, dejando a los humanos suspendidos y congelados en sus quehaceres. Todo se había detenido.

—¿Has parado el tiempo? —preguntó Calibán.

—¿Y qué querías que hiciésemos? ¿Matarlos? ¡Son humanos inocentes!

—Démonos prisa —dijo Saura—. Antes de que noten la vibración.

Belial cogió un canapé que se llevó a la boca, y luego escogió otro y se lo tragó de un bocado. Calibán le miró con cara de pocos amigos.

—¿Qué? ¡Están buenísimos!

—Vamos —ordenó Calibán.

Y los cuatro salieron por la puerta, no antes de que Belial cogiera otro canapé y se lo llevara a la boca.

Y en cuanto salieron, Shamsiel volvió a restablecer el tiempo, y los humanos siguieron con sus quehaceres como si no hubiera pasado nada.

Tuvieron encerrada a Galatea en una habitación hasta que llegó la hora en que la sacaron. Lo hicieron las cuatro esclavas que se habían encargado de prepararla, la llevaron agarrada de la cadena, caminando de pie hasta el gran trono donde se sentaba Alouqua.

Galatea observaba la fiesta. De momento no parecía nada del otro mundo. Grupos de personas vestidas de fiesta tomando una copa y charlando. O al menos parecían personas, pues ya no estaba segura de quién era quién en aquel juego extraño. Al menos cincuenta personas que la miraban con ansia y deseo cuando apareció por la puerta, caminando como una diosa, como lo que realmente era, pues así se sentía de repente. Pero si había unos ojos que la miraban con admiración era Alouqua. Se le estaba haciendo la boca agua, no veía el momento de morderla.

Cuando llegó donde ella, las esclavas le pasaron la cadena, y Alouqua le mandó sentarse en el suelo, entre maravillosos cojines mullidos, como si fuera una estancia árabe.

También Alouqua estaba arrebatadora. Llevaba un vestido recubierto con cristales de Swarovski, que le realzaba la figura y la estilizaba aún más, unas sandalias de ensueño de brillantes también y un collar de esmeraldas que quitaba la luz del sol, pues brillaba muchísimo y no podías quitarle la vista de encima.

Alouqua se dirigió al público, de pie:

—Queridísimos invitados, bienvenidos. Estoy muy feliz de que hoy estéis todos aquí. He invitado exclusivamente a un número de personas que para mí sois esenciales. Mis acólitos primeros, mis primeros adoradores, a los que prometí una larga vida llena de riquezas y poder a cambio de vuestra adoración incondicional. Y hoy, en esta fiesta para humanos, rodeada de humanos, quiero celebrar mi victoria. Una victoria que me ha costado un tiempo obtener, pero que, por fin, he logrado. Permitidme que me guarde los detalles, ya sabéis que soy muy celosa de mi vida privada, pero sabed que hoy por fin vuestra diosa es feliz. Y para agradeceros vuestra fidelidad y lealtad, y para celebrar mi alegría entre todos, recibid este presente. ¡Que se abran las puertas!

Y entonces aparecieron multitud de esclavos y esclavas desnudos que se arrodillaron en un podio todos juntos, hombres y mujeres jovencísimos y bellísimos con cuerpos perfectos, como esculpidos por un escultor.

—Esto es vuestro —continuó Alouqua—. Están aquí para satisfaceros y para que disfrutéis. ¡Qué comience la música! ¡Que comience la fiesta!

Y entonces la música comenzó a sonar, y los hombres y mujeres comenzaron a acercarse a los jóvenes, seleccionando lo que les apetecía. Y Galatea pudo ver cómo todos comenzaban a disfrutar de los placeres de la lujuria. Muchachas que arrodilladas chupaban las vergas de algunos invitados. Hombres que se dedicaban a dar placer a damas, a quien les iban desnudando poco a poco. Grupos que disfrutaban a la vez de uno o dos esclavos. La fiesta, de manera inmediata, había subido de tono. Alouqua parecía satisfecha.

Galatea lo observaba todo atónita, allí sentada en los cojines, a los pies de la súcubo, que atenta no se perdía ni un detalle de lo que allí ocurría.

—¿Te gusta lo que ves? —le preguntó Alouqua

—Sí, ama

—Lo estoy preguntando para que me contestes la verdad. Me gustaría conocerla. Sé que estás escandalizada, y eso me excita mucho. Soy una sádica a la que le excita el dolor y la vergüenza ajena.

—Es un espectáculo curioso.

—El sexo mueve el mundo. Estos humanos prácticamente se vendieron por sexo, por poder disfrutar de él más todavía, por tener dinero para pagarse todas las operaciones estéticas que les permitiera disfrutar de los placeres de los jóvenes un poco más, por tener todo el dinero para comprarse lo que les apeteciera. Estos cincuenta humanos son los más depravados millonarios del mundo que me adoran y hacen lo que les pida por complacerme. Y cada vez es más difícil complacerme. Soy cada vez más exquisita y despiadada. Nada me conmueve. Hasta que has llegado tú, con el sabor de tu sangre y tu belleza tan natural. Me va a encantar alimentarme de ti, beberé gota a gota tu sangre, pero no te preocupes, también haré lo posible por regenerarla.

Sangre tan exquisita no se debe perder. Si tu sangre hubiera sido vulgar, simplemente te bebería hasta dejarte seca, hasta la exanguinación, pero tu sangre es algo especial, y eso te salvará de la muerte. Además, me va a encantar disfrutar de tu cuerpo.

Galatea sintió un escalofrío al observarla con aquella cara de deseo hacia ella. La vio con la boca abierta, mirándola con auténtica pasión, y Galatea supo en aquel mismo instante que no se iba a conformar con succionarle la sangre, simplemente. Alouqua la deseaba sexualmente, podía verlo en sus ojos.

—Tranquila —le dijo Alouqua como adivinando sus pensamientos—. No voy a disfrutar de ti sexualmente delante de mis acólitos, tengo que guardar las formas, y yo soy muy reservada para mis placeres. Mis placeres son míos nada más, nadie que yo no quiera tiene derecho a mirarme. No soy precisamente una exhibicionista. Soy muy discreta con mis pasiones. Quizá te saboree un poquito, pero de momento nada más. Eso sí, dentro de un rato podremos retirarnos a mis aposentos, y allí daremos rienda suelta a nuestro placer. Todo llegará, querida, no hay prisa. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Y Galatea no pudo evitar sentirse atrapada en una situación que le estaba viniendo muy grande. Sopesó la situación, estaban en una fiesta de humanos con humanos, pero estaba segura de que había algunos demonios, pues Asmodeo estaba allí, sentado en una silla antiquísima, haciéndosela chupar por un muchacho imberbe, rubio como el oro y con la piel blanca como el papel. Y también sabía que estaban rodeados por otros demonios, custodios de Alouqua, sus legiones de demonios que la protegían y cuidaban. Solo un milagro podía salvarla de aquello. Y sabía que los milagros eran escasos, y que cuando se trataba de la verdadera maldad, casi inexistentes. ¿Qué sería lo que le apetecería a Alouqua hacer con ella? ¿La ataría, la fustigaría, dejaría correr su sangre?

Parecía que pronto lo podría averiguar.

Los tres demonios y el ángel seguían avanzando por los pasillos por donde sabían que tenían que pasar para llegar al salón principal donde ya habían averiguado que había una fiesta. De momento no se habían encontrado con ningún guardia ni humano ni demonio, pero eso estaba a punto de cambiar, pues de la nada habían aparecido dos humanos que les preguntaban quiénes eran, apuntándoles con berettas. Pero sabían que no debían hacer ruido, era la máxima con la que habían entrado, así que Saura y Calibán cruzaron una mirada, entendiéndose al momento, y Saura se encargó de uno, mientras Calibán con una velocidad sobrehumana se encargaba del otro, con dos llaves cada uno les dejaron inconscientes, cogieron las berettas con intención de llevárselas y luego siguieron avanzando. Todo en un casi silencio.

Estaban ya en el pasillo principal, cuando fueron apareciendo más humanos, de dos se encargó Saura, de otro Shamsiel, de otros dos Belial, y de tres Calibán, y les dejaron inconscientes en cinco segundos.

Estaban teniendo suerte de que aquellos panolis fueran humanos, y Calibán se preguntó por los demonios. ¿Dónde estarían? ¿Alouqua había llegado a la tierra sin sus legiones? ¿Les tenía esperando hasta que llegara el momento en que los necesitara y les convocara? ¿le parecía que aquello lo podía resolver solo con humanos? ¿En tan poca estima le tenía?

Ya se habían apostado frente a la puerta de entrada. Sabían que dentro estaban humanos, pecadores terribles en la mayoría de los casos, pero humanos al fin y al cabo de los cuales no podían deshacerse, así como así. Tenían que entrar sin hacer daño a nadie.

Y sobre todo sin hacer daño a Galatea, que seguro que estaba cerca de Alouqua.

La puerta estaba franqueada por dos humanos grandes como armarios empotrados. Y Saura tenía la paciencia agotada, en dos segundos les había partido el cuello a ambos, haciéndoselo girar para que crujiera.

Shamsiel se lo recriminó con una mirada.

—¡Hemos dicho sin matar a ningún humano, Saura!

—Se me acabó la paciencia.

—Vamos a entrar —dijo Calibán—. Y por favor, vamos a procurar no herir a nadie más.

Y con las mismas, comenzaron la cuenta atrás para entrar dentro.

En un momento determinado Galatea sintió la mano helada de Alouqua que le acariciaba un hombro detenidamente y luego el brazo, hasta que la oyó murmurar.

—Dame tu mano.

Y Galatea la alcanzó la mano, que Alouqua acarició, para llevársela a la boca. La observó primero, luego acarició las venas de la muñeca, y justo cuando estaba lamiendo la que consideraba la mejor vena para beber de ella, se abrieron las puertas y alguien entró con metralletas que disparaban balas a diestro y siniestro, matando a algunos humanos y haciendo desaparecer hacia las paredes a algunos esclavos. Cuando Galatea fijó la vista mejor vio que eran Calibán, Belial, Saura y otro ser que ella no conocía pero que la pareció bello como un ángel. Belial tenía a Asmodeo agarrado por un hombro, sin permitir que se levantara y con los pantalones por los suelos.

Alouqua se levantó de inmediato soltando su mano cuando vio a Calibán, con una mezcla de excitación y placer difícil de definir. Alouqua le tenía frente a frente después de cientos de años, y le pareció que estaba tan hermoso como siempre, con aquellas dos trenzas que había hecho con su cabello y su poderoso cuerpo de bestia primitiva y guerrera mirándola con aquel odio que la estaba haciendo mojarse por completo. No había cambiado nada, estaba arrebatador y bellissimo, y un profundo deseo comenzó a fraguarse en su vientre, sintiéndose de pronto blanda y excitada en su presencia. Alouqua comenzó a respirar pesadamente. ¿Qué ocurría? ¿Es que el peso de tantos años no había servido para cambiar lo que sentía por aquel monstruo infernal? ¿Por qué estaba tan guapo?

Alouqua le miró de frente y esbozó aquella medio sonrisa.

—Vaya, vaya, vaya... —exclamó Alouqua— mira quién ha caído en la trampa para ratones. Mi querido Calibán, cuánto tiempo. Y veo que te has traído refuerzos. La inútil y sentimental de Saura, y el cínico Belial, y ese rubito no es... ¡pero si es Shamsiel! ¡El ángel custodio de los ángeles caídos! ¡Qué reunión tan curiosa! ¡Estoy absolutamente fascinada! ¿Tanto te importa ella como para pretender quitármela por la fuerza?

—Alouqua, lo que te hice, te lo hice yo. Las cuentas que tienes que ajustar son conmigo, no con ella. Déjala en paz.

Calibán entonces la miró por primera vez, allí de rodillas, con la cadena al cuello y profundamente hermosa. La encontró bellissima, y cuando sus ojos se encontraron, supo al instante que Galatea estaba asustada, pero que no quería reconocerlo.

—No voy a prescindir de ella, Calibán. Al principio reconozco que me movió la venganza, única y exclusivamente, pero después probé su sangre y...oh, no hay nada en la naturaleza que se

le pueda comparar. El sabor de su sangre es único, en mi vida he probado otra igual. Es un sabor...perfecto. ¿La has probado? ¡Ah, no, es verdad! ¡No la mordiste porque no la has marcado todavía! Entonces no sabes cómo sabe...Pues es una delicia, no, Calibán, no voy a renunciar a ella. No vas a llevártela.

—Entonces, Alouqua será por las malas.

—Vamos, Calibán, no seas absurdo...estás rodeado por diez legiones de demonios que están esperando una orden mía para aparecer de repente orbitando y así poder acabar con los cuatro. En cuanto yo quiera, os machacarán como si fuerais cucarachas.

—¡Te ordeno por el poder que me confiere que sueltes a Galatea y nos dejes marchar! —exclamó Shamsiel.

—¿Qué poder, Shamsiel? ¿Poder tú frente a mí? Eres tan gracioso... No, yo os diré lo que va a pasar, os marcharéis sin rechistar, os doy la oportunidad de salir indemnes de aquí. Podréis volver a vuestras vidas absurdas y anodinas y os olvidaréis de Galatea y de su existencia. Ella se queda conmigo, pero aún estáis a tiempo de salir sin prejuicio de aquí.

—¿Es que acaso no me conoces, Alouqua? —le preguntó Calibán—. ¿Es que acaso no sabes que cuando se trata de luchar por lo que creo que es conveniente no hay nada ni nadie que me aparte de mi objetivo? Tú deberías conocerme, no en vano pasamos juntos cien años, tiempo suficiente para conocerme un poco y saber que no me marcharé con las manos vacías de aquí. La quiero a ella, la quiero a mi lado, y voy a llevármela por las buenas o por las malas.

Alouqua al oír aquella declaración de intenciones con aquella pasión de labios de Calibán, no pudo evitar sentir una punzada de celos en su estómago. Estaba dispuesto a pelear por ella. A sufrir por ella. A sangrar por Galatea. Lo que nunca había hecho por ella misma. Y de pronto se sintió humillada, resentida, vapuleada.

—Esto es entre nosotros —dijo de pronto Alouqua— deja que se vayan los humanos.

—Perfecto —exclamó Calibán.

Y los humanos salieron para que les hicieran un barrido de memoria y no recordaran nada de lo que había sucedido allí aquella noche. Se quedaron los cuatro, con Asmodeo, Alouqua y Galatea.

—¿Qué tiene ella de especial, Calibán?

—La amo.

—¿Así sin más? Ya amaste antes y las abandonaste a todas. Nos abandonaste de repente, porque cien años podían ser mucho tiempo y siempre te llegaba el hastío.

—Ella es diferente. Es la única mujer que me ha cambiado, que me ha hecho ser mejor de lo que soy, que ha hecho que añore pasar la eternidad entre sus brazos.

Galatea sintió un nudo en el estómago al oírle hablar así, y se sintió profundamente enamorada de él y de sus ojos ambarinos. Las lágrimas afloraron a sus ojos, cayendo por sus mejillas sin poder evitarlo.

Alouqua se había quedado aún más pálida si aquello era posible.

Y Saura, Belial y Shamsiel le escuchaban sin poderse creer lo que oían.

—Vaya, cuánta sinceridad —respondió Alouqua—. Nunca me gustó la sinceridad, siempre pensé que estaba sobrevalorada. Sobre todo, si de repente esa sinceridad se clava en tu corazón como un puñal que lo horada y lo hace estallar. Así que Galatea es diferente a todas nosotras, todas las mujeres que tuviste.

—Galatea es única para mí. La quiero incondicionalmente, estoy a sus pies si ella me quiere, y quiero que la dejes libre. Vamos, Alouqua, puedes tener lo que quieras, déjala marchar. Nos marcharemos y no habrá pasado nada.

—Yo también la quiero a ella.

—Entonces, me quedaré yo contigo. ¿Es eso lo que quieres? Déjala marchar con ellos, y yo me quedo. Mírame, es lo que has estado deseando desde que te abandoné, que volviera contigo y que te pidiera perdón. Pues lo haré si es lo que quieres. Podrás marcarme como tu pareja de sangre si así lo deseas, no opondré ninguna resistencia.

—¡¡¡¡No!!!!— gritó Galatea con todas sus fuerzas.

Y entonces con aquel collar colgando de su cuello salió corriendo a sus brazos, donde Calibán la recibió con los brazos abiertos, fundiéndose con ella en un abrazo intenso.

—Tranquila, mi amor —le dijo consolándola—. No te preocupes, todo estará bien. Tú podrás tener una vida y ser feliz. Es lo que quiero, que seas feliz.

—¡No quiero que te sacrifiques por mí! Yo quiero estar contigo...

—Es la única manera de que te libres de esto.

Y Alouqua comenzó a aplaudir.

—¡Bravo, bravo, bravo! ¡Qué escena tan magnífica! ¡Desde “Romeo y Julieta” no había contemplado nada igual! Bueno, quizá esa historia tan tremenda de “Cumbres Borrascosas”. ¡Cuánto romanticismo! ¡Qué sublime!

—Alouqua, me quedaré si quieres, pero cállate la puta boca.

—Así que serías capaz de sacrificarte por ella —le preguntó Alouqua.

—Sí, lo haré. Pero les dejarás marchar a los cuatro sin ninguna consecuencia para ellos.

—¿Y harás cuanto te pida?

—Todo, excepto hacerles daño a ellos.

Y Alouqua se dirigió al trono y volvió a sentarse otra vez.

—Deberá ser muy bueno lo que me ofreces, su sangre es mejor que el mejor de los manjares de la tierra. Y además me parece una criatura fascinante.

—Seré tu esclavo.

Y Calibán separó a Galatea de él con profundo dolor y la miró por última vez, dándosela a Shamsiel, que la agarró con fuerza para que no se le escapara.

—Muy bien. Entonces quid pro quo. Ella por ti. Me encanta este trato.

—¡Nunca tendrás su amor! —le gritó Galatea.

—Podré soportarlo —le contestó Alouqua.

—La redención por el amor —exclamó Shamsiel—. ¡Qué hermoso!

Galatea lloraba, desconsolada, mientras Calibán se acercaba a Alouqua que le esperaba sentada en su trono, cuando de repente las puertas volvieron a abrirse y un nuevo personaje entró, seguido de un montón de demonios afines a él. Era un demonio elegantísimo, bello, aunque con gestos de adulto de cierta edad, que portaba en sus manos un libro y estaba vestido con un traje impecable. Era un demonio cuya apariencia humana no quería demostrar una juventud inexistente, pero en su porte regio se notaba la sabiduría de los años. Una mirada peligrosa de unos profundos ojos negros como pozos sin fin, el pelo corto y engominado hacia atrás, la mandíbula recta y varonil, los andares seguros. El demonio miró a Alouqua, y esta se arrodilló ante él, en señal de devoción.

—Dantalion, “El Sabio” —dijo Alouqua—. ¿A qué se debe tu presencia en mi humilde morada?

—¿Qué estás haciendo, Alouqua?

—Pues disfrutar un poco...

—¿Sabes quién es ella? —le dijo señalando hacia Galatea— ¿Tienes una ligera idea de quién es?

—No, bueno, se llama Galatea Fuentes y recientemente he sabido que era un medio súcubo...

—¡Y, aun así, sin saber quién era exactamente la has convertido en tu esclava!

—Bueno, era la puta de Calibán.

—¡¡Silencio!!— gritó el demonio—. No vuelvas a insultarla, no se te ocurra volver a decir una palabra ofensiva hacia ella.

—Pero ¿quién es? —preguntó Alouqua desconcertada.

—¡Es mi hija! —le gritó profundamente enfadado.

Y se hizo el silencio. Todos se quedaron callados, perplejos. Asmodeo se puso en pie y se subió el pantalón y Alouqua se incorporó sin saber por primera vez en mil años, qué decir.

Y Dantalion se acercó a Galatea y le cogió la cara con las dos manos y la miró con un profundo amor en sus ojos. Sus caricias le emocionaban y Galatea por primera vez en la vida, se sintió en casa, por fin, con quien le había dado el ser.

—Siento tanto que me tengas que conocer en estas condiciones...quiero que sepas que no te dejé porque no te quisiera, pero tenemos una conversación pendiente que ahora deberá esperar.

Y Galatea asintió con la cabeza y luego su padre depositó un beso en su frente y volvió a dirigirse a Alouqua.

—Alouqua, los ancianos no están contentos contigo.

—Ni yo con ellos.

—¡No respondas a tus mayores, muestra un poco de respeto!

Y cuando Dantalion dijo esto, retumbaron las paredes y Alouqua sintió un escalofrío de miedo.

—Te diré lo que va a pasar, Alouqua —dijo Dantalion—. Ahora mismo Asmodeo y tú iréis al infierno, custodiados por mis treinta y seis legiones de demonios que me acompañan, donde se os juzgará por mezclaros en estas trifulcas absurdas y sentimentales propias de humanos. Allí decidirán qué hacer con vosotros. Y por supuesto, vosotros podéis ir libres.

Y ahora se dirigía a los cinco que estaban esperando sus palabras.

—Calibán —le dijo—. Cuidala como debes. Yo voy a cerciorarme que estos dos vuelvan de regreso al Infierno, pero dentro de poco iré a veros para que tengamos mi hija y yo una conversación como se debería haber tenido hace tiempo.

Y Calibán asintió. Y luego se dirigió a Shamsiel:

—Shamsiel, el equilibrio ha vuelto a conseguirse. Todo está como debe.

—Por supuesto —contestó.

Y luego se acercó a Galatea a la que besó en la mejilla.

—Ve a casa con tu pareja, pronto nos veremos.

—Gracias por venir a rescatarnos —le dijo Galatea.

—Siempre estaré si me necesitas.

Y diciendo esto, Dantalion comenzó a preparar la expedición de regreso, mientras que los demás se iban a casa.

Galatea abrazó a Calibán y se besaron con un beso de amor, en el cual se demostraron todo lo que llevaban dentro, recreándose en olerse, en acariciarse, en amarse como siempre habían

querido amarse.

—Gracias por venir a por mí —le dijo Galatea.

—Siempre vendré a por ti. Aunque tenga que bajar a los infiernos a rescatar tu alma como Orfeo, lo haré si es necesario.

—Y gracias por querer salvarme, sacrificándote tú.

—Quiero que por encima de todo seas feliz.

—Vámonos a casa, estoy deseando que lleguemos para que me marques y me hagas tuya para siempre.

—¿Estás segura?

—Completamente.

Y Calibán le quitó el collar de su cuello, lanzándolo lejos, y la cogió en brazos, y los cinco salieron de allí, envueltos en niebla.

CAPÍTULO XXI

Somos uno

Calibán y Galatea se dirigieron a casa de Calibán, pues Galatea estaba sobrepasada por las circunstancias y tenía que descansar. Mientras Saura, Belial y Shamsiel se dirigieron a *El Purgatorio*, donde ya habían decidido qué hacer con Verónica.

Le borrarían los recuerdos por completo. Le harían un borrado selectivo en el cual solo eliminarían todo lo relacionado con ellos y el local. Sería como si nunca se hubiera dejado caer por allí y nunca los hubiera conocido. Calibán había insistido mucho en la parte de que se tenía que olvidar de él por completo, no quería volver a saber de ella nunca más. Le borrarían la obsesión por Calibán y también la saña que le tenía a Galatea.

Y así Verónica y toda su maldad desaparecerían de sus vidas.

También la sacarían de allí y la dejarían en su cama con un sueño inducido que la mantendría desorientada y perdida. Verónica creería que había tenido algún sueño extraño que no podía recordar y luego seguiría con su vida, con su trabajo, con sus amigos, con sus rutinas diarias, con todas excepto las que tenían que ver con ellos y su local.

Y, aun así, a Calibán le parecía que Verónica había pagado poco lo que había hecho.

Pero Shamsiel había insistido mucho en que la dejaran redimirse y arrepentirse, que quizá así consiguieran que fuera otra.

Calibán lo dudaba.

Pero en aquellos momentos, lo único que le importaba era la recuperación de su mujer. Sí, su mujer, pues ya la consideraba suya por completo. Y allí se quedó tumbado a su lado, acompañándola mientras dormía, y allí se quedaría, fuera lo que fuera el tiempo que tuviera que esperar, oliendo su sedosa melena, que olía a manjares de dioses, y acariciando su piel, abrazado a ella, agarrado a su cuerpo como si ella fuera un trozo de madera en un inmenso océano en el cual él casi había naufragado. Pero estaba a salvo por ella. Ella le había salvado.

Habían decidido que cerrarían el local y que cogerían una semana de vacaciones para ver si en ese tiempo, todo volvía a su origen. A Saura y a Calibán les parecía un tiempo suficiente para que Galatea descansara, él consiguiera marcarla y poder pasar un tiempo a solas.

Y a Saura todo le pareció bien, porque sabía que los tortolitos necesitaban su tiempo, así que se fue a su apartamento, para tirarse en el sofá día y noche, viendo series de Netflix, comiendo palomitas y tomando helado de chocolate, deprimiéndose por la mierda de vida que llevaba.

Y allí estaba, tomando helado de la tarrina, viendo una serie cuando sonó el timbre de la puerta. Y decidió abrir.

La sorpresa fue mayúscula cuando vio quién estaba en la puerta.

Belial.

Se le quedó mirando fijamente como si se hubiera encontrado a la vecina montando un unicornio durante más tiempo del que pudo contabilizar.

—¿No vas a invitarme a entrar, Saura?

—Pasa.

Y Saura se hizo a un lado, cerró la puerta de la calle y le invitó a sentarse en el sofá.

—¿Estás viendo Netflix? —le preguntó él.

—Sí, soy patética, lo sé. Ya puedes reírte de mí todo cuanto quieras. No me importa.

—Cualquiera diría que te estás escondiendo...

—Puede ser. Quizá esté escondida del olor a coco y a bourbon y quizá aquí encerrada consiga olvidarme de él.

—Quizá.

Y así permanecieron unos minutos en silencio hasta que Saura lo rompió.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Saura.

—Me aburro. Y estoy triste. No sé...o voy a la psicóloga o vengo aquí. Y pensé que al menos contigo podía hablar sin subterfugios. Puedo ser libre para hablar.

—Pues ya somos dos.

—¿Qué te parece si nos vamos a mi casa? —le preguntó Belial.

—¿A qué?

—No seas mal pensada, mujer. Te estoy invitando allí porque tengo más comodidades. Tengo piscina como Calibán, y una sala de cine, las series se ven mejor en pantalla grande, y mi pantalla es como la del cine. Puedo pedir que traigan la película que quieras ver, o varias, o series de Netflix...allí tengo cocineras que nos pueden hacer de comer lo que queramos, y beber...No pienso tocarte un pelo del cuerpo., Saura. Pero necesito la compañía de una amiga.

—¿Amiga?

—Sí, amiga... Yo ya no soy el mismo que bajó a la tierra hace unos años. Necesito gente a mi alrededor, necesito amigos y amor. Estoy muy solo, y no puedo quitarme de la cabeza a la puñetera pelirroja ni su puñetero olor a tormenta y vainilla.

—¿Tienes helado de chocolate?

—De camino compro quince tarrinas.

—Vamos entonces.

Cuando Galatea despertó, se sentó en la cama de repente exaltada, pero los brazos de Calibán la recogieron, y la abrazaron y la mecieron, tranquilizándola. Y de pronto se sintió segura y se relajó totalmente cuando percibió aquel olor a sándalo tostado y a eneldo, y a orégano y se sintió segura, y se agarró a él, dejándose mecer.

—Todo ha pasado, pequeña.

—Todo ha pasado...no me lo puedo creer. Creí que me quedaría allí con ella como su esclava eternamente. Tenía una obsesión por el sabor de mi sangre que no entendí en ningún momento.

—Ya no volverá a probarte nunca más. ¿Tienes hambre?

—No, estos días he comido como si fuera un elefante, aún estoy empachada.

—¿Te apetece un baño?

—Sí.

Y Calibán se levantó, y se dirigió al baño de la habitación para preparar el jacuzzi, y cuando lo tuvo preparado la cogió en brazos, desnuda como estaba y la metió en él consigo mismo, y allí ella se acomodó apoyando la espalda en su pecho, y se dejó lavar por sus manos grandes y fuertes,

que la lavaban al mismo tiempo que la masajeban la piel enardecida, que poco a poco se iba encendiendo por su buen hacer. No hacía falta que dijeran nada, no podían hablar.

Los dos se dejaron llevar por lo que sentían, las manos de él sobre los pechos de ella, masajeándolos, las manos de ella sobre sus propias manos, guiándolas hasta su sexo.

Calibán la tocaba como si fuera un instrumento y pudiera sacar de ella las notas más sublimes. Y ella sonaba de maravilla.

Estuvieron encendiéndose hasta que él no pudo más y la sacó de allí, la secó con una toalla cada rincón de su cuerpo y luego la depositó en la cama. La besó por todo el cuerpo, lamiendo y acariciando hasta que ella no pudo más.

—Quiero que te transformes para mí —le pidió ella enardecida.

—¿Te gustaría verme como demonio?

—Nada me pone más.

Y él agradecido la besó en la boca, metiéndole la lengua que ya se encontraba con la suya, mientras poco a poco se iba transformando en otro ser, un demonio enorme que crecía en tamaño y satisfacción por tener la suerte de tener entre sus brazos al medio súcubo más maravillosa del mundo. Sus cuernos, la cola fustigadora, los tatuajes milenarios y su color granate poderoso. Galatea le besaba con toda la boca abierta para él, para que él pudiera lamerla a su antojo, totalmente enamorado, mientras le tocaba la cola, acariciándosela como si fuera la de un gato, y Calibán ronroneó de gusto, mordiéndose el labio inferior y emitiendo un pequeño gemido de placer.

Y Calibán no pudo más y hundió la cabeza en su sexo, lamiendo cada pliegue, los labios, mordiéndolos, hasta que se encontró con el clítoris al que dedicó todas sus atenciones. Le lamía, poco a poco, llevándola a perder la cabeza por completo, hasta que ella le suplicó que la hiciera correrse, y él la consintió.

Galatea se dejó llevar por un potente orgasmo que la hizo transportarse al universo en un momento.

Y ella entonces, le puso a él de espaldas y decidió hacerle lo mismo a su vez. Tenía una polla enorme enhiesta por completo que palpitaba de deseo, y Galatea, aun sabiendo que no iba a caberle en la boca, comenzó a pasarle la punta de la lengua desde la base del pene hasta el glande, haciéndole sentir que estaba en el cielo, deteniéndose en el frenillo, hasta que hizo a Calibán gemir, y hundirse en la almohada, abandonado por completo. Y luego comenzó a abarcarle casi por completo por su boca, saliendo y entrando, llevándole al límite una y otra vez, hasta que Calibán no pudo más y la dio la vuelta, poniéndola de espaldas sobre la cama, y ahora encima de ella, la empaló de una sola embestida, clavándosela hasta el alma.

Galatea gritó por el placer y la sorpresa, y después comenzó a moverse junto a él, que entraba y salía de ella, una y otra vez, llevándola hasta las estrellas.

—Muérdeme —le pidió ella

—¿Estás segura?

—Totalmente.

Y Calibán sacó sus colmillos y con dulzura, mientras su polla entraba una y otra vez en ella, le lamió la yugular para prepararla y luego le clavó los colmillos.

Galatea sintió aquel pinchazo, y luego una ola de placer que se extendió por todo su cuerpo, y llegó al orgasmo en un segundo, y aquella mordida continuaba llevándole réplicas del orgasmo sin

fin. Parecía un orgasmo que no terminaba, que cuando parecía que se acababa comenzaba a empezar de nuevo. Galatea estaba absolutamente rendida a las nuevas sensaciones, hasta que Calibán decidió que debía parar y sacó sus colmillos corriéndose él dentro de ella también.

Y después le miró a los ojos ambarinos y le besó en la boca, tocando sus cuernos magníficos, lo que le llevó a él a un inmenso placer. Calibán dejó caer la cabeza sobre su regazo y allí se quedaron con la piel exaltada de emociones, sus respiraciones acompasándose, absolutamente felices.

—Ahora, para completar el ritual tú debes beber sangre de mí. —le dijo él.

—Hagámoslo.

—Quiero que sepas que en cuanto lo hagamos no habrá marcha atrás. Ambos sabremos dónde está el otro en todo momento, qué está haciendo, si está en peligro o disfrutando de un helado.

—Lo sé —le contestó ella, profundamente segura.

Y Calibán se abrió una vena de la muñeca con una de sus largas uñas y saliendo un reguerito de sangre se lo ofreció a ella, que bebió con pasión.

Le sorprendió que su sangre no sabía a hierro sino a las especias a las que olía su piel, y cuando Calibán decidió que era suficiente se retiró besándola.

—Estamos unidos —dijo ella.

—Somos uno para siempre —contestó él.

—No voy a dejar de pedirte que me muerdas si es eso lo que se siente.

—Ni yo dejaré de hacerlo. Ahora sé por qué Alouqua se volvió loca con tu sabor.

—¿Sabe bien?

—Sabe a gloria. Sabe a mousse de limón dulce y a lluvia de verano. Es una mezcla fresca que estaría bebiéndome sin fin.

—Pues mi sangre es tuya como lo es mi cuerpo. Puedes hacer con él lo que quieras.

—Pues voy a adorarlo cada día de mi vida, a besarlo todas las noches, a amarlo sin fin. Me beberé tu sangre cada noche, te haré correr hasta el infinito y nunca me cansaré de ti.

—Promételo.

—Te lo prometo. Soy el demonio más feliz de todo el putito averno.

Alouqua estaba en una cárcel del hades del que nunca más saldría, sin comodidades, sin lujos, condenada para toda la eternidad por haber desobedecido a los ancianos cuando le prohibieron salir de los Infiernos, pero sobre todo condenada por el marido de su madre, el primero de todos, que la odiaba por representar aquella infidelidad de la súcubo que más amó en su vida. Estaba sola. Asmodeo había sido condenado del mismo modo en otra celda, y se decía que incluso se había echado a llorar como una nena.

Alouqua no lloraba, no suplicaba, no pedía perdón.

Porque en el fondo de ella misma sabía que aquello no duraría eternamente. En algún momento, encontraría el modo de salir de allí, más tarde o más temprano, pero lo lograría. De momento, tan solo tenía tiempo, el que gastaría en pensar cómo cumplir su venganza. Y esta vez sería implacable.

Que se preparase Calibán, y Galatea, que se preparase Shamsiel, y Saura y Belial.

Que se preparasen. Porque cuando ella consiguiera salir de allí, saldría como la hidra de nueve cabezas destruyéndolo todo. Invencible. Poderosa, reforzada. Totalmente recuperada, con toda su

maldad en auge. Y sería mortalmente divertido ver cómo la cara de Galatea se convertiría en una máscara de dolor eterno.

Y después reclamaría el reino de los Infiernos. Ella debía ser su reina. Ella y nadie más.

CAPÍTULO XXII

Algunas sorpresas

Habían preparado té con pastas, pues se le habían antojado a Galatea, y lo estaban tomando en el jardín, junto a la piscina, cuando apareció orbitando Dantalion tan hermoso como siempre. Con forma humana y un traje impecable. No lo esperaban, así que los dos se pusieron de pie inmediatamente y le miraron asombrados.

—Perdonad la intromisión. He sabido que estabais solos aquí y me ha parecido buen momento para venir a hablar con mi hija.

—Bienvenido —respondió Calibán—. Os dejaré, le diré a la Sra. Sánchez que traiga otra taza para tomar el té. Tomaos el tiempo que necesitéis.

Y besó en los labios a Galatea y salió.

Galatea estaba nerviosa, aquel demonio tan elegante le producía una mezcla de sensaciones. Le parecía bello, sentía algo especial hacia él, pero al mismo tiempo, un profundo temor incontrolable la tenía poseída.

Dantalion se acercó a ella, la besó en la mejilla y la invitó a sentarse. Galatea lo hizo y después le siguió él.

—No quiero que me tengas miedo —le dijo Dantalion.

—Es que no puedo evitarlo.

—Entonces tendré que venir más a menudo a visitarte.

—Eso estaría bien, así nos conoceríamos mejor.

Entonces apareció la Sra. Sánchez con una nueva taza que depositó en la mesa, le preguntó si le servía té, y Dantalion afirmó dándole las gracias.

La Sra. Sánchez les dejó solos.

—Tienes que haber estado siempre muy enfadada conmigo.

—De pequeña te tenía idealizado, luego a medida que fui creciendo y haciéndome mayor, cuando empecé a arder y a pasarme las cosas extrañas que empezaron a pasarme, entonces sí comencé a odiarte. En la adolescencia. Luego empecé a justificarlo. Comencé a pensar que tenía que haber una razón para que mi padre me hubiera abandonado. Sobre todo, porque mi madre siempre me decía que tú no habías sido del todo responsable de haberte ido, siempre me habló de motivos. Y nunca jamás habló mal de ti. Nunca.

—Fe siempre fue una mujer maravillosa. Me enamoré de ella, por si quieres saberlo. Me enamoré perdidamente. Hubo un momento en que incluso pensé en dejarlo todo y quedarme a su lado. Sobre todo, en el momento en que me dijo que estaba embarazada. Pero tenía muchas obligaciones y no tuve el valor suficiente para hacerlo. En el fondo siempre me arrepentí de no haberlo hecho. Por otra parte, tenía que protegerte. Si me hubiera quedado con vosotras, en aquel momento, y según estaban las cosas, hubieran venido a por mí, y para convencerme probablemente hubieran acabado contigo.

—¿Me hubieran matado?

—En la misma cuna sin duda. Y no estaba dispuesto a ello. Me sacrificué para que vivieras. Pensé que sería mejor que vivieras sin padre a que murieras.

—Nunca me imaginé algo así.

—Pero siempre he estado cerca de ti. En tus logros académicos, cuando te pasó aquello de los muchachos que quisieron abusar de ti, en el colegio de pequeña...de vez en cuando orbitaba y te observaba de lejos.

—¿Supiste lo del abuso?

—Sí, y digamos que después me presenté delante de ellos en mi forma demoníaca y que seguro que se les quitó la idea de intentar violar a nadie más.

—Ardí como una hoguera.

—Es una de tus habilidades.

—Recientemente he descubierto que puedo convencer a los humanos para que hagan lo que yo quiero.

—Y desarrollarás otras, seguro.

—Todo un mundo por descubrir.

—Galatea, ¿tienes alguna duda? ¿Quieres preguntarme algo?

—Sí, hay algo que me corroe desde hace días, algo a lo que no puedo evitar dar vueltas sin parar. Tengo una duda enorme.

—¿Cuál? Dime, a ver si puedo responderte.

—Amo a Calibán, y él me ama a mí. Queremos pasar el resto de nuestra vida juntos. Mejor dicho, de la mía. Lo único que me da miedo es envejecer y que él permanezca joven. Es algo que no podría soportar.

—Te entiendo. Es uno de los motivos por los que me marché del lado de tu madre.

—Me gustaría saber si soy mortal o inmortal. Alouqua me dijo que nosotras, los medios súcubos, podemos heredar eso de nuestra madre o de nuestro padre, pero que también los hay que son mortales. A mí me gustaría saber qué soy para atenerme a las consecuencias.

—¿Seguro que estás preparada para saberlo?

—Lo necesito. No quiero que Calibán se quede a mi lado cuando envejezca, y quiero saber si va a suceder. Yo sé que Calibán me va a decir que no le importa, y sé que ahora es así, que no le importa porque me quiere. Pero también sé que sufrirá cuando me vea apagarme, cuando sepa que se quedará solo.

—Bien, pues te lo diré.

—Te lo agradezco.

—Eres inmortal. Lo has heredado de mí. No tienes que preocuparte por envejecer ni por morir. Podrás estar a su lado toda la eternidad.

Galatea se le quedó mirando de repente aliviada y le abrazó. Dantalion le correspondió con amor, profundamente agradecido por esa muestra de cariño.

—Calibán se va a llevar una alegría enorme.

—Ahora puedes empezar a preocuparte por otras cosas. Por no cambiar cuando el paso del tiempo pase sobre ti sin hacerte mella. En no aburrirte, la eternidad puede llegar a ser demasiado tiempo para llenarlo con algo.

—¡Al menos yo sí duermo!

—Sí, eso lo heredaste de tu madre, no he visto en mi vida una criatura que durmiera tanto. Al principio era bonito estar abrazado a su lado, mientras dormía, pero luego...se fue haciendo tedioso. Y cuando ella dormía yo me marchaba a mis asuntos y luego volvía a su lado. Aquella época fue una época feliz en mi vida.

—¿No vas a ir a verla?

—Si voy, me entrará una tentación tremenda de quedarme a su lado. La sigo queriendo.

—¿De verdad?

—Sí. A veces también a ella la observo a lo lejos. Sigue estando bellísima.

Galatea pensó en su madre, y en la vida dedicada a ella que había llevado, y de pronto pensó que quizá nunca rehízo su vida, porque en el fondo seguía enamorada de ese demonio tan guapo y elegante, y la pareció comprensible que aquello fuese así.

—Tengo una pregunta más.

—Dime.

—¿Podremos tener hijos?

—En principio sí. No hay nada que os lo impida. Si se puede entre humanos y demonios, ¿por qué no entre demonios y medio súcubos?

—Genial.

—¿Habéis hablado de niños?

—No, todavía no, en realidad no sé si Calibán quiere. A mí me gustaría.

—No me he hecho a la idea de ser abuelo, tendré que empezar a hacérmela.

Y Galatea rio con una risa sincera, y luego miró a los ojos a su padre y se vio ella misma reflejada, y la pareció mentira estar así de cómoda hablando, tomando té y riendo junto al hombre que la había procreado. Y se sintió agradecida de ser quien era, de estar allí con él, y de por fin saber quién era ella.

—Prométeme una cosa —le dijo ella.

—Bueno, a ver si puedo.

—Prométeme que vendrás a vernos de vez en cuando.

—No solo te prometo eso. También te prometo que podrás contar conmigo siempre que lo necesites. Estaré siempre para todo, dispuesto a lo que sea por ti. Siempre serás mi niña, aquel bebé que conocí cuando naciste. Nunca me sentí tan orgulloso de nada como en aquel momento, por haber creado a una criatura tan perfecta.

Y a Galatea se le llenaron los ojos de lágrimas y se emocionó. Y allí siguió hablando con su progenitor, mientras Calibán, en el despacho de la casa, sentía la profunda emoción que embargaba a Galatea porque la sentía él mismo también, gracias a que ahora era su otra mitad. Y también a Calibán se le llenaron los ojos de lágrimas, y allí, en el despacho las lágrimas le rodaron por las mejillas.

Y abrieron de nuevo *El Purgatorio* un viernes. Y a pesar de que Galatea se empeñó en seguir trabajando de camarera, a Calibán no le parecía buena idea, y le ofreció ser la “relaciones públicas” del local, y le hizo prometerle que podría hacer cócteles a los clientes que ella quisiera, y también podría echar una mano cuando hubiera mucha gente.

Pero vestida.

Calibán había sido muy estricto en eso, porque no podía soportar la idea de que enseñara el culo a todo el mundo, ya no. Aquello solo lo podía ver él, y como demonio controlador y territorialista aquello le parecía innegociable.

Así que Galatea se embutió en un precioso vestido color aguamarina con pedrería en el pecho y falda de tul aquel primer viernes, y se calzó unas preciosas sandalias a juego, y estaba realmente preciosa. Cuando Calibán la vio pensó que no había mujer más bonita sobre la capa de la tierra. Y la alcanzó en el pasillo, agarrándola por la cintura para besarla en la boca con toda la pasión que tenía, mordiendo aquellos labios tan apetitosos que tenía pintados de rojo, estropeándole el carmín por completo.

Pero Galatea le correspondió igual, besándole a su vez como si aquel beso fuera el último de sus vidas. Nunca tenía suficiente de él. Siempre quería más. No se cansaba de besarle, de tocarle, de acariciarle, en su forma humana o demoníaca, le daba igual.

Se encontraron en el pasillo a Saura que los miró divertida y pasó por el medio de los dos, separándolos momentáneamente.

—Id a una habitación, por favor, y dejad de magrearos en el pasillo —les dijo riendo.

—Envidiosa —le contestó Calibán.

Y luego la siguió besando sin poder evitarlo, porque aquel olor de su piel le llamaba, porque el limón dulce y la lluvia temprana, le llamaban a gritos para que hundiese su nariz en el cuello, y para lamérselo con ganas, arrancándole gemidos de placer cuando pasaba cerca de la yugular.

—Empieza a entrar gente, pero te prometo que cuando esto acabe y nos vayamos a casa, te voy a morder por todo el cuerpo. —le prometió él.

Y a Galatea aquella le parecía una magnífica idea. Y no contestó, pero le sonrió con el cuerpo entero y se alejó de él, contoneando para él sus caderas, encendiéndole aún más.

Y así había comenzado la noche, con un montón de clientes dando rienda suelta a sus pasiones por todos los rincones del local. Algunos simplemente tomaban un cóctel y charlaban, y otros ya estaban por las distintas dependencias jugando a sus juegos favoritos. Alguna habitación estaba ocupada y todo el mundo parecía feliz.

Hasta que los gritos que venían de fuera y ya sonaban dentro les sacó de sus ensoñaciones. Un montón de policías, seguidos de Alonso y Lluvia, enseñando sus placas, mandaban quitar la música y hacer el silencio, diciendo que aquello era una redada.

Una redada, pensó Calibán.

Calibán cruzó su mirada con Belial, que hablaba con dos jovencitas y los dos supieron en ese momento que estaban perdidos.

La policía iba colocando a la gente para cachearla, mientras Alonso se dirigía hacia Calibán con la orden de registro. Calibán la cogió y la leyó por encima, sabía de sobra que aquella orden era legal.

Hasta que un policía cacheó a uno que llevaba bastante droga, y otro encontró a otro, ya iban a cachear a Belial cuando Calibán sintió aquella vibración tan particular y miró a Saura que también lo había notado, y Shamsiel apareció orbitando.

El ángel y Calibán se quedaron mirando, y el tiempo se paró, quedando todo el mundo congelado. Todos excepto ellos dos, Galatea, Saura y Belial.

—¿Qué haces aquí, Shamsiel? —le preguntó Calibán.

—Salvándoos el culo.

—Y te lo tendremos que agradecer...

—No lo hago por ti, Calibán. Allí arriba tengo que dar muchas explicaciones y ya estoy cansado de dar tantas. Esto se complicó desde el primer momento de una manera que no había ya forma de desenredar, y no me queda más remedio que hacer las cosas a lo grande. A grandes males, grandes remedios.

—Bueno, no tenemos la culpa de... —comenzó a hablar Belial, pero Shamsiel le miró con una mirada que no se atrevió a seguir hablando.

—Así estás mejor, Belial, calladito. Os diré lo que haremos, voy a borrar la mente de todos estos policías, en especial de la pelirroja y de Alonso, voy a hacer que no recuerden nada de vosotros en absoluto, que se borren los muertos, que se olviden de todo, y luego iré donde el magistrado que dio la orden y donde todos los policías que sabían de este asunto y les borraré la memoria a todos también. Será como si nunca hubiera habido muertos, ni drogas, ni nada que sea ilegal. Pero eso significa varias cosas.

—Al grano —le dijo Saura.

—Que tanto Alonso como Lluvia se olvidarán de que todos vosotros existís. Por tanto, el poli se olvidará de vuestros momentos de pasión también.

—Esa hasta es una buena idea. —dijo Saura.

—No te lo crees ni tú —le dijo Shamsiel—. ¿Sabes por qué? Porque tú no te podrás olvidar de él. Igual que Belial por otra parte, no se podrá olvidar de la pelirroja.

—Ese será nuestro problema —le contestó Saura.

—Muy bien, como prefieras. Por otra parte, Belial deberás deshacerte de esa droga, no deberá caer en manos de nadie más. La tirarás al mar o donde quieras, la harás desaparecer.

—De acuerdo —contestó Belial.

—Y nunca jamás os volveréis a mezclar con estos asuntos de drogas, u os juro que volveré para arrastraros conmigo hasta el infierno donde haré que os encierren en una celda para siempre. ¿Está claro?

—Como el agua —contestó Calibán.

—Y dad las gracias de que el tío Shamsiel está aquí para salvaros el culo de nuevo. Si hubiera sido otro os habría dejado que cargarais con las consecuencias.

—¿El tío Shamsiel? —preguntó Belial—. ¿Ahora vamos a tener que llamarte así?

—Tú no, pedazo de bestia. Me lo llamará ella —dijo señalando a Galatea.

—¿Te lo llamaré yo? —Preguntó Galatea.

—Tú tampoco.

—Hoy pareces un enigma —le dijo Calibán.

—Bueno, consideradlo un regalo.

—¿Un regalo por qué? —preguntó Galatea.

—Un regalo para vuestra hija —dijo mirando a Calibán— ¿O es que nadie se había dado cuenta de que dentro de ella laten dos corazones?

Y Calibán miró a Galatea que se puso roja de repente, y después se dirigió a ella, la agarró, levantándola en el aire y la besó en los labios y la miró a los ojos.

—¿Eso es verdad?

—Bueno, sí, me he enterado esta mañana, te lo iba a decir luego, pero es que aún estoy de muy poquito, no sabía si esperar un poco...

—No te preocupes, Galatea —dijo el ángel—. Esa niña nacerá.

Y Calibán se sintió el ser más afortunado del mundo y, los ojos se le llenaron de lágrimas sin poder evitarlo, y la abrazó tan fuerte que le hizo daño.

—Oh, pero si estás llorando, machote —exclamó Belial.

—Son sus hormonas, listo. Somos una mitad, yo siento lo que ella siente, y ella lo que siento yo. Pero de todas formas no me avergüenza confesar que soy muy feliz.

Y Galatea le besó, agarrándole por la nuca.

Y Shamsiel miró a Saura y a Belial.

—¿Queréis decirles algo a estos dos antes de que les reinicie desde el principio?

—No —dijo Saura.

Y Belial se acercó a Lluvia tan cerca que la olió profundamente la piel de su cuello y después se alejó de ella.

—Tampoco —contestó el demonio.

—Entonces comenzaré a hacer mi trabajo. Me va a llevar un tiempo, así que si queréis podéis desaparecer de aquí. Tú no, Calibán. Tengo que hablar contigo luego.

Y diciendo esto, Shamsiel comenzó con lo suyo, mientras Saura y Belial se iban a casa de Belial, donde Saura prácticamente se había instalado, y Calibán le instaba a Galatea que se echara en la cama de su habitación en el local, mientras él esperaba que Shamsiel terminara con lo que estaba haciendo, esperándole en su despacho.

Y Galatea obedeció, pues ahora tenía sueño constantemente, y Calibán se encerró en el despacho, donde esperaría a que Shamsiel terminara.

Cuando Shamsiel terminó, Galatea estaba profundamente dormida en la habitación del local, y Calibán estaba esperando al ángel en su despacho.

Shamsiel entró sin llamar y se dirigió al mueble bar donde se sirvió su copa favorita, sirviendo una a Calibán también. Se la dejó sobre la mesa y después, con la suya, se sentó frente a él, con una profunda sonrisa.

—Ya está todo solucionado. —le dijo el ángel.

—Gracias.

—No me las des, era lo que había que hacer. Tengo que decirte algo más.

—Dime.

—Ya no estás en el lado oscuro.

—¿Cómo?

—Ya no estás en el lado oscuro, seguirás siendo un demonio, por supuesto, pero ya no estarás nunca más del lado del mal.

—¿Pero por qué?

—Porque Galatea te ha salvado. ¿Te acuerdas cuando te sacrificaste por ella ante Alouqua? ¿Cuándo quisiste cambiarte por ella?

—Sí.

—Hiciste una redención por amor.

—¿Y?

—Que te sublimaste. Verás, querido Calibán, ser amado con tan gran amor que sea este el que nos salve, es en sí, la premisa de muchos seres que no creen en sí mismos, de tal manera que

considerándose indignos para sí y para el mundo, necesitan la aceptación ajena para perdonarse y escapar así de sus propios laberintos. De esta manera, tú no te aceptabas, por eso escapaste del averno, viniendo aquí, perdiendo las alas, para redimirte. Por supuesto, tú no eras consciente.

—Yo estaba perdido.

—Necesitabas encontrarte con ella. Galatea era tu destino.

—¿Y has sabido siempre que ella era mi destino? Porque hubo un momento en que me mandaste alejarme de ella.

—Tenía que estimularte, y sabía que haciendo eso te empujaría más hacia ella. Luego se fueron complicando las cosas, y todo lo demás que ya sabes, pero bueno, esa es otra historia. Lo importante es que te has redimido. Como Fausto, por ejemplo, por el amor de Margarita. La redención por amor es la más gloriosa forma de salvación, en mi humilde opinión.

—En el fondo eres un romántico, Shamsiel.

—Todo se ha cumplido como debe. Todo se ha dado como debía darse. Estoy orgulloso de ti, Calibán. Eres una criatura gloriosa, sublime, y estamos todos muy felices de que lo hayas logrado.

—Siempre puedo volver a estropearlo todo.

—No si yo puedo evitarlo.

—¿No te largas?

—No puedo hablar aún de ello, pero tienes Shamsiel para rato.

—Venga, si no tenía poco, ahora voy a hacer nuevos enemigos en el Infierno.

—No seas cínico, no te va. Eso le pega más a Belial.

Y se quedaron en silencio, bebiendo de sus copas, disfrutando del momento de descanso. Shamsiel había cumplido con su misión, unirles en la tierra en un profundo amor, pues estaban destinados el uno al otro, y lo tenían muy difícil si su mano no hubiera actuado en su momento, haciendo que Galatea, aquella mañana, se hubiera encontrado con su acreedor en aquella calle de *El Purgatorio*, justo cuando Calibán salía del local, haciendo que la viese cuando este le agarraba del brazo y la tiraba al suelo.

Si en aquel momento Shamsiel no hubiera provocado este hecho, aún no se habrían conocido. Pero lo hizo, lo propició y luego todo fue precipitándose de una manera idílica, con algunos altibajos que tuvo que ir solucionando sobre la marcha.

Pero no se quejaba.

Todo había resultado maravilloso.

—Voy a ser padre —dijo de pronto Calibán—. Nunca creí que fuera a serlo.

—No te agobies, ya verás lo maravilloso que será.

—¿Y después?

—Después será después. Memento mori. Carpe Diem.

—En el fondo eres un hedonista.

—Que no te oiga mi Padre.

—No, por favor.

—Me voy —dijo Shamsiel levantándose— tengo muchos asuntos aún sin resolver.

—¿Qué pasa? ¿Eres el único que trabaja allá arriba?

—No, pero sí sé que yo tengo mucho trabajo.

—Volveremos a vernos.

—Por supuesto. No vas a librarte de mí. Por cierto, ¿podrías ponerte de pie?

Calibán se puso de pie sin entender, pero le miró a los ojos, creyéndole capaz de cualquier cosa. Y esperó. Shamsiel le miraba sonriendo y de pronto, Calibán sintió unas cosquillas en su espalda, a la altura de las paletillas, unas cosquillas como de regeneración, como si su piel, sus cartílagos se regenerasen, y luego sin poder creérselo sintió su peso, todo su peso sobre la espalda de nuevo, y cuando miró vio sus perfectas y enormes alas de plumas negras regresar a su espalda, al sitio del que nunca debieron irse, del sitio que las correspondía, antes de la mutilación. Eran tan perfectas como siempre lo fueron, y Calibán se emocionó de nuevo, y miró al ángel sin saber qué decir de pronto.

—No digas nada —le dijo el ángel—. Te las mereces.

Y diciendo esto el ángel desapareció en su neblina, dejando a Calibán allí, con sus enormes alas desplegadas en todo su esplendor, preparadas para emprender el vuelo.

CAPÍTULO XXIII

Intensidad

Belial y Saura estaban en la piscina de la gran mansión del primero. Saura se daba unos largos, mientras Belial con el bañador y un albornoz la miraba detenidamente. Le parecía perfecta nadando, una sirena cuyo hábitat natural fuera el agua. Y le estaba muy agradecido de que estuviera con él en su casa. Los dos estaban tristes. Los dos sabían que habían perdido la oportunidad de conocer con intensidad a alguien estupendo.

Y la intensidad era algo que a Belial siempre le había gustado.

Pero quizá Saura estaba algo más triste que él, pues tenía un mutismo que a veces le parecía lacerante.

Saura salió del agua y cogió una toalla, dirigiéndose a la hamaca junto a Belial y se sentó. El demonio había preparado unos Martinis y unas patatas fritas, y le alargó el suyo, que Saura cogió con su mano agradecida.

—Te has pegado una buena paliza. ¿Cuántos largos te has hecho?

—Cincuenta.

—Más la sesión que te has dado esta mañana en el gimnasio, entrenando las artes marciales.

—Sí.

—¿Te estás castigando por algo?

—Me gusta estar activa, soy una guerrera. Nunca he estado tanto tiempo seguido sin ir a la guerra y estoy anquilosándome.

—Bueno, entonces, estarás mejor.

Y Saura se dio cuenta de que no estaba mejor. Sencillamente tenía el rostro de Alonso en su mente continuamente. Su pose de soberbia contenida, su mohín de niño malo que no ha roto un plato en su vida, el olor de su cuerpo, el tacto de su piel, su cuerpo atlético, musculado justo donde debía, su manera de besar tan ardiente...No, tenía que quitarse esos pensamientos de ella.

—Ellos se han olvidado de nosotros —dijo Belial de pronto—. Habrá sido como si nunca nos hubiéramos tropezado.

—Tú no llegaste a acostarte con ella.

—Tú sí, ese es el problema, ¿verdad?

—En dos ocasiones. No sé si seré capaz de olvidarle.

—No lo hagas. Él se ha olvidado de que existes, pero estoy seguro de que, si te le pones delante otra vez, volverá a enredarse en tu cuerpo otra vez como si fuera hiedra, y tú su árbol favorito.

—Es que lo del olvido me pareció una buena idea...así no tenía que enfrentarme a lo que ese humano me hace sentir.

—Saura, eso es cobardía, y yo nunca te he tenido por una cobarde.

—Me enfrentaría antes a diez legiones de demonios que a esa forma de mirarme él.

—Pues yo daría todo cuanto tengo por tener a la pelirroja debajo de mí una sola vez.

—¿Y luego?

—Luego, el mundo.

—El mundo es muy pequeño, Belial.

—Dejémosle que crezca.

Y así permanecieron un rato en silencio, tomando el sol y bebiendo de sus copas, sumidos en sus recuerdos. Cada vez que Saura cerraba los ojos le tenía sobre ella otra vez. El olor a coco y a bourbon entraba por sus fosas nasales, sus manos tocándole las caderas, sus dedos pellizcando sus pezones, sus ojos oscuros, oscureciéndose más cuando la besaba, sus labios dulces, el sudor de ambos mezclados por el esfuerzo, un sorbo de Martini, Belial hablándole de la profundidad de la piscina, y otra vez su boca abriéndose para que ella la inundara con su lengua, sus dedos palmeándole el trasero, haciendo que le cabalgara más deprisa, su cara de placer mientras se la chupaba, otro sorbo de Martini, Belial hablando de la reforma de la piscina, y sus ojos mirándola con deseo, su lengua lamiéndole el cuello, chupando su yugular, si el supiera lo que consiguió con aquello, cómo la excitó, su boca sobre sus pechos, sobre su sexo, sobre su ombligo, una y otra vez, otro sorbo de Martini y Belial hablando de los azulejos del piso, y otra vez sus manos resiguiendo su espalda, agarrándole de los hombros para clavársela más fuerte aún, aún más dentro, aún más profundo, y otro sorbo de Martini. Hasta que la voz de Belial la sacó de sus ensoñaciones.

—No estás conmigo, ojos violetas.

—No, perdona, estaba pensando.

—¿En el señor “tengo una orden judicial, esto es una redada”?

—No me le quito de la cabeza. Me voy a dormir y sueño con él, estoy despierta y pienso en él...

—¿Tan bueno fue el sexo con él?

—Nunca había sentido lo que sentí con él. Y mira que tengo experiencia. Jamás de esa manera, con esa intensidad.

Intensidad.

Ahí estaba. La palabra maldita. La intensidad. Y enseguida se dio cuenta de que Saura estaba totalmente perdida con aquel policía. No se le iba a ir de la cabeza, como a él no se le iría Lluvia. El olor a tormenta de aguacero y a vainilla. El color de sus ojos azules rodeados de pestañas pelirrojas. Pero ¿por qué mierda tenía que ser pelirroja? Podría haber sido rubia o morena, pero nunca pelirroja. Nunca con ese color maldito que siempre le había encantado.

Y se tomó el Martini de golpe y estrelló la copa contra los azulejos de lapislázuli que hacía un momento le hacían sentirse tan orgulloso.

—Vamos, tírala tú también, te hará sentir mejor.

—Se van a estropear los azulejos.

—Que se estropeen, no pasa nada. Tírala.

Y Saura apuró el suyo y lanzó el vaso con toda su fuerza, haciéndose añicos.

—Muy bien —dijo Belial—. Y ahora vamos a por otra tarrina de helado de chocolate.

Y los dos juntos entraron en la casa, dirigiéndose al frigorífico de la cocina, donde estaban los helados. Y luego cogieron dos cucharillas y se sentaron en el sofá con su tarrina y sus cucharas, sumidos cada uno en el cuerpo de otro. Acompañándose como los dos buenos amigos que ahora sí eran.

Cuando Shamsiel desapareció del local, Calibán se llevó a su mujer dormida en sus brazos a casa. Y mientras iba, orbitando por supuesto, ella había dejado caer la cabeza en el hueco de su clavícula con el cuello, y pensó que era el sitio donde mejor encajaba su cabeza. Ese era su sitio. Y después la desnudó con cuidado de no despertarla y la acostó en la cama, y la tapó, así, desnuda con el edredón, y después se desnudó él y se acostó a su lado, mirándola dormir, oliendo su piel, acariciándola con calma.

Con ella se sentía tocando cada puñetera estrella del cosmos.

No quería estar en otro sitio, solo quería permanecer a su lado para siempre, y más ahora que sabía que iba a ser padre.

Una niña, había dicho Shamsiel.

Una pequeña.

Y allí se quedó, adorando cada poro de su piel, cada rincón de su cuerpo, hasta que se hizo de día, y el amanecer llegó con todas las alondras del mundo, recordándole que era un nuevo amanecer. Que aún tenía un nuevo día para seguir admirándola, para seguir amándola, para estar a su lado. Era un demonio afortunado, que amaba al medio súcubo más hermosa de la tierra.

Pasaron el día descansando y dormitando, pues Galatea tenía sueño a todas horas. Ella había dicho que sería por el embarazo.

Y por la noche le tenía reservada una sorpresa. Así que le indicó que se pusiera ropa de abrigo, pues la noche estaba fresca y la sacó a la terraza de su habitación, y la hizo mirar las vistas.

—¿Qué sorpresa tienes? —le preguntó ella.

—Quiero regalarte la experiencia más bonita que vas a tener en mucho tiempo. Es la primera vez que lo hago con un medio súcubo. Bueno, en realidad nunca lo he hecho con nadie.

—¿El qué?

—¿Confías en mí?

—Claro que sí.

—Entonces extiende los brazos y cierra los ojos.

Y ella lo hizo y cuando tuvo los ojos cerrados y no podía verle, él le agarró de la cintura y extendió sus alas, sus hermosas y enormes alas y la elevó por los aires hasta que estuvieron a una altura más que considerable. Afortunadamente estaban en luna nueva, y la oscuridad de esta les protegía de miradas curiosas.

Galatea sintió el cambio de atmósfera, hacía más frío, y un cambio de presión, pero permaneció con los ojos cerrados, tal y como él le había indicado que hiciese.

Estaban en el aire y parados.

—Ahora abre los ojos —le había pedido él.

Y Galatea los abrió y entonces vio que estaban volando, allí abajo los árboles pequeñitos, las carreteras y caminos pequeñitos, y allí arriba, el aire puro, las nubes y la brisa en la cara. Y sonrió, con la sonrisa más bonita que Calibán le había visto nunca.

—No me sueltes —le pidió ella.

—Nunca.

Y la agarró de otra manera para darle la vuelta y tenerla frente a frente y entonces ella pudo verlas. Sus alas. Poderosas, de plumas negras enormes, preciosas, que olían a lo que olía él, el sándalo y el romero, y le parecieron magníficas, tan soberbias y brillantes.

—¿Cómo es posible que las tengas ahora?

—Shamsiel me las devolvió.

—¿Puedo tocarlas? —le preguntó ella.

—Puedes, porque son tuyas como todo lo que yo tengo. Pero no te garantizo lo que pase después.

Y había utilizado para decirlo ese tono tan grave que a ella le gustaba tanto, excitándola por completo. Y ella alargó la mano y las acarició, sintiéndolas suaves y esponjosas, y Calibán contuvo un gemido de placer y la besó en la boca.

Un beso magnífico que la dejó sin aliento. Un beso que traspasó sus sentidos, la lengua de Calibán dentro de su boca, buscando la suya, enredándose con ella, y la punta de ella siguiendo su labio inferior, mordiéndole como solo ella sabía hacerlo. Un beso que se dieron con toda la boca, con todos los sentidos, con todo su ser. Un beso que traspasó todo el tiempo y todas las reglas preconocidas.

Después batió las alas y volando la llevó por todos los pequeños rincones de las inmediaciones para enseñárselos por el aire, sintiendo la suave brisa sobre su cara, la luna apenas inexistente, sus ojos mirándolo todo.

Fue una experiencia intensa.

La intensidad.

La intensidad de las manos de él, sujetándola para que no se cayera. La intensidad de los ojos de Calibán, mirándola, aprendiéndose todos los rasgos de su rostro. La intensidad del calor de su cuerpo, que casi abrasaba, traspasándole a su cuerpo todas aquellas calorías que ahora, en el frescor de la noche, tanto necesitaban ambas.

La intensidad de sus sentimientos, que nunca habían sido tan fuertes, que nunca habían querido como la querían a ella en ese momento. A ellas. A ambas.

La intensidad de su piel enardecida, encendida, sofocante.

Intensidad.

Y cuando el vuelo acabó, se la llevó volando hasta la terraza desde donde habían salido, y la metió en casa, para que entrara en calor, pues se había quedado un poco fría, y él se desnudó, y le quitó la ropa a ella, adorando cada trozo de su piel, besándolo, chupándose, y ella le acarició las alas de nuevo, desnuda, abrazándose con ellas, tocándolas con sus dedos, haciendo que la polla de Calibán se pusiese dura sin poderlo evitar.

—Como sigas tocándome de esa manera esto va a terminar antes de empezar. —le dijo él.

Y ella se enfrentó a sus ojos y se mordió el labio inferior de manera sexi y le dijo:

—Quiero que te transformes para mí, con tus alas desplegadas.

Y Calibán con una sonrisa maligna la consintió. Y se transformó en aquel demonio magnífico con sus dos alas negras desplegadas que casi ocupaban toda la habitación. Su cola chasqueando sin parar, libre al fin, y sus cuernos retorcidos haciéndole aún un rostro más peligroso y bello al mismo tiempo.

Y después Calibán, transformado en el demonio que era se acercó a ella, que iba retrocediendo juguetona hasta que alcanzó los pies de la cama, y se sentó allí desnuda, esperando a que él llegara hasta ella, que llegó y aún la hizo retroceder más con su cuerpo, gateando hacia atrás, como los cangrejos por la cama, hasta que se quedó tumbada boca arriba, con todo el cuerpo de él sobre ella, sujetándose con los dos brazos para no hacerle daño.

Acarició su vientre lleno ahora de una nueva vida, de un ser que comprendía que era suyo, cuya simiente había logrado que ese milagro fuera posible.

Sí, un milagro. Porque era un milagro que un demonio de 500000 años pudiera redimirse por el amor a aquella mujer y a su criatura nonata.

Y después la besó en los labios con un beso dulce, cargado de pasión y comenzó a bajar por su cuello, hasta sus pechos que succionó una y otra vez, chupándose los hasta que ella arrancó a jadear sin poder evitarlo, y después siguió lamiendo por sus caderas, por su cintura, por su ombligo, hasta que llegó al sexo abierto como una flor, que ya humedecido le estaba esperando. Y metió la lengua por su cavidad, horadándola, buscando su placer, solo su placer, hasta que lo encontró y ella se corrió como nunca se había corrido.

A Galatea le parecía que tenía todo mucho más sensible. Estaba excitada como nunca en su vida, y si aquello era por las hormonas, benditas hormonas que le iban a dar tanto placer.

Y luego siguió acariciándola, hasta que no pudo más, y acercó su pene a su abertura. Galatea se abrió de piernas, pues le deseaba dentro de ella, y él la correspondió, metiéndosela poco a poco, dándose cuenta de que, aunque grande, él encajaba perfectamente en ella, y que aquel era su lugar y que no quería estar nunca más en otro sitio que no fuera aquella cavidad.

Y después comenzó a bombear, entrando y saliendo, hasta que el ritmo comenzó a hacerse demasiado intenso.

Tan intenso.

—Muérdeme, Calibán. Muérdeme, por favor.

Y él la besó en los labios, y bajó hasta su pecho, cuyo pezón lamió, y después se dirigió un poco más abajo del pezón, y entonces lamió esa zona y la mordió allí, sorprendiéndola, y tras el primer pinchazo de dolor, se corrió, gimiendo sin parar, gritando su liberación, reproduciéndose aquellas olas de placer una y otra vez, y cuando ya se pensaba que el orgasmo había acabado volvía a empezar de nuevo otra vez, llevándola a la cima de los cielos en un orgasmo encadenado que parecía que no terminaba nunca.

Y luego la siguió él, y Galatea volvió a tener otra réplica de su orgasmo, pues ahora ambos podían sentir lo que sentía el otro.

Y cuando por fin terminó ella se dejó caer en la cama, y allí se quedó exhausta, feliz, tan satisfecha.

Y él regresó de su cuerpo para volver a besarla en la boca y para abrazarla intensamente en un abrazo sin fin.

—Te amo, Galatea Fuentes. Mi Gala.

—Te amo, Calibán Insignu.

—Nunca había sido realmente feliz hasta ahora. Soy tan feliz que me da hasta miedo.

—No tengas miedo, mi demonio. Esto no se va a acabar.

Y así, se quedaron abrazados, tapados con el edredón, donde Galatea se quedó dormida enseguida, y Calibán no hizo otra cosa en toda la noche que seguir admirándola.

Tenía todo el tiempo del mundo para seguir haciéndolo.

Y lo iba a aprovechar.

EPÍLOGO

Nueve meses después

Estaban en *El Purgatorio* con las puertas cerradas al público Shamsiel, Belial, Saura, Dantalion y Fe esperando a que llegaran, poniendo guirnaldas por todo el local, y globos y pancartas de bienvenida.

Estaban emocionados, y no veían el momento de conocerla.

Hasta que la puerta se abrió y entraron Calibán y Galatea con la pequeña Alma en brazos, recién nacida, recién llegados del hospital donde había nacido.

Todos gritaron de emoción y se acercaron a ellas para verla bien la cara.

La niña estaba despierta y los miraba como si pudiera verlos con unos ojos ambarinos preciosos. Se parecía a Calibán, pero tenía el pelo del color del de su madre y también sus labios.

Y después, se sentaron alrededor de una gran mesa donde habían preparado una merienda para todos. Y se pusieron a charlar de las cosas normales de la vida. Porque, al fin y al cabo, de eso se trataba, y aunque aquella niña era un pequeño súcubo, había nacido del amor, y la habían recibido con amor, todos los que la esperaban en el local, los que eran su familia. Sus abuelos y sus tíos. Unos tíos extraños que la protegerían siempre de todas las adversidades.

Shamsiel les observó a todos mientras bebía un trago de su cerveza y le pareció que las cosas habían salido bastante bien para haberse complicado todo tanto al principio. Y observó a Saura, que le parecía que últimamente estaba demasiado triste, ya que sus ojos de color violeta ya no brillaban como antes, y él conocía cuál era el motivo.

Alonso y su creencia de que él la hubiera olvidado.

Y se acordó del momento de la redada, el día que Lluvia y él irrumpieron en *El Purgatorio* con aquella orden judicial, el día que tuvo que fingir que les borraba los recuerdos. Sí, fingir, porque en realidad no lo hizo. Y es que un ángel de orden superior como era él, al igual que Dios, tiene el don de la ubicuidad.

Shamsiel siempre fue más de lo que aparentaba. Siempre tenía presente el amor, pero también la guerra: *Si vis pacem, para bellum*.

En el momento que les estaba diciendo a Belial, Saura, Calibán y Galatea que les iba a salvar el culo, al mismo tiempo había mantenido una reunión con Alonso y Lluvia lejos, muy lejos de aquel local, en uno de los rincones oscuros de la mente de los dos policías, explicándoles cómo iban a ser las cosas a partir de ese momento.

—Veréis, estáis a miles de jodidos kilómetros de comprender esto. —les dijo Shamsiel—. En este mundo hay ángeles y demonios, bestias grotescas, criaturas del inframundo, monstruos, sí, monstruos, pero en el fondo es lo mismo que el bien y el mal y eso lo comprenderéis al estar del lado de la justicia y de la bondad. Os necesitamos a nuestro lado, pues la batalla la hemos ganado, pero no así la guerra, de la que aún queda para rato. Necesitamos a dos buenos policías honrados como vosotros en nuestras filas, cuando llegue el momento. De todo ha de haber en la viña del

Señor, y faltabais vosotros. Lo cierto es que me vendría bien un par de ángeles custodios para controlar este fregado, aquí en el medio. Sois listos y no creo que haga falta explicaros más.

Lluvia le miró a los ojos, chasqueó la lengua, pero antes de que pudiera pronunciar palabra, el ángel les dijo:

—De momento tenéis la “L”. Las alas hay que ganárselas, las recibiréis después del período de prueba.

Y ellos habían aceptado, y la ilusión se rompió, con dos ángeles custodios más entre sus filas que debían fingir que habían olvidado cuando no lo habían hecho, y que ahora estaban de su lado, ante todo, antes incluso que en las de la policía. Aunque seguirían trabajando para ellos, pues los intereses de ambos eran los mismos: luchar contra el mal.

Los caminos del Señor eran inescrutables.

Y después le pidió la niña a Galatea y ella con todo el amor del mundo le miró a los ojos y la depositó en sus brazos con cuidado. Shamsiel percibió su olor a pompa de jabón y mirándola a los ojos ámbar se acordó del Salmo 91, y se lo recitó:

—” Aunque a tu lado caigan mil, y a tu derecha diez mil, a ti no te alcanzará. No ha de alcanzarte el mal, ni la plaga llegará a tu tienda. Porque he dado orden a los ángeles para que te guarde en todos tus caminos. Te llevarán en sus palmas, para que tu pie no tropiece en la piedra. Pisotearás leones y dragones. A ti no te alcanzará”.

Solo Shamsiel sabía lo especial que iba a ser esa niña llamada Alma.

Aquella niña a la que, mientras él estuviera a su lado, nunca le alcanzaría el mal, pues él mismo se había postulado para su ángel de la guarda. Y se lo habían concedido.

Estaban allí, ajenos a todos, cuando la puerta se abrió y entró alguien en el local. Al darse cuenta todos giraron sus cabezas hacia allí, y entonces pudieron ver de quién se trataba: Alonso.

Saura se puso de pie y le miró de frente. Le pareció que estaba guapísimo, vestido con aquellos vaqueros desgastados y aquella camisa de color verde oliva.

Alonso fingió que no los conocía, pero no pudo evitar mirarla.

Sus ojos violetas.

Su cuerpo perfecto.

Su olor a rosas frescas y tierra mojada.

—Perdón, hay un coche ahí afuera que me estorba. Es un Maserati de color rojo.

—Es mío —dijo Saura—. Perdón, ya voy a retirarlo.

Y Saura cogió las llaves del coche y salió detrás de él.

Antes de salir, a Saura le dio tiempo a escuchar a Belial decirle a Galatea que antes de borrar los recuerdos de Verónica, Saura le había hecho borrar los recuerdos de su coche, y ella se había quedado con él. Galatea se había reído.

Shamsiel sonrió.

Todo estaba sucediéndose como él quería.

Una nueva partida se estaba fraguando, y él llevaba escalera real en aquella partida de póker.

¡Que el juego comenzara!

Fin